



Julien

IRRESISTIBLE Y PROHIBIDO

JESS GR

Julen

Irresistible y prohibido

Jess GR

Copyright © 2021 Jess GR

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Cubierta: Cálice ediciones
Corrección: Nia Rincón

*Para Damarys, hace ya casi un año que nos dejaste, y te seguimos extrañando
cada día.*

Prólogo

Julen

La canción Pump It de Black Eyed Peas resuena por los altavoces ahogando el sonido ronco de mi BMW Serie 3. El viento despeina el pelo de la preciosa rubia con tetas enormes que se sienta a mi lado. Solo necesito una mirada de reojo para saber que esta noche va a ser muy agitada.

—¡Acelera! —grita, posando su mano sobre mi muslo.

No pierdo ni un segundo y hundo el pie en el acelerador. Son las cuatro de la madrugada y las calles de Madrid están casi desiertas, a excepción de un puñado de coches que no me cuesta nada adelantar. Tal vez debería cerrar la capota superior del coche, pero la rubia ha insistido en que no lo hiciera. La verdad es que tampoco me molesta demasiado. Ya estamos en junio y las temperaturas son agradables. Además, aunque estuviésemos a veinte grados bajo cero, yo no sentiría frío alguno, no después de todo lo que he bebido y tragado esta noche.

—Dame otra —ordeno mirando a la rubia de soslayo. No recuerdo cómo se llama, Amanda, Alicia... Bah, qué importa eso. Acabo de conocerla en una disco, y lo único que puede interesarme es llevarla a mi picadero y follármela antes de darle puerta—. ¡Otra, Rubia! —repito.

Se quita el cinturón y gira su cuerpo hacia mí. Enseguida mi mirada va a parar a esos dos melones que sobresalen del sujetador que lleva a modo de camiseta. Coloca una pastilla amarilla en su escote y se acerca aún más a mí. Yo sonrío de manera ladina y aparto la mirada de la carretera un momento, sin dejar de acelerar, para lamer ese trozo de piel y recoger la pastilla. La trago en seco y sigo chupando su escote al notar como su mano se dirige a mi

entrepierna. La tengo dura, vaya que sí. La rubia aprieta mi polla por encima del pantalón y siseo de placer. Quiero llegar ya al puto picadero o terminaré tirándomela en el coche.

—¡Cuidado! —Su grito me hace alzar la cabeza justo a tiempo para mover el volante y esquivar un coche que circulaba por el sentido contrario. O tal vez era yo el que no iba bien. Da igual, me he apartado a tiempo. Además, ahora mismo dudo que sienta algo si me estampo contra otro coche. Mis extremidades están adormecidas y me cuesta centrar la vista en la carretera. Supongo que la pastilla ya está haciendo su efecto—. ¡Julen! —Un nuevo grito me hace dar otro volantazo.

—¡No grites, coño! —exclamo girándome de nuevo hacia ella. Veo el miedo en su mirada, y solo entiendo el motivo cuando las luces me ciegan y siento el impacto.

∞ ∞ ∞

El policía lanza una carpeta sobre la mesa metálica y esta aterriza con un estruendo.

—¡Te estoy hablando! —grita justo frente a mi cara.

Cierro los ojos con fuerza y siseo de dolor. Casi no soy capaz de mantener los ojos abiertos. ¿Cómo pretende que mantenga una conversación? Llevo horas encerrado en esta mierda de sitio. Se supone que mi abogado iba a llegar hace un buen rato, y hasta ahora no ha aparecido.

—Lo sé, ¿podría hacerlo en un tono más bajo?

—¡Oye, niñato, no me vengas con chulerías! —Golpea de nuevo la mesa, esta vez con la palma de su mano, y una vez más siento un pinchazo en las sienes—. Una cría está ingresada en el hospital con la cabeza abierta como un puto melón, además de varias costillas rotas y la cara desfigurada. ¿Crees que esto es una broma? —Respiro hondo por la nariz y me acomodo en la silla echando la cabeza hacia atrás. Solo quiero dormir unas cuantas horas tranquilo—. ¡Me cago en la puta! ¡Abre los ojos, joder! —Tras resoplar, hago lo que me pide, y el agente gritón se apresura a abrir la carpeta y desperdigar un puñado de fotos sobre la superficie de la mesa—. Mira esto y dime si es una broma. —Intento enfocar la mirada y

analizo las imágenes. En una de ellas aparece la rubia con la cara cortada y cubierta de sangre. Otra está tomada desde más lejos, y en ella se puede ver como la chica ha atravesado la luna delantera del BMW. Joder, qué putada—. Alison Martínez tiene solo dieciocho años, y has arruinado su vida.

—Fue un accidente —me excuso.

—¿Un accidente? —Me lanza un papel a la cara y no tengo reflejos para esquivarlo—. Conducías a ciento ochenta kilómetros por hora hasta arriba de alcohol y MDMA^[1]. No ha sido un accidente.

Mierda. ¿Me van a meter en la cárcel? No creo. ¡Joder! Pestaño un par de veces y me endezco en la silla. Tal vez deba prestar atención. Puede que este lío sea más grave de lo que creía.

—¿Puedo beber agua? —pregunto al notar la garganta seca. Otro agente, que ni siquiera era consciente de que estaba con nosotros, se acerca y me tiende un botellín de agua. Tras beber un trago largo, respiro hondo y me centro de nuevo en las fotos—. La rub... Alison, ¿está bien?

—Sobrevivirá, pero no, no está bien. Esa niña nunca volverá a ser la misma. —El agente resopla y se sienta en una silla frente a mí—. Ahora que te veo más espabilado, explica qué fue lo que pasó.

—No lo sé —susurro desviando la mirada.

—Sí que lo sabes. ¿De qué conoces a la chica?

—¡De nada, joder! Salí con unos amigos, fuimos a una discoteca en el centro y la vi allí. Nos liamos y ella me pidió que la llevara a otro lugar para echar un polvo. Nada más.

—¿No la habías visto antes de esta noche? —Niego con la cabeza—. Muy bien, ¿y a dónde os dirigíais?

—A la Latina. Un amigo tiene un piso allí, y lo usamos para llevar a... Bueno, para...

—A modo de picadero, ¿no? —Asiento—. ¿Dónde conseguiste las drogas: en la discoteca, de algún amigo?

Me froto la cara con las manos y niego con la cabeza.

—No me acuerdo. Quiero hablar con mi abogado.

—Está a punto de llegar, pero antes vas a decirme de dónde sacaste el éxtasis.

Frunzo el ceño y clavo mi mirada en la suya.

—No voy a decir una mierda sin mi abogado.

El agente está a punto de decir algo más, pero la puerta se abre de pronto y un par de hombres entran en la pequeña sala de interrogatorios. Tras ellos, puedo reconocer el uniforme de mi padre. Genial, ya ha llegado.

—Buenos días, soy el abogado del señor Julen de la Torre — señala uno de los recién llegados. Mi padre se asoma tras él y me lanza una de sus miradas intimidatorias que tan bien sé ignorar—. ¿Alguien va a explicarme por qué se está interrogando a mi cliente sin mi presencia?

El agente se levanta y se cruza de brazos frente a él.

—La ley dice...

—¿De verdad quiere hablar conmigo de leyes, agente? —le pregunta el abogado—. Traigo una orden para su puesta en libertad de manera inmediata firmada por el juez don Santiago Tordesillas.

—No es posible —sisea el agente arrebatándole el papel de las manos a mi abogado.

—Ahí lo tiene. Mi cliente ha de ser liberado, no hay motivos para mantenerlo bajo vigilancia.

—Conducía bajo los efectos del alcohol y las drogas superando el límite de velocidad. Eso es un delito contra la seguridad vial que conlleva a una pena de seis meses a dos años de prisión.

—Eso háblelo usted con el juez, agente.

—Una chica está en el hospital con lesiones graves.

—La familia no va a presentar cargos —aclara mi abogado—. Además, según me han informado, encontraron una gran cantidad de pastillas en el bolso de esa chica. Es posible que ella le proporcionara las drogas.

Con solo echarle una mirada a mi padre, sé con seguridad que él se ha encargado de todo. Apuesto a que le ha ofrecido una buena pasta a la familia de la chica y el juez es amigo suyo.

—Esto es... —El agente resopla y niega con la cabeza—. ¿Así funcionan las cosas en este país? Un niño rico puede hacer lo que le dé la gana porque su papá le saca las castañas del fuego cada vez que se mete en líos.

—Agente... —El abogado sonrío y se ajusta la corbata con altivez—. Lo que usted piense o crea, no es relevante. Ahora, libere

a mi cliente o presentaré una denuncia en su contra.

∞ ∞ ∞

Me despierto con un dolor de cabeza impresionante, aunque al menos ya no me siento tan ido como al acostarme. Ni siquiera sé cuántas horas he dormido. Nada más llegar a casa, me fui a mi habitación y me lancé sobre la cama. Mi padre no dijo ni una sola palabra en el coche, tampoco al llegar. Supongo que ahora me tocará aguantar uno de sus sermones. Joder, no tengo coche. ¿Será que me compra otro si se lo pido? Tal vez debería esperar a que se le pase un poco el cabreo antes de hacerlo.

Tras pegarme una ducha, me visto con un pantalón de chándal, y descalzo bajo a la planta principal de nuestra casa. Aquí he vivido toda mi vida, en el barrio de Salamanca, lugar donde nacimos mi hermano y yo. Al bajar las escaleras no puedo evitar sentir un pinchazo en el centro del pecho. Aún guardo buenos recuerdos de esta casa, cuando se escuchaban risas por las mañanas, a mi madre tarareando alguna canción. Ahora ella ya no está, y mi hermano Hugo tampoco. Solo quedamos el Almirante y yo. Respiro hondo y sigo bajando las escaleras. Al asomarme al comedor, lo veo sentado en la cabecera de la mesa con un periódico en la mano. Para no variar, lleva puesto su uniforme. A veces pienso que lo usa hasta para dormir, como si vestirse con él le diera más poder y autoridad del que ya tiene. Es un puto almirante de la Armada Española, está forrado, y entre sus amigos más allegados hay jueces y políticos. ¿Qué más poder necesita?

—Buenos días —susurro sentándome a la mesa.

La única respuesta que recibo por su parte es una mirada por encima del periódico. Enseguida vuelve a centrarse en su lectura y Marisol, la mujer que trabaja en casa desde que era un niño, llega con mi desayuno. Normalmente me saluda de manera muy efusiva, pero hoy parece preocupada o cohibida por algo. Espero que el Almirante no se haya pasado con ella. En cuanto se marcha, ataco mis tostadas y me bebo el zumo de naranja de un solo trago. Estoy dándole el primer sorbo a mi taza de café cuando veo a mi padre

doblar el periódico y dejarlo en la mesa junto a su plato, cuadra la espalda y me mira con atención.

—Tenemos que hablar —dice en su habitual tono serio.

Ya, ahora es cuando me cae la del pulpo. «Julen, eres un irresponsable, tienes que hacer algo con tu vida, no puedes seguir así, y bla, bla, bla».

—¿Qué pasa? —pregunto tras limpiarme la boca con la servilleta de tela.

—Creo que ha llegado el momento de poner las cosas claras —afirma—. Lo que pasó ayer no fue ninguna tontería, y ya estoy cansado de pedir favores para librarte de los problemas en los que te metes.

—Almirante...

—No me interrumpas —ordena de manera cortante. Estrangulo la servilleta con el puño y aprieto la mandíbula con fuerza, aunque hago lo que me dice. He aprendido a mantenerme callado en algunas ocasiones. Cuanto antes suelte todo, antes acabará esta conversación y podré volver a mi vida normal—. Ya no eres un niño, Julen. Tienes veintiún años, y hasta ahora te he estado protegiendo de ti mismo, pero eso se acabó. No voy a volver a permitir que esto pase en mi casa.

—¿Me estás echando? —pregunto alzando una ceja.

Me clava su mirada furiosa y, por primera vez en mucho tiempo, temo lo que vaya a salir por su boca.

—Es tu decisión marcharte o quedarte, pero si decides seguir viviendo en esta casa, vas a acatar mis normas.

—¿Qué normas?

—Vas a entrar en la escuela naval de inmediato.

—¡Y una mierda! —exclamo.

—No es una sugerencia, Julen. Estás descontrolado, lo que sucedió ayer es demasiado grave como para dejarlo pasar sin más. Siempre fuiste un niño rebelde, desde la muerte de tu hermano...

—¿Puedes dejar a Hugo fuera de nuestras conversaciones al menos por una vez? —siseo aguantándome las ganas de pegar cuatro gritos.

Odio que haga eso, que me recuerde que mi hermano está muerto. ¡Ya lo sé, joder!

—He intentado educarte de la mejor forma posible, pero no fui capaz de llevarte por el buen camino, y me temo que ahora ya es demasiado tarde. La única forma de enderezar tu conducta es entrando en la escuela naval. Allí sabrán disciplinarte como yo no pude hacerlo.

—No voy a ser militar —escupo.

—No tienes otra opción. Entrás en la escuela naval o te vas de mi casa. Ya eres un hombre y tienes que asumir las consecuencias de tus actos.

¡Mierda! ¡Joder! No puede hacerme esto. Yo no quiero ser militar. Odio todo lo que tiene que ver con uniformes, órdenes, rangos y toda esa mierda.

—Vale, no hace falta sacar las cosas de quicio. Puedo hacer otras cosas. Querías que estudiara, ¿no?

—Antes, Julen. Te dije que podías estudiar lo que quisieras, pero dejaste la universidad en el primer trimestre. Ahora ya no existe esa posibilidad. Es la Escuela de Oficiales o nada.

—No puedes echarme. ¿Dónde voy a vivir, en la calle?

—He hablado con tu madre. Si no aceptas mi propuesta, ella está dispuesta a que te vayas a vivir con ella.

—¡Ni de puta coña! —exclamo levantándome de un salto. La silla se cae hacia atrás provocando un estruendo. Mi padre ni siquiera se inmuta—. No voy a vivir con Amelia y su nueva familia. Ella se marchó, y ahora... ¿Por qué la has llamado?

—¡Porque estoy desesperado! —grita golpeando la mesa con su puño.

Me quedo muy quieto y abro los ojos como platos. No recuerdo cuándo fue la última vez que mi padre se alteró de esta manera. Bueno, sí lo recuerdo, solo que es demasiado doloroso. No voy a entrar ahí. El Almirante es un hombre serio y sereno. Jamás pierde la compostura.

—¿Desesperado? Quieres enviarme a vivir con la mujer que te engañó y su amante.

—Tienes otra opción —señala.

Resoplo con fuerza y me llevo las manos a la cabeza. No voy a ser militar. Joder, solo pensar pasar cinco años siendo el pelele de un montón de mandos militares, me dan ganas de tirarme de un

puto puente. Pero la otra opción... Joder, no veo a mi madre desde hace casi diez años. Ella fue la que decidió marcharse con su amante a vivir en el sur. La última vez que la vi fue el día de su boda. Recuerdo ese momento como uno de los peores de mi vida, a excepción de la muerte de Hugo, claro. Solo tenía doce años cuando ella se casó de nuevo, y aunque no quería ir, un juez me obligó a pasar un fin de semana con mi madre. Verla allí, besando a otro hombre que no era mi padre, actuando como si nada hubiese pasado en casa, como si su familia anterior no existiese, fue extremadamente doloroso, aunque lo peor fue cuando la vi con la hija de ese hombre, la trataba con cariño, como si fuese su propia madre. Eso fue más de lo que pude aguantar. Ese mismo día le supliqué a mi padre que fuese a buscarme y jamás volví a verla. Al menos tuvo la decencia de no obligarme a ir allí de nuevo. Supongo que fue más sencillo así. Ella ya tenía una nueva familia y yo solo era un estorbo en su vida. ¿Cómo voy a irme a vivir con ella? Además, tendría que mudarme al sur, yo odio el sur. El puto calor del desierto de Almería.

—No me hagas esto, papá —suplico con lágrimas en los ojos.

Mi padre saca un papel doblado del interior de su chaqueta de uniforme y lo tiende sobre la mesa.

—Esta es la solicitud para entrar en la escuela. Fírmalo ya y me encargaré de que te acepten lo antes posible. Es lo mejor, Julen. Lo pasarás mal al principio, pero aprenderás disciplina y valores. Cuando salgas de allí, serás un hombre.

—Ya soy un hombre —siseo apretando los puños a cada lado de mi cuerpo.

El Almirante deja un bolígrafo plateado sobre el papel y alza la barbilla de manera altiva.

—Fírmalo, Julen —ordena.

Niego con la cabeza. No puedo, si voy a ese sitio... van a convertirme en algo que no soy. Adiós a la libertad. Seré un puto prisionero.

—No voy a hacerlo —afirmo.

Respira hondo y asiente con la cabeza antes de recoger el papel, doblarlo con cuidado y devolverlo al bolsillo. Entonces me mira de nuevo.

—En ese caso, prepara tus maletas. Te vas mañana mismo.

El hijo de Satán

Maca

Cuando alguien habla de amor, siempre nos imaginamos un romance de esos de película, de los que te roban el aliento y llena tu vida de esperanza e ilusiones, pero en mi corta vida he aprendido que existen varios tipos de amores, como el que mi padre le demostró a mi madre, apoyándola y estando a su lado durante el cáncer que terminó consumiéndola, o ese otro que entra en tu vida sin que lo esperes, como un vendaval, devolviéndote las ganas de seguir sonriendo cada día. Eso fue Amelia para nosotros. Llegó cuando papá y yo nos recuperábamos de la ausencia de mi madre, y se quedó, recordándonos cada día que siempre podemos encontrar algún motivo para seguir luchando. También está el amor fraternal, como el que sentí desde la primera vez que vi la carita de ángel de mi hermano Mateo. Lo adoro, aunque a veces me entran ganas de asesinarlo con mis propias manos por pesado e impertinente. Justo ahora es uno de esos momentos.

—Mateo, te estás quieto o te juro que...

—¿Qué? —pregunta con chulería—. ¿Vas a pegarme? Papá, Maca me está amenazando —se queja.

A sus ocho añitos domina el arte de la manipulación con más soltura que muchos mentalistas.

—Macarena, deja en paz a tu hermano —dice mi padre terminando de beber su taza de café.

Amelia entra en la cocina a la carrera y apenas nos dirige una mirada fugaz. Se mueve de un lado a otro buscando algo, abre cajones, los cierra de nuevo, se agacha y hasta mira dentro del frigorífico. Algo habitual, ya que mi madrastra es la persona más despistada del mundo y cada día pierde algo.

—¿Qué buscas, cariño? —le pregunta mi padre sujetándola por la cintura para que deje de ir de un lado a otro como pollo sin cabeza.

—Mis gafas. ¿Las has visto? ¿Alguien sabe dónde las he puesto?

Termino de tragar la cucharada de cereales que tengo en la boca y sonrío.

—Las tienes puestas, mamá —señala Mateo.

Amelia lleva las manos a su rostro y suspira aliviada.

—Gracias, cielo. Creí que las había perdido —dice justo antes de acercarse y besar su pelo rubio.

Papá le tiende una taza con café y ella le da un par de sorbos. Respira hondo cerrando los ojos, y cuando vuelve a abrirlos me dirige una mirada cargada de cariño y afecto, una de esas miradas que solo las madres usan con sus hijos, porque eso es lo que Amelia es para mí, mi madre. Puede que no lleve su misma sangre y no haya nacido de su vientre, pero ha sabido ganarse mi confianza a base de ternura y paciencia.

—Maca, cielo, ¿estás segura de que puedes abrir hoy el chiringuito? Nosotros llegaremos antes de que empiecen las comidas.

—Sí, lo he hecho mil veces —contesto—. Marchaos tranquilos, que yo me encargo.

—Gracias, cariño. Siento fastidiarte el fin de semana.

—No me fastidias nada. Además, solo falta una semana para que terminen las clases. Es mejor que me vaya acostumbrando al trabajo.

—Más te vale —señala papá—. Si este verano resulta igual que el anterior, toda ayuda será poca. Por cierto, ¿has hablado con Clara? No nos vendría mal una camarera más.

—Papá, ¿de verdad crees que Clara se va a poner a servir copas? —inquiero alzando una ceja de manera divertida.

Mi mejor amiga, Clara, es un desastre total. La mejor amiga del mundo, eso sí, pero irresponsable y lianta como ella sola. Pretender que se tome en serio un trabajo sería como pedirle peras a un olmo.

—Sí, ¿verdad? No creo que sea buena idea. ¿Y César? Ese chico tiene la cabeza en su sitio. ¿Va a venir a pasar el verano?

—Sí, creo que ha adelantado los exámenes de la universidad y se vino de Málaga hace un par de días, pero no cuentes con él. Va a trabajar en la carpintería con los Ugarte.

—Buff. —Papá se frota su barba de manera pensativa y cabecea—. Da igual, ya encontraremos a alguien antes de que empiece la temporada.

Ruedo los ojos por su comentario. Mi padre es de esas personas que lo dejan todo para el último momento. Lo que él llama inicio de temporada, ya pasó hace un par de semanas. A mediados de junio como estamos, los turistas ya han comenzado a llegar, y si no nos apresuramos en contratar un nuevo camarero seré yo la que termine haciendo turnos dobles. Aunque entiendo que esa no sea su prioridad en estos momentos, ya que ahora está preocupado por la llegada de Julen, el hijo del primer matrimonio de Amelia. Es cuatro años mayor que yo, y hasta ahora vivía con su padre en Madrid. No sé con exactitud qué fue lo que pasó allí para que decidiera mudarse con nosotros, solo sé que tuvo que ser algo grave, ya que en los diez años que mi padre y Amelia llevan casados solo lo vi una vez, el día de la boda. Entonces yo tenía ocho años y Julen doce. No nos caímos demasiado bien, básicamente porque ese niño era insufrible. Yo intenté acercarme y hablar con él, hacerme su amiga, y el muy capullo me llamó fea y me tiró de la coleta. Ese no fue un gran inicio de relación fraternal. Por suerte, no tuve que verlo más tras ese día, ya que el muy señorito se negó a visitar a su madre.

Miro a Amelia de reojo y siento lástima por ella. Soy consciente de cuánto ha sufrido por el rechazo de su propio hijo. Lo pasó muy mal tras la muerte de Hugo, el hermano mellizo de Julen, y casarse con mi padre le salió muy caro, perdió lo que más quería, y esa es una de las razones por las cuales hoy está más nerviosa y despistada de lo habitual. En menos de tres horas Julen llegará al aeropuerto de Granada, y ellos van a ir a recogerlo.

—Vale, tenemos que irnos si no queremos llegar tarde —dice Amelia cogiendo su bolso—. Mateo, ¿has terminado de desayunar?

—Aún no —contesta el pequeño demonio.

—Termina ya o nos vamos sin ti —le advierte papá.

Tras bufar, mi hermano se levanta y lleva su tazón al fregadero. A Amelia tampoco le pasa desapercibido que, a pesar de su actitud

pasota, él también está nervioso. No conoce a Julen, así que no sabe cómo comportarse con él. Ellos son hermanos, al menos mitad.

—Bicho, ¿prefieres quedarte conmigo? —le pregunto.

Mi padre me mira frunciendo el ceño, pero decido ignorarlo. No se entera de nada. Para él todo siempre está bien. Solo se da cuenta de los problemas cuando le explotan en la cara.

—No —susurra mi hermano lanzándome una mirada de agradecimiento que solo yo puedo entender—. Lo que quieres es que trabaje por ti, y va a ser que no. La esclavitud infantil es ilegal.

—Lo que tú digas, idiota —murmuro.

—Bien, si ya habéis terminado de insultaros... —Papá mira su reloj y estira su mano para que Amelia la coja—. Cariño, llegamos tarde.

—Sí, vámonos —Se acerca a mí y, como siempre, recibo un beso suyo en la mejilla—. Ten cuidado con la moto, y si tienes algún problema...

—Lo sé, os llamaré enseguida. Vamos, marchaos de una vez —digo sonriendo.

—¿Lavas tú esto? —pregunta señalando el fregadero repleto de tazones, tazas y platos sucios del desayuno.

Asiento y mi padre no tarda en arrastrarla fuera de la cocina, y enseguida escucho que la puerta principal se cierra. Una vez sola, empiezo a recogerlo todo y después subo a mi habitación a cambiarme de ropa. Hago mi cama y dejo la ventana abierta para que el aire del exterior refresque un poco el ambiente. Aún no estamos usando el aire acondicionado, aunque pronto tendremos que hacerlo. Es lo que tiene vivir en una de las zonas más calurosas de España, incluso en junio podemos disfrutar de unas temperaturas elevadas.

Aprovecho para guardar los libros en el cajón de mi escritorio. Los exámenes de Bachillerato ya han terminado, y en septiembre empezaré la carrera de Literatura Hispánica en la Universidad de Almería. Estaré a poco más de una hora por carretera y podré seguir echando una mano a mi padre con el negocio, al menos en verano, que es cuando más gente hay. Al vivir en un pueblo turístico, los clientes disminuyen en los meses de menos calor. Sin

embargo, eso es algo que se agradece. A papá le costó mucho sacar adelante el chiringuito.

Cuando mamá aún estaba con nosotros, vivíamos en Barcelona. Yo era muy pequeña y no lo recuerdo, pero él siempre cuenta que odiaba su trabajo como gerente de hotel. Los momentos que más disfrutaba era cuando veníamos de vacaciones a Mojácar, sus playas, el mar, el calor... Le encantaba esto. Tanto así que, tras la muerte de mamá, decidió vender la casa e invertir todos sus ahorros en comprar un chiringuito de playa casi en ruinas. Los primeros años vivimos en un pequeño piso, solos él y yo. Las ganancias del negocio apenas llegaban para cubrir gastos. Sin embargo, a base de trabajo duro, esfuerzo y constancia, consiguió salir adelante, y hoy en día el chiringuito La Morena, es uno de los locales más frecuentados por los turistas. Cuando Amelia llegó a nuestras vidas, decidieron comprar la casa en la que vivimos ahora. No es demasiado grande, en la planta superior tiene dos baños y cuatro habitaciones, tres de ellas son muy pequeñas: la mía, la de Mateo y la que a partir de ahora pertenecerá a Julen. Lo que más me gusta de mi habitación es la ventana, o más bien salir por ella, ya que justo debajo hay un tejadillo en el que me encanta sentarme por las noches, en especial en esas en las que el aire está tan cargado por el calor que casi no se puede respirar. La de papá y Amelia es algo más grande, tiene baño propio y un enorme ventanal con vistas al mar. En la planta inferior está la cocina, el salón, un baño y el patio trasero al que se accede por la cocina.

Tras dejarlo todo recogido, paso por la habitación del nuevo integrante de la casa y compruebo que todo esté en su sitio. Nuestras habitaciones son exactamente iguales, pero a la inversa, ya que están una frente a la otra. Una cama pequeña pegada a la pared, mesita de noche, guardarropa y un escritorio, eso es todo lo que hay. Su ventana también está orientada hacia el mismo lugar que la mía.

¡Yupi, qué ilusión! Nótese la ironía. Espero que mi hermanastro no siga siendo tan capullo e insufrible como cuando tenía doce años. Si es así, esta casa puede convertirse en un verdadero campo de batalla.

Respiro hondo y decido olvidar por el momento el inminente reencuentro con el hijo de Satán. Tengo cosas que hacer. Ya casi son las ocho de la mañana y el chiringuito no se abre solo. Guardo mi teléfono y las llaves en el bolsillo delantero de mi pantalón corto y salgo de casa. Mi Scooter me espera aparcado justo al otro lado de la calle. Me costó un mundo que papá me lo comprara, y aún más que me dejara usarlo. Tenía miedo de que me cayera, sin embargo, terminó aceptando que es el método más rápido y cómodo para moverse por el pueblo. Vivimos a escasos cinco minutos en moto o coche del chiringuito, pero a pie se convierten en más de quince.

Me subo al Scooter, y tras abrocharme el casco, arranco el motor y acelero con moderación. Es un placer serpentear por las calles estrechas de Mojácar, sus suelos empedrados y casas blancas apiladas unas sobre otras, y decoradas con contraventanas de colores y flores colgantes, son las que atraen a tanta gente todos los años. Un pueblo con encanto junto al mar, con playas de agua cristalina y arena rocosa. Al llegar a la playa, aparco junto a la acera y me quito el casco. Acomodo mi pelo castaño y largo para que no parezca que acabo de tocar un enchufe con los dedos. Recorro el resto de camino a pie por el camino de madera que me lleva directa a La Morena. Andrés, Javi, Almudena y José Luis ya me esperan frente a la puerta cerrada del local.

—Buenos días —saludo sonriendo.

—Llegas tarde, niña. ¿Se te han pegado las sábanas? —pregunta José Luis.

Es un hombre de más de cincuenta años que vive quejándose por todo, pero en el fondo todo él y sus más de cien kilos son un amor. Trabaja de cocinero en el chiringuito desde hace seis años y mi padre confía plenamente en él. Almudena y Javi son los camareros fijos y Andrés el ayudante de cocina. Todos llevan más de dos años trabajando aquí.

—Pepe Luis, deja a la muchacha tranquila —replica Andrés acercándose para ayudarme a levantar la verja metálica.

Todos nos ponemos manos a la obra de inmediato. En la cocina, José Luis y Andrés empiezan a preparar todo lo necesario para el menú diario, y Almudena, Javi y yo nos encargamos de repartir las mesas, sillas y sombrillas en la terraza de madera a pie de playa. En

menos de media hora los clientes empiezan a llegar y trabajamos sirviendo desayunos y refrescos. Yo me mantengo en el interior de la barra. Ese es el lugar de mi padre, así que, cuando él no está yo lo sustituyo. Lo prefiero a servir las mesas, en especial en esos días de julio y agosto que hace tanto calor.

El tiempo pasa volando, y antes de que pueda darme cuenta mi padre ya está a mi lado. Solo nos da tiempo a saludarnos de forma fugaz, ya que un gran grupo de turistas ingleses se apelotonan en la terraza y tengo que salir a echarle una mano a Javi. Juntos proveemos la mesa de litros y litros de cerveza de barril, y cuando por fin tengo un momento libre, es mi padre el que está atareado ayudando en la cocina. Así que tengo que ocupar de nuevo su puesto tras la barra. El local se va llenando cada vez más y empiezan a llegar los primeros pedidos de comida. Después de eso, todo se vuelve una locura: papá se queda en la barra surtiéndonos de bebidas, y Almudena, Javi y yo nos repartimos las mesas que se van ocupando por comensales hambrientos. Corremos de la terraza a la cocina, pasamos por la barra y después vuelta a empezar. Así hasta cerca de las cuatro de la tarde, cuando dejamos de servir comida y nos dedicamos a recoger y limpiar todo. Solo cerca de las cinco logramos sentarnos a comer por turnos. Para las cenas vendrán otros dos camareros y un ayudante de cocina. José Luis y papá son los únicos que se quedan, a no ser que haya poco trabajo, en ese caso, mi padre se va a casa y es uno de los camareros del turno de noche quien se encarga de cerrar a las dos de la madrugada. Cualquiera odiaría este trabajo, pero él lo adora. Es feliz en su negocio, con su gente, aunque a veces casi no tenga tiempo para estar en casa o salir a algún lado. Al menos durante los tres o cuatro meses fuertes de turismo, el resto del tiempo solo abrimos a media jornada. Por mi parte, trabajo aquí los fines de semana y los veranos, a no ser que esté en época de exámenes, y mi jornada suele ser mucho más llevadera. Ayudo durante las comidas nada más, solo soy un refuerzo.

—¿Cómo ha ido la recogida? —le pregunto a papá mientras él engulle la comida de su plato.

Traga antes de limpiarse la boca con la servilleta y darle un trago a su cerveza.

—Bien, los he dejado en casa antes de venir aquí —contesta encogiéndose de hombros.

—Y el hijo de Sa... digo... Julen, ¿qué tal con él? —Me echo hacia atrás en la silla.

Ya he terminado de comer. Cuando trabajo tanto no suelo tener hambre hasta pasadas unas horas. La adrenalina y el estrés me quitan el apetito.

—Bien, supongo. —Se frota la barba, en la que ya empiezan a salirle unas cuantas canas, y vuelve a encogerse de hombros—. No es muy hablador el muchacho. En realidad, no dijo ni una sola palabra durante el viaje. Amelia intentó sacar tema de conversación, pero ni pio.

—Qué educado es el chico, ¿no? —murmuro.

Mi padre me lanza una mirada de advertencia y suspira.

—Macarena, no vayas por ahí, ¿quieres, hija? Sabes que Amelia está muy ilusionada por tener aquí a su hijo, así que intentemos que el chaval se sienta a gusto en nuestra casa. Es de la familia, y nosotros cuidamos de nuestra familia.

—Yo no he dicho nada —señalo fingiendo sentirme ofendida.

—Ni falta que hace. Te conozco y sé que tienes un mal concepto de Julen. No te pido que seas su mejor amiga, solo que lo trates con amabilidad, y si es posible ayúdalo a integrarse un poco. Piensa que ese chico está solo, en un lugar en el que no conoce a nadie. ¿A ti no te gustaría que alguien te tendiera su mano en una situación similar?

Resoplo y asiento dándome por vencida.

—Está bien. Lo intentaré, pero no prometo nada. Si él no pone de su parte...

—Entonces tú habrás hecho lo posible por ayudarlo, si es él quien no quiere tu ayuda, es su problema. —Le da un largo trago a su cerveza hasta que la termina, y después se levanta de la mesa. Yo sigo su ejemplo, y estoy a punto de recoger mi plato, solo que me lo impide—. Deja, ya me encargo yo de esto. Vete a casa y disfruta de la tarde. Hoy has trabajado bastante.

—Vale, si necesitas ayuda para las cenas...

—Te llamaré, lo prometo. Anda, vete a casa a descansar.

Tras darle un beso en la mejilla, me despido de los demás y salgo del local. Camino por la playa hasta el paseo marítimo y allí recojo mi moto. De camino a casa no dejo de pensar en lo que me ha dicho mi padre. Tal vez tenga razón. No es justo juzgar a Julen por algo que pasó cuando éramos unos niños. Puede que ahora haya cambiado, y si está aquí solo, necesitará a alguien que lo ayude a integrarse.

Con la idea de intentar caerle bien a mi hermanastro, aparco el Scooter frente a casa y entro hasta la cocina. Saludo a Amelia de pasada y subo a darme una ducha. Quizá debería ir a la habitación de Julen a saludarlo y darle la bienvenida, aunque tampoco quiero ser una pesada. El chico acaba de llegar y debe estar cansado por el viaje. De modo que decido coger algo de ropa limpia y pegarme una ducha reparadora. Apuesto a que Clara no tardará en llamarme para quedar esta noche. Esa chica es una fiestera sin remedio y siempre termina embaucándome en todas sus locuras.

Justo en el momento en el que estoy abriendo la puerta del baño, escucho ruido en el interior. Durante un segundo ni siquiera recuerdo que Julen está en casa, este baño solo lo usamos Mateo y yo, así que abro la puerta de un tirón.

—Cagón, sal de una vez, me tengo que duchar... —No soy capaz de terminar la frase ya que mis sentidos colapsan todos a la vez.

Mierda, es Julen, o eso creo porque el crío que yo conocí hace diez años no tenía ese cuerpazo. Las gotas de agua que caen de su pelo impactan en un pecho fibroso y esculpido, más abajo, varios montículos sobresalen de su vientre. Sigo repasándolo con la mirada, un reguero de vello corporal rubio oscuro recorre la parte inferior de su vientre, desde el ombligo hasta perderse bajo la toalla que sujeta con ambas manos.

—¿No sabes llamar a la puta puerta?! —Alzo la mirada de golpe y me quedo prendada de sus ojos, de un color azul intenso como el agua del mar en un día de calor. Una sombra de barba corta cubre su mandíbula angulosa y de rasgos marcados, pero lo que más llama mi atención es la hendidura que parte su barbilla en dos. Tiene un rostro... Y un cuerpo... ¡Madre de Dios!—. ¡Te estoy hablando! ¿Es que eres sorda o imbécil?!

Trago saliva con fuerza y me obligo a mí misma a salir de ese estado de aturdimiento en el que he sucumbido. Espera... ¿Acaba de llamarme imbécil? Sacudo la cabeza y me echo hacia atrás cruzando los brazos sobre mi pecho.

—¿Qué has dicho?

Julen rueda los ojos y él también adopta una postura defensiva anclando las manos a ambos lados de su cintura.

—Vamos, que sí, que eres algo retrasada, ¿no? ¿No te han dicho nunca que es de mala educación entrar sin llamar antes a la puerta?

Y ahora me llama retrasada. Será... será... hijo de... Satán.

Alzo una ceja en su dirección con chulería.

—¿Vas a hablarme tú a mí de educación? Casi no has llegado a mi casa y ya me has insultado, dos veces, por cierto.

Mi respuesta parece sorprenderle, o divertirlo, no lo sé, ya que abre más los ojos y veo como una de sus comisuras se alza unos milímetros.

—Tú eres Macarena, ¿verdad? —Asiento. Prefiero que me llamen Maca, pero eso no necesita saberlo ahora mismo. Sería darle demasiadas confianzas—. Te recuerdo de la boda. —Me mira de arriba abajo y su comisura se estira aún más—. Has crecido. —Empieza a caminar en mi dirección y yo retrocedo. No me gusta la forma en la que me está mirando, como si yo fuese un ratoncito indefenso y él un gato a punto de atacar. Cuando llega a mi lado, ya estamos en el pasillo, pega su cara a la mía dejando solo un par de centímetros de distancia y sonrío, esta vez enseñando los dientes—. Es una pena que sigas siendo tan fea —susurra—. Supongo que con eso no se puede hacer nada. —Tras soltar esa joyita, se endereza y pasa a mi lado como si nada.

Lo sigo con la mirada hasta que cierra la puerta de su habitación, y solo entonces suelto el aire que ni sabía que estaba conteniendo. Respiro hondo un par de veces y coloco la mano sobre el centro de mi pecho. Mi corazón late a toda velocidad, como una puta locomotora. Entonces pienso en sus palabras: «Es una pena que sigas siendo tan fea».

—Será hijo de perra —siseo apretando los puños.

No, definitivamente, mi hermanastro y yo no vamos a llevarnos bien.

Esta no es mi familia

Julen

Esto es una puta mierda. Estoy sudando como un cerdo, encerrado en una habitación que cabría perfectamente en el cuarto de baño privado que tenía en Madrid. La cama es minúscula y está pegada a la pared. No creo que pueda dormir sin pegarme alguna hostia en mitad de la noche. Para más inri, tengo que compartir baño con el crío ese que no se calla ni debajo del agua. En serio, alguien debería ponerle un bozal a ese mocoso o amordazarlo. Yo me presentaría voluntario sin dudarlo un segundo. Mi hermanito pequeño me ha estado martirizando durante dos horas y media, el tiempo que duró el trayecto de Granada a Mojácar. No cerró la boca ni un segundo, a pesar de mi silencio y no contestar ninguna de sus estúpidas preguntas, siguió parloteando sin parar. Una pesadilla. Y la otra... Nada más llegar decidí darme una ducha para refrescarme un poco de este calor asfixiante, y antes de que pudiese vestirme la niñata entró en el baño sin llamar. Lo peor es que la muy idiota no perdió la oportunidad de recordarme que esta es su casa, no la mía. ¡¿Quién coño se cree que es?! Que se quede con su jodido cuchitril en su puto pueblo de mierda. En cuanto pueda me largaré de aquí. Solo tengo que encontrar la manera.

No fui capaz de convencer al Almirante para que me dejara quedarme en casa. Le he ofrecido la oportunidad perfecta para que me presione y hacer lo que siempre quiso conmigo: meterme en la Escuela Naval militar de Marín.

Cuando era niño, Hugo y yo fantaseábamos con entrar juntos en la Marina, tras cinco años de instrucción nos echaríamos al mar a recorrer mundo y después nos meteríamos en la Guardia Civil. Jugábamos a policías y ladrones todo el tiempo, y siempre

peleábamos por ser el policía. Supongo que esa es una de las razones por la cual siento tanto rechazo hacia todo lo que tenga que ver con lo militar. Si lo hiciera solo, sería una falta de respeto hacia mi hermano.

Resoplo tirándome boca arriba en la minúscula cama vestido solo con un pantalón corto. Si en junio hace este calor, no quiero ni imaginar lo que va a ser pasar el mes de agosto aquí. ¿Es que esta gente no muere asada? Y aún hablan del verano en Madrid; comparado a esto, es el jodido paraíso.

Me coloco los auriculares, enciendo un cigarrillo y cierro los ojos para intentar olvidar la mierda de vida que voy a llevar a partir de hoy. He dejado a mis amigos, mi ciudad, mi vida de lujos, fiesta y excesos... y todo por un capricho de mi padre. Pero si espera que le vuelva a suplicar, lo lleva claro. Será él quien venga a buscarme cuando se dé cuenta de que no voy a ceder. Solo tengo que aguantar esta porquería unos meses y después todo volverá a la normalidad, estoy seguro.

Mientras la voz rasgada de Kutxi Romero resuena en mis oídos con la canción *La rueca*, deslizo el dedo por la pantalla de mi iPhone 4, regalo del Almirante, y clico sobre la aplicación de Facebook. Me mantengo ocupado un rato visualizando publicaciones de mis amigos y contestando algunos mensajes. Para ellos, estoy de vacaciones en el sur. No necesitan saber nada más. Sigo trasteando en el móvil hasta que la puerta del cuchitril que me han asignado se abre y Amelia asoma su cabeza

Me quito un auricular y la miro frunciendo el ceño. ¿Es que aquí nadie pide permiso para entrar?

—Estaba llamando a la puerta, pero no me escuchabas. Ya vamos a cenar —informa.

Miro la hora en mi teléfono y compruebo que ya son las nueve de la noche.

—No tengo hambre —murmuro.

Mi madre suspira y entra del todo en mi habitación, se sienta en el borde de la cama y estira su brazo para tocarme, sin embargo, consigo hacerla cambiar de idea con solo una mirada.

—Julen, es tu primera noche en casa y me gustaría que cenáramos todos juntos. Marcos ha podido salir antes del trabajo

para que podamos disfrutar de un rato en familia.

—Esta no es mi familia —señalo—. Fuiste tú quien te casaste con ese tipo; él, su hija y vuestro mocoso no son problema mío.

Amelia se me queda mirando unos segundos, y después asiente, se levanta y camina en dirección a la puerta.

—Si cambias de idea, he preparado tortilla de patata, tu comida favorita. Por cierto, si vas a fumar en la habitación, te agradecería que lo hicieras en la ventana —murmura sin mirarme justo antes de salir de la habitación.

En cuanto me quedo solo, echo la cabeza hacia atrás y resoplo con fuerza. No tengo ganas de jugar a las casitas con esta gente que ni siquiera conozco. Tengo que aguantarlo, pero eso no significa que vaya a socializar con ellos.

Sigo escuchando música un rato más hasta que siento cómo mis tripas rugen de hambre. Compruebo la hora, ya son casi las diez de la noche. Supongo que la familia feliz ya habrá terminado de cenar, así que decido salir de la madriguera y bajar a buscar algo que llevarme a la boca.

Mis esperanzas se vienen abajo cuando escucho voces en la cocina. Estoy a punto de volver a subir las escaleras, sin embargo, una vez más los ruidos de mis tripas me llevan directo hacia los lobos. Entro en la cocina, y de pronto las voces y risas cesan, como si un extraño acabase de irrumpir en su hogar. Eso es lo que soy, un extraño, alguien ajeno a esta casa.

—Tengo hambre —señalo mirando a mi madre.

Ella sonrío de oreja a oreja y señala un lugar en la mesa, justo al lado del mocoso. Al menos la niñata no está. Ya que no me queda más remedio, tomo asiento con un resoplido.

—Te guardé un par de trozos en el horno —informa Amelia levantándose.

No tarda ni diez segundos en poner frente a mí un plato con dos enormes trozos de tortilla bien jugosa, justo como a mí me gusta. Le clavo el tenedor enseguida y empiezo a comer a dos carrillos. Al levantar la mirada, me doy cuenta de que todos me están mirando.

—¿Qué? —pregunto tras tragar.

—Nada —contesta Marcos, el marido de mi madre—. Tienes buen apetito.

—¿Algún problema? —inquiero alzando la barbilla con chulería.

Antes de que pueda contestar, el timbre suena y el crío sale corriendo para abrir. Yo sigo comiendo como si nada hasta que vuelve a la cocina seguido por una chica alta, de unos diecisiete o dieciocho años, es muy guapa, su pelo es rubio platino y los ojos verdes, además de tener cuerpazo.

—Hola, familia —saluda animada. Me mira y sus ojos se entrecierran—. Hola, tú —susurra con voz melosa—. Espero que seas Julen. Me habían hablado de ti, pero nadie mencionó lo guapo que eres. —Se planta frente a mí y sonrío enseñando los dientes—. Yo soy Clara, encantada de conocerte.

No soy idiota, esta me está tirando la caña sin cortarse un pelo. La miro de arriba abajo. Sí, tiene un polvazo.

—Hola, Clara —dice el mocoso mirándola embobado.

—Hola, niño —contesta ella sin apartar sus ojos de mí.

—¿Nos vamos? —Escucho la voz de la niñata, Macarena, antes de poder llegar a verla.

En cuanto rodea la mesa y entra en mi campo de visión, no puedo evitar atragantarme con la comida y empezar a toser. ¡Hostia puta! Está... Está... ¡Joder, está buena de cojones! La vi hace un rato en el baño, aunque tampoco me fijé demasiado. Tampoco es que tenga nada que destaque por sí mismo, sus ojos son de un tono marrón muy común y pelo castaño oscuro. No es muy alta, especialmente al lado de la tal Clara. La diferencia entre ellas es bastante notoria. Sin embargo, no puedo dejar de mirarla. Lleva puesto unos vaqueros oscuros y una camiseta de tirantes, nada fuera de lo normal, pero le sientan genial, como si estuviesen hechos a su medida exacta. Esta tarde llevaba el pelo atado en una cola de caballo, pero ahora está suelto y liso, enmarcando un rostro de rasgos suaves y femeninos.

—¿Dónde vais? —le pregunta mi madre.

—Hemos quedado en La Morena con los chicos y después nos vamos al Playa Chica —contesta la rubia.

—Macarena, si bebes...

—No conduzco, ya lo sé, papá —murmura ella en tono hastiado.

—Tranquilo, Marcos —dice Clara pasando su brazo sobre los hombros de Macarena—, he traído el coche de mi madre, lo dejaré

en el aparcamiento del paseo marítimo y después César nos acercará a casa. Él nunca bebe más de una copa, dos como mucho.

—Que sea solo una —señala Marcos.

—¿No vas a llevar chaqueta? —le pregunta Amelia.

Me obligo a desviar la mirada para que nadie note lo mucho que eso me cabrea. No es su madre, joder, que deje de comportarse como si lo fuese.

—Sí, la tengo en el perchero de la entrada —contesta la niñata—. Vale, ya nos vamos. No hace falta que me esperéis despiertos.

—Tened mucho cuidado, y si hay algún problema...

—Os avisamos —interrumpe Clara a mi madre. De pronto se gira hacia mí y vuelve a sonreír de manera coqueta—. Julen, ¿te apetece venir con nosotras? Lo vamos a pasar bien.

Alzo una ceja de manera interrogante y sonrío de medio lado.

—¿Contigo y con la fea? Creo que paso de hacer de niñera —contesto.

—¡Oye, tú...! —exclama Macarena, pero antes de que pueda soltar lo que estaba a punto de decir, mi madre la interrumpe.

—Pasadlo bien, Macarena.

Ella me sigue mirando como si estuviera lanzándome cuchillos en su imaginación, después respira hondo por la nariz y asiente.

—Sí, buenas noches.

—Hasta mañana —dice Clara a modo de despedida, pero antes de seguir a su amiga fuera de la cocina me lanza una última mirada—. Tú te lo pierdes, bombón —susurra pasando a mi lado.

—¿Por qué no has ido con ellas? —me pregunta Amelia en cuanto escuchamos que la puerta principal se cierra.

Me limpio la boca con una servilleta y aparto el plato vacío hacia el centro de la mesa antes de contestar.

—Porque no me ha salido de los huevos. ¿Algún problema? —inquiero alzando una ceja con recochineo.

—Te agradecería que no le hablaras a tu madre en ese tono —interviene Marcos.

Me giro hacia él esperando ver un ceño fruncido o alguna otra señal de enfado por su parte, pero lo único que encuentro es un rostro de rasgos serenos y calmados.

—Es mi madre —siseo.

—También es mi mujer, y esta mi casa. No sé cómo vivías en Madrid, pero aquí existen reglas de convivencia que espero que te esfuerces en cumplir.

—Reglas —murmuro sonriendo falsamente—. No se me da nada bien cumplir órdenes.

—Son muy sencillas: para empezar, debes respetar a los demás, ayudar en casa manteniendo tu habitación limpia y ordenada y si tu madre te pide que le echés una mano con alguna tarea más, lo haces sin rechistar. Aparte de eso, también quiero que avises si vas a salir por la noche. Eres mayor de edad y puedes hacer lo que quieras, sin embargo, debes avisar si vas a llegar tarde o no vienes a dormir. Lo último que queremos es pasar una noche en vela preocupados por ti. ¿Lo vas entendiendo? —Lo miro de frente, sin amilanarme, y aunque su gesto no ha cambiado nada y sigue hablando en tono calmado, puedo notar que para él esta es una conversación muy seria. Al no responder, sigue hablando como si nada—. Otra cosa más, aquí todos ayudamos en el negocio familiar de una manera u otra, tu madre se encarga de la contabilidad, yo dirijo el negocio y trabajo en él más horas de las que puedo contar y Macarena echa una mano los fines de semana y en verano. Da la casualidad que tenemos falta de camareros, así que tu madre y yo lo hemos hablado y empiezas mañana mismo. Ayudarás en las comidas al igual que Macarena y cobrarás un sueldo proporcional a las horas que trabajes. Ese dinero puedes usarlo para lo que quieras. Eso sí... —clava su mirada en la mía y por primera vez frunce el ceño—, no quiero problemas en mi casa, y con eso me refiero a drogas o fiestas con amigos. Puedes traer aquí a quien quieras, siempre y cuando sepa comportarse. —Desvía la mirada hacia Amelia—. ¿Quieres añadir algo más, cielo?

Mi madre me mira de reojo y niega con la cabeza.

—No, creo que eso es todo —susurra.

Me quedo callado unos segundos, asimilando todo lo que me acaba de decir. ¿Trabajar? ¡Yo no he trabajado en mi puta vida, y menos aún de camarero!

—No voy a trabajar —afirmo.

Amelia me mira a los ojos y alza la barbilla de manera desafiante.

—Lo harás. Empiezas mañana a las doce, y si no te gusta, puedes llamar a tu padre para que venga a buscarte. Aquí vas a seguir unas normas, Julen. La vida que has llevado en Madrid se acabó. Yo no soy tu padre, no voy a darte dinero para que despilfarres en alcohol, drogas y mujeres y, por supuesto, tampoco voy a librarte de todos los líos en los que te metes. Aquí las cosas funcionan así: si quieres dinero, gánatelo.

—Estáis locos los dos —murmuro alucinado—. ¡¿Qué mierda voy a hacer yo en un chiringuito de playa?! ¡No he servido una puta copa en mi vida!

—Apuesto a que conoces la teoría —señala Marcos. Me cabrea su actitud, como si todo le diera igual. ¿Es que este hombre no tiene sangre en las venas?—. Te habrán servido tantas veces la comida y la bebida que no tendrás problema para ponerlo en práctica. Además, vas a estar en el mismo turno con Macarena y conmigo, así que te instruiremos.

—Sí, es muy fácil —dice el mocoso a mi lado—. Yo ayudo un poco cuando mamá me lleva. Te puedo explicar cómo se hace.

—¡Estáis todos como putas regaderas! —exclamo levantándome de golpe.

Estoy a punto de marcharme, pero antes de que pueda salir de la cocina escucho de nuevo la voz de Marcos.

—A las doce te espero en La Morena, Julen. No llegues tarde.

—Tu puta madre va a ir —susurro para mí sin detenerme. Subo a mi habitación y tras cerrar la puerta con más fuerza de la que apuesto que está permitida en esta maldita casa, me dejo caer sobre la cama y saco mi paquete de tabaco. Mi cabreo va en aumento al descubrir que no me queda ni un solo cigarrillo—. ¡Joder! —grito lanzando el paquete vacío contra la pared. Lo peor es que no tengo ni un céntimo para comprar más, y si Amelia no me va a dar dinero... Mierda, ¿de verdad voy a tener que trabajar? Eso es una reverenda putada.

Pídelo con educación, mamarracho

Maca

Clara no espera ni a arrancar el coche antes de soltarlo.

—¡Eres una zorra! —exclama.

Me giro hacia ella con una ceja en alto de manera interrogante.

—¿A qué viene ese ataque gratuito? —pregunto confusa.

—De gratuito nada, te lo has ganado, bonita. En todas las veces que me has hablado del hijo de Satán, ni una sola mencionaste que está bueno de morirse.

Pongo los ojos en blanco por su exageración. Clara es así, todo lo magnífica.

—Para empezar, te recuerdo que ayer lo vi por primera vez en diez años, además... Tampoco es tan guapo.

—¡¿Que no es tan guapo?! ¡Madre mía, no sé si estás ciega o tonta! ¡Está bueno que te cagas! ¿Has visto ese pelo rubio desordenado? Y los ojos, y el hoyuelo en la barbilla... ¡Dios! —Se da aire con la mano en una de sus actuaciones dignas de un Oscar. Estoy convencida de que Clara causaría furor en el mundo del cine, solo que ella se empeña en estudiar moda y diseño. Una pena, la verdad—. Qué aire macarra tiene, ¿no? Con el tatuaje y el pendiente.

—¿Qué tatuaje y qué pendiente?

Clara chasquea la lengua con desaprobación.

—¿De verdad no te has dado cuenta? Tiene un brillante en la oreja izquierda, y por debajo de la manga derecha de la camiseta se le transparenta un dibujo en tinta negra. Tienes que pedir cita en el oftalmólogo, cariño, lo tuyo no es normal.

¿Cómo es que no me di cuenta de eso cuando lo vi casi desnudo? Oh, sí, porque estaba demasiado ocupada recreándome

en su cuerpazo, por eso será.

Carraspeo para deshacerme de la imagen de mi hermanastro desnudo y mojado de la cabeza a los pies y me encojo de hombros.

—Pues no soy tan observadora como tú, chica. Además, me da igual si tiene tatuajes, pendientes o piercings en los pezones. Me sigue cayendo como una patada en el hígado.

—Eso es lógico —murmura girando la llave para arrancar el motor—. Como es tu hermano, no puedes recrearte, pero yo sí.

—No es mi hermano —siseo.

No sé por qué, tengo la necesidad de dejarlo bien claro. Siento rechazo solo de pensar que el hijo de Satán y yo pudiéramos compartir, aunque sea, solo un poquito de ADN.

Clara sigue chismorreando sobre Julen y lo guapo que es durante el trayecto hacia el paseo marítimo. Por suerte, en cuanto llegamos a La Morena, Aitor y César ya nos esperan junto a la barra. No hay demasiada gente, por eso mi padre pudo irse antes a casa, aunque el chiringuito estará abierto hasta las dos de la madrugada.

—Bienvenidas, chicas —saluda Aitor—. Estás muy guapa, Maca. Tú no —dice dirigiéndose a Clara.

Esta pone los ojos en blanco. Está acostumbrada a los comentarios maliciosos de su hermano. Apenas se llevan un año de diferencia. Clara cumplió los dieciocho hace cuatro meses y Aitor está a punto de cumplir los veinte. Se parecen bastante, ambos son rubios y de ojos verdes, y el desparpajo les sale de forma natural.

Decido ignorar su cumplido, ya que eso sería darle pie a que siga molestándome el resto de la noche. Así de pesado es Aitor, le tira la caña a cualquier mujer que se le pase por delante, le da igual que sea rubia, morena, pelirroja, gorda, flaca o calva. Para él, todas somos un objetivo.

Mientras Clara pide nuestras bebidas, yo tomo asiento al lado de César, el otro chico de nuestra pandilla, es el más tímido y retraído de nosotros. Casi no bebe, no fuma y tampoco hace el ganso. Es el mayor del grupo, y a sus veintiún añitos estudia enfermería en la Universidad de Málaga. Si dependiese de mi padre, él sería el hombre ideal para mí: listo, simpático, estudioso, tranquilo y trabajador, toda una joyita y el orgullo de su madre, Elena. La mujer

que precisamente nos está sirviendo las copas ahora mismo. Una belleza morena de pelo rizado que trae locos a todos los hombres que posan sus ojos sobre ella. César ha heredado sus rasgos y tono de piel y pelo, pero la sonrisa de mi amigo es especial, como la de un niño pequeño, sincera y genuina. Probablemente la haya sacado de su padre, eso solo Elena lo sabe, ya que el hombre que la embarazó cuando apenas tenía quince años era un turista que, tras pasar un verano a su lado, se fue y jamás regresó.

—¿Dónde vais a ir, chicos? —pregunta colocando mi refresco aderezado con un chorro de whisky sobre la barra.

Es la cantidad máxima de alcohol que voy a conseguir beber aquí en La Morena, por eso no tardaremos en irnos a otro local.

—Al Playa Chica —contesta César.

—No os paséis con la bebida esta noche, especialmente tú, Maca. Los demás son mayores de edad, pero hasta que cumplas los dieciocho ni siquiera deberían servirte alcohol.

—Tú acabas de hacerlo —señalo sonriendo.

—Eso es distinto, solo ha sido un chorrito y tengo permiso de tu padre. Por cierto, yo me he librado del turno de comidas de mañana, sin embargo, a ti te va a tocar trabajar duro. He escuchado que por la mañana van a llegar varios autobuses con turistas.

—Qué bien —murmuro con desgana antes de darle un trago a mi bebida—. Espera... ¿Qué quieres decir con que te has librado del turno de comidas? Creí que vendrías mañana a echar una mano.

Elena es la persona de confianza de mi padre para dirigir el negocio en su ausencia. A no ser que tengan exceso de trabajo, suele marcharse cuando ella está por aquí. Por eso cubre siempre el turno de las cenas.

—Eso pensaba yo, mi niña. Ya estaba resignada, así que te imaginarás la alegría que me he llevado hace un ratito cuando tu padre me llamó para decirme que tenemos nuevo camarero para las comidas.

—¿Nuevo camarero? Eso no tiene sentido. Acabo de estar con él y no me comentó nada.

—Pues, no sé, supongo que se le habrá olvidado, pero lo cierto es que mañana empieza el nuevo. Creo que también te va a tocar a ti ponerlo al día con nuestra forma de trabajar.

—Pero... ¿tiene experiencia? ¿Sabes quién es?

—Ni idea —contesta encogiéndose de hombros—. Tampoco he preguntado. Me basta con saber que tenemos ese puesto cubierto y que yo podré caer en coma desde que llegue a casa esta noche hasta mañana a las siete de la tarde.

—Sí, te mereces un descanso. Llevas varios domingos doblando turnos —señala sonriendo.

—Mira, mira, mira, pequeñín —susurra Aitor rodeando los hombros de César con su brazo. Tiene la mala costumbre de meterse con él por su estatura. Tampoco es tan bajo, solo que el capullo de Aitor siempre está buscando una excusa para molestarlo. No sé cómo siguen siendo los mejores amigos—. Ese pibón... Dios, es una diosa. —Señala a una mujer que está sentada en la terraza y pone su habitual cara de salido pajillero. Así es como lo ha bautizado su hermana—. Éntrale. Ve allí e invítala a una copa.

—No voy a hacer eso —dice César empujándolo para apartarlo—. Si quieres ligar con ella, hazlo tú.

—Joder, macho. Si sigues así no te vas a estrenar ni el día del juicio final. Hazme caso, ve allí y pavonéate ante ella, dile que tiene unas tetas como ubres. Eso les mola a las tías. —Clara, Elena y yo empezamos a reír a carcajadas y Aitor nos mira cabreado—. Vosotras a callar. Son cosas de hombres, no lo entendéis.

—¿Que no lo entendemos? —Elena se cruza de brazos intentando aparentar autoridad, aunque puedo ver que hace verdaderos esfuerzos para contener la risa. Por eso nos llevamos tan bien, porque a pesar de ser la madre de uno de nuestros amigos, solo nos lleva poco más de quince años. Es joven, nos entiende, y muy divertida—. Ugarte, deja de azuzar a mi niño que nos conocemos —le advierte usando su apellido.

—Vamos, Elena, lo hago por su bien. ¿De verdad quieres que tu hijo sea virgen para siempre?

—Yo no soy virgen —afirma César sin perder la calma.

Eso es algo que admiro de él, su templanza. Yo ya le hubiese pegado cuatro gritos al capullo de Aitor por mucho menos.

—Lo que tú digas. Solo intento ayudar.

—Pues no lo intentes tanto —señala Elena—. Y venga, ¿no os ibais? Pues arreando. Despejadme la barra.

Aún riendo, nos bebemos el resto de nuestras copas en un par de tragos, y tras despedirnos de Elena salimos del chiringuito y caminamos por la playa en dirección al local donde pasaremos el resto de la noche. Clara y yo vamos delante, con las sandalias en las manos y riendo de sus locuras, mientras César sigue aguantando los malos consejos sobre mujeres de Aitor a nuestra espalda.

Solo tardamos cinco minutos en llegar al Playa Chica, el bar-pub de moda en Mojácar. Es una gozada poder bailar, reír y emborracharse en un local situado justo en primera línea de playa. En la parte trasera hay una terraza espectacular con vistas al mar, y la música es buena. El único problema es la masificación de turistas en los meses de verano, ese es el precio a pagar por vivir en este pueblo. La mayoría de los residentes vivimos del turismo de manera directa o indirecta.

El guardia de seguridad nos deja pasar nada más vernos. Ni siquiera me pide mi identificación, sabe que no soy mayor de edad, así que hace la vista gorda porque me conoce: a mí, a mi padre y a toda la familia. Desde los quince años tengo permiso para salir de fiesta, beber alcohol y llegar tarde a casa. Algunos vecinos pueden llegar a pensar que mi padre es demasiado permisivo conmigo, y tal vez lo sea, pero lo cierto es que jamás le he dado un disgusto. Siempre he sido responsable y no me meto en líos. Papá es de esos progenitores que tienen claro que prohibir algo a un hijo es la forma de que lo haga a escondidas. Por eso no duda en confiar en mí y permite que sea yo misma la que marque los límites.

Nada más entrar en el pub, las centelleantes luces me obligan a entrecerrar los ojos. Por suerte no hay demasiada gente y podemos hacernos con una mesa en la terraza. Aitor y César se encargan de pedir las copas mientras Clara y yo tarareamos la canción que está sonando por los altavoces, *Bumpy Ride* de Mohombi. No es de mis canciones favoritas, tampoco soy muy rara para la música. Tengo mis preferencias, esos grupos y cantantes de los que escucho todo lo que sacan, sin embargo, disfruto escuchando cualquier género.

Durante un par de horas nos divertimos con las tonterías que suelta Aitor y el pique con su hermana, incluso César se une a sus locuras y acabamos todos riendo a carcajadas. Bebo un par de

copas más y después pido un refresco. En contadas ocasiones he llegado a beber más de la cuenta. Una de las razones por las que no lo hago es porque sé que mi padre confía en mí y en mi buen juicio. Por nada del mundo quiero decepcionarlo.

Me estoy secando el rostro por las lágrimas de risa cuando al fondo veo al chico con el que llevo fantaseando durante gran parte de mi vida. Daniel Guzmán no es solo un chico guapo, todo él es atractivo y excitante. Aunque mis amigos se rían de mí por esta fijación que tengo con él, no puedo evitar observarlo, prestar atención a cada detalle de su figura, desde su ropa formal, pantalón chino negro y camisa blanca, hasta su perfectamente peinado pelo negro. Es guapo a rabiar, y quien diga lo contrario merece el peor de los castigos.

—Ya la hemos perdido —susurra Clara golpeando mi brazo para llamar mi atención—. Tierra llamando a Macarena Ferrer. ¿Ves algo que te gusta?

—¿Qué? —Me giro hacia ella y compruebo que mi amiga me está mirando con una ceja en alto.

—¿Cuándo vas a hablar con él?

—¿Con quién? No sé de quién me hablas —murmuro antes de darle un trago largo a mi refresco, y aunque lo intento, no soy capaz de dejar de mirarlo de reojo. Saluda a varias personas y después se fija en mí. Enseguida me pongo nerviosa y dejo el vaso sobre la mesa enderezando la espalda—. Viene para aquí —susurro.

—Sí, ya lo veo. Esa persona que no sabes quién es, ¿verdad? —inquiere Clara en tono sarcástico.

—Deja de tocarme las narices y ayúdame. ¿Qué hago? —siseo.

—¿Qué tal si pruebas a saludarle? —sugiere César ganándose una mirada fulminante por mi parte—. Vale, ya me callo —señala, alzando sus manos a modo de rendición.

—Vale, espera, creo que se va —digo al ver como alguien lo llama desde el interior del local.

Respiro aliviada, y es entonces cuando el capullo de Aitor mete la pata hasta el fondo, como siempre.

—¡Daniel! —grita para llamar su atención. Le lanzo una mirada asesina, pero él solo sonrío de manera pilla y alza su mano para saludar a mi chico imaginario. Yo agacho la cabeza e intento pasar

desapercibida. Voy a matar a Aitor, de manera lenta y dolorosa—. ¿Qué pasa, tío? —le pregunta. Escucho el sonido de sus manos al chocar, pero no levanto la mirada de mi regazo. Apuesto a que mi rostro se ha vuelto de un color rojo pimiento—. ¿Quieres tomar una copa con nosotros? Siéntate.

—Eh... No sé —susurra Daniel.

Joder, hasta su voz es sexi. Estoy temblando de pies a cabeza.

—Vamos, quédate un rato —insiste Aitor.

Me lo cargo, juro que lo mataré a pellizcos en cuanto sea capaz de moverme.

—Me están esperando dentro, pero gracias por la invitación. Tal vez otro día —contesta.

Dejo salir una gran bocanada de aire. No sé si me siento aliviada o decepcionada. ¿Por qué no puede quedarse? Tal vez haya venido con alguna chica. Daniel no es de los que salen cada noche con una distinta, le gusta tener novia formal, por eso me preocupa tanto pensar que pueda estar saliendo con alguien ahora mismo. El verano pasado cortó con Cecilia, la chica con la que estuvo casi un año, así que creí que quizás este verano podría tener mi oportunidad. Aunque, pensándolo bien, no voy a llegar a ningún lado si soy incapaz de mirarlo a la cara. Eso es básico en una relación, ¿no? Joder. Vale. Respiro hondo y alzo la cabeza de golpe. Mis ojos se clavan en los suyos y veo que sus comisuras se elevan un par de centímetros.

—Ho... ho... hola, Daniel —susurro alzando mi mano.

Genial, tartamudeo y saludo como una retrasada mental. Es que soy imbécil.

—Hola, Macarena —contesta ampliando su sonrisa—. Me alegro de verte.

«Dile algo, lo que sea, pero hazlo ya», me digo a mí misma en mi cabeza. Pasan varios segundos en los que ninguno de nosotros habla, y entonces Daniel choca su mano con la de Aitor y se despide con un adiós antes de marcharse.

—Hasta luego —murmuro con un hilo de voz cuando ya se ha ido.

Mis amigos me miran y no se cortan en reír a carcajadas por mi metedura de pata.

—¿Qué ha sido eso, Maca? Hola, Daniel —me imita moviendo la mano a modo de saludo—. Parecías una acosadora.

Clara y Aitor vuelven a partirse de risa, el único que intenta contenerla es César, que me mira con pena. Él sabe lo que es estar pillada por alguien y no tener el valor de hacer nada al respecto. Lo suyo por Clara es un secreto a voces que hasta ella conoce. Aunque su caso y el mío son distintos, él es de naturaleza tímida; yo, sin embargo, no tengo problema en hablar con la gente, soy una chica sociable y extrovertida. Con la única persona que me ocurre esto es con Daniel.

—Vale, ya os habéis reído de mí suficiente. Me voy a casa —informo levantándome. César me imita enseguida. Él es quien me va a llevar.

—Vamos, espera un rato más —pide Clara haciendo pucheros.

—Que no. Mañana puedes dormir hasta las dos de la tarde, yo tengo que trabajar a las doce y antes quiero estudiar un rato.

—¿Para el permiso de conducir? —me pregunta Aitor. Asiento y Clara parece darse por vencida, ya que termina de beber su copa de un trago y se levanta también—. ¿Cuándo tienes el examen?

—El veintisiete de este mes. Tres días después de mi cumpleaños. Si lo apruebo, empezaré enseguida con las prácticas.

Nos marchamos caminando de nuevo por la playa. Me encanta el olor del mar y el sonido que emiten las olas al romper contra las rocas, en especial por la noche. Cuando era niña, papá siempre me hablaba de mi madre, me contaba lo que le gustaba, las cosas que hacía... Hay algo que se me quedó grabado en la memoria. Ella decía que todo siempre es más bonito bajo la luz de la luna y las estrellas, y yo creo que tenía razón.

César conduce el coche de Clara hasta mi casa y allí nos despedimos. Es probable que no vuelva a ver a los chicos hasta el próximo viernes. Durante la semana trabajan en la carpintería de aluminio Ugarte, con el padre de Aitor y Clara. A nosotras aún nos queda una semana más de clases. Ya hemos terminado los exámenes, pero de todos modos pensamos asistir hasta el final. Es una buena preparatoria para lo que nos espera el próximo curso en la universidad. Ambas estudiaremos en la Universidad de Almería, aunque distintas carreras.

Tras abrir la puerta lo más despacio posible para no hacer ruido, escucho como el coche donde van mis amigos se pierde por la calle. Decido quitarme las sandalias para no despertar a nadie y subo directa a mi habitación. Tras coger mi pijama corto, hago una pequeña escapada al baño y después regreso a mi cuarto. Me tiro en la cama y abro el libro que estoy leyendo en este momento, *Crepúsculo*, de Stephanie Meyer. No es la mejor obra que he leído, pero me mantiene entretenida. Leer es una de mis pasiones, y espero poder dedicarme por completo a ello tras acabar la carrera. Antes de que pueda darme cuenta ya he pasado más de treinta páginas y son las cuatro de la madrugada. Aunque me apetece terminar el libro, sé que si sigo leyendo no dormiré nada en toda la noche y mañana pagaré las consecuencias. Dejo el libro en mi mesita y me tumbo de lado, cierro los ojos y espero, y espero, y sigo esperando. Mierda, no puedo dormir.

Con un resoplido, pateo la sabana y salgo de la cama. Cojo del cajón de mi escritorio un paquete de tabaco y, tras abrir la ventana, salgo al exterior. Ando con cuidado sobre las tejas para no caerme, y al llegar al centro del tejadillo me siento y enciendo un cigarro. Apenas le he dado dos caladas cuando un movimiento a mi izquierda me sobresalta.

—¿Qué estás haciendo, Fea?

Pego un brinco y llevo la mano al centro de mi pecho

—¡¿Eres idiota?! —exclamo fulminando a Julen con la mirada—. Podría haberme caído, imbécil.

En vez de ofenderse, lo que recibo por su parte es una sonrisa ladeada que por una milésima de segundo me deja algo descolocada. Tiene una sonrisa preciosa, que junto a esa hendidura en el mentón, apuesto a que es capaz de dejar a cualquier mujer de rodillas a sus pies.

—¿Estás fumando? —inquire sacando medio cuerpo por la ventana para poder ver mi mano derecha. La alzo con el cigarrillo entre los dedos y su sonrisa se expande—. Eres una chica mala, Fea —dice en tono burlón.

Da un salto y atraviesa la ventana cayendo sobre el tejadillo. Por un momento duda en seguir caminando o no, asoma la cabeza para mirar hacia abajo y su mandíbula se tensa. Cierra los ojos un par de

segundos, y tras abrirlos de nuevo sigue andando con cuidado hasta llegar a mi lado.

—¿Qué coño haces? —inquiero alzando una ceja en su dirección.

—Ratearte un cigarro —contesta extendiendo su mano.

—Ni de puta coña —siseo desviando la mirada.

—Fea, no me toques las pelotas. Llevo horas sin fumar. Me he quedado sin tabaco y no tengo dinero para comprarlo. Dame un puto cigarro.

Vuelvo a mirarle con una ceja arqueada y alzo la barbilla de manera altiva.

—Si quieres algo, pídelo con educación, mamarracho.

—Me cago en la... —Resopla pasándose la mano por el pelo y respira hondo—. Muy bien. Fea... —Ladeo la cabeza y él sonrío falsamente—. Macarena, ¿podrías darme un cigarrillo? —Arqueo aún más mi ceja y él vuelve a bufar—. Por favor —sisea entre dientes.

—Así está mejor. Vas aprendiendo —comento tras coger un cigarro del paquete y tendérselo—. ¿Qué se dice? —pregunto con recochineo.

—Gracias —escupe como si le estuvieran arrancando una muela.

Cuando pienso que está a punto de marcharse, veo que se acerca aún más y se sienta a mi lado.

—¿No te vas? —pregunto extrañada.

—No —contesta tras encender el cigarrillo con el mechero que coge sin mi permiso de la teja. Le da una calada y expulsa el humo con una expresión satisfecha—. ¿Algún problema?

—Prefiero estar sola —comento.

—Pues te jodes. Yo preferiría estar en Ibiza tirándome a alguna tía buena, pero aquí estoy, con la fea, subido al puto tejado de mi propia prisión. Si yo no puedo tener lo que quiero, tú tampoco —dice encogiéndose de hombros.

—¿Alguna vez te han dicho que eres un capullo integral? —inquiero empezando a cabrearme. Este tipo saca lo peor de mí, eso seguro.

—Muchas veces —contesta sonriendo de oreja a oreja—. Pero aquí lo importante no soy yo. ¿Sabe tu papaíto que fumas a escondidas?

—¿Y a ti qué mierda te importa? —siseo intentando controlar mi mala leche.

—No, si no me importa. —Se acomoda hacia atrás y sigue inhalando y soltando humo sin dejar de mirarme—. Solo busco algo con lo que chantajearte si te pones pesada.

—Pues no lo vas a conseguir. Puedes decírselo a mi padre si quieres, ya lo sabe.

—Oh, ¿y te deja? Qué chica más grande, ¿no? —se burla.

—Solo fumo de vez en cuando, así que la respuesta es sí, me deja, o más bien le da igual. Yo soy responsable de mis actos. ¿Sabes lo que es eso, Julen? La responsabilidad digo. Dudo mucho que conozcas el significado de esa palabra. —Espero que se cabree o diga algo ofensivo, pero al mirarlo de nuevo compruebo que está sonriendo—. ¿Qué, te hago gracia?

—Siempre tienes una réplica para todo, ¿verdad, Fea? Eres incapaz de quedarte callada.

Contigo sí, estoy a punto de responder, aunque no lo hago, solo me encojo de hombros y doy una última calada antes de apagar el cigarrillo en una de las tejas.

—Me voy a dormir. Esta interesante conversación me ha dado un sueño horrible —digo en tono sarcástico—. Además, algunos trabajamos por aquí. Tampoco creo que sepas lo que es eso.

Nada más levantarme, escucho de nuevo su voz.

—En realidad, estoy a punto de averiguarlo, y tú serás quien me enseñe a hacerlo.

Me giro de golpe y lo miro frunciendo el ceño. La luz de la farola que hay al otro lado de la calle ilumina parte de su rostro haciendo brillar el pendiente que lleva en la oreja izquierda. Clara tenía razón, le queda genial.

—¿Qué coño quiere decir eso? —inquiero.

—Ya me has escuchado. Mañana es mi primer día de trabajo en el chiringuito ese de tu padre. Vas a tener que soportarme durante unas cuantas horas seguidas. Por cierto, te advierto que me cuesta

pillar las cosas a la primera, así que más te vale ser paciente conmigo.

Su tono cínico no me pasa desapercibido. El muy cabrón se está burlando de mí. Apuesto a que le divierte martirizarme. Y si cree que puede conmigo, está muy equivocado. Ahora entiendo de dónde sacó mi padre un camarero de un momento a otro. Joder, qué reverenda putada.

Santa Macarena de Mojácar

Julen

Soy vagamente consciente de que el despertador de mi teléfono está sonando, así que estiro la mano y lo paro sin siquiera abrir los ojos. Casi he conseguido volver a dormirme del todo cuando escucho los golpes, como si alguien intentara echar abajo una puerta a porrazos.

—¡Julen! ¡Julen!

—Me cago en la... —Resoplo y me cubro la cabeza con la almohada para seguir durmiendo. Joder, con lo bien que estaba. Me he despertado en lo mejor del sueño, justo cuando la pelirroja y la morena estaban a punto de...

—¡Julen! —Vuelven a aporrear la puerta y yo bufo bajo las mantas—. ¡Levántate, joder!

Mi recién despertado cerebro no es del todo consciente de lo que está pasando, aunque en el fondo sé a quién pertenece esa voz. Es la niñata quien no me deja dormir en paz. Y por algún motivo que desconozco, entre el sueño húmedo que ha interrumpido y su sola voz, consiguen que se me ponga dura y lista para la acción.

—¡A tomar por culo, niña! —bramo volviendo a cubrirme la cabeza.

Los golpes cesan, y tras varios segundos respiro hondo. El roce de mi entrepierna contra las sábanas me resulta molesto y placentero a la vez. Joder, quiero volver al sueño y follarme a esos dos bellezones. Estoy cachondo perdido. Cuando vuelvo a acomodarme y suspirar, escucho que la puerta se abre y el refugio en que se habían convertido las sábanas desaparece en un instante, dejándome completamente expuesto, desnudo y empalmado.

—¡Hostia, puta! —exclama la niñata. Al abrir los ojos de golpe veo que se gira a toda prisa—. ¡¿Por qué coño duermes desnudo?! Y estás... estás... Mierda.

Me siento en la cama de un salto y arrastro la sábana para tapar mi entrepierna. Resoplo y vuelvo a resoplar. Ahora mismo me cargaría a esta niñata de los cojones.

—¡¿Se puede saber qué mierda pasa en esta casa?! ¡Intimidad, joder! ¡¿Eso es pedir demasiado?! —vocifero.

—¿Estás tapado? ¿Puedo girarme? —inquieta.

—¡No, joder, no puedes girarte! —contesto a gritos mientras me estiro para alcanzar mi pantalón. Cuando lo tengo puesto, respiro hondo para intentar mantener la calma y vuelvo a sentarme en el borde de la cama—. ¿Hay fuego en algún lado? ¿Por qué coño entras en mi habitación sin llamar?

—¿Sin llamar? Llevo diez minutos aporreando la puerta —replica sin girarse.

Bufo de nuevo. Esta chica saca lo peor de mí, eso es algo que tengo clarísimo.

—Gírate, Fea, estoy vestido —ordeno.

—¿Seguro? No quiero volver a ver tu... cosita. Además, solo venía a despertarte. Son casi las doce y Amelia ha insistido en que te lleve conmigo a La Morena. Si fuese por mí, ya me habría marchado, y después tú te harías el camino a pie.

—¿Cosita? Me cago en la niña de... —Respiro hondo una vez más—. ¡Fea, que te des la vuelta, coño!

Poco a poco se va girando, al principio con la mano cubriendo sus ojos, pero después los aparta con cautela y me mira intentando reprimir una sonrisa.

—Siento lo de... Ya sabes. No quería interrumpir tu solitario. — Se le escapa una risita y yo alzo una ceja en su dirección.

Aunque sigo cabreado, admito que en el fondo me gusta que se esté riendo. Vete tú a saber por qué.

—No era ningún solitario. Los tíos somos así, nos despertamos empalmados. La culpa es tuya.

—¡¿Cómo?! —exclama abriendo los ojos como platos.

—¡Joder, no así! —Bufo de nuevo y me levanto de la cama para coger una camiseta y ponérmela—. Me refiero a que es culpa tuya

haberlo visto. Si no entraras en la habitación y me quitaras la sábana, no habría pasado.

—No, si aparte de capullo y mamarracho, va a ser culpa mía que seas un salido pajillero, no te jode.

Aprieto los dientes y siseo una maldición para no pegarle cuatro gritos. Me desquicia que tenga una réplica para todo. Siempre tiene que tener la última palabra.

—Tenías prisa, ¿no? —pregunto terminando de abrocharme las deportivas. Sacudo la ropa con un par de palmadas y abro mis brazos en cruz—. Pues estoy listo, vámonos de una vez.

—¿No vas a peinarte?

Inhalo fuerte por la nariz y sonrío con falsedad antes de pasar la mano por mi pelo hacia atrás.

—Peinado, ¿nos podemos ir de una puta vez?

—Joder, chico, qué mal despertar tienes, ¿no? Si ya eres desagradable en cualquier otro momento, recién levantado no hay quien te aguante —murmura saliendo de la habitación.

Tras tomar aire una vez más, la sigo al exterior. Bajamos a la planta principal y vamos directos a la cocina. Se supone que tenía prisa, pero la niña aún pasa a despedirse del mocoso y de mi madre.

—¿No vas a desayunar nada, Julen? —me pregunta esta última.

—No —contesto de manera cortante.

—Si quieres, te dejo comer de mis cereales —me dice el crío.

—¡Ya he dicho que no quiero nada, joder! —exclamo perdiendo el control—. ¿Nos vamos o me vuelvo a la cama?

Amelia y la Fea se me quedan mirando muy serias, el mocoso agacha la cabeza.

—Nos vamos —sisea Macarena.

Sin previo aviso echa andar hacia la salida y yo la sigo casi a la carrera. En cuanto salimos al exterior se dirige a un Scooter que hay aparcado al otro lado de la calle, abre el asiento y me lanza un casco con tanta fuerza que, de no haberlo pillado, estoy seguro que me habría dado de lleno en la cabeza. Parece... ¿cabreada?

—Oye, ¿a ti qué te pasa, niña? Hace un rato eras toda sonrisas y ahora casi me abres la cabeza con el casco.

Me mira a los ojos y casi puedo ver como su rabia brilla en ellos. Sí que está cabreada, y mucho.

—Voy a decirte una cosa, Julen, y no volveré a repetirla. —Da un paso hacia mí y tiene que alzar el cuello para seguir mirándome a los ojos—. Puedes tratarnos mal a mi padre y a mí, incluso a Amelia, pero como vuelvas a hacer o decir algo que haga daño a mi hermano, me da igual lo alto o fuerte que seas, te partiré esa cara de mamarracho que tienes. ¿Lo has entendido?

Si cualquier otra chica de un metro sesenta y cincuenta kilos me amenazase de esa forma, mi primera reacción sería echarme a reír a carcajadas. Sin embargo, con sus ojos clavados en los míos y esa cara de cabreo, me tomo su amenaza muy en serio. La imagen que proyecta Macarena ahora mismo es como la de esas madres elefante que intentan proteger a sus crías de los depredadores.

—No volverá a pasar —susurro.

—Mateo adora esos cereales, no deja que nadie los toque, y te los ofreció de buena voluntad. Si no eres capaz ni de...

—He dicho que no volverá a pasar —siseo.

Mi respuesta parece sorprenderle ya que se echa hacia atrás y respira hondo.

—Bien, ahora sube a la moto, ya llegamos tarde. —Se pone su propio casco, y tras quitarle el caballete, la arranca y se me queda mirando—. Vamos, no tengo todo el día.

—No vas a llevarme tú —afirmo encogiéndome de hombros—. Paso de ir en este cacharro. Por suerte, en este pueblo de mierda no me conoce nadie y no pasaré tanta vergüenza, pero dejar que una chica me lleve de paquete... Eso ni de coña.

—Julen, tienes dos opciones: te llevo yo o vas a pie. Tú decides.

—Que no, yo te llevo a ti. No voy a ir de paquete, olvídalo.

—Vale, como prefieras —murmura encogiéndose de hombros.

Cuando pienso que va a dejarme conducir, acelera el Scooter y se marcha sin decir nada más.

—¡Eh! ¡Eh! —grito, y ni siquiera se detiene—. ¡De puta madre! —maldigo pateando una piedra.

Vuelvo a entrar en casa con las llaves que Amelia me dio al llegar ayer, y me dirijo a la cocina. Estampo el casco sobre la mesa, justo al lado del crío, y este pega un bote y se aparta asustado.

—¿Qué pasa? —pregunta mi madre espantada.

—¡Esa puta loca! ¡Me ha dejado tirado! ¡¿Te lo puedes creer?!
¡Una niñata de mierda viene a torearne!

—Julen, hijo, tranquilízate. Estoy segura de que Macarena ha tenido alguna razón para no llevarte con ella. ¿Qué le has hecho? —
Le lanzo una mirada asesina y ella alza las manos en son de paz—. Vale, da igual. Voy arriba a por las llaves de mi coche y puedes llevártelo. Más tarde bajaremos Mateo y yo dando un paseo.

Se marcha de la cocina y yo sigo maldiciendo un rato más hasta que me doy cuenta de que el niño me está mirando con auténtico terror. Respiro hondo y recuerdo las palabras de la Fea. Joder, no es que le tenga miedo, pero... Pobre crío. Me acerco a él con cautela y me agacho a su lado, y de inmediato se echa hacia atrás como si pensara que yo voy a golpearle o algo así.

—Oye, mocoso, no tengas miedo, ¿vale? —susurro en el tono más tranquilo y sereno que soy capaz de usar. Mi voz es grave de por sí, no puedo hacer nada con eso—. A veces me cabreo y grito o golpeo cosas, pero no soy peligroso, lo prometo. No sería capaz de hacerte daño, ni a ti ni a nadie.

—No tengo miedo —murmura tras tragar saliva con fuerza—. Hoy, antes de que te levantas, Maca dijo que eres un mamarracho.

Sonrío negando con la cabeza y veo como él también hace amago de sonreír.

—Tiene algo de razón, pero ella no tiene por qué saberlo, ¿vale? Será nuestro secreto.

Coloco mi puño cerrado frente a él y espero que lo golpee con el suyo. Tras reír abiertamente, el crío lo hace, y la forma en la que me mira cambia de pronto.

—Aquí están —Amelia entra en la cocina y me enderezo con rapidez, no sin antes guiñarle un ojo al pequeño, que vuelve a sonreír mientras retoma su desayuno. Mi madre me tiende las llaves—. Es un Toyota gris, está aparcado en este lado de la calle. Ten cuidado con él, acabo de pintarlo. ¿Sabes cómo llegar al chiringuito?

—Está en la playa, ¿no?

—Sí, hay un aparcamiento en el paseo marítimo. Desde allí puedes verlo. Solo tienes que seguir la pasarela de madera. — Asiento y, tras coger las llaves, salgo de casa sin decir nada más.

Tardo más de diez minutos en llegar al aparcamiento. De camino me cruzo con un montón de coches y autobuses. Es increíble el tráfico que hay aquí para lo pequeño que es este pueblo. Al llegar, localizo de inmediato el Scooter de Macarena, de modo que estoy en el lugar correcto. Salgo del coche, y tras cerrarlo con el mando a distancia, me acerco a la moto y sonrío por mi propia maldad.

—Te vas a cagar, niñata —susurro para mí.

Tras mirar a un lado y a otro, me agacho frente a la rueda delantera, le quito el tapón y presiono la válvula de aire con la llave. Al terminar, repito el proceso con la rueda trasera y me levanto sonriendo de oreja a oreja.

Tal como Amelia me dijo, veo a lo lejos un chiringuito de playa en madera y cristal. Según me voy acercando, me doy cuenta de que mi concepto de chiringuito era lo opuesto a lo que estoy viendo. Creí que me encontraría con una barra mugrienta donde venden helados y refrescos a pie de playa, tal vez con alguna mesa vieja en la arena, sin embargo, este lugar no tiene nada que envidiarle a muchos restaurantes de alto nivel. Es enorme, con más de cincuenta mesas repartidas entre la parte cubierta y la terraza, hecha sobre la arena, pero de madera oscura. Este sería uno de esos lugares que elegiría para comer o cenar si estuviera aquí de vacaciones. Me gusta, tiene estilo propio. Me acerco a la barra y saludo a Macarena con un “buenos días” muy afectivo.

—¿A ti qué te pasa? —inquire frunciendo el ceño—. ¿Estás en esos días del mes o algo? Lo digo por tus cambios de humor repentinos.

—Algo así —murmuro encogiéndome de hombros.

Espero poder estar presente en el momento que encuentre su jodido Scooter con ambos neumáticos desinflados. Pienso hacer que camine de vuelta a casa igual que ella pretendía que hiciese yo.

—Ah, hola, Julen —saluda Marcos saliendo de una puerta que está justo al lado de la barra—. Macarena me dijo que ibas a llegar tarde. Se te pegaron las sábanas, ¿verdad?

Miro a la niña y esta sonrío como si no hubiese roto un plato en su vida. Será... Es una loba escondida bajo la piel de un corderito.

—Sí, me he quedado dormido —contesto.

—Bueno, por ser tu primer día no pasa nada, pero intenta que no vuelva a ocurrir. —Rodea los hombros de su hija con el brazo y deposita un beso en lo alto de su cabeza—. Cariño, ayuda a Julen a ponerse al día. Explícale un poco donde están las cosas y enséñale lo básico para servir mesas.

—Vale. —La niña me mira con una ceja arqueada—. Ven conmigo y presta atención. —La siguiente hora habla sin parar mientras yo intento seguirle el hilo. Explica tantas cosas que, al terminar, me doy cuenta de que no he conseguido memorizar ni la mitad—. No has entendido nada de lo que he dicho, ¿verdad? —pregunta colocando los brazos en jarras.

—¿Si te digo que no vas a volver a amenazarme con partirme la cara? —pregunto.

—No, tengo por costumbre amenazar solo una vez por semana —contesta en tono divertido—. Es normal que te sientas bastante perdido en tu primer día. Poco a poco irás cogiendo soltura, y si tienes alguna duda o problema, solo dilo y te ayudaré.

Vale, ahora mismo me siento un poco, solo un poquito culpable por lo que he hecho. La Fea se está portando bien conmigo, y hasta es amable. Mierda.

—Creo que yo no soy el único que está en esos días del mes —comento—. Hace un rato me dejaste tirado, y ahora te comportas con tanta amabilidad que asusta.

—Pues tranquilo, que no muerdo. Bueno, a veces un poco, pero solo cuando me tocan las narices. Aquí donde me ves, soy la reina de la simpatía y la amabilidad. Santa Macarena de Mojácar me llaman.

Sin poder evitarlo, se me escapa una carcajada. Es graciosa la niña. Tiene un desparpajo que le sale de una forma natural muy poco común. He conocido a personas que intentan ser extrovertidas y graciosas para atraer la atención de los demás, después están esas otras que, aunque lo intentan, no llegan a caer bien, pero ella es distinta, peculiar, hasta me atrevería a decir que es única.

—Oye, pero si sabes reír... —señala—. Creí que eras como esos ogros que solo refunfuñan y se quejan por todo.

—Lo soy —replico cruzándome de brazos, aunque incapaz de dejar de sonreír—. El hijo de Satán me llaman. —Sin esperarlo, la niñata empieza a reír a carcajadas, tan fuerte que se dobla sobre sí misma y casi se queda sin respiración—. Oye, si me dices qué es tan gracioso nos reímos los dos.

Respira hondo y se seca las mejillas cubiertas de lágrimas de risa.

—No, nada, no me hagas caso. Ya sabes, esos días. —Echa un vistazo sobre mi hombro e intenta ponerse seria—. Mira, ahí tienes tu primera mesa. Adelante.

Me giro para ver a cuatro tipos sentarse en una de las mesas de la terraza.

—No sé si esto es buena idea. ¿Y si lo haces tú y yo te miro para aprender?

—Julen, no seas cagueta. Solo tienes que llegar allí, dar los buenos días y preguntarles qué quieren tomar. Si van a comer les llevas las cartas, y mientras tanto vienes a la barra a buscar las bebidas. Es fácil y lo harás bien. Respira hondo y no te preocupes.

Hago lo que me dice, exhalo una gran bocanada de aire y lo suelto despacio, justo antes de dar la orden a mis piernas para que empiecen a moverse.

Mantengamos las distancias

Maca

—¡Esto es una puta mierda! —vocifera Julen estampando la bandeja sobre la barra con un estruendo. Está sudando y sin aliento, como si acabara de correr un maratón—. Esos tíos me están toreando. Que si tráeme una bebida más, después sal, luego otra servilleta, otra bebida...

—Baja la voz y tranquilízate —susurro tirando de su brazo para arrastrarlo al extremo de la barra, lejos de las miradas y oídos de los comensales—. Eres su camarero, se supone que ese es tu trabajo, llevarles lo que pidan.

—¿Y no pueden pedirlo todo a la vez?! —exclama alterado—. Me tienen andando de un lado a otro como un puto gilipollas.

Asiento dándole la razón. A veces algunos clientes creen que los camareros son de su uso exclusivo, no entienden que hay otras personas que esperan recibir la misma atención. Es desquiciante, e incluso llega a ser humillante, ya que en ocasiones lo hacen a propósito, intentan demostrar su poderío mangoneando a quien está trabajando para ganarse la vida de manera honrada.

—Son cosas que pasan, Julen. Es molesto, pero en un rato se marcharán y probablemente no vuelvas a verlos nunca. Aguanta lo que puedas, sé amable y no pierdas la compostura. Si son maleducados o irrespetuosos, dímelo y los echaré, mientras tanto tienes que aguantar. Son gajes del oficio.

—¡Y una mierda! Yo no vuelvo ahí. Se van a reír de su puta madre.

Resoplo y veo como Almudena y Javi me hacen señas desde el otro lado de la barra. Aunque el local no está lleno del todo, hay bastante ajetreo, y ellos esperan que yo les sirva las bebidas desde

la barra ya que mi padre se ha metido en la cocina para echarle una mano a José Luis y Andrés.

—Vale, hagamos algo. Atiende tú la barra y yo me encargo de tus mesas.

—¿En serio harías eso por mí? —susurra sorprendido.

Ruedo los ojos de manera teatral y sonrío.

—No lo hago por ti. Temo que acabes arruinando el negocio familiar con tus malos modales —contesto en broma. Su gesto cambia y sus comisuras se elevan un par de milímetros—. Ven conmigo. —Tiro de nuevo de su brazo y lo arrastro al interior de la barra. Cuando me detengo, me doy cuenta de que en realidad lo que estoy sujetando es su mano. Julen mira nuestros dedos unidos y alza una ceja—. Lo siento —susurro soltándolo de inmediato. Sacudo mis hombros para recomponerme de la extraña sensación que me ha sacudido en el momento en que las palmas de nuestras manos han entrado en contacto, y decido restarle importancia. Solo ha sido un accidente fortuito—. Aquí están las cervezas —informo abriendo una de las celdas de la nevera, la cierro y abro la siguiente—. Los refrescos en esta y las aguas y zumos en la siguiente. Todos los vasos están arriba. —Señalo las barras ancladas en la parte superior donde los vasos cuelgan sobre nuestras cabezas—. La cerveza de barril es más difícil de servir, fíjate cómo lo hago.

—Niña, ya que estás ahí, sírveme cuatro —pide Javi frente a mí. Le explico a Julen cómo tiene que situar el vaso e ir girándolo poco a poco para que la cerveza asiente y no cree demasiada espuma, y tras servir las cuatro cañas, dejo que sea él quien se encargue del resto—. ¿Lo tienes todo? —Asiente—. Bien, dame tus comandas. Yo me encargo de las mesas.

Me tiende su bloc y yo lo miro con recelo al ver varios papeles garabateados sin sentido.

—No se me da muy bien eso de llevar un orden —murmura.

—Sí, ya lo veo —Guardo el bloc en el bolsillo de mi delantal y respiro hondo—. Da igual, ya me las arreglaré. Si necesitas ayuda con algo, avísame, ¿vale?

Asiente de nuevo, estoy a punto de marcharme cuando al pasar a su lado me sujeta del brazo. Noto como sus dedos se deslizan por el interior del mismo rozando mi piel hasta que llega a mi mano. Una

vez más, esa extraña sensación acude a mí, solo que esta vez es mucho más intensa. Julen me mira a los ojos fijamente mientras su dedo pulgar acaricia el interior de mi muñeca.

—Gracias —susurra.

Me quedo prendada de su mirada azul durante varios segundos. Mirarse en sus ojos es como observar una puesta de sol: el tiempo pasa lento, y aunque sabes que pronto acabará todo, no puedes dejar de mirar. Un escalofrío recorre mi columna y mi corazón se acelera cuando su mirada abandona la mía y va a parar a mis labios. Mierda, ¿qué coño me está pasando?

Me aparto con brusquedad y sacudo la cabeza para librarme de lo que sea que acabe de pasar.

—No hay de qué —farfullo pasando a su lado como un cohete para seguir trabajando.

El resto del turno transcurre sin más contratiempos. Es notable que Julen se encuentra mucho más cómodo sirviendo en la barra que en las mesas, así que cuando mi padre sale de la cocina permite que sea él quien se quede allí. Solo acude a ayudarlo si algo no le sale bien o necesita ayuda, y eso me libra a mí de tener que hacerlo. Es un alivio, ya que no sé cómo reaccionaría si tuviera que estar tan cerca de él otra vez. Ni siquiera a las cinco de la tarde, cuando nos sentamos a comer exhaustos y sudorosos, puedo encontrar una explicación para lo que pasó en el interior de esa barra. Jamás había sentido nada igual.

—¿Qué tal tu primer día, Julen? —le pregunta mi padre sentándose a mi lado.

—Bien —contesta él desde la otra punta de la mesa. Él mismo decidió tomar asiento lejos de mí, algo que agradezco.

—No lo has hecho nada mal —comenta papá sonriendo. Introduce la mano en su bolsillo y saca un billete de cincuenta euros que le tiende—. Esto es un adelanto de tu sueldo, por si quieres salir a algún lado o comprar algo. Macarena no empezará a trabajar a diario hasta el próximo viernes, cuando termine las clases. Si quieres puedes tomarte tú también estos días libres o...

Julen me mira, y yo agacho la cabeza y me apresuro a comer. Tal vez haya sido un gesto un poco brusco, pero he sentido la necesidad de desentenderme de esa conversación.

—Prefiero seguir viniendo todos los días —dice interrumpiéndole.

Mi padre parece sorprendido, aunque también satisfecho. Amplía su sonrisa y asiente.

—Claro, mañana a la misma hora entonces. Ya hablaremos de tu día libre en casa.

Julen cabecea y sigue comiendo sin decir nada más. Yo me apresuro en terminar y me levanto recogiendo mi plato.

—¿Necesitas algo más, papá? —pregunto.

—No, cariño, márchate ya. ¿Cómo llevas el examen de conducir?

—Bien, estaré lista para el día veintisiete.

—Más te vale. No quiero que sigas conduciendo ese cacharro. En cuanto tengas el permiso de conducir, lo vendo.

—¿Y vas a comprarme un coche? —inquiero alzando una ceja.

—Ya veremos, puedes usar el mío o el de Amelia por ahora, pero al menos estaré tranquilo.

—Oye, mi bebé es muy seguro —señalo con fingida molestia.

—Seguro es que algún día te vas a matar en esa cosa. Además, vas a necesitar otro transporte para ir y venir a Almería el próximo curso.

—¿Almería? —pregunta Julen llamando nuestra atención.

Mi padre infla su pecho como siempre que habla de mi futuro universitario.

—Sí, Macarena se muda a Almería en septiembre. Va a la universidad.

—Bueno, yo mejor me voy. Necesito una ducha con urgencia. — Me despido con la mano y salgo del local antes de que nadie pueda decir nada más.

Camino hasta el aparcamiento y veo el coche de Amelia justo al lado de mi moto. Me sentí muy culpable por dejar a Julen tirado esta mañana. Es más, he intentado ser amable con él y ayudarlo en todo para mitigar esa culpa. Al fin y al cabo, vamos a vivir juntos, al menos durante el verano, así que es mejor que nos llevemos bien. Me alegra que haya venido en el coche de Amelia, eso ayuda bastante a mi conciencia.

Sonríó sacando las llaves del bolsillo de mi pantalón corto, y justo en ese momento, al mirar hacia abajo, lo veo. Los dos neumáticos están sin aire. Las llantas tocan el suelo de lo bajas que están.

—No puede ser —susurro agachándome para comprobar lo que ya sé, que alguien las ha pinchado. No es posible que se hayan desinflado las dos a la vez. Tiene que ser algo provocado—. ¿Quién habrá sido el hijo de puta? —siseo.

—Fea, ¿te llevo?

Miro hacia la procedencia de esa voz y veo a Julen acercarse con las llaves del coche en la mano y sonriendo de manera maliciosa. Entonces todo encaja en mi cabeza. El muy cabrón se ha vengado por lo de esta mañana pinchándome los neumáticos.

—Mamarracho, desgraciado, hijo de...

—¡Oye! —exclama sin dejar de sonreír—. Ten cuidado con lo que dices. Te recuerdo que mi madre es la tuya en funciones.

—¿Tu madre? La pobre seguro que se quedó a gusto el día que te parió. ¿Cómo puedes ser tan capullo?

—Me sale de forma natural —contesta encogiéndose de hombros—. Vamos, sube, que te llevo.

Me acerco a él hasta que solo unos pocos centímetros separan nuestros cuerpos y clavo mi dedo índice en su pecho. Estoy cabreada. No, más que eso. Estoy furiosa. Yo intentando tener una relación cordial y él apuñalándome por la espalda de esta manera. ¡Se acabó la cordialidad! ¿Quiere guerra? Pues guerra es lo que va a tener.

—Escúchame bien, capullo engreído. No tienes ni puñetera idea de con quién te estás metiendo.

Su sonrisa desaparece de un plumazo y frunce el ceño.

—Fea, no te pongas así, solo era una broma.

—¡Pues las bromas se las gastas a tus tíos, tus primos o tus hermanos! —Sonríó con cinismo—. Ah, no, si el único hermano que tenías te lo cargaste, ¿verdad?

En cuanto las palabras salen de mi boca me doy cuenta de que he llegado demasiado lejos. A veces me cuesta controlar mi boca, y esta es una de esas ocasiones. No tendría que haber dicho eso. En casa todos sabemos lo que le ocurrió a Hugo, el hermano

gemelo de Julen, cuando ambos eran solo unos niños. Fue un accidente, pero yo he usado esa desgracia como arma para hacerle daño. Lo peor es que en el fondo ni siquiera me ha cabreado tanto lo de los neumáticos. Solo necesito alejarlo. No puedo volver a sentir lo mismo que hace un rato, cuando me tocó. Es algo malo, sucio, como si... Ni siquiera puedo pensarlo.

Julen se echa hacia atrás como si acabara de golpearle con la mano abierta en toda la cara, y los músculos de su mandíbula se tensan.

—Como quieras —masculla justo antes de entrar en el coche y cerrar la puerta con un golpe seco.

Un par de segundos después, el coche sale a toda velocidad dejando una polvareda tras de sí.

—¡Joder! —grito pateando la rueda de la moto.

Respiro hondo y empiezo a caminar hacia casa dando un paseo. No puedo dejar de pensar en la forma que me miró Julen cuando dije lo de su hermano. Vi el dolor en su mirada, la decepción por la forma en la que le hice daño. Soy consciente de mi error y espero que me dé la oportunidad de disculparme. O tal vez no debo hacerlo. No estoy segura. Lo que sí tengo muy claro es que él y yo jamás podremos llevarnos bien. Somos incompatibles.

Veinte minutos después entro en casa más agotada de lo que ya estaba después de mi jornada laboral. Encuentro a Amelia en el salón, sentada frente a la mesa, revisando albaranes y facturas del chiringuito.

—Hola, cariño —me saluda quitándose las gafas que siempre usa para trabajar—. Oye, ¿puedes sentarte un momento? Quiero hablar contigo.

Mierda. ¿Julen le habrá contado lo que le dije? Sé lo mal que lo pasó Amelia tras la muerte de su hijo. Ese fue uno de los causantes de su divorcio. Supongo que perder a un hijo es algo tan fuerte como para romper un matrimonio. Y yo y mi bocaza metiendo cizaña.

—¿Qué pasa? —pregunto tras carraspear.

Tomo asiento al otro lado de la mesa y Amelia me sonrío de esa forma en la que solo ella sabe hacerlo. Eso me tranquiliza, no parece cabreada.

—No pasa nada, es solo que... Julen acaba de llegar muy cabreado, y no sé si ha pasado algo en La Morena o soy yo la que le molesta. —Resopla echando su pelo hacia atrás y hace una mueca con los labios—. Es mi hijo, y ni siquiera sé cómo acercarme a él. Cuando su padre me llamó, creí que esta sería mi oportunidad para ganármelo de nuevo, pero su actitud es...

—Tranquila, Amelia —susurro sujetando su mano. Ella me mira a la cara y fuerza una sonrisa apretando mis dedos—. Se acostumbrará. Todo ha ido bien en el chiringuito. Es más, él mismo ha decidido volver mañana, de modo que le ha gustado el trabajo. Es un chico algo... difícil, pero si alguien puede ganárselo eres tú. Te lo dice una persona que no sabía lo que era tener una madre hasta que llegaste a su vida.

—Mi niña —murmura con los ojos brillantes. Acaricia mi rostro con suavidad y respira profundamente por la nariz—. Vale, te dejo ir antes de que me entre la llorera. No vas a salir esta noche, ¿verdad?

—No, mañana tengo clase temprano. —Me levanto y estiro los músculos entumecidos de la espalda—. Me voy a la ducha y después estudiaré un rato el código vial. Me espera una tarde muy divertida —comento en tono sarcástico.

—Te llamaré para cenar. Por cierto, tu hermano está emocionado por una película que le prometiste llevarlo a ver al cine.

—Sí, *Kung Fu Panda 2*. Se acaba de estrenar. Le dije que tal vez lo llevaría a verla el día de mi cumpleaños. No recuerdo haberle prometido nada.

—Ya lo conoces —señala sonriendo—. Mateo es el rey de la manipulación.

Sonrío por su comentario. El enano es capaz de salirse siempre con la suya con extrema facilidad. Apuesto a que lo llevaré a ver esa película de una forma u otra.

Me despido de Amelia y subo a mi habitación. Tras coger ropa para cambiarme, entro en el baño resistiendo la tentación de tocar a la puerta de Julen y disculparme por mi metedura de pata. Durante el tiempo que paso bajo el chorro de agua templada, pienso mucho en el tema, y llego a la conclusión de que lo mejor es dejar las cosas

como están Puede que al intentar arreglarlo aún lo empeore más, y la convivencia en esta casa se convierta en un infierno.

—Sí, es lo más seguro para todos —susurro para mí en cuanto entro de nuevo en mi habitación, ya duchada y vestida con ropa de andar por casa.

El resto de la tarde la paso sumergida en normas de tráfico y preguntas trampa que tengo que sortear en los test. Es un engorro, pero tengo que superar este examen para obtener el permiso de conducir, así que pienso volcarme por completo en ello.

Estoy tan enfrascada en mi lectura que ni siquiera escucho cuando Amelia toca a la puerta para avisar que la cena ya está casi lista. Lo dejo todo y me doy un descanso mientras pongo la mesa junto a Mateo. Poco después, papá llega a casa y nos sentamos a cenar. Julen no baja, y nadie dice nada, así que no soy yo quien pregunta por él. Después de ayudar a Amelia a recoger, me despido de todos y regreso a mi guarida, donde paso un par de horas más hincando los codos en el escritorio.

Poco después de la medianoche decido meterme en la cama, y tras leer un par de capítulos de la historia de Bella Swan y Edward Cullen^[2], decido que ya tengo suficiente de vampiros brillantes por un día. Coloco el libro sobre la mesita y me acuesto boca abajo. En el momento en que mi cabeza toca la almohada, miles de pensamientos se agolpan en mi ella. El recuerdo de ese sentimiento que Julen provocó en mí me atormenta, y después está lo que le dije en el aparcamiento. Fui cruel y mezquina.

Al darme cuenta de que una vez más no soy capaz de dormir, me levanto y decido ir a fumar un cigarrillo. Siempre me relaja y me ayuda a poner mis ideas en orden. No es el tabaco en sí, sino la paz que siento ahí fuera, bajo el amparo de la luna y la luz de las farolas, con el silencio a mi alrededor y en completa soledad.

Apenas le he dado un par de caladas al cigarrillo cuando escucho un sonido a mi izquierda. No necesito mirar para saber que Julen está a mi lado. No me giro y tampoco digo nada, solo cojo el paquete de tabaco y lo coloco en el hueco que queda entre su pierna y la mía. Un par de segundos después escucho el sonido que emite el mechero al encenderse y una nube de humo se disipa en el aire.

—Si lo que pretendías era joderme, lo has conseguido —susurra tan bajo que por un momento creo haberlo imaginado, pero no, realmente lo ha dicho.

—Lo sé —contesto en su mismo tono tras exhalar una bocanada de humo.

El silencio vuelve a cernirse entre nosotros durante un rato más hasta que él habla de nuevo.

—Yo no lo maté —afirma.

—Lo sé —repito, tampoco encuentro otra cosa que decir.

—Quería a Hugo. Él era el único capaz de entenderme con solo una mirada. Daría cualquier cosa porque estuviese vivo. No dudaría ni un segundo en cambiarme por él.

Me giro en un acto reflejo y clavo mis ojos en los suyos.

—No vuelvas a decir eso, Julen. Si tú no valoras tu propia vida, al menos piensa en tu madre. Si algo te pasara, la destrozarías.

—No te creas. Os tiene al mocoso y a ti . Yo solo soy un estorbo en su vida, igual que para mi padre. Estarían mejor sin mí.

—Tal vez si dejaras de comportarte como un crío inmaduro y caprichoso podrías darte cuenta de que, para ellos, eres más importante de lo que crees.

—Eso lo dice la niña de papá, la que siempre lo hace todo bien —replica en tono sarcástico.

—No siempre lo hago bien. Hoy he metido la pata contigo. — Suspiro y le doy una última calada a mi cigarro antes de apagarlo—. Siento lo que dije en el aparcamiento. A veces soy incapaz de controlar mi boca. Quería hacerte daño y...

—Y lo hiciste —musita sin mirarme.

No lo contradigo y tampoco añado nada más. Ya he pedido perdón por mi error. Ahora depende de él aceptar o no mis disculpas.

—Me voy a dormir —digo tras un buen rato en el que ninguno de los dos ha hablado. Estoy a punto de levantarme, y una vez más siento su mano rodeando mi muñeca. Alzo la mirada y esa sensación regresa, acelerándome el corazón, como un calambre que se extiende por cada célula de mi cuerpo. Alejo mi mano con rapidez y carraspeo apartando la mirada—. Ya... Eh... Bueno. Tal vez sea mejor que tú y yo...

—¿Tú y yo? —inquire.

Respiro hondo por la nariz y lo miro a la cara.

—Está claro que no nos entendemos. Hoy he intentado ser amable y llevarme bien contigo, pero simplemente... No funciona. De modo que creo que lo mejor es que mantengamos las distancias.

—Las distancias —susurra frunciendo el ceño—. Vivimos en la misma casa, Macarena. De tu habitación a la mía no hay ni dos metros de distancia. ¿Cómo pretendes hacer eso?

—Fácil, tú a lo tuyo y yo a lo mío, así evitaremos discusiones y peleas innecesarias.

Alza la barbilla y se echa hacia atrás con gesto serio.

—Muy bien, si eso es lo que quieres...

—Lo es. —Me levanto todo lo rápido que puedo y sacudo mi ropa con un par de palmadas—. Buenas noches, Julen —susurro antes de entrar en mi habitación por la ventana.

—Buenas noches, Fea —escucho su voz cuando ya estoy a punto de meterme a la cama.

Si no puedes con el enemigo, únete a él

Julen

Cuando éramos niños, mi hermano y yo pasábamos el día haciendo travesuras. Yo solía ser el de las ideas raras, quien siempre nos metía en líos. Una vez nos escapamos del parque en el que jugábamos con mamá. Yo quería ir al estanque de patos a tirarles piedras, y aunque él no estaba de acuerdo, me acompañó hasta que la policía dio con nosotros y nos llevó a casa. Esa noche fue la primera vez que escuché a mis padres discutir. El Almirante le recriminó a Amelia el habernos perdido. Recuerdo que Hugo se pasó toda la noche llorando; incluso después de que los gritos de nuestros padres cesaron, él siguió sollozando en su cama. Cuando le pregunté por qué lo hacía, solo me contestó que no quería que papá y mamá se pelearan por su culpa.

En ese momento me preocupé porque en realidad la culpa era mía. Sin embargo, cuando nos levantamos por la mañana, todo había vuelto a la normalidad. El Almirante no estaba y mamá sonreía como si lo del día anterior jamás hubiese sucedido. Después, tras la muerte de Hugo, las discusiones volvieron, las recriminaciones, las culpas gritadas a voces. Durante mucho tiempo mantuve la esperanza de que todo volvería a la normalidad, que papá se embarcaría en una de sus misiones con la Marina y mamá actuaría de nuevo como si nada hubiese pasado, pero eso no ocurrió. Entonces me di cuenta de que tal vez los problemas entre ellos empezaron mucho antes de que Hugo nos dejara; ese día, en el parque, cuando obligué a mi hermano a seguirme en una de mis locuras. Quizás en ese preciso instante fue cuando jodí la relación

de mis padres. Aunque ahora empiezo a pensar que estaba equivocado.

Tras pasar casi una semana con esta familia que no me pertenece, me doy cuenta de lo frágil que era su matrimonio incluso antes de ese día en el parque. Ahora, viendo cómo Marcos, el hombre que me robó a mi madre, la hace sonreír más de lo que jamás mi padre pudo, me planteo si de verdad fui yo el culpable de su divorcio o, por el contrario, esa siempre fue una relación destinada al fracaso.

Me jode, no puedo negarlo. Cada vez que él la toca de manera afectuosa, la besa en los labios o le dedica una palabra cargada de cariño, no puedo evitar desviar la mirada hacia otro lado porque en el fondo soy consciente de que mi madre jamás fue tan feliz en su anterior vida como lo es ahora. Eso es lo peor, que la culpa que me ha acompañado durante tantos años empieza a disiparse, y sin ella ya no sé ni quién soy.

—Julen, ¿quieres más? —me pregunta Marcos señalando la bandeja de carne asada que él mismo ha preparado para cenar.

Lo odio. Lo detesto por ser tan amable, por intentar caerme bien a toda costa, por siempre estar ahí, pendiente de mis necesidades. Lo odio por demostrarme que hay un tipo distinto de padre, uno que yo desconocía.

—No —contesto de manera cortante—. Voy a acostarme ya.

—Aún es temprano, hijo —señala Amelia—. Mañana tienes el día libre. ¿Has pensado ya lo que vas a hacer con él?

No, no lo he pensado. En los últimos días me he refugiado en ese chiringuito que tanto critiqué, incluso pedí a Marcos que me dejara doblar turnos, pero el muy cabrón ha decidido quitarme por un día lo único que conseguía apartar mis pensamientos de mi verdadera inquietud. Sinceramente, no sé qué voy a hacer todo el día en esta casa, con ella, porque sé que hoy fue su último día de clases y mañana, tras terminar su turno en La Morena, vendrá a casa y ya no habrá excusa alguna para no vernos. No podrá fingir estar estudiando para ese dichoso examen, tampoco me servirá a mí bajar a desayunar cuando ella ya no esté, pero, sobre todo, tendré que enfrentarme a la razón que nos lleva a huir el uno del otro, lo que sentí, lo que ambos sentimos ese día al tocarnos por

primera vez. No estoy preparado para eso. Me niego a admitirme a mí mismo que en estos días no he dejado de pensar en ese momento, o que cada vez que escucho un ruido al otro lado del pasillo mi corazón se salta un latido. No puedo. Tengo que encontrar la forma de mantenerme ocupado.

—Oye, si no tienes nada que hacer, Mateo y yo vamos a ir a pescar. Puedes unirse a nosotros si quieres —sugiere Marcos.

—Está bien —respondo sin pensar demasiado. ¿Pescar? No he pescado en mi vida, solo que aceptaré cualquier cosa con tal de mantener mi mente ocupada—. ¿A qué hora?

—Eh... —Amelia y Marcos se miran sorprendidos—. Salimos temprano, a las siete de la mañana. Nos vamos a la Playa de los Muertos.

—Menudo nombre —musito apartando mi plato vacío.

—Sí, es un lugar algo apartado, en Carboneras, a unos cuarenta minutos en coche.

—Bien, entonces será mejor que me acueste temprano.

—No volveremos hasta bien entrada la tarde —informa cuando ya estoy de pie.

—Genial, cuanto más tiempo fuera, mucho mejor —murmuro para mí.

—¿Qué has dicho? —pregunta mi madre.

—Nada, que buenas noches.

—Hasta mañana —dice el mocoso que apenas ha levantado la cabeza del plato.

Sin decir nada más, subo a mi habitación y me tiro boca arriba en la cama. Resoplo e irremediablemente mi mirada se dirige hacia la ventana abierta. No he salido al tejadillo desde la noche del domingo, cuando Macarena me sugirió que lo mejor era que mantuviéramos las distancias. He estado atento y sé que ella tampoco lo ha hecho. Me pregunto si en eso también me está evitando o es verdad que está muy ocupada con las clases y estudiando para el examen del permiso de conducir. Tal vez sean solo ideas mías. Puede que la chica sea más reservada entre semana. Supongo que lo descubriré a partir del sábado, ya que pasaremos varias horas trabajando juntos casi a diario.

—Mierda, Julen, ¿qué coño te pasa con esa cría? —me pregunto a mí mismo dándome una bofetada mental.

Decido dejar de darle vueltas, y tras ponerme los auriculares empieza a sonar la canción de Marea, *La luna me sabe a poco*, una de mis favoritas del grupo. Durante varios minutos dejo de pensar en nada que no sean las cuerdas de la guitarra rasgándose y la batería resonando en mi cabeza, hasta que me quedo dormido.

En serio, quien inventó el madrugagar espero que haya muerto de la manera más lenta y agonizante posible. Apenas he podido pegar un par de cabezadas en el coche durante el trayecto ya que el enano hiperactivo que viaja en el asiento trasero no deja de preguntar si falta mucho para que lleguemos. El que dijo eso de que los hijos son una bendición tendría que correr la misma suerte que el madrugador. Yo estoy a punto de practicarme una vasectomía con el mechero del coche. El dolor valdrá la pena si en un futuro no tengo que escuchar de nuevo a un crío decir: «¿Falta mucho, papá?».

—¿Cuánto falta? —insiste.

Me aguanto las ganas de girarme y tirarlo por la ventana con el coche en marcha. Por Dios, ¿es que no se calla nunca?

—Mateo, ya casi estamos —le contesta Marcos con toda la paciencia que a mí me falta.

—Pero...

—Mocoso... —siseo. Respiro hondo para no perder los nervios y le tiendo mi teléfono móvil—. Son las siete y treinta y seis, a las siete y... —miro a Marcos buscando su ayuda.

—¿Cuarenta y tres? —contesta no muy convencido.

—Como muy tarde, a las siete y cuarenta y cinco habremos llegado, ¿entendido?

El crío asiente y mantiene su mirada fija en la pantalla del teléfono. Yo suspiro, y al mirar de reojo a Marcos este me hace un gesto con su cabeza de agradecimiento. Supongo que su paciencia tampoco es infinita al final.

Un minuto antes del tiempo límite, aparcamos el coche en una gran explanada casi vacía, y tras sacar todas las bolsas de lona y las cañas del maletero, caminamos cinco minutos más hasta llegar a

la playa. Durante los siguientes tres cuartos de hora, Marcos se encarga de explicarme qué es lo que tengo que hacer. El enano sobreexcitado empieza a calmarse un poco cuando al fin lanza al mar el aparejo que sostiene su pequeña caña. Yo, tras varios intentos fallidos y las consiguientes risas por parte del mocoso, también consigo hacer una buena lanzada; después de eso, nos sentamos a esperar a que los peces piquen.

Es Mateo quien se encarga de llenar los silencios con su incesante verborrea, salta de un tema de conversación a otro con una facilidad pasmosa y siempre tiene algún comentario ingenioso que soltar en las escasas ocasiones que Marcos interactúa en la conversación. Me recuerda mucho a la Fea, ella también tiene siempre alguna réplica en la punta de la lengua, como si fuese incapaz de permanecer en silencio durante más de dos minutos. Y sí, ya estoy pensando en Macarena otra vez. Lo mío es para darme de comer aparte.

No es hasta cerca del mediodía que Marcos captura el primer ejemplar de la jornada, una corva de aproximadamente seiscientos gramos. Según el experto, todo un éxito. Yo, como no tengo ni puta idea, me fío de lo que dice. Después de eso decidimos comer los bocadillos que hemos traído y seguimos dando lanzadas. Cerca de las tres de la tarde, y con tres sargos y dos doradas más en la cesta de pesca, aparecen otros pescadores y Mateo deja momentáneamente su caña anclada en la arena para echar un vistazo a la competencia. El crío es la leche, dice ir como espía para obtener información.

Marcos y yo nos quedamos solos por primera vez en el día, y el silencio cae entre nosotros enrareciendo el ambiente. Tampoco es que yo haya sido muy comunicativo hasta ahora. Solo he contestado con monosílabos las preguntas retorcidas de Mateo. Saco un cigarro de mi cajetilla, y tras encenderlo, le doy una calada y vuelvo a sujetar la caña con ambas manos.

—No sabía que fumaras —comenta Marcos.

—¿Algún problema? —inquiero a la defensiva.

—No, para nada. Espero que no cojas la mala costumbre de mi hija de salir por la ventana en mitad de la noche. Ese tejadillo algún día cederá y habrá una desgracia.

La Fea no mentía cuando dijo que su padre está enterado de su costumbre tan poco sana.

—Llevas muy bien que tu hija de diecisiete años fume en tu propia casa, ¿no? —pregunto sin poder evitarlo.

Se supone que los padres no son tan permisivos. ¿Por qué él lo es? Eso es algo que no logro entender.

—Siendo específicos, no lo hace en mi casa. Está fuera —contesta encogiéndose de hombros—. Además, tampoco hay nada que yo pueda hacer para evitarlo. Si quiere fumar, lo hará de todas formas, esté yo de acuerdo o no. Ya sabes lo que dicen, si no puedes con el enemigo, únete a él.

—¿Crees que al ser tan permisivo con tu hija la ayudas? Puede ser que algún día te arrepientas de ello. ¿Y si cambia el tabaco por las drogas, o empieza a salir con delincuentes? ¿También te encogerás de hombros como si nada pasara?

Marcos me mira muy serio y niega con la cabeza.

—No te equivoques, Julen. Yo soy permisivo con mi hija porque confío en ella y en su buen juicio. Es una chica lista, pero si algún día tengo que oponerme a algo que quiera hacer o recriminarle algún comportamiento que no crea adecuado, lo haré sin dudarlo ni un solo segundo.

—Tal vez entonces ya sea tarde. ¿Lo has pensado?

—Bueno, para eso tengo a tu madre. A ella no se le escapa una. Por cierto, me dijo que Macarena y tú os estáis evitando. ¿Hay algún motivo que yo desconozca para que eso esté sucediendo?

«Sí, por supuesto que lo hay», pienso, solo que mi cabeza se mueve negando de manera contundente.

—Somos distintos, incompatibles, eso es todo.

—¿Seguro? —Mira hacia el frente mientras recoge algo de sedal en su carrete y después se gira de nuevo hacia mí—. Macarena a veces puede ser un poco... impulsiva. Si ha dicho o hecho algo que te haya podido sentar mal...

¿Sentarme mal? Pues sí, me ha llamado asesino, aunque yo me lo merecí por actuar como un capullo con ella. Me jode que este tipo piense mal de la Fea por muy padre suyo que sea.

—¿Qué te hace pensar que ella es la culpable? Soy yo el delincuente, ¿recuerdas? El que se estampó con un coche mientras

iba borracho y drogado y casi acaba con la vida de una cría, el descerebrado, irresponsable e inmaduro.

Respira hondo por la nariz y sonrío de lado.

—Todos hemos sido jóvenes y estúpidos alguna vez, Julen. A tu edad se cometen muchos errores. Te equivocas, sufres y cuando crees que ya lo estás haciendo bien, te equivocas de nuevo. Es lo que aprendas de esos errores lo que marcará el resto de tu vida. Dices que eres un irresponsable y un descerebrado. Pues bien, si quieres cambiar eso, hazlo. Sin excusas, sin peros. Coge las riendas de tu vida y haz que merezca la pena. Y lo de Macarena... —Sonríe de nuevo rodando los ojos divertido—. Conozco a mi hija, y sé que a veces puede ser un verdadero grano en el culo. Cuando algo se le mete entre ceja y ceja, no hay quien la saque de ahí. En eso se parece a su madre.

Justo cuando estoy a punto de contestarle, siento un tirón en la caña.

—¡Mierda! —exclamo sujetándola con fuerza con ambas manos.

—¿Han picado? —pregunta Marcos.

—Sí, y, joder, cómo tira.

—Vamos, tira de la caña hacia a ti, después échala hacia adelante despacio mientras recoges el sedal. Hazlo rápido.

Sigo sus instrucciones, y un par de minutos después saco del agua una dorada de cerca de setecientos gramos. La mejor pieza del día.

—Menudo estreno —comenta Marcos dejándola en la cesta.

—Yo solo he pillado uno chiquitito —se queja Mateo, que al ver cómo sacaba el pez del agua vino corriendo a verlo.

—Otro día pescarás algo más —le dice Marcos revolviendo su pelo rubio de manera cariñosa—. Es hora de irse ya. Tengo que llegar a tiempo para limpiar todo este pescado para la cena o Amelia me matará.

Recogemos las cañas y guardamos cada cosa en su sitio antes de volver al coche y emprender el camino de vuelta a casa. Al menos Mateo va más tranquilo ahora, aunque tampoco soy capaz de pegar ojo. En esta ocasión por motivos muy distintos a la ida. Soy incapaz de dejar de pensar en lo que me ha dicho Marcos. ¿Será verdad que es tan fácil? ¿Puedo cambiar solo con

proponérmelo? Yo no lo veo de ese modo. Tal vez para mí ya sea demasiado tarde. Los errores que he cometido son demasiado graves.

Al llegar a casa, el enano está completamente dormido en el asiento trasero. De modo que yo me encargo de sacar los trastos del maletero mientras Marcos lo coge en brazos para meterlo dentro. Tras dejarlo todo en el salón, decido subir a mi habitación para cambiarme de ropa, sin embargo, justo cuando estoy a punto de entrar, miro hacia el otro lado del pasillo y veo la puerta de la habitación de Macarena abierta. No puedo ir en contra del impulso que me lleva a acercarme y asomar la cabeza entre la abertura. La veo sentada frente a su escritorio con los auriculares puestos mientras escribe algo en un cuaderno.

Mis pies se mueven sin que yo se lo ordene, y antes de que pueda darme cuenta ya estoy a su lado, observando con atención la curva de su cuello. Su piel es morena y tiene pinta de ser muy suave. Estiro mi mano y estoy a punto de tocarla, pero justo en ese instante, ella se gira y me pilla mirándola. Aparto mi mano con rapidez y me quedo clavado en el sitio.

—Julen —susurra quitándose los auriculares—. ¿Qué haces aquí?

—Yo... Eh... —Intento pensar una excusa, algo que decir. Sin embargo, la improvisación nunca ha sido lo mío, así que acabo haciendo lo mejor que sé hacer, mentir—. Me he quedado sin tabaco. ¿Tienes un cigarro por ahí?

—¿Mi padre no te paga lo suficiente? —inquiere alzando una ceja.

—Nunca es suficiente —contesto cruzándome de brazos—. Soy un hombre de gustos muy selectos.

—Ya, lo que tú digas —musita. Abre el cajón de su escritorio, saca un paquete de tabaco y me lo tiende—. Quédatelo. ¿Necesitas algo más?

—¿Qué escuchas? —pregunto sin pensar.

—Música —contesta en tono seco y cortante.

—Y yo que creía que estabas escuchando la retransmisión de la misa de las diez. ¿Qué música?

Resopla y se lleva mano al cuello para masajearlo con las puntas de los dedos.

—Huecco.

—¿Qué coño es Huecco?

—Un grupo de música, Julen. Oye, si no quieres nada más, tengo que seguir estudiando. ¿Te importa?

—¿Me estás echando? —pregunto alzando la barbilla.

¿Quién se cree esta niñata que es? Me está despachando como si yo fuese una puta mosca cojonera.

—Pues sí. ¿Te vas o qué? Ya tienes el tabaco, ahora me gustaría que me dejaras tranquila.

—Oye, niña, muy subidita te veo. ¿Tan importante te crees? —Lanzo el paquete de tabaco que acaba de darme sobre el escritorio —. Toma, no necesito tu caridad.

—Muy bien, pues adiós —dice girándose de nuevo hacia delante.

—Que te jodan, bonita —siseo antes de salir de su habitación como un jodido vendaval.

En vez de ir a mi habitación como tenía planeado, lo que hago es bajar de nuevo las escaleras y salir de la casa. Estoy harto de esta mierda. ¿Por qué coño me preocupa lo que piense esa niñata de mí? No la necesito, ni a ella ni a nadie.

“No acercarse al capullo de mi hermanastro”

Maca

Julen es un cabronazo, eso es algo que tenía claro, pero esta vez se ha pasado. Amelia y papá han pasado la noche en vela porque no ha aparecido en casa para dormir. Antes de venir al trabajo aún no se sabía nada de él. Por suerte hace veinte minutos mi padre me dijo que ya apareció y está viniendo hacia el chiringuito. A saber dónde ha pasado la noche este inconsciente.

Lo veo llegar arrastrando los pies y con una cara digna de la peor de las resacas. Al pasar a mi lado ni siquiera me saluda. Va hacia la barra, coge su delantal y empieza a trabajar sin decir ni una palabra.

—Qué buena cara tienes —murmuro sin poder evitarlo.

Sus ojos se clavan en los míos y se encoge de hombros.

—Niña, si vas a tocarme las pelotas, espera al menos hasta que me tome un café —replica.

—Perdone usted, caballero —hablo en tono sarcástico, ganándome una mirada asesina por su parte—. Llegas tarde, y yo soy la que ha estado haciendo tu trabajo. Además, con esa cara de haberte bebido hasta el agua de los floreros, dudo que seas de mucha ayuda hoy. —Resopla y sigue repartiendo mesas y sillas por la terraza. Sé que debería callarme de una vez y dejarlo estar. No es asunto mío lo que hace, pero me muero de curiosidad—. ¿Fue buena la fiesta anoche? —insisto.

—¿Quieres dejarme en paz de una puta vez?! —brama girándose de golpe—. ¡Estuve de fiesta, sí! ¡¿Algún problema?! ¡También me emborraché y pasé el resto de la noche follando!

¿Quieres saber algo más, Fea?! ¡Si quieres puedo especificar cuántas veces se la metí o lo mucho que gritó mientras se corría!

—¿Qué pasa ahí? —pregunta mi padre acercándose.

Los gritos de Julen lo han alertado. A él y a todo aquel que pueda estar a veinte metros a la redonda. Yo me quedo callada, sin saber qué decir o hacer. ¿Ha estado con una chica? Él no conoce a nadie aquí. Cómo es que... Mierda. Trago saliva con fuerza sintiendo una presión en el centro del pecho que me impide respirar con normalidad.

—Nada —susurro, girándome justo cuando mi padre llega a nuestro lado.

—Aquí, tu querida hija, me está interrogando. ¿Vas a unirte a ella tú también? —pregunta Julen.

—Baja la voz —susurra papá. Yo me meto en la barra intentando alejarme lo máximo posible de ellos, pero no tardan en alcanzarme, así que, incluso sin querer, escucho su conversación—. Solo tenías unas pocas normas que cumplir —le recrimina—. Si no vas a venir a dormir a casa, avisa para que estemos tranquilos. Tu madre ha pasado la noche en vela. Esta mañana estuvo a punto de llamar a la policía.

—Acabo de hablar con ella —farfulla Julen tras bufar con fuerza—. Ya me ha soltado el discurso, así que te agradecería que me dejaras en paz. ¿Crees que puedes hacer eso?

Mi padre lo mira muy serio durante varios segundos y acaba asintiendo.

—Hablares más tarde. Ahora ponte a trabajar. Macarena ha estado cubriendo tu puesto.

—Pobrecita —murmura en tono sarcástico.

En otra ocasión le diría cuatro verdades a la cara, solo que, por algún motivo que desconozco, no soy capaz de pronunciar ni una sola palabra. Julen ha pasado la noche con una chica. Eso es... ¡Mierda! ¡¿Por qué coño me afecta tanto?! Lo que haga ese mamarracho no es problema mío.

—Maca. ¡Maca! —La voz de Almudena gritando mi nombre me saca del estado de letargo en el que me encontraba y la miro frunciendo el ceño—. ¿Estás bien, chiquilla? Parece que hayas visto un fantasma.

—Estoy perfecta —contesto tras carraspear. Miro de reojo a Julen, que ya está atendiendo un par de mesas que acaban de llegar, y respiro hondo. Tengo que sacarme esto de la cabeza. No tiene ningún sentido—. Vale, ¿qué necesitas?

—Un par de colas y cuatro cervezas —me contesta mi compañera.

Las siguientes horas me mantengo distraída debido a la carga de trabajo. Apenas cruzo un par de palabras con Julen, y aunque lo intento, soy incapaz de deshacerme de esa sensación desagradable que se instaló en mi pecho desde que supe que pasó la noche en compañía de una chica. No es hasta pasadas las cuatro de la tarde que el chiringuito se va vaciando y podemos tomarnos un descanso.

Justo cuando estoy terminando de colocar en su lugar los últimos vasos limpios, una chica pelirroja se acerca a la barra. Me llama mucho la atención su actitud, ya que parece estar buscando algo o a alguien.

—Hola, ¿puedo ayudarte? —le pregunto acercándome.

—Eh... Sí, creo que sí —contesta tras echar un nuevo vistazo a su alrededor—. Estoy buscando a un chico, se llama Julen. Me dijo que trabaja en este lugar.

Una vez más, esa sensación desagradable en la boca de mi estómago hace acto de presencia. No puedo evitar mirar a la chica de arriba abajo. Rondará los veinte años, alta, esbelta y muy guapa.

Carraspeo para aclarar mi voz y me enderezo.

—Acaba de salir. No tardará en volver —respondo con desgana—. Fue a sacar la basura —añado. Creo que una parte de mí deseaba que la chica se asqueara por el hecho de imaginar a Julen cargando un par de bolsas de basura mugrientas y malolientes y decidiera irse de inmediato, pero eso no ocurre. La chica solo hace una mueca con sus labios y asiente.

—¿Puedo esperarlo aquí? —inquire.

Suspiro y chasqueo la lengua, girándome para cerrar la puerta del lavavasos.

—Claro —mascullo sin siquiera mirarla.

Unos segundos después, Julen entra de nuevo en el local charlando amigablemente con Javi. No puedo apartar la vista de él, incluso con ojeras y signos de cansancio en su rostro, sigue siendo

el chico más guapo que he visto en mi vida. La camiseta negra se aferra a su torso como una segunda piel, envolviendo sus brazos y dejando al descubierto un cuello grueso de piel morena. Su pelo está más alborotado de lo habitual, aunque, de alguna forma, le queda bien. Todo en él es sexi. Creo que incluso llego a babear un poco, y lo mismo le pasa a la pelirroja. La diferencia la marca la forma en la que sonrío Julen cuando la ve a ella. La comisura de sus labios se eleva dejando al descubierto sus dientes blancos y pronunciando aún más la hendidura de su mentón. «Mierda, tengo que parar esto», pienso sacudiendo la cabeza.

—Eh... Hola —saluda él acercándose a la chica—. ¿Qué haces aquí?

Soy testigo de la mirada lujuriosa que ella le envía. Literalmente lo está desnudando en su imaginación, lo sé.

—Esta mañana te dejaste esto en mi habitación —contesta la chica extendiendo su brazo.

Al igual que yo, Julen se fija en el objeto que le tiende, una cartera de cuero negro.

—Ni me había dado cuenta —murmura cogiéndola y guardándola en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero.

Ambos permanecen en silencio durante un buen rato, mirándose con atención, y aunque soy consciente de que estoy siendo una intrusa en una conversación privada, no me veo capacitada para desviar la mirada hacia otro lado.

—Bueno, debería marcharme ya —susurra la chica finalmente—. Mi vuelo sale en unas horas.

—Cierto. Es verdad, que te marchas esta noche —confirma Julen.

¿Se va? ¡Bien! Espero que se largue bien lejos, a algún país a más de tres mil kilómetros de distancia, y no regrese jamás. Aunque, pensándolo bien, no tiene acento extranjero, al contrario, habla un castellano correcto.

—Bien. Eh... —Julen se mete las manos en los bolsillos delanteros, y se encoge de hombros sonriendo de manera sutil—. Pues buen viaje entonces, eh... eh...

—Laura —murmura ella al darse cuenta de que intentaba recordar su nombre.

—Sí, Laura, ya lo sé. Si vuelves alguna vez por aquí o vas a Madrid, llámame y quedamos.

¿Qué?! ¿Por qué quiere que lo llame?! Sé que esa es una pregunta estúpida de la que conozco perfectamente la respuesta, pero mi indignación es justificada. Llegó hace unos pocos días y ya está ligando, y nada menos que con una chica preciosa. Si es que es un capullo y un... Mierda, se me está volviendo a ir la cabeza otra vez. «Respira hondo, Maca».

—No tengo tu número de teléfono —señala la pelirroja.

—Bueno, pues te llamo yo si me paso alguna vez por Zaragoza.

—Tampoco tienes mi número —replica ella haciendo una mueca con los labios. Julen está a punto de decir algo, pero se detiene al ver que ella alza una mano en su dirección—. Déjalo, no finjas que esto es más de lo que realmente ha sido. Lo pasamos bien y ya está. Me apena no haberte conocido antes. Estas vacaciones hubiesen sido mucho más divertidas.

—Tal vez en otra ocasión —susurra acercándose aún más a la chica.

—Tal vez —repite ella mirándolo embelesada.

Julen sigue dando pequeños pasos en su dirección hasta llegar a su lado, y entonces me doy cuenta de lo que está a punto de suceder, la va a besar, aquí, delante de mí, y eso... Joder, eso me molesta.

—¡Julen! —exclamo justo antes de que sus labios entren en contacto. Se aparta de golpe y me mira sorprendido—. Eh... Tú... —Busco en mi mente una excusa creíble para haber interrumpido un momento tan íntimo y personal—. La mesa doce lleva un buen rato esperando la cuenta.

Vale, como excusa es una puta mierda, pero no trabajo bien bajo presión. Vamos, que es lo primero que se me ha ocurrido.

—Fea, dame unos minutos —sisea asesinándome con la mirada.

—El cliente es lo primero —insisto.

Me cruzo de brazos poniendo mi peor cara de dictadora intransigente, y él resopla antes de mirar de nuevo hacia la pelirroja.

—Tengo que seguir trabajando. Ha sido un placer conocerte, Laura.

—Igualmente —susurra ella sin dejar de sonreír en ningún momento. No me extraña, seguro que esta noche lo ha pasado genial. Perra suertuda.

La chica se despide alzando su mano y, tras echar un último vistazo en mi dirección, sale del local meneando el culo como una jodida estríper. No la conozco, y ya me cae como una patada en el hígado la imbécil esa.

—¿Qué, me das la cuenta para que se la lleve a los clientes o vas a seguir mirándole el culo a Laura? —pregunta Julen llamando mi atención.

—¿Laura? —Una sonrisa cínica se instala en mis labios. Estoy rabiosa. No sé por qué, pero lo cierto es que siento un enorme cabreo y ya he encontrado con quién pagar mis frustraciones—. Ahora que te sabes su nombre lo usas como si la conocieras de toda la vida, ¿no?

Sus ojos se entrecierran y me mira fijamente.

—¿Has estado escuchando nuestra conversación? —Me encojo de hombros demostrando que no me siento en absoluto culpable por ello—. ¿Nunca te han dicho que es de mala educación poner la oreja cuando los demás hablan?

—Es curioso que me hable de educación el tío que ni siquiera recordaba el nombre de la chica a la que se tiró la noche pasada —replico.

Su mirada cambia y se echa hacia delante encaramándose a la barra para dejar su rostro a solo unos centímetros del mío. Su cercanía me molesta. O tal vez me gusta y eso es lo que me molesta en realidad, aún no lo tengo muy claro.

—Fea, créeme cuando te digo que lo que menos me importaba anoche era saber su nombre. Me la follé de formas que tú ni siquiera podrías imaginar en esa cabecita inocente tuya. —Su voz ronca, su mirada clavada en mis ojos, su olor y su cercanía me dejan paralizada. Toda mi chulería desaparece de un plumazo, y en su lugar solo queda un calor abrasador que me va consumiendo de dentro hacia fuera. Quiero saber cuáles son esas formas inimaginables, y peor aún, me lo imagino haciéndolo y... Me aparto de forma brusca hacia atrás al darme cuenta del rumbo que llevan

mis pensamientos. Julen sonríe de manera triunfal y extiende su mano sobre la barra—. Dame la puta cuenta de una vez —escupe.

Lo hago rápido, creo que intento librarme de él. Tal vez, si se va, se lleve el calor consigo y pueda respirar sin sentir cómo mis pulmones oprimen mis costillas. Prácticamente le lanzo el ticket a la cara y de inmediato él se dirige a la mesa doce sin decir nada más. Yo me giro y respiro hondo para intentar tranquilizarme.   Qu  mierda me está pasando?!

—Hija,  est s bien? —la voz de mi padre me sobresalta y llevo la mano al centro de mi pecho.

—Papá, me has asustado —murmuro.

— Te encuentras bien, cariño? —Pone una mano sobre mi frente con cara de preocupación—. Estás roja y pareces acalorada.

Aparto su mano con prontitud y niego con la cabeza.

—Estoy genial. Solo un poco cansada por el trabajo.

—Ya estamos terminando. Justo ahora venía a decirte que te sentaras a comer. Lo que falta ya lo hacemos nosotros.

— Est s seguro? —inquiero frunciendo el ceño.

—Claro. —Escucho a mi espalda que alguien deja algo sobre la barra y aunque sí que debería girarme para comprobar si es un cliente, la mirada de mi padre me mantiene inmóvil. Es él, estoy segura. Puedo notar su presencia—. Julen,  has terminado con tus mesas? —le pregunta mirando sobre mi hombro.

—Acabo de cobrar la última —responde este—. Lo que sobra es propina. Solo me falta recogerla y habrá acabado.

—Déjalo, ya me encargo yo. Siéntate a comer t  también y marchaos.

Antes de que Julen pueda contestarle, me meto en la cocina. No quiero escucharlo más, ni verlo, ni olerlo, ni tener que aguantar sus provocaciones. Aunque eso será algo complicado ya que vivimos en la misma casa y somos compañeros de trabajo. Sin embargo, estoy dispuesta a doblar mis esfuerzos para evitarlo en la medida de lo posible. Necesito distancia.

Tras hacerme con una ensalada que me prepara José Luís, salgo de la cocina con la cabeza en alto y dispuesta a poner en marcha mi plan “No acercarse al capullo de mi hermanastro”. No es el nombre más original, pero espero que sea efectivo. El plan

consiste en ignorarlo, evitarlo y hacer cualquier cosa para mantenerme alejada de él. Así que empiezo por retirar todas las sillas que rodean la mesa, menos las de los cabeceros. En el caso de que decida comer mientras yo lo hago también, tendrá que sentarse en el otro extremo. Una distancia prudente. Además, nada más salir de aquí, pienso llamar a Clara y quedar con ella esta noche, y también mañana, pasado, y todos los demás días. Puede que tenga que soportar su presencia en el trabajo, sin embargo, nadie me obliga a estar en casa.

—¿Dónde están las sillas? —Estoy a punto de tragar el primer bocado de mi ensalada cuando escucho su voz a mi espalda.

Sin mirarlo siquiera, señalo el otro extremo de la mesa y escucho cómo resopla y se sienta. Satisfecha conmigo misma por mi brillante plan, llego incluso a sonreír un poquito mientras como en silencio sin alzar la mirada. Puedo hacer esto, pasar de él como si no existiera. Es fácil. Pero entonces, como siempre que las cosas parecen ir demasiado bien, sucede algo que trastoca mi “infalible” plan. Ese algo es rubia y llega vestida con un short vaquero que deja la mitad de su trasero a la vista, una camiseta de tirantes que apenas le cubre el ombligo y yo suelo referirme a ella como mi mejor amiga.

—Hola, familia —saluda Clara. Arrastra una de las sillas que acabo de apartar y se sienta justo a mi lado. Enseguida mete la mano en mi plato y empieza a robarme las aceitunas. Siempre lo hace, y yo lo detesto. ¿Por qué la gente roba comida de los platos de los demás? Si tienes hambre, busca tu propia comida. ¡No toques la mía, joder!—. ¿Qué tal va todo por aquí? —pregunta ignorando de manera deliberada mi mirada amenazante.

—Justo iba a llamarte al salir —comento tras respirar hondo.

—Genial —susurra, y su mirada se dirige a mi hermanastro—. Hola, bombón —saluda guiñándole un ojo de manera coqueta. Julen sonríe y sacude la cabeza de un lado a otro, divertido—. Vale, ¿para qué me ibas a llamar? —inquieta estirando de nuevo su mano hacia mi plato. Justo cuando está a punto de alcanzar un trozo de tomate, golpeo su dorso con el tenedor y ella aparta la mano haciendo una mueca con los labios—. Tienes que aprender a compartir, Maca —señala. Mira de nuevo a Julen y sonríe de oreja a oreja—. Por ejemplo, puedes compartir a tu hermanito con tu mejor amiga.

—No es mi hermano.

—No soy su hermano —contestamos ambos al unísono.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, como si de alguna manera necesitáramos dejar eso bien claro. Yo soy la primera en desviar la mirada hacia mi amiga de nuevo.

—Vale, vale. —Clara alza ambas manos a modo de disculpa antes de centrar su atención en mí—. En fin, he venido hasta aquí para informarte de que esta noche salimos con los chicos. Se acabaron las clases y empieza el veranito. Sol, playa y fiesta.

—No creo que el sol salga por la noche para ti, bonita —señalo sonriendo.

—Da igual, ya me has entendido —murmura haciendo un gesto con su mano para quitarle importancia—. No aceptaré un no por respuesta.

—Entonces me alegro de no tener que negarme —contesto.

—Vale, esto ha sido fácil —señala sonriendo de oreja a oreja—. Ahora tú, bombón. ¿Te vienes con nosotros?

¡¿Qué?! ¡¿Venir?! ¡¿Con nosotros?! ¡Esta se ha vuelto loca! Intento hacerle señas con los ojos para que retire cuanto antes esa invitación, pero mi amiga está demasiado ocupada babeando sobre mi plato mientras mira a Julen. Veo como él abre la boca para contestar, así que me adelanto y abro la boca una vez más.

—No creo que sea buena idea —suelto.

Ambos me miran frunciendo el ceño, y casi puedo escuchar los dientes de Julen rechinar por la fuerza con la que aprieta la mandíbula.

—¿Y eso por qué? —inquieta Clara extrañada.

Sé que estoy siendo muy mal educada y eso no es propio de mí, pero tampoco puedo explicarle mis razones para negarme a que salga con nosotros.

—Pues... Eh... Julen no conoce a los chicos. Será un poco incómodo para todos.

—Esa es la idea, que los conozca, que salga y socialice —puntualiza mi amiga—. ¿Qué dices, te apetece? —le pregunta de nuevo.

Julen me mira a mí, aún con los dientes apretados y cara de mala leche, y tras respirar hondo por la nariz, desvía sus ojos hacia

mi amiga y sonrío de manera forzada.

—Iba a negarme, pero al ver las ganas que tiene tu amiga de mandarme a paseo, he cambiado de idea. ¿A qué hora tengo que estar listo?

Mierda y doble mierda. A tomar por culo mi plan.

La sensación más flipante que he sentido en mi puta vida

Julen

Mientras me desespero caminando de un lado a otro en el patio trasero, me recuerdo a mí mismo el motivo principal por el cual me niego de manera rotunda a tener novia. Las mujeres son insufribles, fin. ¿Cómo es posible que tarden tanto en vestirse? No vamos a un desfile de moda, solo saldremos a tomar unas copas con sus amigos.

—¡Macarena! —grito mirando hacia arriba, aunque en realidad las ventanas de nuestras respectivas habitaciones están orientadas hacia el lado opuesto de la casa, pero me da igual. Grito lo bastante alto como para que pueda oírme.

—¡Ya voy, joder! —exclama apareciendo de pronto. Me quedo paralizado y sin poder apartar mis ojos de su cuerpo, que apenas lo cubre un vestido negro de tirantes que deja la mitad de sus muslos al descubierto. Hoy también ha decidido dejarse suelto el pelo, y está... Joder, está preciosa. Ni siquiera su cara de mala leche empaña esa belleza tan natural y genuina que irradia por cada poro —. ¡¿Qué?! Ahora te quedas ahí mirándome como un imbécil. ¿No tenías prisa?

Al cruzarse de brazos el gesto provoca que sus pechos se alcen e irremediamente mis ojos vayan a parar a su escote. ¿De dónde ha sacado esas tetas tan...? ¡Dios, no! Eso sí que no. No voy a pensar en sus tetas, ni siquiera debería estar mirándolas. Aparto rápido la mirada y carraspeo.

—¡Dos putas horas, Fea! ¿De verdad no te ha dado tiempo a estar lista antes o solo buscas acabar con la poca paciencia que me queda?

—Eres un puto egocéntrico de mierda —replica—. ¿Crees que todo lo que hacen los demás es por y para ti? Si he tardado ha sido porque me ha dado la gana. No tiene nada que ver contigo, señor centro del jodido universo.

Si no estuviera mirándola con cara de imbécil, le contestaría, pero ni siquiera tengo tiempo de recuperarme ya que mi madre llega hasta nosotros sin que me lo espere y nos mira a ambos frunciendo el ceño.

—¿Se puede saber por qué discutís ahora? Primero os lanzáis pullas, después os ignoráis durante días, y ahora que creí que empezabais a llevaros mejor, ya que vais a salir juntos, resulta que os encuentro aquí gritándoos como dos salvajes. ¿Es que no conocéis un término medio?

Respiro hondo cerrando los ojos para tranquilizarme, y cuando vuelvo a abrirlos intento sonreír, solo me sale una mueca.

—Ya nos vamos, Amelia. Porque como tenga que esperar a Macarena un segundo más, te juro que la asesino con mis propias manos.

—¡Oye, mamarracho...!

—Maca, vale ya —dice mi madre.

Ella resopla y se peina hacia atrás con los dedos.

—Muy bien, me muerdo la lengua —sisea—, pero no te aseguro que tu hijo vaya a regresar a casa sano y salvo. Si sigue tocándome las narices, lo tiro del coche en marcha.

Ambos nos miramos frunciendo el ceño. Al ver que ella no se rinde, soy yo quien da el paso. Bufo peinándome hacia atrás con los dedos y empiezo a caminar hacia la puerta.

—¡Vámonos de una puta vez! —exclamo sin mirar hacia atrás.

Escucho el sonido de unos tacones repiqueteando contra el suelo y una bombilla se enciende en mi cabeza. ¡¿Tacones?! ¿La Fea se ha puesto tacones? ¿Cómo es que no me di cuenta antes? Tal vez porque estaba demasiado ocupado mirándole las tetas. Puede ser por eso, sí.

Me detengo de golpe y me giro para poder ver por mí mismo esas preciosas piernas subidas a un par de tacones, pero antes de que pueda bajar la mirada, siento como su cuerpo choca contra el

mío con fuerza. Impacta con tanto impulso que se cae hacia atrás sobre su propio trasero.

—¿¡Qué coño haces, mamarracho?! —se queja desde el suelo, mirándome con ganas de asesinarme. Tal vez debería ayudarla a levantarse, solo que mi primera reacción al verla despatarrada en el suelo, con las bragas al aire y el pelo sobre la cara es echarme a reír a carcajadas—. Eres un hijo de... Satán —sisea intentando levantarse. Sin embargo, los tacones y el vestido corto no se lo ponen nada fácil.

Yo sigo riendo sin poder detenerme. Tras unos cuantos segundos, me doy cuenta de que vuelve a intentar ponerse en pie, así que respiro hondo por la nariz y hago mi mejor esfuerzo por mantenerme serio mientras extiendo mi brazo en su dirección.

—Deja que te ayude, Fea —susurro apretando los labios para evitar la risa.

—¡No necesito tu jodida ayuda! —escupe apartando mi mano de un manotazo.

Vuelvo a soltar otra carcajada y me cruzo de brazos de manera chulesca.

—Así como yo lo veo, tienes dos opciones. Puedes aceptar mi ayuda, nos vamos y nunca, jamás mencionaremos este incidente, o sigues ahí en el suelo durante un rato más, hasta puede que te saque algunas fotos con el móvil y las cuelgue en internet. Los pajilleros se pondrán como locos con tus braguitas grises.

Automáticamente cierra las piernas con fuerza y vuelve a asesinarme con la mirada.

—Eres un...

—Un mamarracho, lo sé —murmuro sonriendo. Extiendo de nuevo mi brazo en su dirección—. Vamos, coge mi mano de una vez.

Tras resoplar, Maca desvía la mirada y estira su mano hasta que sus dedos abarcan la mía por completo. Entonces, esa sensación tan extraña y agradable vuelve a resurgir. Siento un cosquilleo que sube por mi brazo y recorre cada parte de mi cuerpo, como una chispa que activa cada una de las células de mi sistema nervioso. Carraspeo y tiro de ella con vigor hasta que se levanta, aunque lo hago con demasiada fuerza, ya que acaba aterrizando sobre mí. Su

cabeza golpea mi pecho, y antes de que se caiga de nuevo sujeto su cintura con la mano que tengo libre.

—Mierda —susurra alzando la mirada.

Nos miramos a los ojos y no puedo evitar acariciar su cintura con los dedos. Es tan pequeña y estrecha que podría abarcarla por completo con un solo brazo. Es extraño, siempre me han gustado las mujeres altas, con pechos grandes y muchas curvas, y Macarena no es para nada así. Al contrario. Entonces, ¿por qué me atrae tanto? ¿Por qué ahora, en este mismo instante, no puedo dejar de pensar en otra cosa que no sea comerle la boca?

—¿Estás bien? —pregunto en un murmullo—. ¿Te has hecho daño? —Su cabeza se mueve de un lado a otro negando, pero no dice ni una sola palabra. Sus ojos no se han apartado de los míos en ningún instante, y por cómo se humedece los labios con la punta de la lengua, podría jurar que ella también está sintiendo esa necesidad de unir sus labios a los míos de manera urgente—. ¿Estás segura? —insisto deslizando mi mano por su espalda de manera ascendente, rodeo su hombro y la cuelo bajo su pelo abarcando el lateral de su cuello. Su piel es tan suave y delicada que tengo miedo de romperla si aprieto demasiado.

—Julen —susurra inspirando fuerte por la nariz.

—¿Qué? —Acerco mi rostro aún más al suyo. Me da igual lo que pase. Si ella quiere que la bese, y definitivamente yo quiero besarla, no pienso echarme atrás.

Estoy a punto, solo un par de centímetros separan nuestros labios cuando siento su mano sobre mi pecho. El cosquilleo se vuelve incontrolable. Me está tocando, yo la estoy tocando a ella, y es la sensación más *flipante* que he sentido en mi puta vida.

—¡Apártate, joder! —Antes de que mis labios puedan llegar a tocar los suyos, me empuja con fuerza desplazándome hacia atrás. Respiro de manera agitada intentando averiguar qué demonios ha pasado. Tal vez me equivoqué y ella no quería ser besada. ¿Interpreté mal su lenguaje corporal? Me quedo en silencio esperando a que me recrimine mi conducta inadecuada, y lo único que recibo por su parte es un resoplido. Se acomoda el vestido y el pelo y se aleja de mí alzando la barbilla de manera altiva. Al llegar al coche, se detiene frente a la puerta del acompañante y se gira para

mirarme—. ¿Vienes de una vez? Creí que tenías prisa, mamarracho.

Me confunde su actitud y aún más la mía. ¡He estado a punto de besar a mi hermanastra, joder! Un puto salido de manual, eso es lo que soy.

Sacudo la cabeza y respiro hondo para librarme de los pensamientos guarros que rondan mi cabeza antes de emprender la marcha hacia el coche. Ambos nos subimos, y nada más poner en marcha el motor, Maca enciende la radio y sube el volumen desviando la mirada hacia la ventanilla. Vale, si no quiere hablar de lo que casi ha pasado, no seré yo quien saque el tema. Al fin y al cabo, no llegó a suceder nada. Solo fue un lapsus, nada más.

Tras un trayecto de cinco minutos, llegamos al chiringuito La Morena. Clara me saluda con un demasiado amistoso beso en la mejilla y se encarga de presentarme a su hermano Aitor y a un tal César, un chico bajito y delgado que apenas me dirige la palabra, solo me mira con desconfianza, como si no se fiara un pelo de mí. Nos tomamos una copa allí mismo, y después nos desplazamos hacia otro local cercano. Una especie de pub-bar-discooteca que parece estar de moda entre los turistas, ya que nos resulta casi imposible encontrar una mesa donde sentarnos en el interior. Admito que el sitio es bonito y tiene buen ambiente.

—¿Qué te parece la música? —me pregunta Clara acercando su boca a mi oído.

—No está mal —contesto encogiéndome de hombros.

Tras pedir nuestras copas en la barra, Aitor se encarga de echar de manera amistosa a unos alemanes de una de las mesas de la terraza con vistas al mar que hay en la parte trasera del local. Desde el instante en que nos sentamos alrededor de la misma, la amiga de Macarena se pega a mí como una lapa. No deja de sobarme el brazo y la pierna que tiene a su alcance. Tampoco es que me moleste que una chica preciosa como ella me dedique ese tipo de atenciones, solo que me resulta algo incómodo que lo haga frente a la chica que estuve a punto de besar hace una hora escasa. Echo la mirada hacia el otro lado de la mesa una vez más, y compruebo que ella ni siquiera está pendiente de su amiga y de mí, charla con César muy animada sin prestarme la más mínima atención.

—Tienes que darme algo más que eso —continúa Clara—. ¿No está mal? ¿Eso es que te gusta o no la música?

Sonríó de medio lado y, tras darle otro trago a mi *gin-tonic*, me giro hacia la rubia.

—No es música que yo escogería escuchar por propia voluntad. Soy más de rock, pero lo soporto. Al menos no es reguetón. —Justo en ese mismo instante empieza a sonar la canción *Taboo* de Don Omar, la conozco porque es uno de los éxitos del verano, una especie de *remake* de la famosa *Lambada*—. Joder, he hablado demasiado pronto —farfullo haciendo una mueca de asco.

Clara ríe a carcajadas y se levanta tirando de mi mano.

—Vamos, baila conmigo.

—¿Esto? Ni de coña —respondo negando en rotundo con la cabeza.

—Vamos, yo te enseño —insiste.

Nuestro debate llama la atención del resto de los integrantes de la mesa, incluida Macarena, que me mira fijamente, como si intentara adivinar si acabaré dejándome convencer por su amiga. Aitor sonrío de manera socarrona. Me cae bien. Parece un tío listo y divertido.

—No vas a poder resistirte mucho más —señala—. Mi hermana siempre se sale con la suya, y si quiere bailar contigo, lo conseguirá tarde o temprano.

—Pues yo no bailo —contesto encogiéndome de hombros.

Clara hace pucheros con los labios durante unos segundos y, de pronto, al alzar la mirada, su expresión cambia y empieza a sonreír de oreja a oreja. Se acerca a Macarena y le dice algo al oído. Esta última abre mucho los ojos y niega con la cabeza.

—¡Ni se te ocurra, Clara! —exclama.

—Tranquila, solo será un momento. Tú no te olvides de respirar hondo y actuar como eres en realidad, no como te pones cada vez que lo ves.

¿Qué? ¿De qué demonios están hablando?

—Clara, por favor, no lo hagas —suplica Maca.

Estoy a punto de preguntar qué es lo que va a hacer cuando veo que Clara alza su brazo en el aire y empieza a saludar a un chico rubio que está al otro lado de la terraza. Macarena cierra los ojos

con fuerza y aprieta los labios hasta que se convierten en una línea fina y recta.

El chico parece darse cuenta de que Clara lo saluda a él y se acerca con tranquilidad a nuestra mesa. Antes de que llegue ya lo he calado. Es un niño pijo. El típico señorito andaluz. ¿Quién coño se pone un jersey de punto sobre los hombros en pleno junio? Es puro postureo. Y pantalones chinos, polo rosa y náuticos. Eso por no hablar de los tres litros de gomina que lleva en el pelo.

—Hola, Daniel —Clara lo saluda con dos besos—. ¿Te tomas una copa con nosotros?

La mirada del pijo va a parar directamente a Macarena y ella se sonroja. Espera... ¿Qué? ¿Por qué se sonroja? ¿Qué le pasa con este Niño Pera?

—Eh... Sí, claro —contesta sin desviar la mirada de mi hermanastra—. Hola, Macarena, ¿cómo estás?

Ella lo mira y sus comisuras se elevan.

—Bien —responde tras respirar hondo.

Se miran durante un rato largo mientras los demás los observamos, Aitor con expresión divertida, Clara picaresca y César algo incómodo. Supongo que así es como debería estar yo, incómodo por ver cómo mi hermanastra pierde las bragas por un pijo creído, pero como me siento en realidad es cabreado, furioso más bien. ¿Le gusta? Está claro que sí. Se ha sonrojado y casi no es capaz de mantenerle la mirada. Se comporta como una jodida quinceañera en su presencia. ¡Mierda!

Me levanto de golpe y todos desvían su mirada hacia mí.

—Vamos a bailar —siseo sujetando la mano de Clara y tirando de ella.

—Dijiste que no querías —farfulla ella extrañada.

—He cambiado de idea. Ahora me apetece más que cualquier otra cosa. Vamos —insisto arrastrándola conmigo a la pista de baile.

El resto de la noche la paso bailando con Clara, aunque soy incapaz de perder de vista a Macarena. El pijo la está cortejando. Sí, eso he dicho, cortejando. Hasta para eso es señorito. En vez de meterle boca como cualquier otro, este no para de lanzarle miraditas y sonrisas *mojabragas*. Y lo peor es que la muy tonta se sonroja y babea por él como una niña tonta.

—¿Vas a seguir vigilando a tu hermana como un halcón? —me pregunta Clara, sorprendiéndome.

—No es mi hermana —aclaro frunciendo el ceño.

—Lo que sea. No dejas de mirarla. ¿Es que no soy capaz de retener tu atención? —inquieta mientras su mano se desliza por mi espalda. Está tan pegada que respiro su aliento.

—¿Quién es ese pijo?

—¿Daniel? —Asiento—. Es de aquí. Sus padres son los dueños de la mayoría de hoteles que verás en Mojácar. Ha nacido en cuna de oro.

—Yo también, y no por eso soy tan ridículo —farfallo.

Clara sonríe y se encoge de hombros.

—A algunas les gusta eso.

—¿Hablas de Macarena?

—Lo has notado, ¿no? La chica está loca por él desde primaria. De verdad que adoro a tu hermana, pero...

—No es mi hermana —repito una vez más, esta vez en tono seco y rudo.

—Vale, pues eso, tu hermanastra. Es mi mejor amiga y la adoro, de verdad, pero me cuesta entender cómo es tan extrovertida y simpática con todo el mundo y se vuelve imbécil cada vez que Daniel anda cerca. Si hasta tartamudea, por Dios.

—Le gusta de verdad —susurro para mí volviendo a mirar hacia la parejita. Aitor y César se han ido dejándolos solos, y el niño pijo ha aprovechado el momento para acercarse aún más a ella.

—Sí, supongo que sí. Pero, ¿podemos dejar de hablar de Maca por un momento? —Su mano se desliza hacia mi barbilla y la alza—. Aquí estamos tú y yo, pegados. ¿Vas a obligarme a dar el paso?

Vale, eso más que una invitación es un desafío, y yo no me amilano ante ninguno. Estrecho su cintura entre mis brazos hasta que noto cómo sus tetas se pegan a mi pecho. Miro hacia su escote y sonrío, aunque no puedo evitar pensar que los de Maca son más grandes y bonitos también. ¡Mierda, tengo que dejar de pensar en ella! ¡Se acabó! Beso a Clara hundiendo mi lengua en su boca, y ella enseguida se cuelga de mi cuello y me devuelve el beso con entusiasmo. No está nada mal. Podría follármela aquí mismo. Solo tengo que arrastrarla hacia el baño o a algún lugar apartado. Tal vez

a la playa. Nunca lo he hecho en la playa. Me pregunto cómo será. Sin que pueda evitarlo, mi cabeza se llena de imágenes de Clara y mías retozando en la arena, besándonos, acariciándonos. Su pelo castaño esparcido sobre la arena y sus ojos marrones brillando bajo la luz de la luna. Espera... Clara es rubia y tiene los ojos verdes. ¡Joder!

—¿Qué pasa? —pregunta al notar que de repente he dejado de responder a su beso.

—Eh... Nada —resoplo frotándome la nuca—. Ya es tarde. Tal vez deberíamos marcharnos.

—Sí, tienes razón. —Sonríe mordiendo su labio inferior—. ¿Quieres que le pida a César que acerque a Maca a casa? Tú y yo podríamos...

—Mejor no. Estoy bastante cansado y mañana tengo que currar.

—Oh, vale. —Clara parece decepcionada por mi negativa, tampoco insiste—. Por cierto, mañana por la tarde nos vamos a la playa. ¿Te apetece venir?

—¿Mañana? —Echo un vistazo hacia la mesa y compruebo que Macarena nos está mirando con atención. ¿Habrá visto el beso? Mierda, ¿por qué me importa eso? Yo beso a quien me da la gana. No tengo que darle explicaciones a nadie—. No sé si es una buena idea.

—¿Por qué? Vamos a ir todos. Estaría bien que nos acompañaras.

—¿Todos? ¿El niño pijo también?

—Pues no lo sé. Con un poco de suerte, la tonta de mi amiga lo habrá invitado, pero conociéndola, lo dudo mucho. ¿Qué me dices? —Clara vuelve a colgarse de mi cuello y pestañea repetidamente como una niña dulce e inocente. Menuda trolera, de inocente no tiene nada. Sonríe por su actuación y acabo asintiendo—. ¡Genial! Vas a ver qué bien lo pasamos.

La niñata fea e insufrible está hasta las narices de tus gilipolleces

Maca

El sonido de la puerta al cerrarse resuena en toda la casa. Julen se gira para mirarme con el ceño fruncido. Tal vez haya usado más fuerza de la necesaria para cerrar la dichosa puerta, y es que no he podido contenerme más. He pasado el trayecto de vuelta en coche en completo silencio, aunque eso no significa que no esté gritándole en mi cabeza.

—¿Pretendes despertar a toda la casa? —susurra en tono recriminatorio.

—¿Desde cuándo te importa cualquiera que no seas tú? —siseo pasando a su lado como un vendaval.

Tuve el buen juicio de quitarme los tacones al salir del coche, y eso me permite llegar a la cocina en tiempo récord. Abro la nevera y tras sacar una botella de agua, empiezo a beber a morro. Las luces están apagadas y no hace ruido, aunque sé que me ha seguido. Soy capaz de reconocer su presencia sin tener que mirarlo. Pasan varios segundos en los que el silencio prevalece en la estancia, estoy a punto de marcharme cuando su voz llama mi atención.

—¿Qué te pasa, Fea? —Algo en su voz ha cambiado. No sé qué es porque el tono es el mismo, grave y ronco, pero la forma en la que ha hecho la pregunta me descoloca. Es casi como si intentara ser dulce y cariñoso. No le pega. No, seguro que me lo habré imaginado. Giro la cabeza en su dirección y estrecho la mirada para intentar ver la expresión de su rostro, y soy incapaz. No hay suficiente luz. Apenas consigo distinguir su silueta junto al marco de la puerta—. Te he hecho una pregunta. ¿Qué es lo que te pasa? Estás de morros desde que salimos del pub. ¿He hecho o dicho

algo que te haya molestado? Bueno. Sé qué hago y digo muchas cosas que te molestan. Meterme contigo se ha convertido en una costumbre, pero no recuerdo haber dicho nada ofensivo en las últimas horas.

—¿Por qué? —susurro mirando en su dirección.

—Vas a tener que ser más específica en tu pregunta, Fea. —Una vez más intento analizar su tono de voz. No creo estar imaginándomelo. Julen está siendo dulce. ¿Es eso posible?

—¿Por qué disfrutas metiéndote conmigo, ofendiéndome?

Veo cómo su silueta se mueve, se acerca un par de pasos y resopla.

—No es que lo disfrute, solo me divierte. Es muy fácil sacarte de tus casillas.

—En realidad, soy una persona con mucha paciencia. Solo tú eres capaz de crisparme los nervios en milésimas de segundo.

Al tenerlo más cerca puedo distinguir una sonrisa en su rostro. El muy capullo se está cachondeando de mí, otra vez.

—En ese caso debo sentirme afortunado, supongo.

Respiro hondo para no pegarle cuatro gritos. De verdad que es capaz de cabrearme con solo un par de palabras.

—Lo dicho, eres un capullo. Ya estoy harta de esta mierda. Me voy a dormir.

Echo a andar hacia la salida, sin embargo, justo al pasar a su lado siento como su mano rodea mi brazo y tira de mí para detener mi huida.

—Yo soy un capullo, pero tú no has contestado mi pregunta —sisea pegando su cara a la mía.

Su aliento golpea mi rostro dejándome atontada y con ganas de lanzarme a su cuello y besarlo, o tal vez lo que deseo es cruzarle la cara de un bofetón. Aún no lo tengo muy claro.

—Suéltame —susurro.

—Contesta a mi pregunta primero. ¿Por qué estás tan cabreada? —Tiro de mi brazo y soy incapaz de soltarme—. Para quieta o acabarás haciéndote daño. Solo tienes que contestarme y podrás irte.

—No necesito tu permiso para irme, mamarracho. ¡Suéltame de una puta vez! —exijo alzando la voz.

Sin que me lo espere, su otra mano va a parar a mi rostro y me tapa la boca. Siento su cuerpo pegado al mío. Pega la nariz a mi mejilla y desliza la mano que antes aprisionaba mi brazo alrededor de mi cintura.

—Baja la voz. Como tu padre o Amelia se despierten, vas a tener que explicarles por qué estás tan cabreada conmigo, y dudo que quieras confesar que estás celosa por haberme visto besar a tu amiga.

Mi corazón se detiene durante un segundo. ¡¿Celosa?! Yo no estoy... Mierda. Lo sabe. Alzo la mirada y casi puedo ver como sus ojos taladran los míos. Cree que estoy celosa, y tal vez sea verdad, solo que jamás le daré el gusto de confesarlo. Me atrevo a sujetar la mano que cubre mi boca y tiro de ella hacia abajo.

—¿Qué coño crees que estás haciendo, Julen? —inquiero en tono serio—. Este juegucito se te está yendo de las manos.

—¿Qué juego? —susurra.

Una vez más su aliento golpea mis labios, y aprieto el puño clavándome las uñas en la palma de la mano para obligarme a mí misma a no cometer la locura de acortar la distancia que nos separa y besarlo.

—Hace unas horas, cuando me caí fuera, estuviste a punto de besarme, después llegamos al pub y te enrollas con mi mejor amiga y ahora... ¿A qué mierda juegas?

—¿Crees que quiero besarte, Fea? —susurra en tono burlón, acercando aún más sus labios a los míos. Solo tendría que mover un par de centímetros la cabeza para alcanzarlos, pero me mantengo firme. Esto es una locura. No puede ser—. No te equivoques, yo siempre consigo lo que quiero. —Su mano se desliza por mi cintura y baja poco a poco hasta cubrir la parte superior de mi trasero. Joder, está excediendo todos los límites y sé que debería parar esto cuanto antes, sin embargo, por alguna razón, soy incapaz de moverme. Su cuerpo duro pegado al mío, su olor, ese cosquilleo que recorre mi piel con cada roce de sus dedos es demasiado agradable como para hacer algo al respecto. Su nariz vuelve a recorrer mi mejilla erizándome el vello y noto su aliento en mi oído—. Si te quisiera, te tendría. Eso te lo aseguro. —Mueve su cabeza y vuelve a acercar sus labios a los míos. Me va a besar y yo

no voy a impedirlo. Lo deseo. Eso es algo innegable. Cierro los ojos y espero que sus labios toquen los míos, solo que ese contacto nunca llega—. ¿Crees que me gustas? ¿Por qué has pensado algo así? Te aseguro que las niñas feas e insufribles no son para nada mi tipo.

¿Qué? ¿Cómo? Abro los ojos de golpe y compruebo que ha apartado su rostro. Lo tengo justo delante, como si realmente pudiese verme a través de la penumbra, y juraría que está sonriendo de manera burlona.

—¡Qué te jodan, Julen! —siseo apartando su brazo de mi cintura con un golpe seco.

Escucho su carcajada justo antes de atravesar la puerta de la cocina, aunque su risa sigue resonando en el interior de mi cabeza mientras subo a mi habitación, cuando me cambio de ropa, e incluso después de acostarme en la cama temblando y llorando de pura rabia. No puede ser. No puedo estar pillándome por mi hermanastro. Es un cabrón egocéntrico sin una pizca de sentido común. Lo odio, o al menos eso es lo que quiero sentir.

Durante un par de horas doy vueltas bajo las sábanas sin poder coger el sueño. No dejo de pensar en la forma en la que me ha tratado Julen. Me he sentido humillada. Ese capullo cree que me tiene comiendo de su mano. Es un... un... Bufo saliendo de la cama de mala leche. Necesito distraerme o acabaré yendo a su habitación y ahogándolo con la almohada mientras duerme. Aunque en el fondo sé que no es culpa suya. Soy yo la que sufre una especie de enajenación mental. Julen solo está siendo Julen. Además, ¿qué podría ver en una chica como yo? Él es guapo, alto, con un cuerpazo, y yo... solo soy una chica normalita. No soy tan guapa ni tan lista, y por supuesto no puedo compararme a Clara. Ella es una belleza rubia de ojos verdes que trae a todos los chicos babeando.

Tras hacerme con el paquete de tabaco y el mechero, salgo por la ventana y me siento sobre el tejadillo dando caladas lentas y profundas. Como siempre que estoy aquí fuera, mis nervios se calman y siento una gran paz. Al menos hasta que escucho como unos pies aterrizan sobre el tejadillo desde la otra ventana. Me levanto a toda prisa dispuesta a marcharme cuanto antes. ¿Es que este tío no duerme? Ya casi va a amanecer. Tras pasar media noche

pensando seriamente en ello, me he dado cuenta de que no tendré que seguir aguantando sus gilipolleces durante mucho más tiempo. Solo es un verano. En septiembre me marcharé a Almería, y con un poco de suerte él también se largará a Madrid o donde demonios quiera. Son solo unos meses de tortura, puedo lograrlo.

—Fea, no te vayas. —Estoy a punto de entrar en mi habitación y actuar como si no existiera, pero algo en su tono de voz llama mi atención. No ha sonado a orden, más bien parece una especie de súplica. Me giro con lentitud y le miro, cruzándome de brazos y alzando la barbilla—. Quédate, por favor.

—¿Por favor? ¿Vuelves a tomarme el pelo? ¿Qué coño quieres ahora? La niñata fea e insufrible está hasta las narices de tus gilipolleces.

Hace una mueca y se acerca caminando con lentitud sobre las tejas. Entonces se detiene, mira hacia abajo y contiene la respiración.

—Vale, me he pasado un poco contigo. No pretendía... —Vuelve a mirar hacia abajo y traga saliva con fuerza—. ¿Podemos sentarnos? No me gustan los sitios altos.

—¿Tienes miedo a las alturas? —inquiero extrañada.

—Algo así. ¿Puedes acercarte? Estoy intentando disculparme, pero no voy a sonar muy convincente cagado de miedo.

—Disculparte... —Chasqueo la lengua y niego con la cabeza—. Julen, ya me he cansado, de verdad. No sé por qué la has tomado conmigo, pero esta mierda se acabó. Además, si le tienes miedo a las alturas, ¿por qué coño sales aquí fuera?

Durante varios segundos no dice nada, así que decido dejarlo estar y volver a mi habitación. Cuando estoy a punto de subir la pierna hacia la ventana, lo escucho.

—Porque es el único lugar en el que puedo estar a solas contigo —susurra a mi espalda.

Me giro y lo miro fijamente. No aparta la mirada ni se ríe de manera burlona. Cada vez entiendo menos a este chico. ¿Qué pretende ahora?

—¿A qué coño viene eso? ¿Sigues burlándote de mí?

—No, te juro que no me burlo. —Bufa y pasa la mano por su pelo, peinándolo hacia atrás—. Soy un idiota, eso ya lo sabes. Lo

que tal vez aún no has descubierto es que a menudo digo y hago cosas estúpidas solo porque no sé qué otra cosa hacer.

—Sigo sin entenderlo.

Respira hondo por la nariz y sus ojos se cierran.

—Enrollarme con Clara fue una estupidez. Ni siquiera me gusta.

—Vale, ¿y por qué me dices eso? Ni que tuvieras que darme alguna explicación. Lo que hagas con Clara o con quien te dé la gana...

—¿Te gusta el Niño Pera? —pregunta interrumpiéndome.

—¿Quién?

—El pijo ese que estaba en el pub.

—¿Daniel? —Frunzo el ceño confundida—. ¿Y eso a ti qué te importa?

—Tal vez me importe, pero no quiero que me importe y... —Bufa de nuevo y desvía la mirada hacia sus pies—. Hago cosas estúpidas cuando no sé qué otra cosa hacer.

—Eso ya lo has dicho, pero sigo sin entenderlo —replico.

—Lo que te dije antes en la cocina... Solo estaba siendo un capullo.

Una vez más este chico es capaz de sacarme de mis casillas. ¿Es que no puede ser claro y conciso por una maldita vez en la vida? Se va por las ramas, joder, y no entiendo nada de lo que dice. Respiro hondo para tranquilizarme.

—Julen, si quieres que entienda algo de lo que dices, vas a tener que ser más claro.

Su mirada se alza y la clava en la mía. Parece cabreado.

—Si no quieres que siga enrollándome con Clara, dile al engominado que mantenga sus manos de señorito pijo alejadas de ti. ¿He sido lo bastante claro ahora?

Me quedo perpleja durante un buen rato. ¿A qué viene todo esto? Actúa como si estuviese... celoso. ¿Es eso posible? Joder, creo que me está tomando el pelo de nuevo.

—Mira, bonito, hasta aquí he llegado. No sé qué problema tienes, pero te aconsejo que busques ayuda y medicación urgente —farfulto entrando en mi habitación.

Tras cerrar la ventana de mala leche, me tiro sobre la cama e intento dejar de pensar en el lío con patas que es Julen. Empiezo a

pensar que el chico sufre algún trastorno de personalidad. Eso, o que simplemente le divierte confundirme.

No soy capaz de pegar ojo, y cuando suena el despertador ya estoy vestida y lista para bajar a desayunar. Me encuentro con Amelia y Mateo en la cocina. Papá ya llevará varias horas trabajando.

—Buenos días —susurro sentándome junto a mi hermano.

—Hola, cariño. Tienes mala cara. ¿No has dormido bien? —me pregunta Amelia dejando una taza de café frente a mí.

Adoro a esta mujer. Siempre sabe lo que necesito en cada momento. Antes de que pueda responder a su pregunta, Julen aparece en la cocina sonriendo de oreja a oreja.

—Buenos días —murmura arrebatándome mi preciada taza de café de las manos. Le da un trago largo y vuelve a sonreír de oreja a oreja.

—Ya veo que tú si has dormido bien esta noche —comenta su madre sonriendo también.

—Como un bebé —comenta Julen.

Amelia me sirve otra taza de café y un plato de tostadas. Justo cuando las posa sobre la mesa, me doy cuenta de que el capullo de mi hermanastro pretende robármelas, así que retiro el plato y le lanzo una mirada asesina. Maldita costumbre tiene la gente de quitarme la comida.

—Fea, ¿te has despertado con el culo al aire? Tienes cara de querer arrancar el brazo a alguien de un mordisco —comenta en tono burlón.

—Pues ten cuidado y no te acerques demasiado —farfullo antes de darle un bocado a mi tostada.

—Imposible. Hoy nos toca currar juntos, y por la tarde nos vamos a la playa. ¿No estás emocionada? Vas a poder pasar todo el día con tu persona favorita del mundo. —Muestra su mejor sonrisa de dientes blancos y yo hago una mueca de asco.

—¿Julen es tu persona favorita del mundo? —pregunta Mateo, que no pierde detalle de nuestra conversación.

—Sí, en sus sueños de piruleta. Por cierto, ¿qué te pasa a ti hoy, mamarracho? ¿Has esnifado polvo de hadas nada más despertar o qué?

—Estoy de buen humor —contesta encogiéndose de hombros.
Vale, definitivamente este tío no está bien de la cabeza.

—Déjalo, Maca —intercede Amelia—. Para un día que no se queja ni refunfuña por todo. Tú disfrútalo.

—Eso, Fea, disfrútalo —señala Julen.

Bostezo sin poder evitarlo y niego con la cabeza.

—Me voy a trabajar. Con un poco de suerte, cuando vuelva a casa todo habrá vuelto a la normalidad. Julen se comportará como el capullo de siempre y yo no me sentiré la mala de la película por estar de pésimo humor.

—Todos tenemos un mal día, cariño —susurra Amelia.

—Ya, bueno, el mío acaba de empezar y ya es una mierda.

—Mamá, Maca ha dicho un taco —se queja Mateo.

—Enano, deja de ser chivato —replico.

—Ya vale de discusiones por hoy. Vosotros dos iros a trabajar.
¿Vais a venir a casa después?

—Yo sí. Vendré a ducharme y cambiarme. —Amelia mira a Julen y este asiente.

—Bien, pues nos vemos después.

Tras darle el último trago a mi café, me levanto y le revuelvo el pelo a Mateo antes de salir de la cocina. Aún no he llegado a la puerta principal cuando escucho a Julen a mi espalda.

—¿Te llevo, Fea? —pregunta abriendo la puerta para mí como todo un caballero.

Lo miro extrañada y sacudo la cabeza de un lado a otro. Tal vez aún esté durmiendo. Sí, puede ser eso, me he quedado dormida y estoy teniendo uno de esos sueños raros, porque no encuentro otro motivo para que Julen esté siendo tan amable y simpático. Lo más probable es que dentro de un rato me despierte y todo vuelva a la normalidad.

—¿Esto es real? —susurro mirándole fijamente.

—¿Qué? —Suelta una carcajada—. Chica, ¿has dormido algo? Te noto un poco ida esta mañana. ¿Te encuentras bien?

—¿Eso me lo preguntas tú a mí? —Se encoge de hombros y me mira extrañado—. ¿Tú te has visto al espejo? Vas sonriendo a todo el mundo, has sido educado y amable con tu madre y me estás abriendo la puerta para que salga.

—Bueno, ayer me comporté como un capullo contigo e intento resarcirme —contesta encogiéndose de hombros una vez más.

—Tú siempre te comportas como un capullo.

—Ayer más —señala.

—Dime, ¿exactamente de qué estamos hablando? Porque fuiste un capullo cuando te partiste de risa al verme caer de culo, también al liarte con mi mejor amiga, porque eso, por si no lo sabes, se pregunta antes. Quiera o no, tú y yo somos familia y...

—Tú y yo no somos nada —afirma perdiendo la sonrisa.

—Lo que tú digas. El caso es que, si vas a liarte con mi mejor amiga, al menos podrías haberme preguntado si me importaba.

—¿Tengo que pedirte permiso? —inquieta alzando una ceja.

—No, solo... Da igual.

—De todos modos, tampoco me refería a eso cuando dije estar siendo un capullo. Lo que te dije en la cocina al llegar... Eso sí estuvo mal. No quiero que pilles un trauma o algo así por mi culpa.

—Un trauma —repito incrédula.

—Sí, por eso que te dije de ser una niñata fea e insufrible. Me di cuenta de que fue algo que te dejó tocada. —Alza una comisura de manera burlona y se cruza de brazos—. A ver, que no digo que seas incapaz de ligar con algún pardillo. Supongo que tendrás tu público. Siempre hay un roto para un descosido, ¿no? —Pongo los ojos en blanco y salgo de casa seguida por él. Ya me está vacilando de nuevo—. ¡Espera, Fea! No te vayas, mujer. Qué sensible eres.

—Que te jodan, Mamarracho —vocifera sin girarme.

Sigo caminando mientras escucho sus pasos a mi espalda, y aunque hasta a mí me parece extraño, sonrío. Lo hago porque, de alguna manera, Julen, con su forma de tomarme el pelo, le ha restado importancia a lo que pasó anoche, a lo que nos dijimos sin apenas hablar. Puede que fuese algo real o que solo estuviese siendo un imbécil, pero ya nada de eso importa porque todo ha vuelto a la normalidad. Julen siendo un imbécil y yo mandándolo a la mierda. El mundo sigue en su sitio.

¿Cuándo te han crecido las tetas?

Maca

El turno de comidas pasa volando. Aún con la ayuda de Julen, pasamos varias horas sobrepasados de trabajo. Me temo que mi padre va a tener que contratar a alguien más para los próximos meses. Si a diecinueve de junio ya no somos capaces de atender a tanta gente, no me quiero ni imaginar cómo será esto en agosto.

—¡Sal de una puta vez, Fea! —brama el capullo de mi hermanastro mientras aporrea la puerta del baño.

Por suerte o por desgracia ya se le han pasado las ganas de ser amable con todo el mundo. Esta mañana tuve que interceder en una de sus mesas al ver que empezaba a discutir con un cliente. Así es Julen, en un momento es un cielo y al siguiente se convierte en un energúmeno.

—¡Espera tu turno! —replico encendiendo el secador para no tener que escuchar sus gilipolleces. Acabo de salir de la ducha y esperaba tener un momento tranquilo antes de que César pase a buscarnos. Sigo notando las vibraciones de la puerta y sus gritos, que apenas son ahogados por el sonido estridente del secador. Este tipo es insufrible. ¿No puede dejarme en paz ni un segundo? Apago el secador y lo lanzo en el lavamanos antes de abrir la puerta de un tirón.

—¡¿Quieres dejar de aporrear la puerta de una maldita vez?! —exclamo cruzando los brazos sobre mi pecho para mantener bien sujeta la toalla.

Julen me mira de arriba abajo y sonrío de manera burlona.

—Ha funcionado, ¿no? Déjame pasar. —Intenta entrar en el baño, pero yo me cruzo en su camino cortándole el paso.

—Espera tu jodido turno, Julen. ¿No ves que aún no me he vestido?

—Te jodes. Llevas más de una hora encerrada aquí dentro y me estoy meando.

—Pues usa otro baño.

—Están ocupados. Amelia se está bañando en el suyo y el mocososo cagón lleva más tiempo que tú encerrado en el de abajo. —Intenta entrar de nuevo y lo detengo colocando una mano sobre su pecho.

—Aquí no vas a entrar hasta que yo termine. Saldré en cinco minutos.

Clava su mirada en la mía y exhala con fuerza.

—Fea, como no me dejes pasar te meo encima. —Hago una mueca de asco y niego con la cabeza, no me muevo ni un centímetro—. Aparta. —Vuelvo a negar—. Muy bien, tú lo has querido. —Se lleva las manos a la cinturilla y empieza a desabrocharse los pantalones cortos.

—¿Qué coño crees que haces?! —exclamo. Antes de que pueda darme cuenta, estira la mano y tira de mi toalla haciendo que se desabroche y caiga al suelo—. ¡Ahhh! —Me agacho para recoger la toalla, que se arremolina alrededor de mis pies, y él aprovecha el momento para entrar en el baño y dirigirse al retrete.

Ya con el cuerpo cubierto de nuevo, me giro de mala leche y lo veo orinando, con el rostro elevado hacia el techo y los ojos cerrados.

—Joder, qué gustazo. Esto es mejor que correrse —musita mientras el sonido de su orina impactando contra la cerámica resuena por todo el baño.

—Eres un puto guarro —siseo aferrándome con fuerza a los bordes de la toalla.

Julen gira la cabeza para mirarme y sonrío de esa forma tan característica suya, como si se burlara del mundo entero con ese simple gesto.

—Cierto, y tú tienes un cuerpazo, Fea. Menudas tetas.

Inspiro con fuerza por la nariz y me acerco a la puerta, la abro lo más que puedo y estiro el brazo señalándole el camino de la salida.

—¡Largo! Si no te marchas ahora mismo, te juro que empezaré a gritar. A ver cómo le explicas a mi padre que has entrado en el baño mientras yo estoy aquí, y no contento con eso, tiraste de mi toalla para dejarme desnuda.

—¿Aparte de fea eres chivata? —pregunta sin perder la sonrisa.

Tira de la cisterna y se acerca al grifo para lavarse las manos. Bueno, al menos es limpio. Trabajando en el chiringuito he visto cada guarro... La mayoría de los hombres no se lavan las manos después de orinar. ¡Puaj!

—He dicho que te largues, Julen.

—Que sí, ya me voy. —Vuelve a mirarme de nuevo de pies a cabeza prestando especial atención a mi escote—. ¿Cuándo te han crecido las tetas? ¿No estás demasiado desarrollada para tu edad?

—Hijo de... —Bufo extendiendo el brazo, agarro su camiseta con el puño y tiro de él hacia la salida mientras el muy capullo se parte de risa. Tras empujarlo fuera del baño, cierro la puerta con un golpe y escucho sus carcajadas mientras se aleja.

Me paro unos minutos a maldecir el día en que pensé que tal vez Julen y yo podríamos llegar a llevarnos bien en un futuro próximo. Eso es algo imposible. Con él no hay término medio, en un momento tengo ganas de estrangularlo con mis propias manos y al siguiente... Bueno, lo que deseo hacer al siguiente es algo que prefiero no pensar. Cada vez que recuerdo lo que sentí anoche no puedo evitar sentirme culpable. Iba a dejar que me besara. Es más, estaba ansiosa porque lo hiciera. Eso no puede ser normal. Somos familia, joder. A mi padre le daría algo si se enterara de que Julen y yo... Respiro hondo y decido sacar de mi mente todas esas tonterías. Entre mi hermanastro y yo no hay y jamás habrá nada. Para empezar, porque no soy capaz de soportarlo durante más de cinco minutos, y después está eso de que se supone que tenemos que llevarnos como hermanos.

Tras vestirme con un vestido corto y fino de color azul celeste, salgo del baño con las sandalias en la mano y el pelo atado en una cola de caballo. Hace un calor horrible, y esto no ha hecho más que empezar. Llego al salón y compruebo que mi hermano y el mamarracho están sentados en el sofá, muy pegados. Ellos no me ven y tampoco se dan cuenta de que los vigilo. Julen le dice algo en

voz baja y el enano ríe a carcajadas. ¿Desde cuándo se llevan tan bien? Creí que Julen no soportaba a nuestro hermano pequeño. Amelia entra en el salón, y enseguida noto que él se aparta de Mateo y cambia la expresión de su rostro.

—Maca, cielo, ¿ya estás lista? —pregunta mi madrastra descubriéndome ante los otros dos.

Asiento y bajo el resto de los escalones como si acabara de entrar en escena. Julen me mira de reojo y frunce el ceño, sin embargo, no dice nada. Tal vez sea verdad eso de que no sé mentir. Se me nota en la cara.

—Ya era hora —murmura levantándose del sofá—. ¿Qué es lo que haces encerrada en el baño durante tanto tiempo?

—Comportarme como una mujer —contesto sonriendo de manera cínica.

—Ya vale, chicos, no empecéis a discutir —dice Amelia.

—No, si aún no hemos dejado de hacerlo —señalo sin perder la sonrisa.

—¿Venís a cenar? —Amelia ha aprendido que lo mejor en estos casos es cambiar de tema. Si empezamos a discutir de verdad, esta casa acabará convirtiéndose en una verdadera zona de guerra.

—Sí, solo iremos un par de horas a la playa —contesto mientras hago malabarismos para ponerme las sandalias en pie.

Justo cuando estoy terminando de hacerlo, pierdo el equilibrio y poco me falta para acabar de nuevo con el culo en el suelo, pero Julen es rápido en reflejos y consigue sujetarme agarrándome por la cintura.

—Un día de estos te vas a abrir la cabeza, Fea —susurra mirándome a los ojos.

Por un segundo me quedo prendada de esa mirada azul oscura. Mi corazón acelera sus latidos y se me seca la boca. Ambos nos miramos ajenos a cualquier cosa que suceda a nuestro alrededor, hasta que escuchamos un carraspeo.

—¿Estás bien, Macarena? —inquire Amelia.

Me aparto con rapidez de su hijo y asiento agachando la mirada hacia el suelo. Mierda, se habrá dado cuenta de que Julen y yo... ¡Maca deja de pensar tonterías! Julen y tú nada. Ahí no hay nada. Respiro hondo y alzo la mirada intentando sonreír.

—Sí, ha sido solo un tropiezo.

Amelia nos mira a uno y a otro sin decir nada, después asiente, da media vuelta y se marcha. En cuanto veo cómo se pierde por la puerta de acceso al patio trasero, suelto todo el aire que estaba conteniendo. Mi reacción provoca que Julen me mire alzando una ceja.

—¿Pasa algo, Fea? Pareces un poco nerviosa.

—Estoy perfectamente. Vámonos de una vez.

Me despido de Mateo alzando la mano y salgo de casa dispuesta a dejar de comportarme como una imbécil. Tengo que parar esto de inmediato. Hay cientos de razones por las cuales no puedo pillarme por Julen. Primera, es un cabronazo; segunda, yo no le importo ni un poquito, solo se divierte molestándome; tercera, está liado con mi mejor amiga, y el resto... Bueno, es mi jodido hermanastro.

César no tarda en pasar a recogernos, y durante el trayecto hasta la casa de los Ugarte nadie dice ni una sola palabra. Es extraño, César suele ser muy callado y reservado, pero hoy más de lo habitual.

—¿Te pasa algo? —pregunto cuando ya está entrando en la calle donde vive mi mejor amiga y su hermano. Puedo verlos a lo lejos, de pie en la acera.

César mira hacia atrás por el espejo retrovisor y sus labios se tensan al ver a Julen.

—No, no pasa nada —contesta entre dientes.

Entonces me doy cuenta de que lo que pasó anoche entre Clara y mi hermanastro no solo me afectó a mí. César estaba allí y tuvo que presenciar cómo un recién llegado se enrollaba con la chica por la que está loco desde que éramos unos críos. Al entenderlo, estiro mi mano y sujeto la suya sobre la palanca de marchas dándole un leve apretón. Escucho un resoplido en la parte trasera y me giro para comprobar qué demonios le pasa ahora al mamarracho, aunque antes de que pueda decir nada, el coche se detiene y Clara se tira al cuello de Julen nada más entrar.

—Hola, guapo, ¿me has echado de menos esta noche? —le pregunta en tono meloso.

Su hermano la empuja hacia adentro y se sienta a su lado haciendo una mueca de asco.

—Vale, vamos a poner unas reglas por aquí. Me importa una mierda lo que hagáis, pero lejos de mí. Lo que menos me apetece es ver cómo a mi hermana le comen los morros. Es asqueroso, joder —se queja Aitor.

César aprieta el volante con fuerza mirando de nuevo por el retrovisor, y una vez más le doy un apretón en la mano.

—Eres un puto aburrido —se queja Clara, pero aparta sus manos del cuello de Julen y se recoloca en el asiento mirando hacia delante—. Muy bien, ¿estáis listos para divertirnos? —Mete la mano en un bolso de playa que trajo consigo y saca un paquete de seis cervezas—. He traído birras.

—Y yo hierba —añade Aitor—. Ahora vámonos de una puta vez que me estoy asando dentro de este coche. Quiero darme un chapuzón nada más llegar. —César suspira y enseguida pone el coche en marcha.

En menos de veinte minutos llegamos a nuestro destino. La Torre del Pirulico, o Torre del Demonio, es una de las grandes atracciones de Mojácar. El monumento está considerado patrimonio histórico español. Fue construida entre los siglos XII y XIV y se usó como torre de vigilancia marítima hasta el siglo XVI. Cada año atrae a miles de turistas que disfrutan de las vistas del mar desde esta zona con tanto encanto; para nosotros, en verano se convierte en un parque de atracciones privado. Nos encanta lanzarnos al mar desde las rocas que rodean la torre. ¿Es peligroso? Pues sí, un poco. ¿Somos unos inconscientes por arriesgar nuestras vidas con esta gilipollez? Pues también, pero solo se es joven una vez, y nosotros intentamos disfrutar al máximo del tiempo que nos queda antes de convertirnos en adultos serios y responsables.

—El sitio está chulo —comenta Julen tras salir del coche.

Ascendemos las escaleras que llevan a la torre y una vez allí, dejamos nuestras toallas y enseres personales sobre una roca plana antes de empezar a desvestirnos. Todos llevamos traje de baño por dentro.

—La marea está subiendo —informa Aitor tras asomarse al borde del acantilado. Da una palmada con entusiasmo y nos mira de uno en uno—. Bien, ¿quién será el primero? ¿Lo echamos a suertes?

—Espera, ¿os vais a tirar desde aquí arriba? —inquire Julen. Puedo notar el miedo en su tono de voz.

Mierda, le dan miedo las alturas, me lo dijo anoche.

—¿Qué pasa, no te atreves? —le pregunta Aitor, aunque suena más a desafío que a pregunta.

Julen inspira hondo por la nariz y alza las comisuras enderezando la espalda. Típica postura de machito gilipollas. Si es que los tíos son imbéciles. ¿No pueden decir que les da miedo y listo? No, ellos se hacen los valientes para no perder su virilidad ante otros machitos. Es ridículo.

—Yo voy a tomarme una birra antes —dice Clara sentándose.

—Venga, lo echamos a suertes —sugiere César.

El primer salto siempre es el más peligroso. Aunque desde arriba parezca que hay suficiente profundidad, nunca se sabe del todo hasta que estás abajo y ya es demasiado tarde.

Aitor coge un par de ramas finas y empieza a cortarlas en trozos pequeños, coge cinco y los sujeta con el puño cerrado dejando sobresalir solo las puntas.

—El que saque el palo más corto salta primero —explica. Cada uno de nosotros cogemos un palo y, al mirarlos, me doy cuenta de que el más corto ha sido el que Julen ha escogido—. Te vas a estrenar, novato. Saltas primero.

Miro con atención a Julen y veo como su nuez se mueve de arriba abajo con fuerza. Está acojonado, se le nota, pero el muy tonto no va a decir nada.

—Iré yo primero —anuncio. Todos me miran sorprendidos—. Él nunca ha saltado aquí. No sabe dónde están las rocas sumergidas.

—Vamos, deja que el nuevo salte primero —insiste Aitor.

—Si cae mal y se mata...

—No necesito que intercedas por mí, Fea —me interrumpe Julen cabreado—. Saltaré yo primero.

Ruedo los ojos y aprieto los labios con fuerza para no pegarle cuatro gritos. Este tío es imbécil. Solo pretendo ayudarle y se cabrea.

—No sabes dónde tienes que saltar, Julen. Si caes mal...

—¡He dicho que salto yo primero, joder! —brama.

Respiro hondo un par de veces y asiento. Bien, si quiere matarse, adelante. Va a ser la mejor forma de librarme de él de una vez por todas.

Se acerca al acantilado despacio y su mirada se desvía hacia abajo. Enseguida lo veo tambalearse. Imbécil. Va acabar cayéndose de cabeza si sigue así.

—¿Algún problema? —le pregunta César con una sonrisa pícaro en los labios.

Casi podría jurar que se ha dado cuenta de que Julen tiene miedo y está disfrutando con todo esto. Si es que por muy bueno que sea un tío, siempre acaba comportándose como un capullo.

—Julen, no hace falta que saltes si no quieres —le dice Clara.

A estas alturas, ya todos se han dado cuenta de lo que está pasando. Tras varios segundos en los que Julen sigue sin moverse del borde, bufo por lo tonto que es, me saco el vestido por la cabeza y lo lanzo al suelo.

—A la mierda —susurro antes de empezar a correr hacia el borde.

—Ya voy, ahora, solo... —Antes de que Julen pueda acabar la frase, paso a su lado y me lanzo al vacío.

El miedo se apodera de todo mi cuerpo mientras voy en el aire, y cuando entro en el mar intento encoger las piernas lo máximo posible para no tocar el fondo. Me sumerjo por completo y finalmente la resistencia del agua me empuja hacia arriba, toda la tensión desaparece de golpe y es sustituida por un enorme subidón de adrenalina.

Siempre supe que acabarías acariciando mis pelotas

Julen

Mi corazón se detiene, literalmente deja de latir durante un par de segundos. Miro con fijeza el lugar donde Maca acaba de sumergirse y suplico a Dios, el universo o cualquiera que pueda oír mis pensamientos que emerja sana y salva. Pasan varios segundos más, y cuando creo que mis plegarias han sido en vano, veo cómo su cabeza sale del agua y alza su brazo moviéndolo de un lado a otro.

—Está como una puta regadera —susurro, exhalando aliviado.

Aitor golpea mi omoplato con la palma de su mano y sonrío de oreja a oreja.

—Sí, es una puta loca, pero hay que admitir que los tiene bien puestos. Cualquier chica se acojonaría por saltar desde tan alto.

—Oye, que yo también salto —señala Clara haciendo una mueca con los labios.

Su hermano rueda los ojos de manera teatral.

—No te he visto tirarte la primera, hermanita. Es más, siempre buscas excusas para saltar la última.

Ambos empiezan un debate sobre quién de los dos es más valiente, aunque ni siquiera les escucho. Mi atención está centrada en Macarena que, tras nadar unos cuantos metros en dirección al acantilado, sale del agua y empieza a ascender por las rocas. Cuando llega a la cima, lo hace sonriendo de oreja a oreja. Su bikini negro está empapado y pequeñas gotas de agua salada caen de su pelo hacia sus hombros y escote. Joder, de verdad que esas tetas no pueden ser reales. Son demasiado... perfectas. Ni muy grandes ni muy pequeñas.

—¿Ya ha saltado Aitor?

Alzo la mirada de su escote y me doy de frente con un ceño fruncido.

—¿Qué has dicho?

—Te he preguntado por Aitor. ¿Ha saltado él? —Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que el chico no está, así que asiento. Yo qué coño voy a saber si ha saltado o no. Estaba demasiado ocupado pensando en las miles de guarrerías que podría hacer con ese par de melones. Irremediablemente, mis ojos van a parar de nuevo a su pecho—. ¡Julen!

—¿Qué? —Una vez más me lanza una mirada asesina.

Recoge su toalla y la envuelve alrededor de su cuerpo antes de acercarse más a mí.

—¿Puedes dejar de comportarte como un puto salido? —susurra para que solo yo pueda oírla.

Sin poder evitarlo, sonrío y vuelvo a mirar su escote.

—Soy un tío —señalo encogiéndome de hombros.

—Pues intenta ser algo menos tío. Si no lo haces por mí, al menos piensa en tu novia. No creo que a Clara le haga puñetera gracia que no dejes de mirarme las tetas —refunfuña.

¡¿Novia?! ¿Pero qué...? Miro hacia atrás y compruebo que Clara no nos quita la vista de encima. Es imposible que nos escuche desde donde está, aunque estoy seguro de que se muere de curiosidad por saber de lo que estamos hablando. Respiro hondo perdiendo la sonrisa. ¿De verdad cree que somos novios? Solo nos enrollamos. Yo no tengo novias. Regreso la atención a Macarena.

—No es mi novia —siseo entre dientes—. Solo nos besamos. Nada más.

—¿Y ella lo sabe? Porque en el coche me pareció que estaba muy cariñosa contigo. Tal vez no tenga claro eso de... «Solo nos besamos». —Su ceja arqueada me crea preocupación. No quiero que Clara piense... Mierda, me va a tocar hablar con ella. Estas mierdas se me dan fatal—. Julen, ¿estás bien? Te has puesto pálido —inquieta.

Inspiro por la nariz y asiento.

—¿Crees que debo hablar con ella? No quiero que piense...

—Espera, ¿me estás pidiendo a mí consejo sobre chicas? — pregunta intentando contener la risa. Puedo notar lo por como sus comisuras tiemblan.

Echo un nuevo vistazo en dirección a Clara y ella me lanza un beso. Sonrío de manera forzada y desvío mi atención hacia la Fea a toda prisa.

—Joder, tienes que ayudarme. Es tu amiga. ¿Qué puedo decirle? Yo no quiero tener novia.

—¿Por qué? —inquire cruzándose de brazos. Sus pechos se alzan y mis ojos vuelven a hacer de las suyas—. Joder, tío. ¿Quieres parar ya?

—¿Ves? Por eso mismo. Me gusta poder mirarle las tetas a una tía sin que nadie me recrimine nada por ello. Yo no estoy hecho para tener novia.

—Pues, chico, podrías cortarte un poco conmigo —sisea.

—¿Por qué debería hacerlo? —Adopto su misma postura cruzándome de brazos y ella me mira alzando una ceja.

—Ya sabes por qué.

—¿Porque eres una niña fea e insufrible? Tranquila, no es tu personalidad de mierda lo que me interesa. Prefiero seguir fantaseando con tus tetas.

Maca bufa y niega con la cabeza.

—Julen, deja de jugar con fuego —susurra entre dientes.

Acerco mi cara a la suya y sonrío de medio lado.

—Tal vez a mí me guste quemarme —replico.

No sé por qué, pero este jueguito de tira y afloja que nos traemos me resulta extremadamente excitante. Soy consciente de que está mal. No debería decirle estas cosas a mi hermanastra, ni mirarle las tetas, y mucho menos pajearme pensando en ella. Bueno, para eso último ya es tarde, así que no hay nada que pueda hacer para remediarlo. Sin embargo, este flirteo tan poco inocente va a terminar explotándome en la cara en cualquier momento, por eso tendría que parar ya, y es simple: no puedo. Me gusta demasiado ver el rubor en sus mejillas cada vez que le digo alguna tontería de las mías, o notar cómo se contiene cada vez que me acerco demasiado. Tal y como lo hice anoche. No sé en qué estaba pensando, lo cierto es que me moría de ganas de besarla. Por

suerte pude sacar fuerzas de donde no las tenía y corté de raíz. Bueno, también la insulté y humillé. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ella estaba ahí, dispuesta a ser besada, receptiva, y yo... Joder, yo me puse más cachondo que un cura en una guardería.

—Julen, te lo advierto...

—¿Qué es lo que me adviertes, Fea?

—Deja de hacer el ganso de una puta vez. Clara es mi amiga, y si le haces daño, te dejo estéril de una patada en las pelotas. ¿Lo vas pillando?

—Siempre supe que acabarías acariciando mis pelotas.

—¡Julen! —exclama enrabiada.

Suelto una carcajada y ella bufa.

—Vale, no te cabrees. Solo estaba bromeando.

—¿No crees que esas bromas están un poco fuera de lugar? Te recuerdo que somos...

—Tú y yo no somos nada —afirmo perdiendo la sonrisa.

—Hermanastros —señala—. Tu madre y mi padre, ¿te acuerdas? Deja de ser un capullo y céntrate.

—Vale, me centro. ¿Qué le digo a Clara?

—A mí no me metas en esto. Si no quieres estar con ella, pues díselo, o no. Eso es problema vuestro.

Resoplo peinándome el pelo hacia atrás con los dedos.

—Para no ser asunto tuyo, bien que estás dándome la brasa. Hablaré con ella y le dejaré las cosas claras, ¿vale? —Sonrío por mi propio chiste—. Le dejaré las cosas claras a Clara. ¿Lo pillas?

Maca rueda los ojos y vuelve a bufar. Parece que a ella no le hace tanta gracia como a mí.

—Madura de una puta vez —refunfuña pasando a mi lado.

—*Mimimi* —me burlo haciendo muecas como un niño pequeño. Sin girarse, ella alza el dedo corazón y sigue andando como si nada—. ¡Sí, un gesto muy maduro por tu parte! —grito para que pueda oírme, aunque no me hace ni puñetero caso.

Miro hacia Clara y vuelvo a forzar una sonrisa. Tengo que hablar con ella ahora mismo. Me acerco decidido y, al llegar a su lado, le tiendo la mano. Ella la coge de inmediato y deja que tire de ella para levantarse de la roca donde estaba sentada.

—Hola, guapo —susurra abrazándose a mi cuello—. ¿Qué os traéis Maca y tú? No me has hecho ni caso desde que llegamos. ¿No vas a tirarte?

Miro hacia el borde del precipicio y compruebo que César ya se ha tirado también y Aitor va a volver a hacerlo. Incluso Macarena se está preparando para repetir.

—Después —miento. Si puedo evitar tirarme, lo haré. Solo con mirar hacia abajo casi me meo en el bañador, no quiero ni imaginar lo que sería lanzarme de esta altura—. Oye, ¿podemos hablar un momento?

—Claro, tú dirás —susurra acariciando el pelo de mi nuca—. ¿Has pensando en cortarte el pelo? Creo que te quedaría muy bien.

—Sí, bueno... —Aparto sus manos y las sostengo entre las mías manteniendo una distancia prudencial.

Clara me mira extrañada. Por su expresión, juraría que acababa de darse cuenta de qué va todo esto.

—Vas a darme calabazas, ¿verdad? —pregunta entrecerrando los ojos.

—No, bueno, sí. Digo, no... —Resoplo de nuevo y hundo los dedos en mi pelo. Tiene razón, debería cortármelo, pero eso no es lo que importa ahora. «Céntrate Julen»—. Clara, creo que te has hecho una idea equivocada de mí. Lo que pasó anoche...

—Calla —me interrumpe colocando una mano sobre mi boca—. Lo he pillado. Nos besamos y estuvo bien, pero no quieres nada más. Es eso, ¿verdad?

Respiro aliviado al no ver ni pizca de reproche en su rostro. Se lo ha tomado mejor de lo que esperaba.

—Lo siento. Tú eres una chica genial, pero las relaciones no son lo mío. Acabaría haciéndote daño, y Macarena ha amenazado con dejarme estéril de una patada en los huevos si eso pasa.

Clara suelta una carcajada y el resto de tensión que quedaba en el ambiente se disipa de inmediato.

—Maca es la mejor amiga del mundo, y te aseguro que ella cumpliría su amenaza si llegaras a hacerme daño. No pasa nada, de verdad. Entiendo que no busques algo serio y temas cagarla con la mejor amiga de tu hermana.

—No es mi hermana —suelto en un tono más brusco de lo que pretendía. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—Hermanastra, da igual. El caso es que te entiendo y me parece un gesto muy respetable por tu parte. Tranquilo, que no volveré a acosarte.

—Oye, tampoco creo que me hayas acosado.

—Oh, chaval, lo he hecho, pero soy tan buena que ni cuenta te has dado —señala sonriendo. Estira su mano en mi dirección y me mira a los ojos—. ¿Amigos?

Asiento sonriendo y, tras estrechar su mano, tiro de ella hacia mí para darle un abrazo. Es una chica estupenda.

—Amigos.

—Oye, tampoco te arrimes tanto —bromea empujándome—. Tú me has rechazado, ahora ya no hay segunda oportunidad. —Desliza las manos por sus costados poniendo morritos—. Podrías haber tenido este cuerpazo, pero tú te lo pierdes.

Río a carcajadas y paso mi brazo sobre sus hombros estrechándola contra mi costado. Juntos empezamos a caminar hacia los demás. Aitor y César están en el agua y Maca acaba de llegar a la cima. En cuanto nos reunimos todos, decidimos sentarnos en un corro y Clara reparte las cervezas que ha traído. César la rechaza, aunque el resto bebemos con ganas ya que el calor aprieta.

—¿Alguien quiere fumar? —pregunta Aitor expulsando una enorme nube de humo que apesta a marihuana.

Creí que bromeaba al decir que traía hierba. Lo que me sorprende aún más es ver a mi hermanastra darle una calada al porro como si lo hiciese a diario.

—¿Tu papá sabe que te drogas, Fea? —pregunto en tono burlón.

Ella expulsa la bocanada de humo contra mi cara y sonrío con los ojos brillantes.

—Lo que no sabe, no lo matará —contesta encogiéndose de hombros.

—Niña mala —susurro para que solo ella pueda escucharme, y antes de que pueda darse cuenta ya le he arrebatado el porro de las manos y me lo estoy fumando.

—Hablemos de cosas serias —dice Clara haciéndome gestos para que le pase el canuto. Lo hago, y tras darle una calada y soltar el humo vuelve a dirigirse a nosotros—. Faltan solo cuatro días para la noche de San Juan y aún no hemos empezado con los preparativos.

—Habla por ti, bonita —intercede Macarena—. Yo tengo unos cuantos muebles viejos guardados en el almacén de La Morena.

—Nosotros estamos guardando todos los palés que nos llegan a la carpintería —añade Aitor.

—¿Será suficiente leña? —inquire Clara.

—Podemos ir al monte a buscar algunas ramas o árboles caídos como hicimos el año pasado —sugiere César.

—A ver, que yo me entere. ¿Hacéis hogueras en San Juan? —pregunto.

—Sí, la noche del veintitrés de junio, en Mojácar, se celebra por todo lo alto. Fuego en la playa, alcohol y fiesta. Nosotros siempre nos montamos nuestra propia hoguera. Además, después de las doce de la noche celebramos el cumpleaños de Macarena.

Miro a mi hermanastra de reajo y sonrío. En cuatro días será mayor de edad. Eso me hace sentirme un poquito menos culpable por las ganas que le tengo. Al menos sé que no soy un enfermo perverso y corruptor de menores. Solo un capullo que disfruta imaginándose haciéndole un millón de guarradas a su hermanastra. Buff, si el infierno existe, yo me voy de cabeza.

Durante un par de horas más, todos siguen hablando de la gran fiesta de San Juan. Clara se encarga de dejarme claro que estoy invitado y no puedo faltar, y esta vez la Fea no intenta retirar la invitación de su amiga. Me sorprende, o no. Pensándolo bien, creo que me hice una idea equivocada de Macarena. A ver, que sigo pensando que es una niñata insoportable, solo que no es tan aburrida como creí en un principio, y sus amigos tampoco. Aitor y Clara me tratan como si me conocieran de toda la vida y fuese parte de su grupo de amigos desde siempre. El único al que parezco no caerle muy bien es a César. Ese chico es raro de cojones.

En el camino de vuelta a casa, César vuelve a no pronunciar ni una sola palabra. Me atrevo a despedirme con la mano justo antes

de que se vaya, sin embargo, la mirada que me lanza me deja bastante mosqueado.

—Oye, Fea, ¿por qué le caigo tan mal a César? —pregunto, esperando tras ella mientras se encarga de abrir la puerta.

Macarena se gira y me lanza una mirada nada amistosa con ceja arqueada incluida.

—¿Cómo te sentirías tú si llevaras toda tu vida babeando por una chica y llega un mamarracho cualquiera y te la levanta en menos de un suspiro?

—¿César está colado por ti? —inquiero sorprendido.

Entonces, al ver la cara de espanto de Maca, me doy cuenta de la estupidez que acabo de decir.

—¿Qué te hace pensar...? ¿A qué viene esa pregunta? Estoy hablando de Clara. Te liaste con ella anoche, ¿recuerdas?

—Sí, claro —contesto tras carraspear—. Solo te estaba vacilando.

Maca rueda los ojos y bufa entrando en casa.

—Chico, tus bromitas ya me están inflando los ovarios —refunfuña.

Respiro hondo y entro tras ella. No sé por qué he hecho una suposición tan estúpida. Está claro que hablaba de su amiga. ¿Por qué se me ocurrió que podría ser ella? Tal vez porque es lo que realmente deseo, aunque jamás lo admitiré en voz alta.

Y ahora me insultas

Maca

Mientras Mateo parlotea sin parar de la película que veremos mañana en el cine, yo doy bocados a medio sándwich de jamón y queso. La otra mitad reposa en el plato. Como cada víspera de San Juan, estuvimos hasta los topes en La Morena y ni siquiera tuve tiempo de almorzar. Clara me espera para empezar a prepararlo todo para la gran fiesta en la playa de esta noche. Estoy cansada y solo tengo ganas de meterme en la cama, pero no pienso faltar a las hogueras, mis amigos no me lo perdonarían. Además, es una tradición que me gusta cumplir. Esa es una de las razones por las cuales papá siempre se encarga de contratar más personal para el turno de noche. Sabe que esta festividad es mi favorita, y hace todo lo que está en su mano para que yo pueda disfrutarla.

—Aparta, mocoso —dice Julen cogiendo a mi hermano a peso con taburete incluido y deslizándolo hacia un lado. Se coloca a mi lado, y al ver mi ceño fruncido pone los ojos en blanco—. Deja el drama, Fea. Podría haberlo empujado, pero no lo he hecho, ¿verdad? El cagón de tu hermano está sano y salvo, así que no me toques las pelotas.

—Estoy sano y salvo —repite Mateo sonriendo de oreja a oreja.

Julen se gira y le guiña un ojo antes de volverse de nuevo hacia mí. No entiendo qué relación tienen estos dos. Julen siempre trata al pequeño de la casa con desprecio, como si no le importara una mierda, sin embargo, Mateo lo idolatra y le ríe todas las gracias. A veces pienso que se hablan con la mirada, como si tuviesen secretos entre ellos que nadie más conoce.

—¿Qué comes? —inquire estirando la mano hacia mi plato, y antes de que pueda detenerlo ya me ha robado el medio sándwich

que me quedaba—. Está bueno —farfulla con la boca a rebosar.

Le lanzo una nueva mirada asesina y él sonrío tragando a toda prisa. El muy capullo sabe lo que hace. Hace ya algunos días descubrió lo mucho que me molesta que me roben la comida y no pierde oportunidad para hacerlo.

La verdad es que nuestra relación ha mejorado un poco. Seguimos discutiendo a menudo, y Julen no se cansa de vacilarme y lanzarme insinuaciones poco apropiadas; cada vez estoy más segura de que lo hace solo para molestar. Así es él, un capullo, engreído e insoportable, sin embargo, no ha vuelto a decirme nada ofensivo o humillante y su actitud en casa y en el trabajo también ha cambiado mucho desde el día en que llegó. Ya no se encierra en su habitación, aislado del mundo, ni tampoco trata mal a Amelia. La ignora a veces, y otras es solo cordial, pero esas pullas e indirectas que tanto lanzaba se han acabado. Hasta con mi padre se comporta medianamente bien. No son los mejores amigos, aunque se nota que intenta llevar la fiesta en paz. Incluso han quedado el próximo lunes para ir a pescar de nuevo.

Decido pasar por alto su conducta infantil para no empezar una nueva discusión y me levanto para dejar el plato vacío en el fregadero.

—Entonces, ¿a qué hora vamos mañana? —inquire Mateo llamando mi atención. Está insoportable con la dichosa película.

—La sesión es a las cuatro, enano.

—¿Vais al cine? —pregunta Julen.

Mateo asiente con rapidez.

—Vamos a ver *Kung Fu Panda 2*. Maca ha prometido que me llevaría a verla. ¿Quieres venir?

Espero a que Julen se empiece a reír o se burle de la invitación del pequeño, pero solo asiente con la cabeza.

—Espera, ¿has dicho que sí? —pregunto extrañada. Vuelve a asentir y mis ojos se abren hasta la raíz del pelo—. ¿No vas a burlarte ni a soltar alguno de tus comentarios maliciosos?

—¿Por qué? Me mola *Kung Fu Panda*. He visto la primera parte una docena de veces —contesta encogiéndose de hombros. Se sacude las migajas de la camiseta sin mangas que lleva puesta y mueve el cuello de un lado a otro como si intentara desentumecerlo

— ¿Nos vamos ya? Aitor me ha enviado una docena de mensajes. Llegamos tarde.

Esa es otra, mis amigos ahora también son sus amigos. A Clara ya se la ganó al meterle la lengua hasta la campanilla, y en los últimos días no para de mandarse mensajitos con Aitor. El único que aún se le resiste es César, y no me extraña, el pobre lo está pasando fatal al ver a la chica que quiere babeando por otro justo frente a sus narices. Mi mejor amiga ya ha aceptado que Julen no quiere estar con ella en plan romántico, aunque eso no significa que deje de flirtear con él frente a todo el mundo. Creo que le gusta de verdad y eso... Pues es una mierda.

—Cojo mi chaqueta y nos vamos. ¿Tú vas a ir así? —Asiente, y por primera vez me fijo en el tatuaje que cubre su bíceps derecho. Es un nombre escrito con tinta negra, Hugo, el nombre de su hermano.

—¿Pasa algo, Fea? —inquire llamando mi atención.

Sacudo la cabeza negando y sonrío de manera forzada. Quiero saber más acerca de su hermano. Lo único que me han contado es que murió tras sufrir una caída aparatosa y que Julen, de alguna manera, fue el responsable de ello, solo que nunca me he atrevido a preguntar qué fue lo que pasó con exactitud.

—Vámonos ya —digo dejando a un lado mis pensamientos cotillas.

Antes de que podamos emprender el camino hacia la salida, Amelia entra en la cocina con el teléfono en la mano.

—Hijo, qué bien que te encuentro. Creí que ya os habíais marchado. —Extiende su brazo tendiéndole el móvil—. Es tu padre. Te ha llamado media docena de veces, pero no le contestas.

—Por algo será... —sisea entre dientes.

Amelia suspira y acerca más el teléfono.

—Habla con él. Solo quiere saber cómo estás. Es tu padre, Julen, puede que no sea la persona más abierta y comunicativa del mundo, pero solo quiere lo mejor para ti. Dale la oportunidad de...

—Vale, vale. Hablaré con él si dejas de darme la charla de una puta vez —farfulla arrebatándole el teléfono de la mano. Amelia sonrío, porque a pesar de la forma en la que le habla, esa actitud es todo un avance. Hace tan solo un par de semanas la habría

mandado a la mierda y se marcharía sin más. Julen respira hondo antes de llevar el aparato al oído—. Hola —saluda. Se queda callado unos instantes y después asiente—. Vale. Sí. Está bien. —Inspira con fuerza por la nariz y puedo ver cómo aprieta la mandíbula con fuerza—. Adiós, Almirante. —Cuelga la llamada y le tiende el teléfono a su madre.

—¿Y bien? —pregunta ella.

—Va a enviarme un coche. No sé por qué, pero fue amable, o eso me pareció —susurra encogiéndose de hombros.

—Te lo dije. Sabe que te estás esforzando y solo intenta ayudarte —señala Amelia.

—Espera, ¿qué es eso de que sabe que me estoy esforzando? ¿Has estado hablando con él? —Amelia hace una mueca y asiente un poco—. ¡¿Por qué?! ¡¿Es que no os llega con pasaros el marrón de vuestro hijo problemático de uno al otro?! —

—Julen, cielo, no es eso. Solo...

—¡No! —brama interrumpiéndola—. ¡Dejadme en paz de una puta vez, joder! ¡Él que se ocupe de sus soldados y tú encárgate de tu nueva familia, pero a mí dejadme al margen de vuestras mierdas! No soy un puto crío al que tenéis que controlar.

—Oye, relájate un poco, ¿quieres? —intercedo sujetando su brazo para apartarlo de Amelia. Se ha ido acercando a ella, a medida que se cabreaba cada vez más, hasta llegar a su lado de manera amenazante.

Me lanza una mirada de desprecio y sacude su brazo para que lo suelte.

—¡Tú no te metas en esto, Fea! Son cosas de familia, así que calladita.

—¡Exacto! Son cosas de familia, y por si no te has dado cuenta, Amelia es mi familia. No te permito que le hables así, ¿entendido? Por muy madre tuya que sea, no tienes derecho a...

—¡A la mierda! —Su grito provoca que me eche hacia atrás como si acabara de darme un puñetazo—. ¡Que os jodan a todos! Esto me pasa por intentar ser algo que no soy. ¡No me sale, ¿vale?! Yo no soy el chico bueno que sigue las normas.

Nos miramos a los ojos, enfrentados y cabreados. ¿Qué mierda le pasa a este tío? ¿Por qué no puede actuar como una persona

normal? ¿Tanto le molesta que sus padres se preocupen por él?

—Ya está bien, chicos. No discutáis más —murmura Amelia.

En su tono de voz puedo notar los esfuerzos que hace para no llorar, y eso me mata. Será imbécil... ¿No se da cuenta de su suerte al tener una madre como Amelia? Respiro hondo para tranquilizarme y asiento. No vale la pena seguir con este enfrentamiento.

—Sí, mejor ya me voy. No aguanto ni un puto minuto más en presencia de este mamarracho —siseo caminando hacia la puerta con un cabreo de mil narices.

Cierro de un portazo y vuelvo a respirar hondo mientras cruzo la calle para llegar a mi moto, pero antes de que pueda hacerlo, escucho cómo Julen me llama a gritos.

—¡Fea, espera! ¡Fea! —Solo necesita un par de zancadas para alcanzarme. Me sujeta por el brazo y tira de mí—. Oye, te estoy hablando.

—¡Te escucho, no estoy sorda! —bramo zafándome de su agarre con un movimiento brusco.

—Vale, ¿puedes tranquilizarte un poco? Te llevo yo a la playa. No cojas la moto.

—No, gracias. Ahora mismo sería capaz de matarte con mis propias manos.

Cojo el casco y estoy a punto de ponérmelo, pero Julen me lo quita de las manos.

—Para un poco. Ya sé que me he pasado y...

—¡No! —grito haciéndolo callar—. ¡No puedes hacer siempre esto, joder!

—¡¿Esto qué?! ¡Por si no te has dado cuenta, estoy intentando disculparme!

—¡Exacto! ¡Eso es lo que haces siempre! —Cierro los ojos e inspiro hondo por la nariz, cuando vuelvo a abrirlos, me doy cuenta de que me está mirando extrañado—. Julen, siempre haces lo mismo. Tratas mal a la gente y después te disculpas como si eso lo arreglara todo. ¿Te has dado cuenta de cómo has tratado a tu madre? La pobre estaba a punto de llorar. Joder, pero ¿a ti qué mierda te pasa?

—No me gusta que se metan en mi vida —contesta apartando la mirada.

—¿Meterse en tu vida? ¡Es tu madre, por Dios! Solo se preocupa por ti. ¿Sabes lo que daría yo por tener a mi madre pegada a mi culo todo el día? ¿Crees que eso me importaría?

—Tú eres distinta —sisea apretando los puños a cada lado de su cuerpo.

—¿Por qué? Solo se preocupa por ti.

—¡Porque no me lo merezco! —grita desgañitado—. ¡No merezco que mi padre se moleste en intentar hacer de mí un buen hombre, ni que mi madre sea cariñosa, atenta y comprensiva conmigo! ¡No lo merezco, joder! ¡Yo les arruiné la vida! ¡Tendrían que odiarme con todas sus fuerzas! —Una lágrima resbala por su mejilla, se la limpia de inmediato y sacude la cabeza negando—. Da igual, tú nunca lo entenderás. Solo eres una cría estúpida.

—Y ahora me insultas...

Resopla y hunde los dedos en su pelo.

—¡A la mierda! —exclama.

—A la mierda, ¿qué?

—¡A la mierda todo! ¡Me largo de aquí! —Lanza el casco al suelo y, tras dar media vuelta, cruza la calle corriendo. Antes de que pueda detenerlo, se mete en el coche de Amelia y arranca dejando una nube de polvo a su paso.

Lo dicho, este chico no está bien de la cabeza. Cada día estoy más convencida de que necesita ayuda profesional. ¿Qué ha querido decir con eso? Tal vez hablaba de la muerte de su hermano. ¿Se comporta como un capullo porque se siente culpable? Puede ser. La verdad es que estoy demasiado harta de sus arranques de furia como para preguntárselo. Ahora que creía que de verdad estaba cambiando, me doy cuenta de que en realidad solo era un espejismo. Julen nunca cambiará, sencillamente porque no quiere hacerlo.

Suspiro y recojo el casco del suelo antes de subirme a la moto. Sí que ha empezado bien la fiesta. Aún no ha anochecido y ya tengo ganas de volver a casa y pasar de las hogueras, solo que me niego a permitir que este mamarracho me fastidie la festividad.

Recorro el pueblo serpenteando entre las calles y haciendo sonar el claxon cada vez que me cruzo con un conocido. He quedado con los chicos en la playa. Al llegar compruebo que ya hay mucha gente esparcida en pequeños grupos, la mayoría apilan leña en grandes piras. Mis amigos también están aquí. Clara es la primera en verme y frunce el ceño extrañada.

—¿Dónde está Julen? —pregunta.

—No lo sé ni me importa —contesto pasando a su lado de mala leche.

—¿Ya habéis discutido otra vez? —insiste siguiéndome. Empiezo a acomodar leña al igual que los demás, pero soy incapaz de librarme de ella—. No sé por qué os lleváis tan mal. Es un cielo. Algo macarra y se hace el duro, pero se nota que por dentro es un cacho de pan.

—Sí, un cacho de pan de hace un mes, reseco y mohoso —refunfuño sin parar de moverme de un lado a otro.

Tardamos una hora en apilar toda la leña. César se encarga de traer un pequeño equipo de música y Aitor y yo subimos a pie hasta el chiringuito para hacernos con unas cuantas botellas de alcohol del almacén. Tengo permiso de mi padre. No le importa que beba en la playa siempre que no haga tonterías y, por supuesto, que me olvide de conducir. La noche de San Juan siempre la pasamos en la playa, así que eso último no es un problema. Al amanecer, Elena, la madre de César, vendrá a buscarnos para llevarnos a casa.

Enseguida cae la noche, y las llamas que provienen de las hogueras iluminan toda la playa. La gente ríe, baila, bebe, come y hace el tonto. El olor a humo y pescado invade el ambiente. Papá se acercó hace un rato para traernos unas sardinas, y ya de paso a controlarnos un poco. No me molesta que lo haga. Yo no soy como cierto capullo irritante. Entiendo que mi padre se preocupe por mí y quiera comprobar que estoy bien.

Justo antes de medianoche, nos sentamos alrededor de la hoguera y miramos hacia el cielo estrellado. No tardará mucho en dar inicio los fuegos artificiales. Es un verdadero espectáculo verlos desde la playa. Las luces de colores se reflejan en el mar a modo de espejo convirtiendo este pedacito de mundo en un sitio maravilloso, al menos por un rato.

Estoy dándole caladas lentas a mi cigarrillo con la vista fija en el cielo cuando lo noto, una presencia, justo a mi lado. No necesito girarme para saber que es él. Respiro hondo y cierro los ojos, escucho el primer estallido y los abro de nuevo, justo a tiempo para ver como el cielo se ilumina de un color azul brillante.

—Lo siento —escucho su susurro y desvío la mirada en su dirección.

Julen me mira a los ojos y una de sus comisuras se alza, aunque su rostro denota seriedad. Ya lo está haciendo de nuevo. Se disculpa, mete la pata y vuelve a disculparse. Es un círculo continuo que no tiene final.

Vuelvo la mirada hacia el cielo y suspiro.

—Ya no me basta con eso, Julen —murmuro, no sé si para mí misma o para que él lo escuche.

—Lo sé, y estoy dispuesto a darte más. —Lo miro de nuevo y compruebo que sigue estando serio. No hay ni pizca de su habitual cachondeo y picardía en su expresión. Sus ojos se clavan en los míos y extiende la mano—. Vamos, demos un paseo.

Respiro hondo, y sin dudarle estrecho su mano dejando que me ayude a levantarme. Una vez más, puedo sentir esa sensación extraña atravesando mis músculos y venas en el momento en que nuestras pieles entran en contacto. No sé qué es, y la verdad es que tampoco me importa saberlo. Lo cierto es que me gusta demasiado como para renunciar a ello.

¿Quieres ser mala conmigo?

Julen

Nos alejamos de los grupos de gente esparcidos por la playa. Busco un lugar tranquilo donde poder hablar a solas con mi hermanastra. Soy consciente de que he metido la pata hasta el fondo. Aunque sea una niñaata entrometida, no se merece que la traten mal. Desde que llegué a esta mierda de pueblo ha sido la persona que más me ha apoyado y ayudado en todo, empezando por el trabajo; también me presentó a sus amigos e hizo que me sintiera uno más de la pandilla, eso por no hablar de todas las veces que ha intercedido en mi favor frente a Amelia y su padre. Es una buena persona, y no quiero seguir tratándola mal. Nadie jamás ha hecho nada bueno por mí sin pedir nada a cambio, y solo por eso se merece una disculpa.

Llegamos a una zona aislada de la playa. El cielo sigue iluminándose cada pocos segundos por los fuegos artificiales. A lo lejos puedo escuchar el jolgorio y las risas, la música y el crepitar del fuego proveniente de las múltiples hogueras encendidas. Me agacho para tomar asiento en la arena y tiro de su mano esperando que ella haga lo mismo. Aunque parezca increíble, sigue mi orden no pronunciada sin rechistar. Es extraño en Macarena, ella siempre tiene algo que decir. Odia los silencios. Me parece raro que no haya soltado algún comentario perspicaz o una gracia tonta solo para rellenar este silencio tan incómodo.

Tras sentarse a mi lado, ambos miramos hacia nuestras manos unidas sin decir nada. No puedo evitar deslizar mi dedo índice por el interior de su muñeca, y de inmediato noto como su piel se eriza.

—¿Tienes cosquillas? —pregunto sin pensarlo demasiado.

Alzo la mirada y compruebo que sus ojos están entrecerrados y tiene la mandíbula apretada con fuerza. Suspira y niega con la cabeza.

—¿Para qué me has traído aquí, Julen? Si piensas matarme y esconder mi cadáver, te advierto que peso más de lo que parece. Te dejarás la espalda cargando conmigo.

Río sin poder evitarlo. Ya estaba tardando.

—Creo que lo del asesinato lo dejaré para otro día —digo en broma.

—Entonces, ¿vas a decirme ya qué es lo que quieres hablar conmigo?

Inspiro hondo y vuelvo a prestar atención a su muñeca. Acaricio de un lado a otro la extensión de piel que cubre su interior y me mantengo en silencio durante un rato más. Al fin, vuelvo a respirar hondo antes de hablar.

—Lo que te dije antes... Bueno, sabes que lo siento, ¿verdad? No creo que seas una cría estúpida. Bueno, lo de cría... —intento bromear, y al mirar hacia ella compruebo que sigue muy seria, con una ceja en alto. Su expresión dice «no te pases de listo, chaval»—. Es broma, joder —farfullo—. Soy consciente de lo mal que te he tratado desde que llegué aquí, y te juro que me esfuerzo, pero no puedo evitar comportarme como soy.

—Eso no es una excusa. ¿Crees que un asesino en serie puede excusarse diciendo «yo soy así»? Si no te gusta cómo actúas, pon todo de tu parte para cambiar eso.

—Y dale con el asesino en serie —resoplo—. ¿Puedes dejarlo ya? No soy tan peligroso.

Veo como rueda los ojos y suspira.

—Julen, hablo en serio. Tarde o temprano vas a tener que madurar y hacerte cargo de tus propios actos. Tal vez pienses que esa actitud de machito macarra y pasota sea muy guay ahora mismo, pero llegará el día en que te des cuenta de que, gracias a esa forma de ser, has alejado de ti a todas las personas que te quieren. Puede que no quieras un consejo de una cría estúpida como yo, pero te lo voy a dar de todas formas. Ponte las pilas, empieza a darle valor a lo que hace por ti la gente que te rodea o acabarás muy solo.

—¿Qué crees que hago ahora mismo aquí contigo, Fea? —
inquiero buscando su mirada—. Yo no quiero que... No me gusta...
—Resoplo de nuevo hundiendo los dedos en mi pelo—. No merezco
que nadie se preocupe por mí ni me quiera. Si tengo que quedarme
solo, si ese es el precio a pagar por lo que hice...

—¿Qué es eso tan grave que crees que hiciste?

Frunzo el ceño y aprieto los dientes con fuerza.

—Ya lo sabes —siseo.

—¿Estás hablando de tu hermano? ¿Qué fue lo que pasó? ¿Por
qué piensas que fuiste el culpable de su muerte?

—¡Porque es verdad, joder! —exclamo empezando a cabrearme.

—Vale, no te alteres, hombre. Solo estamos hablando. —Respiro
hondo e intento tranquilizarme. Siento sus dedos entrelazarse con
los míos. Ni siquiera me había dado cuenta de que nuestras manos
seguían unidas, y es algo que me gusta. Su tacto me calma—.
Intenta relajarte y cuéntame qué fue lo que sucedió. Creo que
necesitas hablar con alguien de esto, Julen. Estás sufriendo. A
veces los problemas pierden importancia si los dices en voz alta.

—La muerte de mi hermano no va a dejar de ser importante
jamás —susurro entre dientes.

—Prueba, dime qué pasó. Sé que se cayó por las escaleras,
pero no entiendo cómo es que tú tuviste algo que ver con eso.

Resoplo una vez más.

—Fue desde la barandilla del piso de arriba. Yo... Estábamos
jugando. Se supone que él era el ladrón y yo el policía, lo perseguí
desde nuestra habitación, entonces él... Quería bajar por las
escaleras, pero yo le corté el paso. Vi cómo se subía a la barandilla
para bordearme. Estaba asustado, el terror brillaba en sus ojos, y
yo... —Cierro los ojos con fuerza y mi mente va a parar a ese
momento, al preciso instante en el que me di cuenta de la gravedad
de mis actos—. Me reí de él, lo llamé cobarde. Entonces empezó a
caminar sobre la barandilla y quiso bajarse, yo lo empujé para
mantenerlo allí y... y... se cayó. —Sin que pueda evitarlo, un par de
lágrimas rebosan mis ojos y ruedan por mis mejillas—. El sonido de
su cuerpo estampándose contra el suelo... —Niego con la cabeza
intentando soportar la presión que siento en el pecho—. Aún soy
capaz de oírlo en mi cabeza. Cada vez que cierro los ojos lo veo

boca arriba, sobre un charco de sangre y con los ojos abiertos. Me estaba mirando y no se movía. Mi madre gritaba y el Almirante se puso como loco, gritando y dando golpes. Yo...

—Ya está, Julen —susurra sujetando mi mano con fuerza. Siento el tacto de sus dedos en mi rostro y lo gira para poder mirarme de frente—. No fue culpa tuya. Solo eras un crío de ocho años. No podrías saber cómo iba a terminar todo eso. ¿Fuiste irresponsable y temerario? Pues sí, pero eso es algo que hacen los niños. Nadie te responsabiliza de ello. —Suspira y limpia el rastro de humedad de mis mejillas con una dulzura infinita—. No conozco a tu padre, pero sí a tu madre, y te aseguro que ella jamás te culparía por algo así. Erais dos niños jugando. Lo que pasó fue un accidente.

—Yo no quería matarlo —farfullo cuando una nueva oleada de lágrimas acude a mis ojos.

—Lo sé. —Sujeta mi rostro con ambas manos—. Mírame, Julen. Nadie te culpa por lo que pasó.

—Pues deberían hacerlo —siseo apartando sus manos y secándome las mejillas con el borde de la camiseta—. Tendrían que odiarme. No merezco que me traten bien ni que se preocupen por mí. Yo maté a su hijo.

—¿No te das cuenta de lo que estás haciendo? Con tu actitud no solo te haces daño a ti mismo. Piensa en tu madre, ella no solo perdió a Hugo ese día, también te perdió a ti. No dejas que nadie se te acerque sin pegarle un bocado. Haces daño a todos los que te quieren. Eso no es justo para ella.

—Vamos, no me jodas, Fea. Amelia se libró del problema enseguida. No tardó nada en divorciarse de mi padre, dejarnos en Madrid y buscarse una nueva familia. No siento pena por ella —escupo con rabia.

—Muchacho, ¿tú te estás escuchando? Pareces un crío haciendo un berrinche porque siente celos. Mi mamá te quiere más a ti que a mí —canturrea poniendo voz de niña pequeña.

La miro duramente e inspiro con fuerza por la nariz.

—Vas a reírte de tu puta madre, Fea.

Macarena rueda los ojos.

—No me estoy riendo de ti. Solo intento hacerte entender que lo que piensas es ridículo.

—Amelia me abandonó cuando más la necesitaba. Acababa de perder a mi hermano. Me sentía como una puta mierda y ella se largó.

—Según tengo entendido, te pidió que te mudaras con ella. ¿No es cierto?

—Puff, eso fue solo una forma de apaciguar su conciencia. Lo cierto es que yo le estorbaba y no dudó en librarse de mí.

—No creo que estés siendo justo. Amelia...

—¡Deja de decirme cómo tengo o no que sentirme! —bramo perdiendo los nervios—. ¡Tú no tienes ni puta idea de lo que fue venir a la fiesta de su boda! Ella estaba riendo, feliz contigo y con tu padre, como si Hugo y yo jamás hubiésemos existido.

—Vale, tranquilo. No quise decir eso. —Respira hondo y vuelve a mirarme a los ojos—. Lo siento, Julen. Lo que te tocó vivir fue una putada, pero no puedes permitir que eso dirija tu vida. Ya no eres un niño. Tal vez Amelia se equivocó, no lo sé. Conmigo siempre se ha portado genial.

—Cómo no, si tú eres la hija perfecta —siseo entre dientes.

—¿Es rencor lo que detecto en tu voz? —inquire con una ceja en alto—. Julen, yo nunca quise robarte a tu madre. Si te sirve de consuelo, daría cualquier cosa por haber podido disfrutar de la mía, pero no siempre tenemos lo que deseamos.

—No es eso, Fea. —Vuelvo a sujetar su mano y una vez más mi dedo índice recorre el interior de su mejilla—. Tú no tienes la culpa, pero sí, cuando te conocí me jodió mucho darme cuenta de que mi hermano Hugo había sido sustituido por una niñata descarada.

—¡Yo no soy descarada! —exclama—. Además, el día de la boda me dejaste muy claro que no me soportabas. Aún recuerdo el dolor por tu tirón de coleta. Casi me dejas calva.

Suelto una carcajada al recordar ese día. Estaba tan cabreado con mi madre por pasar página y olvidarse de Hugo que lo pagué con ella. Le tiré de la coleta y la llamé fea. Alzo la mirada y observo su rostro. Con doce años no podía estar muy bien de la vista, ya que la chica que tengo delante no es fea en absoluto. Al contrario, cada día me parece más guapa. No sé qué tiene, si son sus ojos marrones o esa calidez que desprende su piel. Tal vez la sonrisa

que tanto saca a relucir, pero lo cierto es que me tiene completamente obsesionado.

Ni siquiera me reconozco. ¿Qué hago yo hablando de esto con Macarena? Se supone que me cae mal, que no la soporto, sin embargo, no puedo soportar que se enfade conmigo. Disfruto molestándola, y al mismo tiempo me duele verla sufrir. Lo mío es de medicación y camisa de fuerza.

Cojo aire y sigo mirando su rostro con atención. Antes de que pueda darme cuenta, mi mano se mueve sin que se lo ordene y acaricio su mejilla con suavidad. Es tan suave... Podría tocarla durante horas seguidas sin cansarme. Siento como si piel se erizara bajo mis dedos, y esa sensación es terriblemente placentera. ¿Es posible que ella también lo sienta?

—Fea, ¿sabes eso de intentar ser un buen chico y no meterme en líos? —Su cabeza se mueve afirmando—. No sé si voy a ser capaz. Ahora mismo solo tengo ganas de ser muy malo. Deseo con todas mis fuerzas hacer algo que no debería, que sé que está mal. —Su respiración se acelera dándome la respuesta que estaba buscando. Sí, ella también lo siente. Acercó mi rostro al suyo sin apartar la mirada de sus ojos—. ¿Quieres ser mala conmigo? —pregunto en un susurro. Sus labios se entreabren y puedo ver como su lengua se asoma para humedecer esos labios carnosos y rosados. No sé si es o no una invitación, aunque siempre he pensado que es mejor pedir perdón que permiso, así que, sin dudar más, acorto la distancia que nos separa y la beso. Al principio lento, solo un roce de mis labios sobre los suyos. Intento controlarme, pero solo necesito sentir la humedad de su lengua rozando mi piel para dejar de hacerlo y lanzarme de cabeza al abismo. Muevo mi boca sujetando su cuello con fuerza y enrosco mi lengua en la suya. Al notar su sabor en mi paladar, un escalofrío recorre todo mi cuerpo. ¡Joder, es lo más dulce que he probado en mi vida!

—Julen, no. —Siento sus manos ejerciendo presión sobre mis hombros. Intenta apartarme, sin embargo, no puedo dejar de besarla. Es como comer tu chocolatina favorita, sabes que, aunque intentes darle solo un pequeño mordisco, en cuanto empieces,

acabarás comiéndotela entera, y eso es exactamente lo que deseo, comerme a Macarena de pies a cabeza—. ¡Julen!

Un empujón me obliga a apartarme de golpe, y la miro intentando llenar de aire mis pulmones. ¡Hostia, puta! Esto sí ha sido un beso de verdad.

—Yo... Joder, Fea —resoplo sin saber qué decir.

Se levanta a toda prisa y desvía la mirada.

—Esto no ha pasado —susurra sacudiéndose la arena de la ropa. Tras peinarse hacia atrás con los dedos, respira hondo y vuelve a mirarme—. ¿Entiendes lo que acabo de decir? Esto nunca ha pasado. Somos familia, joder. Si tienes ganas de echar un polvo, sobran chicas con las que puedes liarle, pero ni siquiera se te ocurra volver a hacer algo así.

Me levanto de un salto frunciendo el ceño. ¡¿Qué mierda...?!

—Oye, que tú también me has besado a mí. ¿Qué ha pasado con eso de asumir las consecuencias de tus actos? Prácticamente me invitaste a que te comiera la boca. Ahora no te hagas la modosita conmigo. Además, nadie ha dicho que quiera echarte un polvo. Créeme, no eres para nada mi tipo. A mí me gustan guapas, y sobre todo que no sean unas falsas de mierda.

Macarena sonrío de manera falsa y niega con la cabeza.

—En serio, no sé ni por qué me esfuerzo contigo. Nunca dejarás de ser un mamarracho, ¿verdad? Sabes, por un momento sentí lastima por ti, quise ayudarte, pero está claro que no te mereces la ayuda de nadie.

—Lo que tú digas. —Mi comisura se alza formando una sonrisa ladeada y me cruzo de brazos—. Ahora repite eso cuando no tengas los labios rojos e hinchados por haberme comido la boca.

—¡Que te jodan! —grita.

—¡No, que te jodan a ti!

Antes de que pueda decir nada más, doy media vuelta y salgo de allí en dirección a la hoguera. No sé en qué mierda estaba pensando cuando la besé. Pero, ¿de qué va esta niña? ¿Cree que puede despreciarme de esta manera? Joder, que ha sido solo un puto beso. Tampoco es que esté babeando por ella. ¡Que le jodan!

Un capullo muy detallista

Maca

Aún siento un hormigueo en los labios. Cada vez que miro hacia el otro lado de la hoguera y lo veo allí, sentado junto a Aitor, riendo y bebiendo como si no hubiese pasado nada, un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Me ha besado, y yo a él. Eso que llevo semanas evitando, al final ha pasado, y no estoy segura de lo que siento al respecto. Por una parte, la culpa me invade. ¿Por qué dejé que pasara? Si mi padre llega a enterarse... Por Dios, esto está mal. Sin embargo, soy consciente de lo inútil que resulta seguir negándome a mí misma la verdad, que no es otra que estoy completamente pillada por mi hermanastro. No sé cuándo pasó ni por qué. Tal vez fue algo que sucedió de un día para otro, o quizá poco a poco. No tengo ni idea. Aunque de algo sí estoy segura, ese beso es la confirmación a todas mis dudas. Lo que me hizo sentir fue algo tan increíble y surrealista que, de no ser porque aún puedo notar su sabor en mi lengua, juraría que fue una alucinación. Sus manos en mi cuello, su lengua entrelazada en la mía mientras respiraba su aliento... Sí, fue muy real, y maravilloso también.

—Tierra llamando a Macarena.

—¿Qué? —Sacudo la cabeza de un lado a otro e intento sacar esas imágenes de mi cabeza.

Miro a Clara, que me observa con los ojos entrecerrados.

—¿Te encuentras bien? Estás muy rara desde que llegaste de Dios sabe dónde con Julen. ¿Qué pasó?

—¿Pasar? Eh... —Mierda, ¿lo sabe? ¿Cómo? Respira, Maca, y piensa en algo—. ¿Qué va a pasar? Solo fuimos a dar un paseo. El capullo de mi hermanastro necesitaba compañía.

—Eso es raro de cojones. ¿Desde cuándo sois amiguitos? Creí que no lo soportabas.

—Y no lo soporto —señalo encogiéndome de hombros para restarle importancia al asunto. Sin embargo, con mi actitud consigo justo lo contrario. Clara frunce el ceño y me mira de esa forma que es capaz de arrancarme una confesión a la fuerza. Sé que si le miento se dará cuenta. Yo no sé mentir bien, joder. Lo mejor va a ser que diga la verdad, solo que sin mencionar lo del beso—. Que no pasa nada, ¿vale? Antes de salir de casa, Amelia y Julen discutieron. Tuvieron una bronca muy fea y al final terminé mosqueándome yo por la forma en la que él la trató. Cuando nos alejamos, solo fue para disculparse por ser un capullo.

—¿Y por eso llegó con los ojos rojos? Parecía que hubiese llorado. ¿Qué fue lo que te dijo exactamente?

—Hablamos de Hugo, y por eso se puso así.

—¿Hugo? ¿Ese no era su hermano, el que murió?

—Sí, aún no lo ha superado del todo. —Suspiro y echo un vistazo en dirección a mi hermanastro. Sigue charlando con Aitor sin prestarme la más mínima atención—. Se siente culpable por la muerte de su hermano, y eso lo hace comportarse como un verdadero patán.

—¿Me estás diciendo que Julen se ha sincerado contigo? —inquieta extrañada—. ¿Por qué tú, de entre todas las personas que lo rodean, has sido la que se ha convertido en su paño de lágrimas? Eso no tiene sentido. Ni siquiera os lleváis bien.

—Y yo qué sé. Supongo que solo necesitaba hablar con alguien y a mí me tiene a mano. Tampoco es que me haya confesado todos sus secretos.

—Me sigue pareciendo muy raro —murmura haciendo una mueca.

—Bueno, da igual. Deja ya el interrogatorio. Estamos de fiesta, ¿no?

Mi amiga cambia su expresión de inmediato. Es escuchar la palabra “fiesta” y se transforma por completo.

—Sí, celebremos tu cumpleaños por todo lo alto. —Se levanta y me tiende su mano para ayudarme a hacer lo mismo—. Pero que

quede claro que, si en algún momento tu hermanito busca otro hombro en el que llorar, yo me presento voluntaria.

Río negando con la cabeza.

—¿Tanto te gusta? —me atrevo a preguntar. Una parte de mí también se siente culpable por estar traicionando a mi mejor amiga. Eso no se hace, una no besa al chico del que está colada su amiga.

Clara se encoge de hombros y sacude su melena rubia con la mano.

—Lo superaré. Si es tan tonto como para rechazarme, él se lo pierde. Yo no me voy a amargar por nadie.

—¿Eso es que sí? —inquiero alzando una ceja en su dirección.

—Un poco. No sé qué tiene ese chico, pero me atrae muchísimo. No solo es su físico, también su actitud.

—Tiene una actitud de mierda —señalo frunciendo el ceño.

Mi amiga ríe a carcajadas y asiente.

—Sí, lo sé. Nadie dijo que yo sea una chica lista.

Antes de que pueda añadir nada más, tiro de su mano y empezamos a bailar alrededor de la hoguera, cantando a pleno pulmón y estirando los brazos en el aire como dos auténticas posesas.

Julen no vuelve a dirigirme la palabra y, para sorpresa de todos, en un momento dado empieza a cuchichear con César. No sé de qué hablan ni qué se dicen, pero parece que consiguen resolver sus diferencias ya que, a partir de ese momento, ambos se unen a la fiesta, sonrientes. Decir que Julen me ignora sería quedarse muy corta. No me dirige ni una mirada el resto de la noche, ni siquiera cuando Clara lo obliga a brindar una docena de veces por mi dieciocho cumpleaños.

En cuanto empieza a amanecer, todos estamos agotados. La gente se ha ido dispersando y ya solo quedan unos cuantos rezagados en la playa, la mayoría de ellos borrachos como cubas. Yo no puedo decir que esté del todo sobria, sí que aún soy capaz de mantener la verticalidad y hablar con soltura, eso es mucho más de lo que pueden hacer Aitor, Clara y Julen. Los tres siguen bebiendo cuando César nos avisa de que su madre nos espera en el aparcamiento para acercarnos a casa.

Nos toca ayudar a los borrachines a llegar hasta el coche. Yo me encargo de sujetar a Aitor, que no para de lanzarme indirectas e insinuaciones sexuales durante todo el camino. Si no fuese mi amigo y lo conociera de toda la vida, le pegaría un guantazo, pero lo conozco, sé que es un buen chico. Cuando bebe no sabe controlar su lengua, sin embargo, es inofensivo. César casi tiene que llevar en brazos a Clara la mitad del camino y Julen nos sigue dando tropezos cada dos o tres pasos. Vamos, un grupo de lo más sano.

Llegamos al coche y Elena frunce el ceño al vernos en tal estado.

—¿En serio? Sí que lo habéis pasado bien, chicos. Aviso desde ya: el que me vomite en el coche hará el resto de camino a pie, ¿entendido?

Aitor empieza a reír a carcajadas y se gira para mirarla. Ha decidido que él va a ir delante, y eso nos obliga a los cuatro restantes a apretujarnos en el asiento trasero. Por suerte, César, que es todo un caballero, se encarga de llevar a Clara sobre sus rodillas mientras ella ronca con la cabeza apoyada en su hombro.

—Preciosa, yo por ti haría el camino de Santiago a pie si hiciese falta —dice Aitor ganándose una mirada asesina por parte de César.

—Tío, córtate un poco. Estás hablando con mi madre —le advierte.

Elena arranca el vehículo y, tras recordarnos una vez más que no va admitir ninguna vomitona en su coche, emprende el camino hacia la casa de los Ugarte. Ellos son los que están más afectados. Julen, sentado justo a mi lado, no dice ni una palabra durante todo el trayecto. Con la frente apoyada contra el cristal de la ventanilla cabecea un par de veces, e incluso llega a quedarse dormido.

Tras dejar a Clara y Aitor en su casa, Elena nos acerca a Julen y a mí a la nuestra. Tengo que despertarlo, y tras despedirnos de César, salimos del coche y caminamos con lentitud hacia la entrada. Él va delante, es incapaz de andar en línea recta, así que lo sigo a una distancia prudencial, preparada para intervenir si pierde el equilibrio. Al llegar a la puerta, se apoya contra el marco y suspira cerrando los ojos.

—Abre tú, Fea —susurra. Es la primera vez que me habla tras el... incidente.

Lo hago con rapidez y espero a que él pase primero. En casa todo está en absoluto silencio. Aún duermen, y si no queremos ganarnos una buena bronca estaría bien no despertarlos. En especial Julen. No creo que a su madre le haga mucha gracia saber el estado en el que llega su hijo.

—¿Necesitas ayuda para subir las escaleras? —pregunto al ver que se detiene justo antes del primer escalón.

Me mira y entrecierra los ojos como si intentara focalizar la vista. Sonríe de medio lado y niega con la cabeza.

—No necesito nada de ti. Además, no deberías acercarte demasiado a mí, no vaya a ser que me caiga y por accidente aterrice con mis labios sobre los tuyos.

—Julen —siseo entre dientes.

—Oh, sí, es verdad. —Su sonrisa se expande—. No pasó nada. Es extraño, recuerdo perfectamente cómo gemías mientras te estaba metiendo la lengua hasta la campanilla, pero oye, no pasó, ¿verdad?

—Estás borracho. Vete a dormir, mañana lo verás todo distinto —susurro tras inspirar con fuerza por la nariz.

Empiezo a subir las escaleras, pero su voz me detiene.

—No, todo será igual. Borracho o no, nada va a cambiar. Mañana yo seguiré sintiendo lo que siento y tú también. Podemos seguir negándolo y ocultándolo, pero eso no significa que vaya a desaparecer.

Me giro hacia él y lo veo con los ojos cerrados y los puños apretados a ambos lados de su cuerpo.

—Ni siquiera voy a contestar a eso, Julen. Vete a dormir.

Subo un par de escalones más, y de nuevo me detengo al escucharlo.

—Fea —me giro resoplando y me cruzo de brazos.

—¿Qué pasa ahora?

Abre los ojos solo un poco y bufa hundiendo los dedos en su pelo.

—No creo que pueda subir. ¿Me ayudas?

Sin poder evitarlo, una sonrisa tira de mis labios. Desando el camino hasta llegar a su lado y busco su mirada. Tiene los ojos empañados y una sonrisilla de borracho adorna sus labios.

—Vamos, sujétate a mí.

—¿Puedo tocarte? —pregunta ampliando su sonrisa—. Después lo olvidamos, ¿no?

—Julen, baja la voz o despertarás a todo el mundo —susurro. Sujeto su brazo y lo paso por encima de mis hombros. Me acerco aún más a su costado, y tras rodear su cintura con mi brazo, me obligo a contener la respiración y empezar a subir las escaleras.

Nos lleva un par de minutos llegar arriba, y una vez en el pasillo nos dirigimos directos a su habitación. Julen se deja caer sobre la cama de espaldas y me mira con ojos somnolientos mientras yo me acomodo la ropa. Estoy sudando y cubierta de arena de la playa. Mi pelo está despeinado y dudo que quede rastro del poco maquillaje que me puse por la tarde antes de salir de casa.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver que no me quita la vista de encima.

—Nada, solo disfruto de las vistas. —Se incorpora un poco en la cama y coloca las manos alrededor de su boca, como cuando estás a punto de contarle un secreto a alguien—. Tengo que confesar algo —susurra. Alzo una ceja en su dirección y él vuelve a sonreír—. No creo que seas fea. Eso solo lo digo para molestarte. La verdad es que me pareces la chica más guapa que he conocido en mi vida.

Sonrío sin poder evitarlo. Ahora resulta que Julen, borracho, hasta resulta gracioso.

—No me digas... ¿Hay algo más que quieras confesarme o me puedo ir ya a dormir? —inquiero divertida.

—Sí, solo dos cosas. —Alza los dedos índice y corazón y los mira entrecerrando los ojos para asegurarse de que son dos los dedos que tiene levantados. Cuando parece estar seguro, asiente y me los muestra con una sonrisa de oreja a oreja—. La primera cosa es... Espera, ¿cuál era?

—¿Me lo preguntas a mí?

—Ah, sí, ya me acuerdo. Es que me desconcentras. La primera cosa que tengo que confesarte es que te he comprado un regalo.

—¿Qué regalo? ¿Por qué?

—Bueno, es tu cumpleaños, ¿no? La gente regala cosas a otra gente que cumple años.

—Ya, pero... Me refiero a que... —Resoplo peinándome el pelo hacia atrás con los dedos—. No creí que lo hicieras.

—Ya, bueno. Soy un capullo, pero un capullo muy detallista. — Se revuelve para meter la mano en el bolsillo delantero de sus vaqueros y saca un objeto pequeño que me tiende. Me acerco para cogerlo y me quedo embobada mirándolo. Es un llavero. Frunzo el ceño repasando con el dedo los nudos que forman el dibujo de una especie de pez o algo así. Es un llavero de macramé^[3]—. ¿No te gusta? —inquiere mirándome fijamente.

—¿Lo has hecho tú? —Mi pregunta debe resultarle muy graciosa ya que empieza a reír a carcajadas—. ¡Shhh! Baja la voz, joder.

—Lo siento —susurra intentando contener la risa. Respira hondo y, tras unos segundos en silencio, vuelve a sonreír—. ¿De verdad crees que yo he podido hacer una mariconada así?

—Ya, eso imaginé —murmuro rodando los ojos—. Lo compraste en uno de los puestos de artesanía, ¿verdad? —Asiente sonriendo de oreja a oreja—. Vamos, que no recordaste que era mi cumpleaños, y cuando los demás me felicitaron frente a ti decidiste ir corriendo a un puesto de artesanía y comprarme lo primero que viste. ¿Voy bien o me equivoco?

—Me acordé antes de llegar a la playa, y sí, creí que sería buena idea llevarte un regalito para que me perdonaras por haber sido un imbécil contigo y con Amelia.

—Julen, para ser un capullo muy detallista, como que podrías haberte lucido un poco más, ¿no crees?

—Oye, si no quieres el llavero... —Estira el brazo para recogerlo, pero yo lo escondo a mi espalda de inmediato.

—No, me lo quedo. Ahora será mejor que te echas a dormir. Te recuerdo que esta tarde le has prometido a Mateo que vendrías con nosotros al cine.

—¡Uff! —Se deja caer hacia atrás de nuevo y cubre su rostro con el antebrazo—. Qué pereza. ¿No podemos ir otro día?

—No. Se lo prometiste a nuestro hermano, y te aseguro que vas a ir aunque tenga que arrastrarte yo misma.

—Vale, iré —contesta justo antes de bostezar.

Escucho cómo su respiración se vuelve más pesada, así que decido irme, solo que justo antes de salir de su habitación, me giro y

le hago una última pregunta.

—Julen —me responde con un gemido que queda ahogado por su brazo—. Dijiste que tenías que confesarme dos cosas, ¿cuál es la segunda?

Espero durante varios segundos a que me conteste, y cuando creo que ya se ha vuelto a quedar dormido, me giro y estoy a punto de cruzar el umbral de la puerta, lo escucho, solo un susurro, como si hablara en sueños.

—Ese beso que nunca ocurrió, ha sido el mejor beso de mi vida —dice justo antes de empezar a roncar como un oso.

Sonrío y mi corazón se acelera. El mejor beso de su vida. Sí, de la mía también. Suspiro saliendo de su habitación, cruzo el pasillo y, tras entrar en la mía, me tiro yo también de espaldas en la cama. Aprieto el llavero contra mi pecho y acaricio mis labios con la yema de los dedos. Un beso que nunca ocurrió y que recordaré el resto de mi vida.

—Estás loca, Maca —susurro para mí—. De todos los tíos que hay en el mundo, ¿justo tenías que enamorarte del único que está prohibido para ti?

Respiro hondo y cierro los ojos. No sé cuándo me quedo dormida, lo que sí recuerdo al despertar es que he soñado con ese beso una y otra vez. En mi sueño todo era distinto, Julen y yo no éramos familia, mi mejor amiga no estaba loca por él y yo no me sentía culpable por querer seguir besándolo. Todo era perfecto, para nada como es en realidad.

Solo te quedas con lo malo

Julen

—**B**uenos días —gimo dejándome caer sobre un taburete en la cocina.

—Más bien, buenas tardes —me corrige Amelia—. Tienes cara de haber pasado una gran noche.

De inmediato, la imagen de Macarena gimiendo entre mis brazos mientras la besaba acude a mi mente acelerándome el corazón. Mierda, anoche la besé, y después al llegar a casa, le dije cosas... «El mejor beso de mi vida». ¿Realmente dije eso o solo lo soñé?

—Normalita —contesto tras carraspear.

Le doy un trago largo al zumo de naranja que mi madre deja frente a mí y miro a mi alrededor.

—¿Buscas a alguien? —inquire alzando una ceja.

—¿Dónde están todos?

—Marcos trabajando, Maca y tu hermano se han ido al cine.

—¡Mierda, el cine! —exclamo levantándome de un salto—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro, ¿por qué? ¿Qué pasa, Julen?

—¡Joder! ¡¿Dónde queda el cine? ¿Es aquí en el pueblo?

—No, en Huércal-Overa, a media hora en coche. Los chicos cogieron el autobús hace un buen rato ya. ¿Puedes decirme qué está pasando?

—Le prometí al mocoso que iría con ellos —contesto antes de terminar el zumo de un trago, dejo el vaso sobre la encimera y empiezo a dar vueltas sobre mí mismo—. ¿Me prestas tu coche? Si me doy prisa puedo cambiarme de ropa y llegar allí antes de que empiece la peli.

Amelia sonrío de oreja a oreja.

—¿Se lo prometiste a Mateo?

—Sí, eso he dicho. ¿Me prestas el coche o no?

—Lo haría, pero no te hace falta. —Me lanza unas llaves y sigue sonriendo como si acabara de tocarle la lotería—. Llegó tu coche esta mañana. Está aparcado al otro lado de la calle.

—¡Genial! Voy a cambiarme. —Echo a andar, sin embargo, antes de salir de la cocina resoplo con fuerza y me giro de nuevo—. Amelia, yo... Lo que te dije ayer... —Bufo una vez más y hundo los dedos en mi pelo con frustración—. A veces me comporto como un capullo, no es nada personal.

Mi madre amplía aún más su sonrisa, si eso es posible, y asiente con los ojos brillantes.

—Gracias por disculparte.

—No lo he hecho.

—Ya, pero es más de lo que esperaba, así que gracias. Por cierto, ¿por qué tienes tanta prisa? ¿Tanto te importa no faltar a la promesa que le hiciste a Mateo?

Me encojo de hombros. Ni siquiera yo sé por qué lo hago. O sí. En mi cabeza resuenan las palabras de Macarena. «Ponte las pilas, empieza a darle valor a lo que hace por ti la gente que te rodea o acabarás muy solo».

—Alguien me dijo que tengo que empezar a hacerme cargo de mi vida y valorar a las personas que están en ella.

Su mirada se estrecha y vuelve a asentir.

—Una persona muy lista la que te dijo eso.

—Sí, bueno, aunque me mate admitirlo, sí que lo es.

—Pues dale las gracias de mi parte. Y vete ya o se pillará un mosqueo tremendo si llegas tarde al cine.

Abro los ojos como platos al darme cuenta de que Amelia sabe perfectamente de quién le estoy hablando. Me pregunto si también está enterada de lo que hicimos anoche. No, no lo creo. Si lo supiese... Eso sería un tremendo marrón.

—Adiós —susurro antes de salir de la cocina a toda prisa.

Consigo cambiarme de ropa y salir de casa en tiempo récord. Como dijo mi madre, mi nuevo coche me espera aparcado junto a la acera de enfrente. Un Audi deportivo nuevecito. Nada más entrar en

él, el olor a cuero nuevo penetra mis fosas nasales y no puedo evitar sonreír al escuchar el ronroneo que emite el motor.

Puedo hacer esto. No pierdo nada en probar al menos, y tal vez gane algo. Lo que sentí anoche cuando besaba a Maca... Dios, quiero seguir sintiéndolo, y si para ello tengo que controlarme y portarme todo lo bien que pueda, pues lo haré. Joder, no me puedo creer que esté dispuesto a algo así por estar con una chica, y no con una chica cualquiera, con la Fea, mi hermanastra. Hay tantos motivos para dejarlo estar y no volver a acercarme a ella... Soy consciente de todos ellos, pero me la sudan. Supongo que, por mucho que lo intente, hay cosas que soy incapaz de cambiar, y una de ellas es el dejar de ser egoísta. Me importan una mierda las consecuencias. He decidido que quiero tenerla, y no pararé hasta conseguirla.

A las cuatro y treinta y siete minutos estoy deteniendo el coche en el aparcamiento de los cines. No son muy grandes, así que no me cuesta demasiado dar con la sala tras comprar la entrada en la taquilla. La chica que me atiende me advierte de que la película ya ha empezado, de todos modos, entro en la sala que se encuentra casi a oscuras y busco a Macarena y Mateo entre las filas de butacas a rebosar de gente. Es festivo y supongo que, al estar en vacaciones de verano, los padres necesitan entretener a los chiquillos de alguna forma. El cine siempre es una buena opción.

Vuelvo a pasar la mirada por toda la sala, y no los veo, así que no me queda de otra que llamarlos. Primero susurro sus nombres ganándome varios “shhh” y algún que otro abucheo. Al no recibir respuesta, alzo la voz.

—¡Fea! ¡Mocoso! ¡¿Dónde coño estáis?!

—¡Oye! ¡Aquí hay niños pequeños! —grita alguien.

—¡¿Quieres callarte de una vez?!

—exclama otra persona.

—¡Aquí! —escucho la voz de Mateo a lo lejos y sonrío de oreja a oreja. Entonces empieza la odisea de atravesar toda una fila de butacas donde están sentados padres y críos furiosos debido a mi interrupción. No me disculpo en ningún momento, solo avanzo hacia la mano alzada del mocoso—. ¡Has venido! —señala cuando estoy justo a su lado.

Sonríó de nuevo, pero al mirar hacia Macarena compruebo que ella no parece nada contenta de verme.

—Hola, Fea —susurro, ganándome varios siseos más de la gente que está a nuestro alrededor.

Maca me mira frunciendo el ceño y tira de mí para sentarme de golpe a su lado.

—¿Quieres dejar de dar el espectáculo? ¿Qué coño haces aquí? —pregunta susurrando.

—Le prometí a Mateo que vendría —contesto encogiéndome de hombros.

—¡Callaos de una vez! —gruñe un hombre a nuestra espalda. Me giro rápidamente y le lanzo una mirada asesina.

—¡Cállate tú, joder! —replico.

—Julen, ya vale —sisea Maca sujetando mi mano para llamar mi atención, y lo consigue. Vaya si lo hace.

Nada más tocarme, no soy capaz de pensar en otra cosa que no sean sus manos acariciando mi cuello, tal como lo hizo anoche mientras nos estábamos besando. Me aferro a su mano y deslizo mi dedo índice por el interior de su muñeca. Sus ojos van a parar a los míos, y niega con la cabeza intentando apartar la mano. No la suelto. Al contrario, la sujeto aún con más fuerza y sonrío de medio lado. Acercó mi rostro a su oreja e inspiro con fuerza. Huele genial.

—Vas a tener que hacer mucho más si pretendes librarte de mí —susurro. Siento cómo se estremece y se aparta con rapidez, pero vuelvo a acercarme aún más—. ¿Por qué no me despertaste esta mañana?

—Julen, cállate de una vez. Nos van a echar —farfulla.

Asiento y respiro hondo antes de acomodarme en mi lugar y mirar hacia la pantalla. Durante el tiempo que dura la película, Macarena y yo batallamos sin descanso. Ella intenta apartar su mano y yo la retengo. Incluso llega a pellizcarme, y ni así consigue que la suelte. No voy a ceder. Puede que anoche me sentara mal su rechazo. En realidad, me sentó como una patada en el hígado, aunque puedo entender por qué lo hizo. Se supone que lo nuestro está mal, que deberíamos llevarnos como hermanos y no andar besándonos a escondidas. Ella es una buena chica que disfruta

cumpliendo las reglas, sin embargo, aquí estoy yo para enseñarle lo divertido que puede ser quebrantarlas.

Antes de que pueda darme cuenta, las luces se encienden y me veo obligado a soltar su mano. Macarena me mira de reojo mientras se levanta y ayuda a Mateo a salir del cine. Yo los sigo de cerca, y cuando ya estamos en el exterior, el mocoso se gira hacia mí sonriendo tanto que deja a la vista su dentadura incompleta.

—¡La peli ha estado super guay! ¿Te ha gustado, Julen?

—Eh... Sí, claro —contesto buscando la mirada de su hermana. Me evita. ¿Por qué? ¿Estará cabreada conmigo? Qué pregunta más estúpida. La Fea siempre está cabreada conmigo. Le sobran razones—. Hace calor, ¿verdad? ¿Os apetece un helado? Yo invito.

—¡Sí! —exclama el mocoso.

—No puede ser. Si no nos damos prisa perderemos el autobús —informa Macarena.

—No pasa nada. He traído mi coche. Yo os llevo.

—Mejor vamos en autobús —replica tirando de la mano de Mateo.

—¡No! —El crío se revuelve, y tras zafarse de su agarre se coloca a mi lado enfurruñado—. ¡Yo quiero comer un helado con Julen!

—Mateo, deja de ser caprichoso. Tenemos que irnos ya.

—Oye, tranquila. El crío solo quiere ir a tomar un helado. ¿Qué te pasa, Fea? —inquiero sorprendido.

Maca siempre es muy paciente y atenta con su hermano. No es propio de ella tratarlo de manera tan dura.

—¡Julen, no te metas! Además, ¿desde cuándo te importa Mateo? Hace solo unos días no lo soportabas y ahora vas de hermano guay y enrollado. ¡¿Qué mierda estás tramando?!

Me está gritando en mitad de la calle. La gente se detiene a mirarnos al pasar, y lo peor es que ni siquiera sé qué he hecho para que me trate así. Resoplo hundiendo los dedos en mi pelo, y tras sacar un billete de cinco euros de mi bolsillo trasero, se lo tiendo al crío y señalo una cafetería en la plaza que hay justo al lado, subiendo unas escaleras.

—Mocoso, ve a buscar el helado y espéranos en uno de los bancos de la plaza, vamos enseguida.

Mateo mira de reojo a su hermana y esta niega con la cabeza.

—Como lo hagas, te prometo que esta es la última vez que te traigo al cine ni a ningún otro lugar —le advierte.

El mocoso frunce el ceño.

—Eso es terrorismo psicológico —señala. Extiende su sonrisa y se encoge de hombros—. Mientras discutís, yo me como el helado. Ya después nos vamos en autobús, en coche o en burro si quieres —dice justo antes de dar media vuelta y salir corriendo hacia la cafetería.

En cuanto nos quedamos a solas, Maca me fulmina con la mirada.

—¿Para esto has venido? ¿A qué estás jugando, Julen?

—No estoy jugando a nada. ¡Solo quiero invitaros a un puto helado, joder! —bramo perdiendo los nervios. Bufo de nuevo y la agarró del brazo tirando de ella hacia un lado de la acera—. ¿Se puede saber qué coño te pasa?

—¡Tú eres lo que me pasa! Llegas aquí poniendo a mi hermano en mi contra, cogiéndome de la mano, y... y...

—¿Y besándote? —pregunto sorprendiéndola. Inspira hondo por la nariz y asiente—. ¿Por eso estás tan cabreada, por lo que pasó anoche?

—¡Sí! Por eso y muchas cosas más. No puedes hacer esto.

—¿No puedo invitarte a un helado? —inquiero sonriendo de medio lado.

—Julen, no te hagas el tonto, sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Está mal.

—¿Quién lo dice? ¿Quién dice que tomar un helado juntos esté mal, o que te sujete de la mano, o que te bese?

—Pues, ¡todo el mundo! ¡La ley! La... la... ¡La Constitución Española!

Suelto una carcajada y su ceño se frunce aún más.

—¿La Constitución Española dice eso?

—No, pero sigue estando mal. —Bufa y se cubre el rostro con las manos. Parece muy agobiada, como si el mundo se le estuviese cayendo encima.

Me acerco y cojo sus manos, apartándolas para poder mirarla a los ojos.

—No está mal, Fea. Tú y yo no somos hermanos. Si nos apetece besarnos o...

—Dios, cállate. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que no piensas en lo que les haríamos a nuestros padres si se enteraran? Además, ¿qué pasa con lo que dijiste anoche?

—Anoche dije muchas cosas. No sé si te diste cuenta, pero iba muy pedo.

—Tus palabras exactas fueron... «No eres mi tipo. A mí me gustan guapas y sobre todo que no sean unas falsas de mierda».

Hago una mueca y chasqueo la lengua contrariado.

—También dije que ese beso fue el mejor beso de toda mi vida, pero por lo visto tú solo te quedas con o malo, ¿no?

—¡¿Ves?! ¡Ese es el maldito problema! No puedes decir esas cosas. Somos familia.

—¡No somos una puta mierda! —Me acerco más a ella sujetando su rostro con ambas manos—. Tú eres tú y yo soy yo, y si me apetece comerte la boca, lo haré. ¿Sabes por qué? Sencillamente porque sé que tú también lo deseas.

Sus ojos se cierran de golpe y niega con la cabeza.

—No me hagas esto, Julen —dice. Su tono es de súplica, como si le estuviese costando la vida decir esas palabras. Inspira con fuerza por la nariz y vuelve a abrir los ojos—. ¿Por qué yo? Hay miles de chicas que estarían encantadas de que les prestaras atención.

—Ya, pero ninguna de ellas me pone de los nervios. Solo tú eres capaz de desquiciarme en milésimas de segundo —contesto con media sonrisa. Respiro hondo y me aparto un par de pasos, dejando caer las manos a cada lado de mi cuerpo—. Oye, no soy un puto acosador, ¿vale? Tampoco es que lleve demasiado bien el rechazo, así que voy a dejar que te lo pienses.

—Joder, que no hay nada que pensar. ¿Qué es lo que quieres? Tú mismo dijiste que no eres de los que tienen novia.

—¡Wow! Nadie ha dicho nada de novias. Solo... —Bufo de nuevo—. Tú me atraes. No sé por qué y tampoco me importa, pero cada vez que te miro me dan ganas de comerte a besos.

—¡Ya basta! Esta conversación está completamente fuera de lugar.

Su actitud me enerva. Estoy actuando como un imbécil. ¿Qué hago yo suplicándole a esta niñata que me haga caso? Si es que más bajo no podía caer.

—Muy bien. No voy a seguir insistiendo. Yo sé lo que me pasa contigo y tú también sabes lo que te pasa conmigo. Si en algún momento dejas de ser una hipócrita de mierda y admites que te pongo cachonda, házmelo saber. —Tras soltar todo el veneno, doy media vuelta y me dirijo hacia la plaza dejándola sola en mitad de la acera.

Se acabó. Yo no soy el pelele de nadie. Si no quiere nada conmigo, que le den. No voy a seguir humillándome más.

Lo que yo quiero es imposible

Maca

El viaje de vuelta a Mojácar ha sido muy incómodo. Ni siquiera Mateo, que siempre tiene algo que decir, se ha atrevido a abrir la boca. No me extraña, hay que ser tonto para no darse cuenta de que algo raro está pasando entre Julen y yo. Al llegar a casa es aún peor, ya que a Amelia le resulta extraño que ni siquiera me detenga a saludar y corra a encerrarme en mi habitación. Me lo hace saber con el tercer grado al que me somete cuando, al venir a avisarme para cenar, yo me niego en rotundo a bajar alegando que no tengo hambre. No cuela, yo lo sé y ella también. Si es que mentir no es lo mío, así que evito sus preguntas y me disculpo diciendo que tengo mucho que estudiar para el examen del lunes.

Esa sigue siendo mi excusa favorita durante todo el fin de semana. Apenas salgo de mi habitación. Por suerte, papá me da esos dos días libres para que pueda seguir estudiando, y eso me libra de tener que enfrentarme al capullo de mi hermanastro.

Creo que sigue enfadado conmigo, o tal vez ya se le haya pasado. No lo sé y tampoco me importa. Este chico me tiene completamente perdida. Primero me besa, después me insulta, al instante me dice que ese beso fue el mejor de su vida y al día siguiente se presenta en el cine siendo simpático y cariñoso, para a continuación volver a insultarme. ¿Quién lo entiende? Acabará volviéndome loca si se lo permito. Además, ¿a qué vino eso del cine?

Bufo lanzando el dichoso llavero que regaló sobre el manual del código vial que tengo frente a mí. Me echo hacia atrás en la silla y cubro mi rostro con las manos. No he dejado de manosear ese dichoso llavero desde que me lo regaló. Es una estupidez, ni

siquiera me gusta demasiado, pero, de alguna forma, también es una especie de señal, un indicativo de que justo en el momento en el que lo compró, Julen estaba pensando en mí.

—Eres imbécil, Maca —susurro para mí misma.

Compruebo la hora en mi teléfono móvil. Ya son las tres dos de la madrugada y mañana temprano tengo el dichoso examen teórico para el permiso de conducir. No puedo permitirme suspender. Tengo el tiempo justo para hacer las prácticas y presentarme al examen antes de que empiecen las clases en la universidad. Si suspendo el teórico, todo se retrasará, y necesito poder conducir desde Almería a casa todos los fines de semana.

Tras cerrar el libro, me levanto y estiro la espalda para desentumecer los músculos. Miro hacia la ventana y me planteo salir a fumar un cigarro antes de acostarme. Sé que me ayudará a relajarme y podré dormir mejor, solo que temo salir ahí fuera y que aparezca Julen. No quiero verlo. Aunque soy consciente de que no voy a poder evitarlo siempre, necesito algo más de tiempo para aclarar mis ideas. Vale, estoy siendo una jodida cobarde. ¿Y qué otra cosa puedo hacer? ¿De qué serviría decir en voz alta lo que siento por él? No cambiaría nada. Mi padre y su madre van a seguir casados, de modo que lo nuestro jamás será posible.

Al darme cuenta de que no voy a poder dormir si sigo dándole vueltas al tema del mamarracho, decido salir al tejadillo y tomar un poco el aire. Lo hago con cuidado, intentando no hacer ruido para no despertar a Julen. Me siento sobre las tejas en silencio, y apenas le he dado un par de caladas al cigarrillo cuando escucho cómo se abre su ventana.

Mierda, no debí salir. Me levanto a toda prisa y comienzo a emprender mi retirada, pero él me detiene.

—Fea —susurra lo bastante alto como para que yo lo escuche.

Respiro hondo y me dejo caer de nuevo sobre mi trasero. Ya que me ha pillado, será mejor que termine de fumar. Tal vez así no parezca tan ridícula, huyendo y escondiéndome en mi habitación.

Escucho como las tejas crujen bajo sus pies y me atrevo a mirarlo. La luz de la luna ilumina parcialmente su rostro haciendo brillar el pendiente de su oreja, y algo más llama mi atención. Es su

pelo. Se lo ha cortado. Se sienta a mi lado y no tarda en coger un cigarrillo de mi paquete y encenderlo.

Tras un largo rato en silencio, soy yo la que habla.

—Te has cortado el pelo —señalo en un susurro.

—Sí, ¿te gusta? He pensado en quitarme el pendiente también, pero no estoy seguro.

—¿Por qué?

Ambos miramos hacia el cielo, como si no habláramos el uno con el otro.

—Me hacía falta un cambio, y creí que librarme de mi aspecto macarra sería un buen comienzo —contesta.

—¿Ahora quieres cambiar? ¿Por qué?

—Contestaré a esa pregunta si antes contestas tú a una.

Lo miro y compruebo que está sonriendo de medio lado. Mostrando el hoyuelo de su barbilla y la mitad de sus dientes blancos y alineados a la perfección.

—¿Qué quieres saber?

Respira hondo antes de hablar, y cuando lo hace, me mira directo a los ojos.

—¿Por qué llevas dos días evitándome? —inquire.

Me encojo de hombros y desvío la mirada.

—No te evito. Estoy ocupada estudiando para el examen.

—Ya, esa es la excusa que le has dado a todo el mundo, incluso a tus amigos, pero resulta que yo no me la creo.

—¿Cómo sabes que le he dicho eso a mis amigos?

—Hablé esta tarde con César.

—¿Con César? ¿Es que ahora sois amiguitos?

—No tanto, pero se puede decir que hemos resuelto nuestras diferencias. La noche de San Juan hablamos y le dejé claro que no me gusta Clara, que lo nuestro fue una tontería, solo un par de besos tontos que jamás volverán a ocurrir. Él lo entendió y decidimos firmar la paz.

—Qué bien —murmuro dándole la última calada a mi cigarrillo antes de apagarlo en una de las tejas.

—No has contestado a mi pregunta —me recuerda.

—Sí que lo he hecho. He estado liada con el examen.

—Fea, deberías dejar de intentar mentir, se te da de culo. Ahora dime la verdad —insiste.

—No sé qué quieres que te diga. —Resoplo frotándome el rostro con las manos—. A lo mejor sí que lo sé. —Me giro hacia él, y esta vez soy yo la que busca su mirada—. Quieres escuchar que te he estado evitando para no tener que hablar sobre lo que pasó entre nosotros, ¿verdad?

—Sí, estaría bien que fueses sincera conmigo, y aún más contigo misma. Admite que te gusto, solo eso.

—¿Por qué? ¿Buscas que te infle el ego? ¿A qué viene ahora esa extraña fijación por mí? Joder, sal ahí fuera a ligar. Te aseguro que hay un montón de turistas cachondas a las que puedes camelarte con facilidad. ¿Por qué no me dejas en paz de una vez? —Estrecho la mirada e inspiro hondo por la nariz—. Es eso, ¿verdad? Tu ego. No admites que una chica te rechace. Desde el mismo momento en que lo hice, me convertí en un reto para ti.

Veo cómo ríe de manera cínica y niega con la cabeza.

—Estás como una puta regadera, Fea. Para alguien tan lista y comprensiva como tú, como que se te da muy bien sacar conjeturas y juzgar a los demás basándote en suposiciones, ¿no? —Antes de que pueda darme cuenta, ya ha cogido mi mano de nuevo y su dedo índice acaricia la parte interior de mi muñeca. Suspiro al notar el leve roce en mi piel. Es tan agradable—. ¿No puedes solo creer que me gustas?

Niego con la cabeza intentando contener las lágrimas. Esto es lo que he estado intentando evitar los últimos dos días, enfrentarme a esta situación y dejar salir a la luz lo que siento, lo devastada que me encuentro por ser consciente de que jamás podré tener al chico del que me he enamorado como una maldita imbécil.

—Julen, no puede ser —farfullo con la voz tomada por el llanto—. Prefiero que esto solo sea un capricho tuyo, que no sigas insistiendo en algo que no solo me va a destrozar a mí, también a nuestra familia.

—Dios, Fea, deja de ser tan dramática. Por una vez, solo una, piensa en lo que tú quieres, no en lo que desean los demás, ni tu padre, ni mi madre, ni el mocososo, ni yo... Nadie, solo tú. ¿Qué es lo que quieres?

Siento como las lágrimas ruedan por mis mejillas y niego con la cabeza.

—Lo que yo quiero es imposible —susurro. Aparto mi mano de la suya y me levanto a toda prisa—. Tengo que acostarme. Mañana madrugo —murmuro mientras seco la humedad de mis mejillas.

Antes de que pueda dar un paso más, su mano sujeta mi brazo reteniéndome en el sitio. Lleno el pecho de aire y lo suelto de manera brusca antes de girarme hacia él. Entonces, sus manos cubren mis mejillas y une su frente a la mía. Su aliento golpea mis labios dejándome atontada y temblorosa. Lo deseo tanto... ¿Por qué justo tiene que ser Julen?

—Todo es posible si uno así lo quiere —susurra contra mis labios—. Escúchame —sus ojos se clavan en los míos—, no eres un capricho, ¿vale? Yo no... Joder, a mí se me dan como el culo las palabras. Tú eres la que quiere estudiar letras. Yo no soy capaz ni de terminar de leer un libro entero. Lo que quiero decir es... Me gustas. Así, sin más. Cada vez que te tengo cerca me cuesta contener el impulso de tocarte. —Acaricia mi labio inferior con el pulgar y suelta una gran bocanada de aire—. Tus labios son los más suaves que he besado en mi vida, y desde esa noche en la hoguera no he dejado de fantasear con volver a besarte. Ya sé que es una locura, y que tú estás acostumbrada a seguir siempre las normas, pero piénsalo, ¿de verdad estás dispuesta a perderte esto por no decepcionar a los demás?

Cierro los ojos con fuerza y niego con la cabeza.

—No se trata de eso. Tú no lo entiendes. Somos familia. Esto está mal.

—¿Quién lo dice? Tú y yo no somos hermanos. Tuvimos la suerte o la desgracia de que nuestros padres se casaran, pero nada más.

—¿Y Clara? —inquiero mordiéndome el labio inferior para no volver a llorar.

—¿Qué pasa con ella? Lo que hubo entre nosotros fue una tontería. Nos besamos un par de veces, nada más.

—Igual que tú y yo —señalo.

Su ceño se frunce enseguida.

—¡Ni siquiera te atrevas a compararlo! —exclama alzando la voz.

—¿Por qué?! ¿En qué se diferencia?!

—¡Al besar a Clara no sentí nada! ¡¿Vale?! —Respira hondo para tranquilizarse y aprieta con fuerza mi rostro entre sus manos—. Con ella no sentí nada.

Cierro los ojos y resoplo.

—Julen, me tengo que ir a la cama. Estoy agotada y toda esta situación me tiene muy confundida. Sinceramente no sé qué es lo que quieres de mí. Dices que te gusto, ¿y qué? ¿Qué es lo que quieres? ¿Pretendes que nos veamos a escondidas para echar un polvo de vez en cuando? ¿Cuánto tiempo? Porque en un par de meses yo me iré a Almería y supongo que tarde o temprano tú también te marcharás. Odias este lugar.

—¡Joder, deja de darle vueltas a todo! No sé qué es lo que quiero o lo que va a pasar en dos meses. Me importa el ahora, el presente, y me jode que te estés agobiando por esto. ¿Por qué no dejas de luchar contra ello y lo aceptas? Acepta que te gusto.

Las palabras me pican en la punta de la lengua. Podría decirlo. Me gustas, así sin más. No es tan difícil, pero soy incapaz de pronunciarlas. Aparto sus manos de mi rostro y niego con la cabeza.

—Me voy a dormir, y tú deberías hacer lo mismo. Vas a ir a pescar con mi padre, ¿no?

Julen bufa pasando la mano por su cabeza casi rapada y asiente apretando la mandíbula con fuerza.

—Sí, salimos en unas horas —sisea entre dientes.

—Espero que lo paséis bien —susurro girándome para volver a la habitación.

Subo a mi ventana, y cuando ya estoy en el interior asomo la cabeza hacia afuera para mirarlo una última vez. Todo mi cuerpo me grita que deje de contenerme de una maldita vez, solo que mi sentido común me retiene. No. Puede. Ser.

—Buena suerte mañana en el examen— susurra apretando los puños.

Trago saliva y cabeceo a modo de agradecimiento.

Antes de cerrar la ventana, pronuncio su nombre en voz alta.

—Julen —me mira a los ojos expectante—, no te quites el pendiente. Ese punto macarra es lo que te define. Además, te queda muy bien. —Una sonrisa tira de sus labios y aprovecho el momento para meterme en la habitación de una vez.

No fue buena idea salir ahí fuera. Si ya estaba confundida, ahora mismo soy incapaz de hilar algún pensamiento coherente, y ya no hablemos de dormir. Presiento que esta noche no voy a pegar ojo, y lo peor es que tampoco quiero hacerlo. Necesito seguir fustigándome un rato más por lo que siento por mi hermanastro.

Sin pensarlo demasiado, cojo el llavero que me regaló y me dejo caer sobre la cama boca arriba. ¿Y si de verdad lo hiciera? ¿Podría? ¿Sería capaz de dejar a un lado mis prejuicios y mi sentido común y hacer lo que realmente deseo? ¿A dónde me llevaría eso? No necesito ser adivina para saber que terminaría con el corazón roto, y lo peor es que todo esto también podría romper en pedazos a mi familia, y eso es lo último que quiero.

No pinto nada aquí

Julen

—Julen, están picando. ¡Julen! ¡Julen!

Los gritos de Marcos me sacan de mis pensamientos y me doy cuenta de que estoy recibiendo varios tirones en el sedal.

—¡Mierda! —exclamo girando la manivela del carrete a toda prisa.

Marcos se acerca e intenta ayudarme, pero justo en ese momento se escucha un siseo y cesan los tirones.

—El sedal se ha roto. Era una buena pieza. ¿Cómo es que no te has dado cuenta de que estaba picando?

Resoplo lanzando la caña sobre una roca y niego con la cabeza.

—Estaba distraído —refunfuño.

—Ya, no pasa nada. —Marcos vuelve a sentarse en su lugar y mantiene la mirada fija en el horizonte.

A lo lejos veo a Mateo lanzar varias veces su aparejo al borde de la orilla. Ese crío tiene energía infinita, estoy convencido de ello. Llevamos aquí más de tres horas y aún no hemos pescado nada, y resulta que la primera vez que pican, yo dejo que se escape. Genial, el día promete ser intenso.

Bufo una vez más. No puedo dejar de pensar en Macarena. ¿Le habrá ido bien en el examen? Podría llamarla o enviarle un mensaje. No, eso no es buena idea. Dije que le daría algo tiempo y me prometí a mí mismo no acosarla. Además, tampoco quiero que su padre se dé cuenta de que estoy tan pendiente de ella.

Lo miro otra vez, y verlo tan calmado me enerva. ¿Por qué no se cabrea como la gente normal? Cualquiera en su lugar no se habría conformado con la explicación escueta que le di para excusar mi error. Sin embargo, él no dice nada.

Tras varios minutos en los que sigue sin prestarme atención, recojo la caña y empiezo a colocar un nuevo aparejo. Marcos se levanta para echarme una mano.

—¡Puedo solo! ¡No soy un puto inútil, joder! —bramo lanzándole una mirada nada amistosa.

—Muy bien —susurra volviendo a sentarse.

Me giro hacia él con los brazos en jarras y frunzo el ceño.

—¿Es que a ti nada te perturba? Es como si no tuvieses sangre en las venas.

Me mira, una sonrisa tira de sus labios.

—Chaval, a ti te pasa algo hoy. Estás buscando pelea y te aseguro que yo no soy un buen contrincante. Si quieres hablar sobre lo que te preocupa, puedo escucharte, pero tengo experiencia evitando conflictos con tu madre. En eso sois idénticos. Cuando estáis cabreados, la pagáis con el primero que encontráis.

—No tengo nada que decirte —escupo dejando caer la caña de nuevo—. Esto no tiene sentido. Llevamos aquí un montón de tiempo y no pescamos nada.

—Paciencia, muchacho. La pesca es un buen ejercicio para entrenar la paciencia y la calma en momentos de estrés. Te vendrá bien tranquilizarte.

Me siento sobre una roca y cubro mi rostro con las manos.

—¿Eso también lo aprendiste con mi madre? —siseo en tono burlón.

Marcos suspira y deja a un lado su caña antes de girarse hacia mí.

—Sí, cuando conocí a tu madre ella estaba un poco descontrolada. Era muy impulsiva y siempre le gustaba salirse con la suya. ¿Te suena de algo?

Frunzo el ceño, confuso. ¿De qué demonios habla?

—Mi madre no estaba descontrolada. La pillaste en uno de los peores momentos de su vida. Lo que estaba era destrozada por la muerte de mi hermano, pero tú supiste aprovecharte de la situación, ¿verdad? —bufo con los puños apretados.

—Julen, ¿nunca nadie te ha contado lo que pasó entre nosotros? —Esta vez es él quien arruga el entrecejo—. Muchacho, yo conocí a

tu madre en el instituto. Ambos éramos unos críos, y sí, ella era muy rebelde.

—¿Qué dices?

¿Esto es en serio? ¿Por qué no lo sabía? Siempre pensé que Amelia había engañado al Almirante con Marcos en uno de sus viajes de negocios.

—Vale, ¿qué es lo que sabes sobre mi relación con tu madre? Porque me parece que no conoces toda la historia.

—Pues que ella se largó contigo tras la muerte de Hugo y nos dejó tirados a mi padre y a mí.

—No me extraña que me odies tanto —susurra, creo que para sí mismo—. Nos conocimos en el instituto. Ambos vivíamos en Madrid. Salimos juntos durante toda la secundaria, pero en el último año mis padres se mudaron a Barcelona, así que tuvimos que separarnos. Antes no era tan fácil mantener el contacto a distancia, de modo que nos distanciamos y en la universidad conoció a tu padre. Yo también hice mi vida con Lidia, y como ya sabrás, ella falleció cuando Macarena era aún muy pequeña. Entonces decidí mudarme aquí a Mojácar y abrir el chiringuito. No supe nada de tu madre hasta el día en que me la encontré por casualidad comiendo en mi negocio.

—Claro, y decidisteis recordar viejos tiempos a pesar de que ella estaba casada, ¿no? —escupo.

—No, claro que no. El matrimonio de tus padres no iba bien. Ellos... —Respira hondo—. Creo que esto es algo que tendría que contarte Amelia. Habla con ella. Yo no puedo explicarte qué fue lo que pasó para que su matrimonio terminara.

—Fácil, apareciste tú y a ella se le cayeron las bragas —señalo encogiéndome de hombros.

—Julen, te cuidado. Tengo mucha paciencia, pero ya te he advertido muchas veces que no admito que le faltes al respeto a tu madre.

Me levanto de un salto y alzo la barbilla de manera desafiante.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? No soy un crío al que puedes regañar.

—No, no lo eres, así que deberías dejar de comportarte como tal. —Bufa sacudiendo la cabeza—. ¡Joder, eres un adulto! Tienes pelos en los cojones, así que deja ya de hacerle la vida imposible a

tu madre. Ella lo intenta con todas sus fuerzas. Veo cómo se esfuerza cada día por ganarse tu cariño y solo recibe malos tratos por tu parte. Y Macarena...

—¿Qué pasa con ella?! —inquiero a la defensiva.

—Ella intenta ayudarte. Te ha presentado a sus amigos y quiere llevarse bien contigo. ¿No puedes dejar de meterte con ella un solo día? Mi hija casi no sale de su habitación, está triste y apagada, y sé que es por tu culpa.

Me acerco a él hasta que nuestras caras quedan a menos de un palmo de distancia.

—¡No tienes ni puta idea de lo que hablas! —siseo.

—¿Qué pasa? —escucho la voz de Mateo y me giro a toda prisa. El crío nos mira con gesto asustado.

—No pasa nada. Ya nos vamos a casa —le contesta Marcos mientras yo intento contener mi cabreo.

¿Quién se cree este tipo que es?! No me conoce, y por lo visto tampoco a su hija. ¿No sale por mi culpa?! ¡No, joder! Me está evitando porque no quiere admitir lo que siente por mí. Me muero de ganas de gritárselo a la cara, solo que sé que ella jamás me lo perdonaría.

—¡Vámonos de una puta vez! —exclamo echando a andar hacia el coche.

Espero casi veinte minutos a que ellos lleguen cargados con las bolsas y las cañas, y durante todo el trayecto de vuelta a casa soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea las palabras de Marcos. Maca está triste por mi culpa. ¿Será eso verdad? Hasta ahora no lo había visto de ese modo. ¡Joder, yo no quiero que esté triste! ¿Y si le estoy amargando la vida a la pobre chica? Es... es buena, joder. A pesar de su lengua rápida y venenosa, y ese carácter que saca a relucir cada vez que me meto con ella, siempre está intentando ayudarme.

Nada más llegar a casa, voy directo a mi habitación y sigo pensando en todo eso. Ahora mismo me siento como un jodido estorbo. No me he dado cuenta de que, con el pasar de los días, había comenzado a considerar este maldito lugar como mi propio hogar. Aunque me joda admitirlo, me gusta trabajar en el dichoso chiringuito, me siento útil allí, y el mocoso... Es un puto pesado, pero

le he cogido cariño. Además, está Maca. Ella es... simple y llanamente, en lo primero que pienso al despertar y lo último al acostarme. Sin embargo, si de verdad estoy haciéndole tanto daño, ¿no sería mejor que me marchara de aquí? Tal vez pueda hablar con el Almirante. Ahora que se han calmado las cosas, tal vez pueda convencerlo de que me deje volver a casa.

Alguien golpea la puerta de mi habitación sacándome de mis pensamientos.

—¿Julen? —La puerta se abre y mi corazón se detiene durante una milésima de segundo. Joder, qué preciosa es. Macarena me mira achinando los ojos sin moverse del umbral—. Amelia me manda a decirte que está la comida en la mesa.

Observo su rostro. Tiene ojeras y no hay ni rastro de esa sonrisa que siempre luce en sus labios. ¿De verdad es mi culpa que esté triste?

—No tengo hambre —susurro desviando la mirada.

Sin decir nada más, se marcha cerrando la puerta. Me dejo caer de espaldas sobre la cama y resoplo. Sí, debo irme. Está claro que aquí solo soy un intruso. Jodí el matrimonio de mis padres, y ahora estoy destrozando la nueva familia de Amelia. Ese soy yo, Julen el *revientahogares*.

Cinco minutos después, alguien vuelve a llamar a la puerta. En esta ocasión se trata de Amelia. Ella no se queda en la entrada, se acerca y se sienta a mi lado en la cama.

—¿Estás bien, hijo? Marcos me ha contado que habéis discutido antes.

—¿Ya te ha ido con las quejas sobre mí?

—No es eso, Julen.

—¡No, si me da igual! ¡Me importa una mierda lo que piense tu maridito! —Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro de la habitación—. ¡Yo soy el problema, ¿verdad?! ¡Os estoy jodiendo la vida! Pues bien, tranquila. Buscaré una solución.

—¿Qué dices? Tú no estás jodiendo nada. Solo nos estamos adaptando. Esta situación es extraña para todos. —Suspira y señala el hueco vacío a su lado—. Hijo, siéntate aquí y hablemos.

—No tengo nada que hablar contigo. Voy a llamar al Almirante. Intentaré buscar la forma de irme de tu casa cuanto antes, así que

deja de preocuparte. Vas a poder recuperar la vida que tenías antes de que yo viniese a molestar.

—Julen, eres mi hijo, tú no me molestas y jamás lo harás. Solo quiero que entiendas que no todo el mundo está siempre en tu contra. Creí que estabas intentando cambiar y madurar.

—¡Lo intento, joder! Pero... —Sin que pueda evitarlo, mis ojos se llenan de lágrimas.

—Pero, ¿qué? —Amelia se acerca a mí e intenta coger mi mano, solo que la aparto de inmediato—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué me rechazas? Siempre estás cabreado con el mundo y necesito que hables conmigo para entenderte.

Alzo la mirada y compruebo que su rostro está bañado en lágrimas. Un dolor intenso se instala en el centro de mi pecho. Me recuerda demasiado a todas esas noches en las que la escuchaba sollozar abrazada a las fotos de Hugo. Fue mi culpa entonces, yo la hice llorar, y ahora sigo haciéndolo.

—No llores, joder. —Exhalo una gran bocanada de aire y me acerco a ella. Sujeto su rostro entre mis manos y seco sus mejillas—. No es tu culpa, ¿vale?

—¿No? ¿De verdad? Porque yo no dejo de pensar que sacrifiqué tu felicidad por alcanzar la mía. ¿Tan mala madre soy? Creí que tal vez tendría una nueva oportunidad contigo, que al venir aquí podrías comprobar por ti mismo que no soy un monstruo que abandona a su propio hijo para crear una nueva familia.

Bufo apartándome de ella y alzo la mano para hundir los dedos en mi pelo, aunque en su lugar solo encuentro una cabeza casi rapada, así que me conformo con frotarme la nuca.

—Ese es el problema. Esta es tu familia, no la mía. Yo no pinto nada aquí. Sí, he estado mucho tiempo cabreado por tu partida. Te odié por dejarnos, pero en el fondo siempre supe que me lo merecía.

—¿Qué dices? Eso no tiene ningún sentido, hijo. Yo me divorcié de tu padre, no de ti. Quise que vivieras conmigo, pero te negaste en rotundo. Sé que la muerte de tu hermano te afectó mucho, y entiendo que de alguna manera sentiste que yo estaba traicionando su memoria al tener otro hijo y asumir la maternidad de Macarena; nunca fue esa mi intención. —Respira hondo y una pequeña sonrisa

asoma en sus labios—. Pienso en él todos los días, en el hombre que sería hoy si estuviese con nosotros. Le echo tanto de menos...

—Lo siento —susurro notando cómo las lágrimas humedecen mis mejillas—. Yo no quería, de verdad. —Me dejo caer sobre la cama y agacho la cabeza cubriendo mi rostro con las manos—. Fue mi culpa. Si yo no lo hubiese obligado a subirse a esa barandilla, ahora todo sería distinto. El Almirante y tú seguiríais juntos y...

—¡Eh, no! —Mi madre se arrodilla frente a mí y alza mi rostro—. No vuelvas a pensar eso. Fue un accidente, cariño. Tú solo eras un crío. Además, entre tu padre y yo las cosas ya iban mal desde antes de eso. Somos muy distintos. Al principio de nuestro matrimonio asumí el rol de mujer florero que él tanto quería, pero cuando vosotros empezasteis a crecer ya no me bastaba solo con eso. Ya sabes lo que pensaba de que yo trabajara. No le gustaba nada, y ese era un tema constante de discusiones entre nosotros. Nada de eso fue culpa tuya.

—Vamos, mamá, la mayoría de las veces discutíais por mi culpa.

—No, las discusiones eran porque teníamos distintas formas de educaros. Tu padre siempre fue muy duro y a la vez permisivo. Compensaba sus ausencias con regalos caros y una libertad que no era sana para vosotros. Cuando intenté hacer algo al respecto, cambiar eso e intentar educaros a mi manera, él se opuso en rotundo y ahí fue cuando nuestro matrimonio se fue a pique. Después ocurrió el accidente y ya no pudimos superarlo, pero repito, tú no tuviste la culpa de nada.

Sorbo por la nariz e intento secarme las mejillas. Me siento tan mal. Hace años que no me pasaba esto. Hace mucho que dejé de llorar y lamentarme. Decidí usar la rabia como vía de escape. Dejar los problemas a atrás y vivir a tope como si fuese mi último día de vida porque en realidad nunca sabes cuándo vas a morir. Solo un error, subirte a una barandilla sin ser consciente del peligro que eso supone, y tu vida se puede acabar así, en un segundo.

—¿Puedes irte? Quiero estar solo un rato.

—Julen, cariño...

—¡Por favor! —exclamo alzando la voz.

Amelia se encoge y asiente agachando la mirada.

—Está bien, pero si quieres seguir hablando... Hijo, siempre voy a estar aquí para ti, y sobra decir que esta es tu casa y nosotros somos tu familia. No quiero que te vayas.

—Vete —siseo apartando la mirada.

Un par de segundos después, escucho como la puerta se cierra y me dejo caer de nuevo sobre la cama. Sin poder evitarlo, lloro con fuerza, como hacía años que no me pasaba.

No te escondas de mí

Maca

Amelia entra en la cocina con los ojos hinchados y enrojecidos, se sienta en su lugar en la mesa y logra esbozar un intento de sonrisa para nada creíble. Algo ha pasado, lo sé. Hace más de veinte minutos que subió a convencer a su hijo de que bajara a comer, y es evidente que ha estado llorando.

—¿Todo bien? —inquiero mirándola con cautela.

Amelia me mira y señala a Mateo con la cabeza, que ajeno a todo sigue comiendo con tranquilidad. Asiento y yo también intento comer, pero soy incapaz de tragar bocado. Cuando el pequeño termina, no tarda en irse a ver la televisión al salón y solo entonces es cuando Amelia aparta su plato y se derrumba. Con las manos cubriendo su cara, solloza en silencio.

—Se va a marchar —susurra con la voz tomada por el llanto.

—¿Julen? ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? Creí que todo iba bien.

—No, cariño, nada va bien. Pensé que tal vez tendría otra oportunidad con mi hijo, que podría cambiar las cosas, empezar de nuevo, pero eso no va a suceder. Julen está tan lleno de rabia... Se culpa por la muerte de su hermano y por todo lo que ese hecho encadenó: mi divorcio, mi nuevo matrimonio, el que creara una nueva familia lejos de él. Es una bomba de relojería a punto de estallar, y no sé qué más hacer para protegerlo.

Respiro hondo y acaricio su espalda en un intento de consolarla. Sin embargo, mis esfuerzos no sirven de nada, ya que Amelia sigue llorando desconsolada.

—No es culpa tuya. Julen tiene problemas, pero no eres tú quien debe resolverlos. Hasta que él mismo se dé cuenta de que ese

camino que sigue es el equivocado, no podrá cambiar. Solo tienes que darle tiempo.

—¿Tiempo? —Amelia alza la cabeza y me mira con los ojos desbordados de lágrimas—. ¿Cómo voy a hacer eso? Se va. Ha decidido llamar a su padre para que venga a buscarlo. Dice que no quiere seguir siendo un estorbo, un intruso en esta familia.

Chasqueo la lengua, contrariada, y niego con la cabeza.

—Amelia, tienes que perdonarme, pero tu hijo es un imbécil redomado. ¿Un intruso? No está bien de la cabeza. Esta es su familia.

—Ya, yo lo sé y tú también, incluso tu padre y tu hermano, pero él no lo ve de ese modo. Se siente desplazado y, bueno..., esta mañana tuvo una discusión con Marcos. Ya sabes cómo es tu padre, tiene mucha paciencia, sin embargo, le pierde la boca cuando se cabrea de verdad.

—Ya, me suena de algo —murmuro haciendo una mueca. Está claro a quién he salido. Al igual que papá, cuando pierdo los nervios soy incapaz de callarme nada, y la mayoría de las veces acabo diciendo cosas que no siento ni pienso solo para hacer daño a quien me lo ha hecho a mí—. ¿Qué pasó? ¿Qué fue lo que le dijo papá?

Amelia resopla y se seca las mejillas de un manotazo.

—Le reclamó la manera tan mezquina en la que me trata, y bueno... —desvía por unos segundos la mirada hacia sus manos unidas sobre su regazo antes de volver a mí—, también lo acusó de ser el culpable de tu cambio de actitud.

—¿Qué cambio de actitud? —pregunto confusa.

—Maca, ya sabes de lo que hablo. Últimamente te pasas los días encerrada en tu habitación. Tu padre dice que andas distraída en el trabajo, casi no se te ve el pelo y apenas sonríes. Ni siquiera has salido con tus amigos este fin de semana. Sé que el cafre de mi hijo tiene algo que ver en eso.

—Eso no... —Bufo negando con la cabeza—. Julen no tiene nada que ver.

Mentira, él es el único responsable de la maraña de pensamientos que me impiden actuar con normalidad, solo que eso no es algo que pueda contarle a Amelia. Si supiese que lo que de verdad me tiene en este estado es que me he enamorado hasta las

trancas de su hijo y lucho a cada segundo por no perder el poco autocontrol que me queda y mandar a la mierda todos los valores que con tanto esfuerzo mi padre y ella me inculcaron, estoy segura de que ahora mismo se encargaría de meter a Julen en un avión y mantenerlo lo más lejos posible de mí. Y eso... No, eso no es lo que quiero. Ni siquiera puedo imaginar cómo me sentiría al saber que ese capullo ya no está al otro lado del pasillo. Mierda, no puede irse.

—Cielo, tienes muchas virtudes, pero mentir bien no es una de ellas— señala con una sonrisa forzada—. Algo ha pasado. — Suspira de nuevo y clava sus ojos en los míos—. Julen es mi hijo, y te aseguro que daría la vida por él. Lo quiero con locura, sin embargo, aunque no te haya parido, tú también eres mi hija. Si te ha hecho algo... Macarena, él... No sé cómo decirlo. —Respira hondo y suelta aire poco a poco por la nariz—. ¿Julen se ha propasado contigo o...?

—¡¿Qué?! ¡No, claro que no! —exclamo.

Bueno, en realidad sí se propasó. El problema es que yo disfruté cada maldito segundo que lo hizo.

—¿Estás segura? —Coge mi mano y busca mi mirada de nuevo, aunque yo soy más rápida y me apresuro en apartarla—. No me mientas, por favor.

Vale, Maca, respira hondo. Por una vez en tu vida tienes que ser convincente al mentir.

—Amelia, escúchame bien —la miro a los ojos—, puede que Julen sea un capullo y un mamarracho inconsciente, pero jamás me obligaría a hacer algo que yo no quisiese.

Amelia suspira aliviada y yo también. Ha colado, y eso es porque en realidad no he dicho ninguna mentira. Julen no me ha obligado a nada. Nos besamos porque ambos quisimos hacerlo, y cada vez que nos vemos somos los dos los que tenemos que contenernos para que no vuelva a pasar.

—Me dejas mucho más tranquila, cielo —susurra acariciando el dorso de mi mano—. En ese caso, no entiendo por qué has cambiado tanto.

—No he cambiado. Solo estoy pasando por una época complicada. Hasta hoy estaba muy agobiada por el examen teórico del permiso de conducir, solo faltan un par de meses para que

empiece la universidad y eso me estresa un poco. Además, no voy a negar que la presencia de Julen me altera. —«Y no sabes cuánto», pienso—. Supongo que solo necesito tiempo para adaptarme a él y a sus cosas de mamarracho.

Amelia sonríe un poco, esta vez una sonrisa real.

—Bien, eso puedo entenderlo. Si alguna vez te pasa algo, ya sea con Julen o cualquier otra cosa, sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? Yo siempre estaré aquí para ti.

—Lo sé —susurro levantándome. Me acerco a ella y deposito un beso en su mejilla—. Eres una madre maravillosa, Amelia. No dejes que nunca nadie te haga creer lo contrario. Ahora... —respiro hondo y me peino hacia atrás con los dedos—, voy a subir a hablar con el capullo de tu hijo. Hazme un favor y mantente al margen. No importa si escuchas gritos o insultos, te aseguro que puedo manejarlo sin problema.

—Maca, cielo, no es necesario que lo hagas. No tienes por qué hablar con él si no quieres. Si no os lleváis bien...

—Amelia, si Julen se va, tú sufres, y eso es algo que no soportaría ver. Tranquila, puedo con él, te lo aseguro.

Tras guiñarle un ojo, salgo de la cocina y me dirijo al piso superior. Me detengo frente a la puerta cerrada de su habitación y respiro hondo. Ni siquiera sé qué voy a decirle. No puedo entrar ahí dentro y suplicarle que no se marche. Eso sería un error. Sin embargo, me temo que dejar que se vaya sería aún peor. A pesar de sus gilipolleces, no quiero que se aleje, así tenga que pasar el resto de mi vida conteniéndome y huyendo de lo que siento por él, al menos lo tendré cerca. Sí, eso es lo que de verdad quiero.

Con la decisión tomada y ningún plan en mente, toco a la puerta con los nudillos y la abro de inmediato.

—¿Es que en esta puta casa nadie sabe llamar antes de entrar?! —exclama Julen. Está girado hacia la pared, con los hombros encorvados y la cabeza gacha.

—Oye, Mamarracho, ¿qué es eso de que te vas? —inquiero entrando. Cierro la puerta y me acerco más a él.

—¿A ti qué mierda te importa? Déjame en paz —farfulla.

Su voz suena extraña, como ahogada. Frunzo el ceño y sigo caminando en su dirección. No necesito dar más que cuatro o cinco

pasos hasta llegar a su lado, y entonces escucho cómo sorbe por la nariz. Mierda, ¿está llorando?

—¿Julen? —susurro tocando su espalda.

Sus músculos se tensan y se gira sin alzar la cabeza para que no pueda mirarle a la cara, pero me interpongo en su camino y alcanzo su rostro con mis manos. Le obligo a mirarme y compruebo que mis sospechas eran ciertas. Está llorando como si fuese un niño pequeño.

—He dicho que me dejes en paz —sisea apartando mis manos.

Intenta pasar de nuevo por mi lado, está a punto de conseguirlo, y entonces hago algo que jamás pensaría que llegaría a hacer, lo abrazo. Rodeo su cintura con mis manos y apoyo mi mejilla en su hombro. Durante unos segundos Julen no reacciona, se queda quieto, con ambas manos a cada lado de su cuerpo y respirando de manera agitada. Cuanto creo que va a apartarme de un empujón, noto como su pecho sube y baja bajo mi mejilla, respira hondo y siento sus brazos rodeando mi espalda, estrechándome contra su cuerpo. Su rostro se hunde en mi cuello y lo escucho sollozar.

Pasamos así un buen rato, él mojando mi hombro con sus lágrimas y yo sosteniéndolo para que no se derrumbe. Me parte el corazón verlo así, notar su tristeza, sentir su dolor como si fuese propio. Si esto es estar enamorada, no entiendo a esas personas que aseguran que es algo maravilloso. Al contrario, lastima, es un dolor tan punzante que sientes como si alguien te estuviese clavando una daga afilada en el pecho, retorciéndola con saña.

Tras lo que me parece una eternidad, me atrevo a apartar mi cara de su pecho y busco su mirada. Julen se apresura a girar la cabeza y secarse las mejillas, pero una vez más intercedo y sujeto sus manos.

—No te escondas de mí —susurro alzando su barbilla para que me mire.

Sus ojos rojos y vidriosos se clavan en los míos y suspira.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres de mí, Fea? Primero me rehúyes y ahora me buscas. No logro entenderte.

—En ese caso, ya somos dos —señalo sonriendo.

Su mirada va a parar a mi boca de inmediato, estira la mano y acaricia mi labio inferior con el pulgar.

—No puedo evitarlo. De verdad que lo intento, pero no soy capaz. Por eso tengo que irme; cuando yo no esté, todo volverá a la normalidad. Todos seréis más felices. Dejaré de joderos la vida.

Cierro los ojos y disfruto de ese leve roce sobre mis labios. Yo también lo intento. Quiero alejarme, solo que me siento atraída hacia él de forma tan irremediable como una polilla acude a la luz. Me quemaré, estoy segura de ello, sin embargo, es algo superior a mis fuerzas.

Abro los ojos y respiro hondo por la nariz. Mis brazos se alzan sin que yo se lo ordene y rodeo su cuello entrelazando las manos en su nuca. Julen me mira extrañado. No se aparta y tampoco se mueve. Siento como su piel se eriza bajo mis dedos al acariciar el pelo de su nuca.

—Estás jugando con fuego, Fea —sisea cerrando los ojos.

—Tal vez yo también quiera quemarme —contesto justo antes de romper la distancia que nos separa y posar mis labios sobre los suyos.

Su reacción no se hace esperar. Rodea mi cintura con los brazos, pegándome aún más a su cuerpo, y hunde su lengua en mi boca. Nos besamos con fiereza, con hambre desgarrada, como si con un solo beso pudiésemos decirnos todo aquello que somos incapaces de pronunciar en voz alta. Te odio y te quiero. Dos palabras tan distintas y a la vez dos sentimientos que van de la mano.

Julen se detiene y me mira a los ojos sonriendo de oreja a oreja.

—Esta vez no vas a echarme la culpa —murmura justo antes de alzarme en brazos.

Pego un grito de sorpresa y enrosco las piernas alrededor de su cintura para mantener el equilibrio. Él camina conmigo en brazos por la habitación y vuelve a besarme de nuevo. En esta ocasión con más fiereza aún, si eso es posible. Siento cómo me deja sentada sobre lo que imagino que es su escritorio. Sinceramente me da igual. Estoy demasiado ocupada deshaciéndome en mil pedazos entre sus brazos al notar su boca deslizarse hacia mi cuello. Me lame, besa y muerde mientras sus manos se cuelan en el interior de mi camiseta de tirantes.

Gimo al notar sus dedos recorriendo la piel de mi vientre. Estoy ardiendo desde dentro hacia fuera. Intento llenar mis pulmones de aire cogiendo grandes bocanadas. Sin embargo, pronto mi boca vuelve a ser avasallada por la suya, de modo que respirar queda en un segundo lugar. Mis piernas se cierran de nuevo en torno a sus caderas y noto la dureza de su entrepierna rozando la unión de mis muslos.

¡Madre mía! ¡¿Esto está pasando de verdad?! No parece real. Tal vez esté soñando.

Sus dientes se hunden en mi labio inferior y gimo de dolor y placer. No, estoy despierta. Esto es de verdad. Sus manos tiran de mi camiseta hacia arriba, se aparta solo un par de centímetros para quitármela por la cabeza y ataca de nuevo mi boca. Esta vez, a los embistes de sus caderas se unen sus manos amasando mis pechos por encima del sujetador. Me mareo, no sé si por la falta de aire o por la multitud de sensaciones que invaden mi cerebro a la vez. Esto es demasiado.

—Julen —susurro colocando las manos sobre su pecho y ejerciendo una leve presión para apartarlo.

Se deja ir y me mira a los ojos, con los labios hinchados y enrojecidos.

—¿Vas a volver a rechazarme? —inquire con la respiración agitada.

Niego con la cabeza. Tal vez me haya vuelto loca. No lo sé, pero si de algo estoy segura es de que estoy cansada de luchar contra lo que siento. Se acabó la niña buena que siempre hace lo correcto. Por una vez voy a ser irresponsable y dejarme llevar por lo que de verdad deseo.

—No puedo respirar —jadeo.

Su sonrisa ladeada hace acto de presencia de inmediato, y ese aire de chulo, macarra, sobrado que tanto me gusta en él se apodera de su expresión.

—¿Quieres que te haga el boca a boca, Fea? —pregunta en tono burlón. Sonrío por su descaro y ambos escuchamos como la puerta principal se cierra. En menos de dos segundos, los gritos de Amelia y papá resuenan en toda la casa—. Mierda —susurra haciendo una mueca con los labios.

Sí, nuestros padres están discutiendo, y Julen es consciente de que el tema principal es él mismo.

—Creo que mejor... —Lo aparto un poco más y asiente con la cabeza.

De un salto, me bajo del escritorio y busco mi camiseta por el suelo. La encuentro junto a la cama, y tras ponérmela, adecento mi pelo peinándolo con los dedos y respiro hondo.

—¿Ahora vas a decir eso de «esto no ha pasado»? —inquire Julen mirándome muy serio.

Niego con la cabeza y suspiro.

—La verdad es que no tengo ni idea de qué decir —confieso.

—Admite que te gusto de una puta vez.

—Julen, casi dejo que me eches un polvo encima del escritorio, en la casa de nuestros padres y con ellos en el piso de abajo. ¿Eso no te dice nada?

Se cruza de brazos y, una vez más, su sonrisa chulesca sale a relucir.

—Yo no te he escuchado admitir que te gusto, Fea. No me conformaré con menos.

Ruedo los ojos de manera teatral y camino hacia la salida.

—Será mejor que me vaya —murmuro.

Antes de que pueda llegar a la puerta, Julen tira de mi mano y me atrae hacia él con un tirón nada cariñoso.

—¿No vas a decirlo?

—No soy una muñeca de trapo, ¿sabes? Ese tirón era innecesario —me quejo alzando una ceja en su dirección.

—Te ibas a marchar y yo lo impedí. Era necesario. Además, no me has contestado.

—¿Y tú? ¿Vas a marcharte?

Sus ojos se entrecierran y suspira.

—Sigues sin responder a mi pregunta, Fea. —Sonrío y me encojo de hombros. Aparto sus manos de mi cintura y vuelvo a girarme hacia la puerta—. Lo harás. Vas a admitirlo, y será más tarde que temprano.

Abro la puerta y me giro para mirarlo.

—¿Eso significa que te quedarás? —insisto. Tras unos segundos, inspira por la nariz y asiente.

—Bien.

—¿Bien? ¿Solo eso? —Esta vez soy yo la que asiente. Estoy a punto de salir de la habitación cuando me llama de nuevo—. Fea, por cierto, ¿cómo te fue en el examen?

Me giro sonriendo de oreja a oreja.

—He aprobado.

Su sonrisa también se expande, junto al hoyuelo de su barbilla.

—No esperaba menos de ti —añade—. ¿Cuándo es el examen práctico?

—En cuanto esté lista. Entre el trabajo y todo lo demás, espero poder ir a tres o cuatro clases por semana.

—Yo puedo darte clases —sugiere. Frunzo el ceño y él sonríe de nuevo—. No me mires así, no te estoy proponiendo que te fugues conmigo a un hotel de carretera donde podamos follar como mandriles, que eso tampoco es algo que descarto, lo único que te digo es que puedo darte algunas clases de conducción. Así no te dejarás tus ahorros en la autoescuela y tendrás el privilegio de disfrutar de mi compañía en exclusiva por un par de horas al día. Todo son ventajas.

Sonríó sin poder evitarlo y sacudo la cabeza de un lado a otro totalmente incrédula. Madre mía, cómo se lo tiene creído este mamarracho.

—Hasta luego, capullo —murmuro saliendo de la habitación.

Antes de cerrar la puerta, escucho su voz a mi espalda.

—Mañana empezamos, así que prepárate porque voy a hacerte sudar como no lo has hecho en tu vida.

Me estás hinchando los cojones

Julen

Estoy sonriendo como un imbécil. No sé por qué lo hago, pero me es imposible parar. Durante toda la tarde no he podido dejar de pensar en ella, en sus besos, en sus gemidos cada vez que la apretaba contra mí... Joder, me pongo cachondo solo por recordarlo. Juro que podría habérmela follado encima de ese escritorio y ni un jodido terremoto me hubiese podido detener.

—Esa cría te está fundiendo el cerebro —susurro para mí mismo mientras presiono uno de los botones de mi iPhone para cambiar de canción.

La música suena por los auriculares a todo volumen y ni siquiera presto atención a la letra. Así de distraído me tiene la Fea. Me pregunto qué estará haciendo en este momento. Es posible que esté en su habitación. Me levanto de un salto, dejando mi teléfono sobre la cama, y me asomo a la ventana. Podría salir por el tejadillo y entrar en su habitación sin que nadie me viese, tal vez terminaríamos lo que empezamos hace unas horas. Joder, me encantaría besarla de nuevo.

Estoy a punto de lanzarme, pero unos golpes en mi puerta me detienen. ¿Será ella?

—Adelante.

La puerta se abre y Marcos asoma la cabeza al interior de la habitación.

—Hola. Eh... ¿Podemos hablar un segundo? —Resoplo y, tras encogerme de hombros a modo de respuesta, vuelvo a coger mi teléfono. Marcos pasa y cierra la puerta a su espalda—. Julen, vengo a disculparme por lo de esta mañana. Es posible que haya sido un poco duro contigo.

¿Disculparse? ¿Por qué? Soy yo el que no deja de liarla en su casa, y eso que no está enterado de las guarrerías que quiero y pretendo hacerle a su hija. Si fuese así, estoy seguro de que ahora mismo estaría dándome un puñetazo en la cara.

—No pasa nada —murmuro sin mirarlo.

Trasteo en mi teléfono y empiezo a redactar un mensaje escrito mientras Marcos balbucea y sigue explicándome las razones que lo llevaron a decirme esas cosas esta mañana.

Fea, ¿qué haces?

Su respuesta no tarda ni cinco segundos en llegar. Por suerte, el sonido está silenciado, así que solo tengo que alzar la mirada y asentir como si estuviese prestando atención al sermón de mi padrastro.

Nada. Escucho música, ¿y tú?

Contengo una sonrisa y contesto de inmediato.

Estoy escuchando la chapa de tu padre. ¿Cómo me libro de él?

¡¿Está en tu habitación?! ¡¿Qué hace ahí?! ¡¿Lo sabe?!

—Julen, ¿me estás escuchando? —Alzo la mirada y asiento de nuevo—. Solo quiero que entiendas que esta es tu casa y nosotros somos tu familia. A veces me pierden las formas cuando me enfado, pero no fue mi intención hacerte sentir desplazado.

Carraspeo, enderezándome, y asiento una vez más.

—Tranquilo, por mi parte ya está todo olvidado, y descuida, intentaré controlar mi carácter con mi madre.

Marcos abre mucho los ojos, como si no esperara mi respuesta. Tal vez creía que yo empezaría una nueva discusión, solo que ahora mismo estoy demasiado ocupado mensajeándome con su hija y solo quiero librarme de él.

Mi teléfono vuelve a vibrar en mi mano. Le echo un vistazo y no puedo evitar sonreír.

¡Dios, lo sabe, ¿verdad?! ¡Mierda! ¡¿Qué vamos a hacer?!

—¿Te estoy interrumpiendo? —me pregunta Marcos con una ceja en alto. Ya sé de quién ha sacado la Fea ese gesto.

—Eh... No. Solo estoy hablando con un amigo de Madrid.

—Tu madre me ha dicho que quieres volver a casa con tu padre.

—Sí, bueno... —Me rasco la nuca haciendo una mueca con los labios—. En realidad, lo he pensado mejor. Me gustaría quedarme,

si no hay inconveniente.

Marcos sonríe y niega con la cabeza.

—Ya te he dicho que esta es tu casa. Me alegra que lo hayas reconsiderado, y te aseguro que tu madre dar  saltos de alegría en cuanto se entere.

El móvil vibra de nuevo.

 Cont stame, coño!  Lo sabe?!  Me est  dando un puto infarto, Julen!

—Marcos, lo siento, pero tengo que llamar a un colega.  Te importa si hablamos en otro momento?

—Por supuesto, te dejo tranquilo. Por cierto, cenamos en media hora.  Vas a bajar?

—Eh... S .

—Vale, hasta luego.

—Adiós —susurro antes de que la puerta se cierre.

Mis dedos vuelan sobre el teclado mientras planeo una gran maldad en mi mente.

Lo sabe todo, Fea. Justo ahora me est  amenazando.

Espero solo un par de segundos y la pantalla se ilumina de nuevo.

 C mo lo sabe?!  Joder!  Joder!  Qui n se lo ha dicho?!  Es imposible que se haya enterado!

Nos vio cuando estabas de piernas abiertas sobre el escritorio, en sujetador y metiéndome la lengua hasta la garganta. Estábamos tan cachondos que ni nos dimos cuenta.

Le doy al botón de enviar y suelto una carcajada al imaginar la cara que se le est  poniendo. Estoy tan ensimismado mirando hacia la pantalla del teléfono que cuando la puerta de mi habitación se abre de par en par no puedo evitar pegar un brinco del susto.

—Papá, puedo explicarlo. Te prometo que... —Macarena mira a un lado y a otro, y al no ver a Marcos en la habitación, frunce el ceño confusa—.  D nde est ?

—Ya se ha ido —contesto encogiéndome de hombros.

—Como que...  Qu  ha dicho?  Est  muy cabreado? —Resopla y se peina hacia atrás con los dedos. Parece muy agobiada.

—Cierra la puerta y te lo cuento todo —pido levantándome de la cama.

Maca me mira sin entender a dónde quiero llegar, así que yo mismo me acerco, cierro la puerta y la sujeto por la cintura.

—¿Qué haces? Mi padre...

—Tranquila —Hundo mi rostro en su cuello e inspiro hondo. Joder, qué bien huele, a mar y a limpio—. Tu padre me ha dicho que no le importa que nos liemos. Eso sí, no podemos hacerle abuelo.

—¡¿Qué?! Eso no tiene... —La risa que estaba intentando contener se me escapa en forma de carcajada y su cara se convierte en el mismísimo rostro del diablo. Me empuja con fuerza y empieza a arrearme manotazos. Yo sigo riendo e intento cubrirme con los brazos—. ¡Eres un mamarracho y un capullo! ¡¿Cómo coño te atreves a jugar con algo así?! ¡¿Sabes el susto que me has dado?!

—Tenías que haberte visto la cara. —Me dejo caer de espaldas en la cama y me sigo descojonando bajo su mirada asesina.

—¡Deja de reírte de una puta vez! —sisea acercándose para seguir arreándome. Coge una almohada y me golpea con ella una y otra vez—. ¡Ni puta gracia, Mamarracho!

—Ya está. Vale. Deja de pegarme. —Estiro un brazo para detener un nuevo golpe de almohada y, tras sujetarla, uso el otro brazo para tirar de ella hacia mí. Maca cae sobre mí en la cama y nos giro a ambos para poder inmovilizarle las manos contra el colchón—. Ya he parado de reír, ¿vale? Ha sido solo una broma.

Sopla un mechón, que se cuela frente a sus ojos, y me fulmina con la mirada.

—¿Te crees muy gracioso? ¿Cómo se te ocurre, Julen? Aparta, déjame salir.

Sujeto sus dos manos con fuerza usando una sola de las mías y la otra la coloco en su costado.

—Lo siento. Me pareció gracioso. No te cabrees. Prometo no volver a hacerlo, ¿vale?

—No, no vale. Casi me da un puto infarto. ¿No te das cuenta de lo peligroso que es esto? Si mi padre llega a enterarse de lo que pasó entre nosotros, no me lo perdonaría nunca. Y tú ya puedes empezar a hacer la maleta para irte con tu padre. Eso cabrearía a Amelia, porque eres su hijo y ella te adora. Entonces discutirían y pondríamos en riesgo su matrimonio. ¡No es un puto juego, cojones!

Respiro hondo y hago una mueca.

—Vale, tienes razón. Me he pasado. Ya te he dicho que no lo volveré a hacer. ¿Qué más quieres?

—Quiero que me sueltes y te apartes. Alguien podría entrar en la habitación, y a ver cómo explicamos que estemos en esta postura.

—A mí me parece una postura muy cómoda —susurro recolocándome entre sus piernas abiertas. Sonrío de medio lado y ella vuelve a resoplar—. Vale, te dejo, pero antes admite que te gusta.

—Dios, estás pesadito con eso, ¿eh?

Deslizo la nariz por toda la longitud de su cuello y deposito un beso en su clavícula.

—Vas a hacerlo. Lo sabes, ¿verdad? Solo es cuestión de tiempo. —Suspira y noto como su cuerpo se relaja bajo el mío. Aprovecho el momento para soltar sus manos y alzar la cabeza. La miro a los ojos y vuelvo a sonreír—. No tienes ni idea de las ganas que te tengo, Fea —susurro contra sus labios—. Si fuese por mí, ahora mismo estarías en pelotas. Se me hace la boca agua solo con pensar en lo que podría hacerte.

Pego mi entrepierna a la suya para mostrarle lo cachondo que estoy, y a cambio recibo un gemido ahogado por un mordisco en su labio inferior.

—Julen, puede entrar cualquiera —susurra con los ojos cerrados.

—Lo sé, y aunque lo niegues, eso es lo que lo hace tan interesante. Imagínanos aquí, en la cama, desnudos, follando como animales salvajes, mientras nuestros padres ponen la mesa en el piso de abajo. ¿No te pone?

—Estás como una puta regadera —contesta sonriendo—. Vamos, aparta. La cena enseguida estará lista, y como a Amelia se le ocurra subir, la vamos a liar bien.

—Vale, te dejo, pero después de cenar prométeme que vendrás a mi habitación.

—¡¿Qué?! ¡No! Nos van a pillar, Julen.

—No nos van a pillar. Cuando todos estén dormidos. Si prefieres puedo ir yo a la tuya.

—¡Que no, joder!

Me da un empujón, y al no esperarlo consigue desplazarme lo suficiente para salir de la cama. Bufo y me giro, quedando boca arriba, frustrado y cabreado por su rechazo.

—Fea, me estás hinchando los cojones, literalmente. ¿Se puede saber por qué sigues huyendo de mí? Creí que ya habías superado esa fase.

—No estoy huyendo, pero uno de los dos tiene que ser el adulto responsable aquí, y ya que tú eres incapaz de asumir ese rol, no me quedan más cojones que hacerlo yo.

—Tienes dieciocho años, deja eso de ser responsable para cuando te toque —replico.

Sus ojos se clavan en los míos y respira hondo.

—Julen, hablo en serio. —Se acerca a mí y toma asiento a mi lado en el borde de la cama—. No quiero hacerle daño a Amelia y a mi padre, mucho menos a Mateo. Puede que a ti te dé igual, pero para mí es importante.

Resoplo y me incorporo. Sentado sobre el colchón la miro de frente y asiento.

—Está bien, ¿qué es lo que sugieres? ¿Quieres volver a lo de antes, tú encerrada en tu habitación y yo intentando ignorarte? Eso no funciona.

—Lo sé. Creo que hay que poner algunas normas.

—Mierda, odio las putas normas —farfullo.

—Ya, me lo imagino, pero es algo necesario. Me gustas, pero...

—¡Eh, lo has dicho! —exclamo señalándola con el dedo.

Maca rueda los ojos de manera teatral.

—Madura de una vez, Mamarracho. —Inspira por la nariz—. Lo que decía... Me gustas, pero no quiero perder a mi familia.

—Vale, suelta ya las putas normas.

—Solo una. No vamos a vernos en esta casa.

—¿No vamos a vernos? ¿Tenemos que cerrar los ojos cada vez que nos crucemos por los pasillos? —pregunto sonriendo.

—Ya sabes lo que quiero decir, imbécil. En casa nos comportaremos como hasta ahora, o bueno, mejor que ahora. Estoy cansada de tus pullitas de mierda, así que contrólate un poco.

—Claro, porque tú no tienes lengua, ¿verdad? Como si tus pullitas de mierda no fuesen tan jodidas como las mías.

—Vale, pues eso, nos controlamos los dos. En todos los sentidos.

—¿Y cuándo pretendes que nos “veamos”? —recalco la última palabra y ella se encoge de hombros.

—No lo sé. En el trabajo queda descartado y en casa también. El resto del día podemos buscarnos la vida para pasar algo de tiempo a solas. Eso sí, nadie puede enterarse, así que olvídate de ir de bocazas con Aitor y César.

—¿Qué te hace pensar que iba a contarles nada? Aquí donde me ves, soy un caballero —señalo haciendo el gesto con la mano como si estuviese ajustándome una corbata imaginaria.

—Lo que tú digas, yo solo te lo advierto. Ya me jode hacerle esto a Clara —suspira y se peina hacia atrás con los dedos—. Soy una amiga de mierda.

—¿Por qué dices eso? —inquiero frunciendo el ceño.

—Clara y tú...

—Ya te he dicho que eso fue una tontería, y lo hablé con ella. Todo está resuelto.

—No está resuelto, Julen. Tú le gustas. Le gustas de verdad, y yo que soy su mejor amiga, voy y me lío contigo. Eso no se hace, joder. Entre amigas hay una especie de regla no escrita: «Nunca te lées con el chico que le gusta a tu amiga».

—¿Te digo por dónde me paso yo las normas no escritas? Eso son gilipollices de niñas.

—Ya estás siendo un capullo de nuevo —señala cruzándose de brazos.

—Es que me lo pones a huevo, niña. A Clara le gusta... Pues qué bien, pero resulta que a mí ella no, así que no hay nada que hablar ni decir ahí. Si no quieres que se entere, por mí bien. Tampoco es que me guste que se metan en mi vida. Por cierto, en esa norma tuya, ¿incluye que no pueda enviarte mensajes guarros?

Maca ríe negando con la cabeza.

—No, no incluye eso.

—Está bien saberlo. —Me levanto de un salto, y antes de que pueda decir nada más, acerco mi boca a la suya y la beso. Maca no tarda en apartarme y me mira frunciendo el ceño—. ¿Qué? Era solo para sellar el trato. A partir de ahora me portaré bien.

—Julen, tú eres incapaz de portarte bien —comenta sonriendo.

Me encojo de hombros y me dejo caer de nuevo sobre la cama.

—Ale, niña, largo de mi habitación. Si no me vas a dejar comer, no me pongas la comida delante.

—¿Ahora soy una vaca?

—Una ternerita más bien —contesto riendo.

—Capullo —sisea antes de marcharse.

Miro la puerta cerrada y sonrío de oreja a oreja. Hasta para echar un polvo tengo que seguir normas. Joder, si es que lo mío es grave. Lo bueno es que nunca se me ha dado muy bien cumplir lo que los demás me exigen. Llámalo rebeldía o mala leche, y es que tengo la sensación de que la dichosa norma de la Fea va a durar menos que un chocolate en la puerta de un colegio.

¿Quién es el que babea ahora?

Maca

Definitivamente me he vuelto loca. Tengo una especie de relación clandestina con mi hermanastro. Sé que está mal y que es muy probable que todo esto acabe destrozando por completo a mi familia, pero, por alguna razón que desconozco, soy incapaz de ponerle fin. Es extraño, desde niña siempre fui muy obediente. Me gusta enorgullecer a mi padre y ganarme su aprobación en todo lo que hago. Sin embargo, ¿qué otra cosa puedo hacer? Lo he intentado. Desde que Julen apareció en nuestras vidas no he hecho otra cosa que evitarle, alejarme de la tentación, y no ha funcionado. No puedo evitar que mi corazón se acelere con su sola presencia o que se me erice la piel bajo su tacto, incluso su voz es capaz de alterarme la sangre de tal manera que en lo único que soy capaz de pensar es en lo bien que me siento cuando me besa.

Lo sé, es una putada. Estoy muy jodida. Tarde o temprano alguien nos descubrirá. Es imposible mantener un secreto de esta magnitud viviendo y trabajando juntos. Entonces, cuando todo estalle, me arrepentiré. Cuando decepcione a mi padre y vea como mi familia se desmenuza ante mis ojos, me sentiré una puta mierda. Mientras tanto, he decidido ser egoísta y disfrutar del momento. Puede que solo esté siendo paranoica y no pase nada de eso. Tal vez Julen se canse de mí en un par de semanas y regrese a Madrid, o cuando me vaya yo a la universidad conozca a otro chico y todo esto pase a ser solo un bonito recuerdo de un amor de verano como los que relatan en las novelas románticas.

—Fea, ¿por dónde? —pregunta Julen colocando su mano sobre mi muslo y dándole un pequeño apretón. Me giro en el asiento delantero de su deportivo y lo miro. Es guapo a rabiar, y ese aire

macarra que tiene... Madre mía. ¿Quién puede culparme por perder la cabeza por un chico así?—. ¿Fea?

—Eh... Sí —carraspeo y centro la mirada en la carretera—, en el siguiente cruce a la izquierda.

Hace solo diez minutos que terminamos nuestro turno en La Morena, y nada más salir nos metimos en su coche y Julen me informó que iba a darme la primera clase de conducción. Yo hubiese preferido ir a casa antes a darme una ducha y cambiarme de ropa, pero él insistió en que no perdiéramos tiempo.

Llegamos a Las Marinas, un pueblo vecino, y le indico que siga conduciendo hasta una zona deshabitada. La carretera es ancha y hay poca circulación, es perfecta para aprender a conducir.

—Vale, aquí mismo sirve. —Detiene el vehículo y, tras quitarse el cinturón, se gira para mirarme—. ¿Estás lista para tu primera clase?

—No estoy muy segura. ¿Y si me cargo tu coche nuevo? —Julen se encoge de hombros—. ¿Te da igual? Tu padre te matará, acaba de regalártelo.

—Le diré que fui yo. Tampoco sería la primera vez que estampo un coche.

—¿En serio? ¿Cuándo has tenido un accidente?

Sonríe de medio lado y chasquea la lengua.

—Niña, tú no sabes por qué acabé en este pueblucho del culo del mundo, ¿verdad?

—Sé que la liaste muy gorda y tu padre te echó de casa. Te dio a escoger entre irte a una escuela militar o venir a Mojácar. Y deja ya de llamarlo pueblucho, aunque no lo admitas, le estás cogiendo cariño.

—Lo que tú digas. Vamos, ponte al volante.

—¿No vas a contarme qué pasó?

—Eres una cotilla —señala sonriendo antes de salir del coche. Lo rodea y, tras abrir mi puerta, me tiende su mano para ayudarme a salir.

—¿Cuándo te has convertido en un caballero? —inquiero en tono sarcástico sujetando su mano. Salgo del coche y lo primero que hace es darme una palmada en el trasero que resuena alto. Le lanzo una mirada asesina—. Retiro lo de caballero. Como vuelvas a hacer eso, te juro que te corto las pelotas.

Julen reacciona a mi amenaza sonriendo de oreja a oreja, se pega a mí y hunde su boca en mi cuello. Suelto un grito agudo cuando sus dientes se clavan en mi piel e intento apartarlo dándole manotazos; lo único que consigo es que su mano se cierre en torno a uno de mis glúteos, el mismo que acaba de maltratar, y lo estruje con fuerza.

—Cómo me pone que digas esas cosas tan bonitas —susurra en mi oído.

Lo empujo con fuerza y él ríe de nuevo.

—Imbécil —siseo rodeando el coche con la barbilla en alto y cara de mala leche.

Una vez dentro, me ajusto el cinturón y respiro hondo. Julen hace lo mismo en el asiento del acompañante.

—Vale. Mueve el asiento o no llegarás a los pedales. —Hago lo que me dice, ya que él es mucho más alto que yo y es imposible que pueda pisar el embrague a fondo sin mover hacia delante el asiento—. Perfecto, si estás cómoda, mira por los espejos retrovisores y colócalos de forma que puedas ver ambos laterales del coche y la parte trasera. —Obedezco sin rechistar—. Muy bien. Conoces lo básico de la conducción, ¿verdad? ¿Sabes cómo se ponen las marchas y para qué sirven los pedales?

—Sí, hasta ahí llego —contesto respirando hondo una vez más.

—Bien, lo más importante es que no te pongas nerviosa. Apenas hay tráfico en la carretera, así que si ves que no puedes o no sabes hacer algo, solo pisa el freno y listo. No importa donde se detenga el coche. —Asiento—. Baja el freno de mano, pisa embrague a fondo y mete primera. —Hago lo que me dice—. Ahora pisa el acelerador con suavidad mientras sueltas el embrague al mismo tiempo. Intenta no hacerlo muy rápido o se te calará el coche. No dudes y confía en ti misma. Si consigues hacerlo bien a la primera, te contaré por qué me echó mi padre de casa.

Le miro de reojo frunciendo el ceño.

—¿Me estás extorsionando con información?

—No, solo estoy dispuesto a premiarte si haces todo lo que te pido y lo haces bien —contesta—. Venga, déjate de charlas y acelera.

Inspiro con fuerza por la nariz y voy soltando el aire poco a poco al mismo tiempo que el vehículo comienza a moverse. Tras recorrer unos cuantos metros, Julen me pide que cambie de marcha y, aunque el coche pega un pequeño bandazo, consigo hacerlo más suave la siguiente vez.

Seguimos dando vueltas por las calles desiertas durante más de dos horas, y aunque parece increíble, no discutimos ni una sola vez. Al contrario, Julen no se altera ni se cabrea cuando hago algo mal. Es paciente y me explica las cosas de manera pausada.

—Vale, creo que por hoy es suficiente —comento deteniendo el coche en el arcén. Apago el motor y, tras soltar una gran bocanada de aire, sonrío emocionada—. No ha estado nada mal, ¿verdad?

—A excepción de que casi chocas contra una farola, ha estado genial.

—¡Eh! ¡Eso no es verdad! Paré a tiempo —replico.

—Porque te grité que frenaras —insiste riendo a carcajadas.

Tras rodar los ojos, salgo del coche y esta vez soy yo quien abre su puerta con una falsa sonrisa.

—Muy graciosa, Fea, pero a mí me sale mejor —susurra sujetando mi mano. Se incorpora y tira de ella para acercarme más a él. De inmediato rodea mi cintura con sus manos y me besa. Solo un leve roce de sus labios en los míos, y vuelve a apartarse—. Vámonos de aquí. Quiero que vayamos a un lugar.

Suspiro. Este beso me sabe a poco. Llevo esperando esto desde ayer. Tras cenar juntos en presencia de nuestros padres y hermano, nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones. Recibí un par de mensajes suyos en los que insinuaba que vendría a verme en mitad de la noche, pero me negué en rotundo y tuve que recordarle nuestra única norma. Esta mañana yo me fui antes al chiringuito, y cuando Julen llegó apenas pudimos cruzar un saludo escueto antes de ponernos a trabajar duro. Solo a la hora de la comida estuvimos algo más tranquilos, pero con mi padre enfrente no pudimos ni rozarnos siquiera.

Estiro mis brazos para abrazar su cuello, y esta vez soy yo quien busca su boca. Aquí estamos solos él y yo, no hay nadie que pueda vernos. Sus brazos enseguida me estrechan con más fuerza y

hunde su lengua en mi boca. Cuando nos apartamos, ambos jadeamos en busca de aire.

—También podemos quedarnos aquí un rato —susurro.

—No, quise venir aquí por una razón muy concreta. Vamos, sube al coche. —Una vez más palmea mi trasero, ganándose una mirada de advertencia—. Esta vez ha sido más despacio. Además, yo no tengo la culpa de que tengas un buen culo para azotar.

—¿En serio? ¿Es en eso en lo que pensáis los tíos cuando nos miráis el trasero?

Julen sonrío de medio lado y vuelve a amasar mi nalga.

—Créeme, Fea, pienso en muchas más cosas, pero si te las dijera, te escandalizarías.

Tras darme un último beso en los labios, se aparta y rodea el coche para subirse al asiento del conductor sin dejar de sonreír en ningún momento. Conduce durante menos de dos minutos en dirección al mar, solo que antes de llegar a la playa de Puerto Rey, toma la salida hacia la laguna. Observo extrañada que toma un sendero estrecho y detiene el coche en una zona apartada junto a la laguna. Ya casi ha anochecido, y el lugar está completamente aislado y vacío.

—¿Cómo has sabido de este sitio? —inquiero sorprendida.

Julen se encoge de hombros.

—Busqué en internet «Dónde llevar a una chica para asesinarla y descuartizarla sin que nadie se entere», y me apareció este lugar. —Hago una mueca graciosa y le saco la lengua—. Vamos, démonos un baño en la laguna.

—¿Qué? Creo que no está permitido bañarse ahí.

—¿Quién nos lo va a impedir? ¿Ves a alguien por aquí cerca? —Miro alrededor y niego con la cabeza. No hay nada ni nadie que pueda vernos.

Julen sonrío y sale del coche. Esta vez no abre mi puerta, se dirige al maletero mientras yo salgo por mí misma y se acerca con un par de toallas en las manos.

—¿Lo tenías todo planeado desde esta mañana? —pregunto caminando a su lado entre la hierba alta.

—Así es. ¿Por qué crees que no quise que fuéramos a casa a ducharnos después del trabajo? ¿Crees que me gusta tu olor a

rancio? —Le doy un manotazo en el brazo y él ríe a carcajadas—. Es broma, coño. —Coge mi mano y tira de ella arrastrándome tras él. En cuanto llegamos a la orilla, se quita la camiseta regalándome una de las mejores vistas que nadie pueda siquiera imaginar. Tiene un cuerpazo, eso es innegable. No sé cómo se mantiene tan en forma. Nunca le he visto hacer deporte. Tras sacarse las zapatillas, desabrocha el botón de su pantalón corto—. Fea, ¿vas a desvestirte o prefieres seguir mirándome? Ten cuidado o desbordarás la laguna con tanta baba.

Chasqueo la lengua contrariada. Es guapo, sí, aunque también un capullo arrogante.

—¿Me has traído un bañador? —Me mira sonriendo de medio lado y niega con la cabeza—. ¿Pretendes que me bañe en pelotas? —Su sonrisa se ensancha y asiente—. Ni de coña.

—No seas aburrida. Puedes tirarte en ropa interior.

—Y después volveré a casa empapada.

—Pues quítatela —sugiere encogiéndose de hombros.

Se baja el pantalón y lo pateo junto a sus tenis antes de acercarse a la orilla y meter el pie en el agua.

—¿Está muy fría? —pregunto empezando a desvestirme.

—Bastante. No sé si esto es una buena idea. Se me van a quedar los huevos como canicas.

Suelto una carcajada por su comparación y, tras deshacerme del resto de mi ropa, voy hacia él vestida solo con la braga y el sujetador. Su mirada me recorre de pies a cabeza y sonrío de nuevo.

—¿Quién es el que babea ahora? —pregunto alzando una ceja con diversión.

—Fea, yo ya he visto lo que hay debajo. Me hiciste un striptease en el baño, ¿recuerdas?

—Prefiero no recordar lo capullo que puedes llegar a ser —siseo antes de meter el pie en el agua. En efecto, está muy fría. La temperatura ambiente es bastante elevada, incluso a estas horas, cuando el sol ya se ha puesto, así que el contraste al entrar por completo en la laguna va a ser brutal—. ¿Nos tiramos o no?

—Tú decides. Si tú te lanzas, yo te sigo.

—De eso nada. Me la vas a jugar. Saltamos juntos.

—¿Tan poco te fías de mí? —pregunta con su media sonrisa habitual.

—Menos aún. Venga, a la de tres.

Se coloca a mi lado y me agarro a su mano para que no se eche atrás en el último momento. Estoy segura de que va a intentar jugármela.

—Va. Una, dos... —Antes de que pueda acabar la cuenta atrás, me tiro al agua arrastrándolo conmigo. Como ya esperaba, el contraste de temperatura me deja temblando de pies a cabeza—. ¡Joder! —exclamo tras sacar la cabeza del agua.

—¡Dios! ¡Qué fría está! ¡Me cago en la puta! —lo escucho maldecir mientras nado a toda prisa hacia la orilla.

Salgo del agua seguida por él, nos cubrimos con las toallas, y tras recoger nuestras ropas, corremos hasta el coche a toda velocidad.

—¡Abre rápido! —grito tirando de la manilla.

Julen se acerca por mi lado, y tras apretar el mando a distancia, abre la puerta trasera y me empuja hacia el interior, sube él también y cierra la puerta. Antes de que pueda darme cuenta ya lo tengo encima, su boca presiona contra la mía mientras sus manos recorren mi cuerpo.

—Hago esto por caridad humana —murmura entre beso y beso—. Si no te caliento, te morirás de hipotermia.

Su lengua se desliza por mi cuello y muerdo su hombro al sentir cómo amasa mis pechos con ambas manos.

—Cállate de una maldita vez, Mamarracho —ordeno.

Recibo una sonrisa antes de que su boca vuelva a la mía. Se coloca sobre mí en el asiento trasero y rodeo su cintura con las piernas. Su entrepierna se pega a la mía y noto su dureza. Madre mía, va a pasar. Quiero que pase, lo deseo. Aunque sé que está mal y que no debería, no puedo evitarlo.

—Ahora no tienes a dónde escapar —susurra recorriendo mi mandíbula con su boca. Sus manos se deslizan por mi espalda y desabrocha mi sujetador mientras sus caderas se mueven con lentitud de delante hacia atrás, rozando mi sexo hasta que un gemido involuntario rasga mi garganta—. ¿Alguna vez lo has hecho en el asiento trasero de un coche, Fea? —me pregunta al oído.

Decido no contestar a su pregunta y simplemente disfrutar de las maravillosas sensaciones que recorren todo mi cuerpo al notar cómo su mano se desliza bajo mis bragas. Siento sus dedos hurgando entre mis pliegues al mismo tiempo que su boca se cierne en torno a uno de mis pechos.

—¡Joder! —exclamo al no ser capaz de asimilar tantas estimulaciones a la vez. Es como un torbellino, un rayo de placer puro y desgarrador que se concentra en mi bajo vientre y sube por mi espalda obligándome a arquearme—. Julen —gimo.

—Sí, eso es justo lo que voy a hacer, Fea. Contéstame, ¿lo has hecho alguna vez en el asiento trasero? —Suspiro y niego con la cabeza. Me atrevo a abrir los ojos y compruebo que me está mirando con atención, con mi pezón en su boca y la mano metida en mis bragas, me observa con los ojos brillantes—. Tu primera vez en un coche va a ser la leche, te lo aseguro —afirma.

Resoplo al notar cómo se aparta y empieza a rebuscar en el suelo entre su ropa. Enseguida noto su ausencia. Ya no siento nada de frío. Al contrario, estoy ardiendo de calor, pero en cuanto sus manos dejan de tocarme, me siento vacía, como si acabaran de arrancarme una parte de mí misma.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunto mosqueada. Alza la mano y me enseña un pequeño paquete plateado.

—Protección, Fea. No queremos que en unos meses haya por ahí un mini Julen dando guerra, ¿verdad?

—Vuelve aquí de una puta vez —ordeno.

Sonríe de oreja a oreja, acomodándose de nuevo entre mis piernas.

—Te veo un poco ansiosa. Si quieres que pare...

—¡Ni se te ocurra! —Me aferro a su cuello y tiro de él hacia mí.

—Dame solo un segundo, Fea. Tengo que ponerle el uniforme al soldado. —Vuelve a apartarse, solo unos centímetros, y yo resoplo de nuevo. Escucho cómo rasga el envoltorio, y un par de segundos después siento sus dedos en mis caderas, tirando de mis bragas hacia abajo. Levanto el trasero para facilitarle la tarea, y cuando ambos estamos completamente desnudos vuelve a tumbarse sobre mí, encajado entre mis piernas y con su rostro justo frente al mío—. ¿Estás lista? —Asiento tragando saliva con dificultad. Siento como

su miembro se desliza entre mis humedecidos pliegues y se cuela en mi interior, entonces empuja hacia adelante y se adentra por completo en mí. Contengo la respiración y lo noto, el dolor. Me tenso de pies a cabeza y Julen me mira con los ojos abiertos como platos —. Pero, ¿qué coño...? ¿Eres virgen?

Suelto el aire que estaba conteniendo y gimo de dolor.

—Ahora ya no —siseo.

—Pero... ¿Por qué? Tú... —Tiro de su cabeza y lo beso para acallarlo. Al principio no me responde, pero enseguida noto como su pecho se hincha y enreda su lengua en la mía. Sus manos vuelven a moverse por mi cuerpo y poco a poco se va retirando, con mucho cuidado. Cuando ya no lo noto en mi interior, el dolor cede. Julen rompe nuestro beso y pega su frente a la mía cerrando los ojos con fuerza—. ¿Te duele? —Asiento y, aunque no puede verme, sé que nota el movimiento de mi cabeza—. ¿Quieres que me detenga?

—No —susurro deslizando mis manos por su espalda desnuda, acaricio cada uno de sus músculos de manera ascendente y vuelvo a bajar—. Solo dame un par de segundos. —Sus ojos se abren y asiente apretando la mandíbula.

Espero unos segundos hasta que el dolor desaparece y entonces bajo las manos hasta su trasero, rodeo sus caderas con mis piernas y lo insto a moverse. Julen entiende enseguida lo que quiero y se va adentrando en mí una vez más, solo que en esta ocasión es mucho más lento y cuidadoso. Me sorprende darme cuenta de que ya no me duele tanto. Escuece un poco, casi como un pequeño tirón cada vez llega hasta el fondo, pero en cuanto se retira, ya no lo noto.

Poco a poco va a acelerando la velocidad de sus embestidas. Se deja guiar por mí, por mis empujes en su trasero. Soy yo quien marca el ritmo. Busco su boca y él me besa empezando a moverse aún más rápido. El dolor ya ha cesado por completo, y en su lugar deja una sensación placentera. Gimo cuando Julen sujeta mis manos y las inmoviliza sobre mi cabeza. Su cuerpo resbala sobre el mío debido al sudor. Lo escucho jadear en mi oído, y ese sonido tan desgarrado que sale del fondo de su garganta, unido a la forma en la que se me mueve dentro y fuera de mí, aumentan aún más mi excitación. Busco aire, y no lo encuentro. Siento un pinchazo en el

bajo vientre. Julen vuelve a jadear, yo gimo de nuevo, mi espalda se arquea involuntariamente, sus dientes se hunden en mi cuello y todo explota. Una enorme ola de placer recorre cada parte de mi cuerpo dejándome eufórica y agotada a la vez. Julen sigue moviéndose un par de segundos más, y su cuerpo se tensa antes de caer agotado sobre mí.

No eres tú, soy yo

Maca

Aún estoy intentando recuperar el aliento cuando noto que Julen se aparta a toda prisa. Alzo la cabeza y lo veo vestirse con el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

—¿Qué pasa? —pregunto extrañada.

—Vístete, nos vamos —ordena lanzándome mi camiseta de cualquier manera—. Termina de vestirse bajo mi perpleja mirada y sale del coche. Enseguida se coloca en el asiento del conductor y resopla—. ¡Fea, date prisa, joder!

¡¿A este qué mosca le ha picado?! ¡¿A qué viene esta actitud ahora?!

—¿Vas a explicarme qué coño ha pasado? —inquiero haciendo lo que me ha pedido.

Julen cierra los ojos con fuerza y estampa su puño contra el volante.

—¡Deja de hacer preguntas y espabila! —grita sobresaltándome.

Inspiro hondo y termino mi tarea antes de tomar asiento en la parte delantera. Ni siquiera salgo del vehículo, me cuelo entre los asientos delanteros y al pasar estiro el brazo dándole un codazo en la cabeza de manera deliberada.

—Uy, perdón, ¿te he dado? —Me lanza una mirada asesina y me encojo de hombros—. Qué pena, la próxima vez te daré más fuerte. —Bufa una vez más encendiendo el motor y acelera haciendo chirriar las ruedas. Me sujeto al salpicadero cuando da una curva demasiado cerrada—. ¡Ve más despacio! —Me ignora y sigue conduciendo como un jodido kamikaze bajo mi mirada temerosa—. ¡Mierda, Julen! —Inspira con fuerza por la nariz y vuelve a golpear el

volante con el puño haciendo sonar el claxon—. ¡Ya está bien, para el coche!

—¡Cállate, Fea! —escupe.

—Se va a callar tu prima. ¡He dicho que pares! ¡Julen!

Al ver que no me hace ni puñetero caso, decido callarme, pero en cuanto decelera un momento en un cruce, tiro del freno de mano con todas mis fuerzas haciendo que el coche se detenga con un bandazo violento.

—¡¿Te has vuelto loca?! —grita—. ¡Podrías habernos matado! ¡¿A ti qué coño te pasa?!

—¡Eso es lo que te estoy preguntando! ¡¿A qué coño viene esa actitud de mierda?!

Bufa una vez más y baja el freno, pero yo soy más rápida, estiro la mano hacia el contacto y tras girar la llave y que el coche se apague, la retiro.

—Fea, estás acabando con mi paciencia. Dame la puta llave —sisea.

—Qué bien que aún te queda algo, porque mi paciencia ya está agotada hace mucho. No nos movemos de aquí hasta que me digas qué ha pasado. ¿Es así como tratas a todas las tías con las que te acuestas? No esperaba una declaración de amor, ni flores, ni siquiera que me invitaras a salir, pero lo que menos pensé fue que tras echarme un polvo te volverías aún más capullo de lo habitual.

—Yo soy un capullo, pero tú una mentirosa —farfulla.

—¿Qué? ¿De qué coño hablas?

—¡Que eres una puta mentirosa! —me grita a la cara.

—¡¿Cuándo te he mentido yo, imbécil?! —replico en su mismo tono.

—¡Eras virgen, joder! ¡No me lo dijiste!

Abro mucho los ojos y suelto una carcajada más falsa que las tetas de una *stripper*.

—¡¿En serio?! ¡¿Todo este berrinche es porque no te conté algo que solo me incumbe a mí?! ¡¿Qué mierda importa si era o no virgen?!

—¡A mí me importa! ¡Tuviste cientos de oportunidades para contármelo! ¡¿Por qué no lo hiciste?!

—Porque no es asunto tuyo y porque no me dio la gana. ¡¿A ti qué coño te pasa?! ¿Si te lo hubiese contado, habría cambiado algo?

Clava mirada furiosa en la mía y vuelve a golpear el volante con el puño.

—Si me lo hubieses contado, no te habría tocado ni con un palo —sisea.

Su confesión me deja en shock. Trago saliva y asiento intentando contener las lágrimas que empujan bajo mis parpados.

—Tranquilo, no estamos en el siglo dieciséis, nadie te va a obligar a casarte conmigo, y por supuesto no soy imbécil, sé que esto no es más que un puto polvo. Si crees que voy a exigirte algo, estás equivocado. Conozco las reglas de este juego.

—Tú no sabes una mierda —afirma mirándome de reojo. Sus manos sujetan el volante con fuerza, como si intentara contener su cabreo.

—¡Entonces explícamelo, joder! ¡¿Por qué te pones así?!

—No es culpa tuya. Soy yo.

—No eres tú, soy yo, ¿no? La verdad es que esperaba escuchar eso, pero no tan pronto. Que te jodan, Julen. Tienes razón, vámonos de aquí.

—Esto no tendría que haber pasado —susurra negando con la cabeza.

—¿Por qué?

Exhala una gran bocanada de aire y se gira hacia mí con los ojos inundados de lágrimas no derramadas.

—¡Porque tú te mereces algo mejor que esto! —grita sorprendiéndome—. ¡Mierda! —Apoya la frente en el volante y respira de manera agitada—. ¿Por qué no me lo dijiste? Yo no te habría presionado si me lo hubieses contado. —Me mira y la tristeza que veo en sus ojos me deja paralizada—. Mierda, Fea. Tu primera vez no tendría que haber sido con un capullo como yo, y mucho menos en el asiento trasero de un jodido coche. Fui un bruto contigo. Si me lo hubieses dicho...

Suspiro al empezar a comprender su actitud. Como siempre, Julen se tira mierda encima. No se cree merecedor ni digno de nada. Aunque aparente seguridad y confianza en sí mismo, cada

vez estoy más convencida de que este chico tiene graves problemas de autoestima.

—¿Estás cabreado porque crees que merecía algo mejor que echar un polvo rápido en la parte trasera de tu coche?

—No lo creo, lo sé —susurra mirándome a los ojos. Respira hondo y se frota el rostro con las manos—. ¿Por qué? No lo entiendo. ¿Nunca has tenido novio?

—No. Bueno, algún ligue en el instituto, pero nada serio. Oye, no te rayes por eso. Tampoco es que me estuviese guardando para alguien especial. Si fuese así, no habría acabado contigo. —Sonrío un poco y consigo que una de sus comisuras se eleve un par de centímetros.

—Dios —susurra echando la cabeza hacia atrás y respirando hondo—, ¿qué les pasa a los chicos de este lugar, es que no tienen ojos en la cara? Tienes dieciocho años, ¿cómo es posible que ningún tío haya intentado meterse entre tus piernas?

—Julen, corrígeme si me equivoco, pero eso que acabas de decir me ha parecido un cumplido. —Se me queda mirando y yo sonrío de manera burlona—. Estás siendo tierno. Qué mono. —Se ríe y sacude la cabeza de un lado a otro dándome por imposible. Estiro la mano y acaricio su mejilla con suavidad—. ¿Ya se te ha pasado el cabreo? Menudos berrinches te pillas.

—No me cabreé contigo. Bueno, un poco sí por no contármelo, pero sobre todo me enfurecí conmigo mismo por ser tan imbécil y haberte presionado para tener sexo.

—No me pusiste una pistola en la cabeza. Y te repito que eso solo es algo que me concierne a mí. Yo soy la que decido con quién y cuándo, no tú ni nadie más.

Bufa y asiente con la cabeza.

—Siento haberme comportado como un capullo —susurra.

—Tú siempre eres un capullo. Tampoco es que me hayas sorprendido —replico—. Eso sí, la próxima vez, antes de cabrearte y empezar a maldecir, piensa un poco las cosas y háblalo conmigo. Pregúntame mis razones o mi opinión.

—¿Te he hecho mucho daño? Soy un puto bruto. Te juro que si lo hubiese sabido... —Se acerca y besa mis labios con dulzura—.

Perdóname, no quise lastimarte —susurra uniendo su frente a la mía.

—Tranquilo, no estuvo nada mal.

—Mentira. La primera vez siempre es una mierda. —Suspira y vuelve a besarme—. Te prometo que la siguiente será mucho mejor.

Sonríó negando con la cabeza.

—Chico, has pasado de gritarme que no me tocarías ni con un palo a prometerme que habrá una próxima vez. Estoy segura de que lo tuyo sale en los libros de psiquiatría.

—Es probable —afirma sonriendo.

—Venga, vámonos o Amelia no tardará en llamar para ver qué pasa. Si vamos a tener una próxima vez, no nos conviene que nuestros padres piensen que algo raro hay entre nosotros.

—Está bien, pero no has dicho que me perdonas.

—Ni lo haré. Yo no perdono, me las guardo y busco el modo de devolverlas —bromeo.

Julen cabecea sonriendo y le tiendo las llaves del coche para que pueda arrancar.

—Por cierto —susurra antes de incorporarse al tráfico—, a pesar de todo, ha sido increíble.

Sonríó y dejo caer la cabeza hacia atrás. Sí, ha estado genial. Lo que vino después fue bastante estresante, aunque empiezo a entender cómo funciona la extraña cabeza de Julen. Sus arranques de ira, esa actitud prepotente y violenta cuando se enfada... Todo es una fachada. En realidad, con quien en realidad está cabreado todo el tiempo es consigo mismo. Puedo notar cómo lucha para intentar ser alguien mejor, y se frustra cuando no lo consigue.

Diez minutos más tarde, Julen aparca el coche frente a casa. Caminamos el uno al lado del otro hasta llegar a la puerta y cuando saco mi llave, él me la arrebató de las manos y empieza a reír de esa manera tan picara que solo él es capaz.

—¿No era que no te gustaba el llavero que te regalé? —pregunta observándolo.

—No dije eso. Solo comenté que podrías habértelo currado un poco más. Como regalo de cumpleaños es una pifia.

—¿Y qué hubieses preferido que te regalara?

—No sé, un viaje a París, un coche, una casa en la montaña... Cualquiera de esas cosas estaría genial.

—Para eso, antes tiene que tocarme la lotería.

—Dijo el niño de papá forrado hasta las muelas —murmuro quitándole mis llaves.

—El que está forrado es mi padre. Yo soy un sin hogar. Ya me ves, aquí, viviendo con mi madre y su familia.

—Si no te gusta eso, cámbialo. Intenta independizarte.

—No creo que lo que me paga Marcos me llegue para eso —murmura.

—Le diré a mi padre que te suba el sueldo.

—¿En serio?

—No —contesto riendo.

—Muy graciosa. —Me sujeta de la cintura y tira de mí hacia su cuerpo, hunde el rostro en mi cuello y me muerde con suavidad.

—Julen, para —susurro intentando apartarlo.

—¿Por qué? No estoy quebrantando ninguna norma. Concretamente estamos fuera de casa. —Amasa mi trasero con las manos sin dejar de sonreír mientras yo sigo empujándolo.

—Sí, donde cualquier vecino puede vernos. Estate quieto.

Resopla y se aparta, aunque no me suelta.

—Está bien, pero esta noche salimos. Tú y yo solos.

—¿Qué? ¿Cómo piensas explicarle eso a nuestros padres?

—Pues fácil, me acerco a tu padre y le digo: «Marcos, voy a salir con tu hija esta noche. Es que hace un rato me la follé, pero después me comporté como un capullo con ella, así que intento compensarlo con un paseo por la playa y, quién sabe, puede que consiga algo más de acción. Tranquilo, que ya la he desflorado, de modo que conmigo estará segura».

—Le dices eso y te da un puñetazo en la cara —afirmo tras soltar una carcajada. Me besa en los labios y no puedo evitar mirar de reojo por si alguien nos está viendo—. Vale ya. Nos vamos a buscar un problema.

Julen suspira y se aparta.

—Adelante, señorita —murmura señalando la puerta con ambas manos.

Al final, no salimos por la noche. Nada más llegar, me pego una ducha y bajamos a cenar. Después ayudo a Amelia a recoger la mesa y, por primera vez desde que vive con nosotros, Julen también echa una mano. Su madre está sorprendida, se le nota en la forma en la que mira a su hijo, solo que no dice nada al respecto. Mateo nos convence para que veamos una película con él en salón y, una vez más, Julen también se apunta. No eran esos nuestros planes, pero al menos conseguimos sentarnos el uno al lado del otro en el sofá. Me paso las dos horas que dura la película lanzándole miradas de advertencia, ya que el muy cabronazo no para de rozarme el brazo, el muslo, la mano. Son solo caricias leves, y lo hace de manera disimulada, sin embargo, temo que Amelia o Mateo puedan darse cuenta.

Cuando el pequeño se queda dormido, Julen nos sorprende una vez más subiéndolo en brazos a su habitación. Amelia me mira asombrada y yo simplemente me encojo de hombros. Tal vez sea verdad que el mamarracho pueda cambiar. Si pone de su parte, es más que probable que lo logre.

Antes de dormir no faltan sus mensajes. Decido ponerle contraseña a mi móvil ya que no puedo permitir que nadie vea las guarradas que me dice por SMS. En serio, es un cerdo, pero eso como que... me gusta un poco. Jamás imaginé que llegaría a gustarme que un tío me soltara barbaridades obscenas, aunque pensándolo bien, lo último que creí fue que acabaría estrenándome en el sexo con mi hermanastro, de modo que ya poco más puede sorprenderme.

Mi teléfono se ilumina de nuevo en mis manos y me apresuro a leer el mensaje.

¿Estás cachonda? Yo sí.

Tú eres un guarro y un perverso. ¿No piensas en otra cosa?

Su respuesta no se hace esperar.

Sí, también pienso en comer. Ahora mismo me zamparía un helado de chocolate. ¿Nos vemos en la cocina y lo lamo directamente de tu piel?

Suelto una carcajada y me tapo la boca con la mano para no despertar a toda la casa. Este chico no tiene remedio.

Mejor te duermes, no vaya ser que quien aparezca en la cocina sea mi padre y tengas que compartir el helado con él

Joder, Fea. Vaya manera de bajarme el calentón. Vamos a poner una nueva regla: Nada de mencionar a tu padre mientras intercambiamos mensajes guarros. Sonríe por su ocurrencia y veo que la pantalla se ilumina de nuevo. Eso también incluye cuando estemos follando.

A este paso vamos a tener que apuntar las normas.

En el puesto donde compré el llavero había unas libretas muy monas, si quieres te regalo una.

Contesto de inmediato.

Imbécil.

Pasan un par de minutos y empiezan a pesarme los ojos. Entre el trabajo, el sexo y las discusiones con Julen, estoy agotada. Justo cuando estoy bostezando, llega un nuevo mensaje.

¿Salimos al tejadillo a fumar un piti? Prometo mantener las manos quietas.

Miro hacia mi ventana y me muerdo el labio inferior. Podría salir, aunque eso significaría despejarme del todo y mañana tengo que madrugar. Papá me ha pedido que cubra a Javi en los desayunos ya que él tiene que acudir a una cita con el médico.

Estoy agotada. ¿Lo dejamos para mañana?

Claro. Descansa, Fea. Hasta mañana.

Buenas noches, Julen. Contesto antes de bloquear el teléfono y dejarlo sobre la mesita de noche.

Ni siquiera recuerdo haberme quedado dormida cuando noto que la cama se mueve y alguien se tumba a mi espalda. Siento un brazo rodear mi cintura y un cuerpo duro y caliente se pega a mí.

—Pero, ¿qué...? —Me giro y compruebo que es Julen quien está a mi lado—. ¿Qué haces aquí? —susurro mosqueada.

—Nada. Duérmete —contesta cerrando los ojos.

—No voy a dormir contigo en mi cama. —Coloco mis manos sobre su pecho desnudo y él me mira sonriendo de medio lado—. Julen, te estás pasando la regla por el forro.

—Cállate si no quieres que nos descubran. La regla era no enrollarnos en casa, yo solo he venido a dormir, y tranquila, he

cerrado la puerta por dentro y me iré antes de que alguien se despierte.

—Pero, ¿por qué? Tienes una cama para ti solito, ¿por qué tienes que acaparar la mía?

—Fea, esto es como lo de la comida, tienes que aprender a compartir —bromea.

—Julen —siseo a modo de advertencia.

Chasquea la lengua perdiendo la sonrisa.

—Me apetecía dormir contigo, ¿vale? No lo hago por molestarte ni para vacilarte. Solo quiero dormir a tu lado. ¿Te vale con eso?

—Te apetece —repito sus palabras en tono desconfiado.

—Sí, me apetece. Ahora duérmete de una vez y déjame dormir.

—Sigo mirándolo con fijeza y él suspira, me abraza de nuevo por la cintura y besa mis labios—. Venga, ahí tienes. Ya he transgredido tu dichosa norma, y como sigas mirándome así, no va a quedarse en un pico inocente. Así que duerme de una maldita vez.

—Eres un puto mandón de mierda. ¿Alguna vez te lo han dicho?

—Sí, ahora mismo. Duerme, Fea.

Respiro hondo y me giro de nuevo dándome por vencida. Además, aunque no lo admita en voz alta, a mí también me apetece dormir con él.

—Julen —susurro.

—¿Qué pasa? —contesta en tono hastiado.

—Al final no me contaste qué pasó para que tu padre te echara de casa.

Suspira y siento sus labios en mi nuca.

—Tuve un accidente con el coche. Iba borracho y hasta arriba de pastillas, y bueno... —Respira hondo y se calla durante unos segundos—. No iba solo en el coche. Estaba con una chica. Ella no salió muy bien parada.

—Joder, lo siento. ¿Está...?

—No, sigue viva. Sin embargo, lo último que supe fue que su cara quedó completamente desfigurada. Iba sin cinturón y atravesó el parabrisas.

—Joder, qué putada —murmuro para mí.

—Sí, no me siento orgulloso de eso. Al menos no la detuvieron.

—¿Por qué iban a detenerla a ella? Eras tú quien conducías, ¿no?

—Sí, pero quien me pasó esas pastillas fue ella. La conocí en una disco y me vendió éxtasis. Nos enrollamos, e íbamos de camino al piso de un amigo a... bueno, a follar. Nunca llegamos allí. Lo siguiente que recuerdo es estar en la comisaría.

—¿Cómo te libraste de eso?

—El Almirante tiene buenos amigos. Hizo un par de llamadas y me soltaron. Sin embargo, decidió que ya no estaba dispuesto a aguantar mis mierdas y me mando aquí.

—Podrías haber escogido ser militar. ¿Por qué no lo hiciste?
Suspira de nuevo.

—Ese es otro tema más largo. Ya te lo contaré. Ahora duérmete.

Siento su brazo rodeándome y vuelve a pegar su pecho a mi espalda. Entrelazo mis dedos con los suyos en mi vientre y cierro los ojos sin poder evitar sonreír. Esto es una locura, tendría que estar aterrada por la simple posibilidad de que alguien pueda pillarnos, sin embargo, jamás me he sentido tan en paz. Julen me está cambiando, aunque aún no estoy segura si eso es algo bueno o malo.

No es lo mismo dormir sin ti

Julen

Sus pestañas son enormes y la piel de su rostro morena por el sol. Cuento dos lunares en su mejilla derecha, uno en la izquierda y otro en su frente. Mi dedo índice recorre el puente de su nariz y ella se mueve arrugándola. Sonrío y sigo bajando con el dedo, recorro su cuello hasta llegar a su escote, y entonces me recreo en la parte superior de sus pechos. La dichosa camiseta con la que duerme deja a la vista una gran porción de piel que estoy deseando probar. ¿Quién puede culparme? Llevo dos semanas durmiendo casi a diario con una chica de tetas espectaculares, culo precioso y piernas increíbles, y en todo ese tiempo no he sido capaz de meterla en caliente. Sí, es una reverenda putada, pero cada vez que muevo ficha, la Fea se encarga de pararme los pies y recordarme la dichosa regla.

Tampoco es que tengamos demasiado tiempo libre, aparte de las noches en las que me cuelo por su ventana, casi nunca podemos estar solos. Ni siquiera fuimos capaces de seguir con las clases de conducción. Javi, el camarero del bar, se ha pillado una baja, y eso nos obliga a todos los demás a cubrir su puesto. Si unimos a esa situación que cada día llegan a Mojácar más y más turistas, se resume en que doblamos turnos como esclavos. No sé cómo va a solucionar Marcos esta situación. Ni siquiera hemos podido descansar un día en dos semanas.

Escucho a alguien al otro lado de la puerta y detengo mi mano sobre su pecho. Contengo la respiración viendo que la manilla se mueve. ¿Anoche cerré la puerta? ¿Qué hora es? Suelto el aire al comprobar que la puerta no se abre y rápidamente cojo mi móvil que está sobre la mesilla de noche. Siseo una maldición al ver la hora.

Estaba tan ocupado observándola mientras dormía que no me había dado cuenta de que ya es tarde.

—Macarena, ¿estás despierta?

La Fea despierta al escuchar a mi madre y abre los ojos como platos. Suelto el teléfono y tapo su boca con la mano.

—Shhh, tranquila. Respira hondo y responde como si no pasara nada.

Su respiración es agitada, y tras quitar mi mano de su boca, mira hacia mi otra mano que sigue abarcando su pecho. Recibo un manotazo y una mirada asesina que me hace sonreír.

—Eh... Sí, Amelia, estoy bien. Ya me levanto.

—Vale, date prisa o llegarás tarde. —Escuchamos los pasos de mi madre alejándose y me dejo caer sobre la cama alzando los brazos sobre mi cabeza.

—¡¿Qué coño haces aún aquí?! —inquire Maca dándome un manotazo en el pecho—. En realidad, ni siquiera deberías venir. Nos van a pillar, Julen.

—No seas exagerada. Anoche me acordé de cerrar la puerta — señalo.

—Anoche, pero hace un par de días la dejaste abierta. Además, ¿se puede saber qué hacías? ¿Me estabas metiendo mano mientras dormía?

—Algo así —murmuro deslizando la mano por mi vientre hasta llegar a mi entrepierna—. Te meto mano y me la casco mientras duermes. No te importa, ¿verdad?

—Eres un puto salido —escupe empujándome.

Empiezo a reír y me sujeto al borde del colchón para no caerme de la cama.

—Sabes que es broma. Me quedé dormido. No me va eso de aprovecharme de niñas. Yo las prefiero bien despiertas, que colaboren y pongan de su parte.

—Pues ve a buscar a alguna niñata a tu habitación. Yo tengo que cambiarme o llegaré tarde al curro.

—¿Estás en el turno de los desayunos? —Asiente—. Qué mierda, yo voy a las cenas.

—Coincidiremos en las comidas, pero nada más.

—Y a la hora de dormir —señalo alzando ambas cejas de manera sugerente.

—Julen, ten cuidado. Como alguien te pille aquí, nos la cargamos los dos.

—Que sí, pesada —susurro justo antes de besar sus labios. Besos y unas pocas caricias es lo máximo que he conseguido desde nuestra primera vez en el coche, primera y única. Tras apartarme, vuelvo a sonreír viendo cómo se levanta y empieza a sacar varias prendas de su armario—. ¿No vas a echarme la bronca por besarte en casa? Estoy quebrantando tu norma.

Se encoge de hombros.

—Vas a hacerlo de todos modos, ¿no? —Se acerca a la cama y estira su mano para que yo la coja, después tira de mí y cuando creo que está a punto de arrastrarme hacia la ventana, lo que hace es abrazarme por el cuello y darme un beso en los labios—. Además, yo también tengo ganas.

—¿De follar? —pregunto sonriendo de oreja a oreja.

Suelta una carcajada y se aleja cabeceando.

—Vamos, lárgate de una vez. Aún puedes dormir unas cuantas horas más.

Me acerco y la abrazo por la espalda hundiéndome mi boca en su cuello. Tras un pequeño mordisco que eriza su piel, beso ese mismo lugar.

—No es lo mismo dormir sin ti —confieso.

Maca se gira entre mis brazos y me mira conteniendo la sonrisa.

—Ten cuidado, Julen. Cada día eres más tierno y cariñoso. Como sigas así, acabarás pillándote por tu hermanastra, y eso sería un desastre.

—Bueno, no es tanto desastre cuando mi hermanastra está babeando por mí. No lo admite, pero la tengo loquita.

Sonríe de oreja a oreja y me empuja hacia la ventana.

—Vamos, vete. Que tu hermanastra se tiene que cambiar.

—Puedo quedarme y ayudarte a escoger modelito.

—Fuera, Julen.

—Vamos, piensa que estarás haciéndome un favor.

—¿Por darte material de pajeo? No lo creo.

—Fea, tú eres mi material de pajeo, contra eso no hay nada que puedas hacer.

—Lo dicho, como sigas por ese camino, en cualquier momento empiezas a escribir poesía y dedicarme canciones.

—Ni en tus jodidos sueños —replico. Me acerco, y tras darle un último beso, abro la ventana y salgo al exterior—. Hasta luego, Fea.

—Adiós. Ten cuidado y entra rápido en tu habitación no vaya ser que algún vecino te vea.

Hago lo que me dice y no tardo ni tres segundos en entrar en mi habitación. Me dejo caer de espaldas sobre la cama y sonrío. La Fea tiene razón, me estoy convirtiendo en un cursi de cojones. No sé de dónde sale toda esa mierda, sin embargo, no puedo evitar que salga por mi boca. Lo siento, es así aunque no me guste. Sí, pienso en ella constantemente y la extraño si no dormimos juntos.

Al darme cuenta de que no voy a ser capaz de seguir durmiendo, decido ponerme una camiseta, un pantalón corto y bajar a desayunar. Cuando llego a la cocina, Macarena aún está ahí, tomando un café y charlando con mi madre mientras Mateo come sus cereales.

—Buenos días —saludo sentándome junto al mocosito.

Le robo un cereal del bol y él me sonrío antes de que le revuelva el pelo de manera cariñosa. Me encanta este crío. Se nota que es hermano de Maca y mío, y estoy seguro de que ha heredado los mejores rasgos de cada uno, de ella su simpatía y amabilidad, y de mí la picaresca, las travesuras y ese aire arrogante. Me pregunto si nuestros hijos también serán así. ¡Mierda, no puedo creer que acabe de pensar eso!

—Julen, has madrugado —señala mi madre.

Sacudo la cabeza para borrar el pensamiento que acabo de tener y asiento.

—No podía dormir. —Miro de reojo a la Fea y la veo sonreír bajo su taza de café.

Marcos entra en la cocina y lo primero que hace es besar a mi madre. Admito que ya no me molesta tanto como antes verlos juntos. Me he acostumbrado, y hasta me parece bien. Está claro que Marcos la hace feliz, y eso es lo que quiero.

—Chicos, qué bien que os pillo a ambos aquí —dice tras apartarse de mi madre—. Os tengo buenas noticias.

—Dime que has contratado un camarero —pide Maca.

—Mejor que eso, he contratado dos camareros. Se acabaron los turnos dobles.

—¡De puta madre! —Inconscientemente, estiro mi mano para tocar a Maca, pero ella se da cuenta y abre mucho los ojos, así que acaba estirando su mano también y la choca contra la mía. Nuestros padres nos miran extrañados por ese arranque de efusividad, aunque no dicen nada—. Ya, eh... —Carraspeo e intento actuar como si no pasara nada—. ¿Cuándo empiezan?

—Hoy mismo —contesta Marcos —. Y eso no es todo. Sé que estás últimas dos semanas habéis trabajado mucho, y que tú, hija, además estás muy estresada con las clases de conducción, así que creo que lo justo es que recuperéis los dos días libres que no pudisteis disfrutar. En cuanto los nuevos estén un poco aclimatados, os daré un fin de semana libre.

—¿A los dos juntos? —pregunta Maca.

Le lanzo una mirada de advertencia y ella parece darse cuenta de lo que acaba de hacer.

—Como queráis. ¿Por qué lo preguntas? —inquire Marcos.

Al ver que Macarena no responde, decido salir en su ayuda. De verdad, esta chica es malísima disimulando. No sé cómo aún no nos han pillado.

—Los amigos de Maca están planeado una acampada y me han invitado a mí también —miento—. Por eso ella pregunta lo del fin de semana libre para los dos.

—Ah, en ese caso no hay ningún problema. No os prometo que pueda ser el próximo, pero en cuanto adiestremos un poco a los nuevos, os daré ese fin de semana para acampar o lo que queráis. Por lo pronto, Maca, tú te encargas de los desayunos y tú de las cenas, Julen, pero no hace falta que estéis en las comidas.

Genial, esta tarde podré estar a solas con la Fea.

—Guay, Clara me había preguntado si quería ir a la playa por la tarde, pero le dije que tenía que trabajar —comenta Maca—. Voy a llamarla y le cuento lo del cambio de planes.

Mi gozo en un pozo. Si no consigo hablar a solas con ella antes de que haga esa llamada, adiós a mi plan de esta tarde.

—La llamas por el camino, cariño —le dice Marcos.

Tras despedirse, ambos se marchan de casa y yo me quedo en la cocina con mi madre y el mocoso.

—Me voy a seguir durmiendo —comento antes de irme.

Subo las escaleras a toda prisa y rebusco por toda la habitación, pero no encuentro mi teléfono. ¿Dónde mierda lo habré metido? Lo tenía aquí anoche y esta mañana... ¡Mierda, lo dejé en la habitación de Maca! Salgo a toda prisa, y antes de que pueda darme cuenta choco con mi madre en el pasillo. Me fijo en sus manos y veo que sostiene mi móvil.

—Acabo de encontrar esto en la cama de Macarena. Es tuyo, ¿verdad? —inquire frunciendo el ceño.

Asiento y pongo en marcha mi cerebro para buscar una excusa. Necesito una justificación de manera urgente.

—Sí, es mío. Se lo presté anoche a Macarena. El suyo estaba sin batería y quería escuchar música, así que... —Me encojo de hombros intentando aparentar una calma que no siento y mi madre me tiende el teléfono.

—¿Desde cuándo sois tan amigos? Creí que no os soportabais.

—Eso era lo que querías, ¿no? Marcos y tú siempre insistís en que nos llevemos bien, ¿y cuando empezamos a entendernos te quejas?

Sacude la cabeza de un lado a otro y suspira.

—No me quejo, hijo. Solo me parece extraño, pero me alegro. Me gustaría que algún día pudierais llegar a quereros como dos hermanos.

—Eso no va a pasar —afirmo de inmediato. Respiro hondo y alzo el móvil—. Gracias por esto. Ahora voy a dormir un rato más.

—Está bien, descansa.

Me encierro en mi habitación y bufo. Esa ha estado cerca. Tal vez la Fea tenga razón y me esté arriesgando demasiado. Si le envío un mensaje ahora... No creo que Marcos lo vea. Mierda, no sé qué hacer.

Tras pensarlo unos minutos, decido seguir arriesgándome.

No quedes con Clara esta tarde. Guárdala para mí.

Espero durante varios minutos y entonces la pantalla se ilumina con su contestación.

Tarde. Ya la he llamado.

Mierda. La única tarde libre de ambos en dos semanas y quedas con tu amiga en vez de conmigo, ya te vale.

También podrías haber avisado antes. No seas acaparador.

Resoplo por su respuesta. ¿Acaparador? ¿Qué quiere decir con eso? Ni que la estuviese acosando.

¿Puedes cancelarlo?

Julen, ya conoces a Clara. Si lo cancelo, me hará mil preguntas que no puedo contestar porque, si lo hago, sabrá que miento. Me conoce mejor que nadie.

Leo su respuesta y decido ser malo. Va a pagar por llamarme acaparador.

Mejor que nadie te conozco yo. Ella no sabe cómo gimes cuando te corres. En realidad, ni ella ni nadie, solo yo.

Sonrío dándole al botón de enviar y su respuesta no tarda en llegar.

¿Te das cuenta de que tengo a mi padre justo al lado? A esto me refiero cuando digo que no debemos correr riesgos innecesarios. Imagina que llega a leer tu último mensaje.

Resoplo. Tiene razón, solo que no pienso dársela.

Eso no cambia el hecho de que nadie más lo sepa. Entonces, ¿no vamos a vernos hoy?

No lo creo.

¿Y si voy con vosotras a la playa?

¡¿Estás loco?! ¿Eres consciente que disimular se me da como el culo?

Sí, me di cuenta esta mañana. Hablo en serio, quiero estar a solas contigo.

Y yo, pero no va a poder ser hoy. Mañana planeamos algo. Te tengo que dejar, hemos llegado a La Morena. Un beso.

No puedo evitar sonreír al leer la última parte del mensaje.

Con lengua y algo de magreo al menos. No curres mucho. Nos vemos esta noche en tu cama.

No recibo respuesta, así que decido acostarme un rato, sin embargo, soy incapaz de dejar de pensar en lo de esta tarde. ¿Es

que nunca más vamos a poder quedar juntos con sus amigos por miedo a que nos descubran? Eso es una putada. Aunque me cueste admitirlo, les he cogido cariño a los chicos. Aitor es un capullo, pero me cae genial, y César cada día me parece mejor tío. Clara... Bueno, ella es la mejor amiga de la Fea y aunque soy consciente de que siente algo por mí, espero que se le pase pronto.

Vuelvo a coger mi teléfono, y sin pensarlo demasiado le envío un mensaje a Aitor.

¿Qué haces esta tarde?

Su respuesta llega enseguida.

Playita con los demás. ¿Te apuntas? Nos vamos a la Cala Chomorro. Está muy guay. Algo alejada, pero estaremos solos.

¿A qué hora quedamos?

A las cuatro allí si quieres ir en tu coche.

Perfecto. Nos vemos allí entonces.”

Dejo el teléfono de nuevo sobre la cama y me muerdo el labio inferior. Maca va a matarme por esto, aunque tarde o temprano tiene que pasar. Con un poco de suerte podremos disimularlo y nadie se dará cuenta. Al menos eso espero.

Te estás comportando como un puto crío

Maca

Clara me la ha jugado. Debería estar acostumbrada a sus locuras, pero jamás imaginé que se atrevería a invitar a Daniel a pasar la tarde con nosotros. Joder, es que ni siquiera sé qué decirle al chaval. Desde que ha llegado, mi supuesta mejor amiga no deja de lanzarle pullitas y buscar la forma de dejarnos a solas.

Sentada en la arena, me dedico a enterrar los dedos de los pies una y otra vez para no tener que mirarlo. Parece sentirse incómodo con esta situación, casi tanto como yo. En serio, voy a matarla el día menos esperado.

—Maca, eh... —Alzo la mirada, no puedo evitar repasarlo de abajo a arriba. Viste tan solo con un bañador azul que roza la parte superior de las rodillas. Lo observo en silencio. Tampoco es tan guapo. No entiendo cómo pude estar tanto tiempo pillada por este chico. Físicamente, Julen le da mil vueltas—. Oye, si no quieres hablar...

Chasqueo la lengua y niego con la cabeza.

—Daniel, siento mucho todo esto. Si conoces un poco a Clara, sabrás que está como una puta regadera. —El chico sonrío mostrando una dentadura blanca y perfecta, pero echo en falta el hoyuelo en la barbilla de Julen.

Sí, él otra vez. Si es que estoy obsesionada. De cada cinco de mis pensamientos, cuatro y medio son dirigidos a él. No puedo evitarlo.

—Tranquila, no me molesta en absoluto. —Señala el lugar a mi lado con el dedo—. ¿Te importa si me siento contigo?

—Claro, adelante. —Me muevo hacia un lado para dejarle espacio y él no tarda en tomar asiento.

Permanecemos callados, mirando hacia el mar y escuchando el ruido de las olas rompiendo contra las rocas. A lo lejos, también se escuchan los cuchicheos y risitas de mis amigos. No dejan de lanzarnos miradas de soslayo.

—Se lo están pasando en grande a nuestra cosa —señala Daniel.

Ruedo los ojos y asiento.

—Tranquilo, me encargaré de hacerle pagar a mi mejor amiga este bochorno. En serio, no tienes por qué quedarte aquí si no quieres. Solo ignórala.

—No, si es que... yo quiero estar aquí. —Me mira con fijeza y vuelve a sonreír.

—Oh —susurro sorprendida.

Eso ha sonado a... ¿Daniel Guzmán está ligando conmigo? Si ahora mismo alguien me pincha, no suelto ni gota de sangre. ¿Cuándo ha ocurrido esto?

—Bueno, yo... —Se frota la mejilla con la mano y sonrío de manera forzada—. Hace tiempo que me gustas, pero me resultaba algo difícil acercarme a ti. Cada vez que lo intentaba, tú no me hablabas o empezabas a balbucear.

Hace solo unas semanas babeaba por él, y juraría que ni siquiera se había fijado en mí, y ahora resulta que le gusto. Tócate los huevos.

—Ya, es que... Cuando me pongo nerviosa me pasa a veces —contesto desviando la mirada.

—¿Yo te pongo nerviosa?

Mierda. ¿Me pone nerviosa? Antes sí, pero desde que Julen llegó a mi vida... Joder, ni siquiera había vuelto a pensar en Daniel. Solo era un capricho. Una tontería. Supongo que lo idealicé o algo así. Respiro hondo y decido mirarlo a los ojos.

—No es eso. Yo... —Antes de que pueda seguir hablando, extiende su mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Te gusto, Maca? Porque tú a mí sí, y mucho. No sé, tal vez podríamos salir a algún lado. Al cine o a bailar. Si te apetece, claro.

Al cine, a bailar... Julen nunca me ha invitado a salir. Supongo que el tema de acudir a una cita con alguien es conocerse mejor, solo que en nuestro caso vivimos juntos. Aunque admito que me hubiese gustado que tuviese ese detalle. De su boca lo único que sale es la palabra "follar". Sí, muy romántico todo.

Fuerzo una sonrisa y no retiro la mano para no ofender al pobre chico. Me está dando algo de pena. La verdad es que no tiene ninguna oportunidad conmigo. Ese tren ya lo ha cogido otro, uno con mal carácter y poco tacto para tratar a las mujeres, que es capaz de hacerme olvidar hasta mi propio nombre con solo un roce. Dejo que sus dedos se entrelacen con los míos y carraspeo antes de empezar a hablar.

—Daniel, me pareces un tío genial, y eres muy guapo —su sonrisa se ensancha y noto como su pecho se ensancha. «Vale, al chico le gusta que le inflen el ego», pienso—, pero hay otra persona que...

Su sonrisa se esfuma de inmediato y asiente tragando saliva con fuerza.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Eh... Bueno, algo parecido —respondo haciendo una mueca.

—¿Es algo serio? —inquiere.

Bufo sin saber qué contestar. ¿Lo es? No lo creo. Al menos no debería serlo, ya que está destinado al fracaso. Antes de que pueda decir nada más, una sombra se cierne sobre nosotros. Alzo la mirada y coloco la mano que tengo libre a modo de visera para que el sol no me ciegue, y justo en ese momento escucho su voz.

—¿Interrumpo algo?

Con un tirón violento, aparto mi mano de la de Daniel y me quedo mirando la cara de mala leche de Julen. La forma en la que mira a mi acompañante, como si estuviese a punto de romperle todos y cada uno de los huesos de su cuerpo, me produce un escalofrío.

—Julen, ¿qué haces aquí? —pregunto levantándome de un salto para poder mirarlo a la cara sin que el sol me moleste.

La mirada heladora que me dirige me deja clavada en el sitio.

—Por lo visto interrumpiros a ti y al Niño Pera mientras hacéis manitas —sisea con los dientes apretados.

Intento disimular una sonrisa al comprobar la expresión de extrañeza que luce Daniel.

—Ya sabes, los hermanos son muy sobreprotectores —comento intentando quitarle hierro al asunto—. Tranquilo, parece peligroso, pero no lo es tanto.

—Sí que lo soy —afirma Julen clavando su mirada en la de Daniel—. Y si vuelves a tocarla, aunque sea solo un puto pelo, te juro que te dejo esa cara de pijo desaborido que tienes que ni tus padres te van a reconocer.

Daniel se levanta alzando las manos en son de paz.

—Oye, tío. Yo solo estaba hablando con tu hermana. No pretendía...

—¡No es mi jodida hermana! —exclama acercándose a él con gesto amenazador.

Daniel se echa hacia atrás de inmediato con el terror grabado en la mirada y asiente con rapidez.

—Sí, tranquilo. Te prometo que ni la miraré.

—Bien. Ahora, largo —escupe.

El pobre chico casi tropieza con sus propios pies al salir corriendo. Recoge sus cosas a toda prisa y ni siquiera se detiene a despedirse de los demás antes de marcharse playa arriba.

A lo lejos, Clara abre los brazos pidiéndome explicaciones, sin embargo, decido ignorarla. Antes de buscar una excusa para el comportamiento tan poco apropiado de mi hermanastro, tengo que conseguir que se tranquilice o acabará descubriéndonos ante todos.

Tiro de su brazo para girarlo y que nos cubra a ambos de las miradas indiscretas de nuestros amigos.

—¿Qué mosca te ha picado? —susurro—. ¿Se puede saber a qué mierda ha venido ese arranque de testosterona?

Julen me mira con rabia. Todo su cuerpo tiembla de pies a cabeza.

—¿Me lo preguntas a mí? ¡Estabas ligando con el puto Niño Pera sin cortarte un pelo! —gruñe.

—Baja la voz. Yo no estaba ligando con nadie.

—¿No? Entonces estabais cogiditos de la mano por pura casualidad, ¿verdad? Él se cayó y tú lo estabas ayudando a levantarse.

—¿Qué?! ¡No, joder! —respiro hondo para intentar tranquilizarme—. Daniel estaba... Bueno... Él...

—Te estaba tirando la caña y tú encantada.

—No es eso. Además, ¿desde cuándo tengo que darte explicaciones? Nunca dijimos que esto que tenemos fuese algo exclusivo. —Al instante abre los ojos hasta el nacimiento del pelo—. ¿Tú no has estado con ninguna chica en estas semanas?

—Por supuesto que no —responde de inmediato—. Y no creo que haga falta especificarlo. Doy por hecho que, si he sido el primer tío en meterme entre tus piernas, ninguno más lo hará, al menos mientras yo siga queriendo hacerlo.

Esta vez soy yo quien abre mucho los ojos.

—¿Te estás escuchando, Julen? Solo te falta darme un golpe en la cabeza y arrastrarme por el pelo a una caverna, después podrás gritar «Uga, Uga. Chica mía. Solo yo copular ella» mientras te golpeas el pecho con el puño cerrado.

Su mirada se enciende aún más si es posible y acerca su rostro al mío.

—Si eso es lo que hace falta para que mantengas las putas piernas cerradas... —sisea contra mi cara.

—Eres un puto machista de mierda —replico sin amilanarme. Solo un par de centímetros separan nuestros rostros y respiramos de manera agitada—. Yo no te pertenezco, ni a ti ni a nadie. Con quien yo decida abrir las piernas es problema mío. Si no puedes controlar tus celos, pues te jodes, pero a mí no me vengas con gilipolleces.

—¿Celos? —Se aparta enseguida y se cruza de brazos sonriendo de manera arrogante—. ¿Tú quién te crees, niña? ¿Piensas que por echarle un polvo ya eres mi novia o algo así? —Ruedo los ojos de manera teatral.

Ya estamos otra vez. Julen soltando veneno cada vez que se siente amenazado. Antes de que alguien le haga daño, ataca. Ya se está volviendo una costumbre.

—No lo sé, dímelo tú. Tal como yo lo veo, estás en pleno ataque de cuernos y no sabes ni cómo manejarlo. —Vuelvo a inspirar hondo y exhalo con fuerza—. Julen, hubiese sido mucho más sencillo que hablaras conmigo, sin malas palabras ni acusaciones infundadas.

Podrías haberme preguntado qué estaba ocurriendo con Daniel en vez de ponerte en plan hombre de las cavernas.

—No me interesa saberlo. Si quieres tirarte al pijo ese, adelante. Pero ya ves, es un gallina. Le ha faltado tiempo para salir corriendo con el rabo entre las piernas.

—¿Y te extraña? Lo has avasallado. ¿Eres consciente de lo violento que pareces en algunas ocasiones? Cualquiera te tiene miedo.

Se echa hacia atrás como si acabara de darle un bofetón en la cara y su expresión cambia de repente.

—¿Tú me tienes miedo? —susurra. Me quedo en silencio durante varios segundos. ¿Le tengo miedo? Sé que Julen puede ser un verdadero capullo, maleducado e incluso agresivo, pero no creo que fuera capaz de ponerme un dedo encima. No, eso nunca—. Supongo que la falta de respuesta es una en sí misma—murmura para, acto seguido, dar media vuelta y marcharse dando largas zancadas.

—¡Julen! ¡Julen! —grito, sin embargo, me ignora por completo y sigue caminando en dirección al aparcamiento—. ¡Te estás comportando como un puto crío!

—¿Qué pasa? —Clara llega a mi lado y tira de mi brazo para llamar mi atención—. ¿A qué ha venido todo eso?

—Nada. —Resoplo y peino mi melena hacia atrás con los dedos—. Eso solo es mi hermanastro siendo un capullo integral. Nada nuevo.

—Pero, ¿qué le ha ocurrido? Sé que Daniel no le cae bien, pero...

—Da igual, Clara. No pienso gastar ni un segundo de mi tiempo en intentar entender a ese mamarracho. Si quiere cabrearse, que lo haga. A mí me da lo mismo. —La dejo ahí y camino en dirección al mar.

Estoy furiosa, y sobre todo agotada. Estas idas y venidas de Julen me tienen harta. ¿Tan difícil es que me escuche? No, el imbécil siempre tiene que sacar sus propias conclusiones, y tiene la intuición en el puto culo porque no acierta ni una.

El baño me sienta genial. Soy capaz de despejar mi mente al menos por un rato. Nado hasta cansarme, y cuando vuelvo a la

orilla, lo hago desde el otro lado del pedregal. Un muro de piedras macizas nos separa a mis amigos y a mí, aunque ellos saben dónde estoy. Es habitual que me marche al otro lado de la cala yo sola a pensar en mis cosas. Durante más de media hora, me quedo tumbada sobre la arena mojada. Las olas bañan mi cuerpo cada pocos segundos, refrescándome. Con los ojos cerrados y el rostro en dirección al sol, dejo la mente en blanco y descanso de todo este torbellino de emociones que empezó a formarse en mi interior el día en el que Julen entró en mi vida.

Tal vez sea mejor así. Tardo temprano esto iba a terminar y arrastraríamos con nosotros a demasiada gente. Mi padre, Amelia, Mateo, y hasta mi mejor amiga. Suspiro sin abrir los ojos. Clara no tardará mucho en venir a comprobar si estoy bien. Así de buena amiga es, que no le importa escalar tres metros de rocas para comprobar cómo me encuentro, y mientras tanto yo le miento y la engaño. Me he liado con el chico que le gusta a pesar de ser consciente de ello.

Una sombra se cierne sobre mí y respiro hondo. Ya está aquí. Quizá debería contárselo. Clara se merece saber la verdad. Y si después de decírselo me odia, solo me quedará pedirle perdón y rezar para que lo haga. No puedo perderla a ella también.

—Estoy bien, Clarita —susurro sin abrir los ojos—. No me ha comido ningún tiburón.

—Me alegra escuchar eso. —Abro los ojos de inmediato al reconocer su voz.

Julen, tapa lo suficiente el sol para que no me ciegue y pueda verle la cara con claridad.

—¿Qué quieres ahora, Julen? —pregunto hastiada.

—Lo siento —susurra buscando mi mirada.

Aprieto los puños y me levanto de un salto.

—¡Ni de coña! ¡Otra vez no! —exclamo echando a andar hacia las rocas que dividen la cala.

—¡Fea, espera! —Me alcanza en un par de zancadas y tira de mi brazo para detener mi avance—. Lo siento. Ya sé que me he comportado como un capullo.

—Tú siempre eres un capullo, pero esta vez has ido demasiado lejos. Ya estoy harta, Julen. Me he cansado de tus tonterías de

niñato de parvulario. ¡Madura de una puta vez y déjame en paz!

Intento marcharme, y su mano me retiene de nuevo.

—¡Lo intento, ¿vale?! Te juro que lo estoy intentando con todas mis fuerzas. La prueba de ello es que estoy aquí, pidiéndote perdón, a pesar de que me dijiste que me tienes miedo.

—¡No! —Clavo un dedo en su pecho, furiosa—. ¡Ni si te ocurra poner palabras en mi boca que no he dicho!

—Tampoco lo negaste —replica.

—¡Porque no me diste tiempo, joder! —grito—. Eso es lo que haces siempre, dices lo que te sale de los cojones y no me dejas ni contestar, solo te largas muy digno, después te arrepientes y regresas pidiendo disculpas. ¿No te das cuenta de que repites lo mismo una y otra vez?

—¡Sí, está bien! Admito que pierdo los nervios con facilidad, pero tú tampoco es que ayudes mucho. Llego aquí y te veo tonteando con ese imbécil, ¿qué pretendías que hiciera, que os encendiera una puta vela mientras os comáis la boca?

—¡No, mamarracho de mierda! Lo que pretendo es que me dejes explicarme. Precisamente en el momento que apareciste, le estaba diciendo a Daniel que hay otra persona en mi vida. Justo en ese instante estaba a punto de confesarle que sí, que es algo serio —las lágrimas una vez más acuden a mis ojos sin que pueda hacer nada por evitarlo—, y me importa una mierda si para ti solo soy un juego o un pasatiempo. Para mí, tú eres mucho más. Me lo estoy jugando todo por estar contigo: mi familia, mi mejor amiga... No lo haría si solo quisiera pasar un buen rato o vivir una aventura de verano. ¡Ese es mi puto problema, ¿sabes?! ¡Que me he enamorado de un mendrugo y un mamarracho que no se merece ni que le dirija una puta mirada!

Antes de que pueda decir nada más, siento sus brazos rodeando mi cuerpo y se abalanza sobre mí como un águila sobre su presa. Su boca colisiona con la mía y me estruja entre sus brazos.

—Lo siento, lo siento mucho —susurra entre beso y beso. Sus manos recorren mi cuerpo mientras me obliga a caminar hacia atrás. Mi espalda choca contra las rocas y hago una mueca, pero no dejo de besarle. Sé que no debería, que soy débil y tendría que terminar con esta locura de una maldita vez, sin embargo, ¿cómo lo hago?

En cuanto Julen me pone un dedo encima me convierto en un jodido títere en sus manos. Se detiene y pega su frente a la mía. Nuestros pechos suben y bajan con violencia mientras nos miramos a los ojos—. Perdóname, Fea, te lo suplico. No eres un pasatiempo, te lo juro. Me vuelves loco. Desde que llegué a este maldito sitio no sé ni quién soy. Estoy cambiando. Tú me estás cambiando, y quiero que sigas haciéndolo. —Veo como varias lágrimas humedecen sus mejillas y suspiro—. Tienes razón, me puse celoso al verte con ese payaso. Sé que te gusta y... Joder, puede darte todo lo que yo no. Es un tío decente, y con él no tendrías que esconderte ni sentirte culpable. Tuve miedo a que lo escogieras. Me entró el pánico. Yo... —Bufa pasando la mano por su cabeza—. Me cuesta asimilar todo lo que me haces sentir. Quiero estar contigo a todas horas, y te extraño si no estás. Cada mañana me quedo observándote mientras duermes, y te juro que sería capaz de hacerlo de por vida porque solo cuando estás a mi lado me siento completo. Contigo no hay culpa ni remordimientos. Eres capaz de borrar toda esa mierda con solo una sonrisa y... —Esta vez soy yo quien lo beso. Hundo la lengua en su boca y me abrazo a su cuello como un jodido perezoso a la rama de un árbol.

—¡Hostia, puta! —Nos apartamos de golpe al escuchar la exclamación de Clara. Mi amiga nos mira a uno y a otro con los ojos abiertos como platos y sacude la cabeza—. Es coña, ¿no? Vosotros dos... Joder, esto tiene que ser una puta broma. ¡Sois hermanos!

—Clara, deja que te lo explique —digo acercándome.

—¿Qué me vas a explicar? Dios, Maca, estás enrollada con tu hermano, y además... Sabes que me gusta. ¡¿Quién coño eres tú y qué has hecho con mi amiga?!

—Yo no... Joder, lo siento mucho.

Me mira con decepción y se marcha de nuevo, escalando el muro de rocas.

Eras tú quien se comía los mocos

Maca

Clara no me coge el móvil ni contesta a mis mensajes. La he cagado, pero bien. En cuanto se fue, la seguí e intenté disculparme, no logré que me dirigiera ni una sola palabra. Se metió en el coche con César y Aitor y se marcharon. Julen me trajo a casa, y desde entonces he estado intentando contactar con ella por teléfono sin éxito. Está muy cabreada, y no la culpo. Sabía lo que ella sentía por Julen y aun así... Joder, ¿cómo he podido hacerle esto? Es mi mejor amiga, nos conocemos desde pequeñas y siempre ha estado a mi lado, apoyándome a cada paso que he dado. Soy una persona horrible.

—Deja ya de autoflagelarte —susurra Julen a mi espalda. Es lo primero que dice desde que salimos de la playa.

Sentada en mi escritorio, vuelvo a escribir otro mensaje dirigido a mi amiga.

¿No vas a volver a hablarme nunca? Deja al menos que te lo explique, Clara.

Le doy a enviar y espero, un minuto, dos y después tres y cuatro. Al no recibir respuesta, redacto otro mensaje.

Por favor. No me hagas esto. Sabes que jamás te haría daño a propósito. No quise que sucediera, te lo juro. Pasó sin más y he querido contártelo mil veces, pero temía hacerte daño. Contéstame. Habla conmigo, te lo suplico.

Una vez más mi mensaje no obtiene respuesta, así que me frustró y lanzo el teléfono sobre la mesa. Hundo mi rostro entre mis manos y resoplo. Enseguida noto la presencia de Julen en mi espalda, acaricia mi cuello con suavidad y yo lo aparto.

—No tienes a la suerte, Julen. Ya la hemos cagado demasiado por un día.

Suspira y se aparta.

—Lo siento mucho, Fea. Yo no quería que pasara esto.

—Entonces no haber venido a la playa. Te dije que era muy arriesgado, pero no me hiciste ni puto caso. —Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro de la habitación muy nerviosa—. Es lo que haces siempre, ¿no? Te la suda lo que yo diga o piense. No, el señorito tiene que hacer lo que le sale a él de los huevos. No importan las consecuencias, con decir «lo siento» ya lo resuelve todo.

Inspira hondo y me observa cruzado de brazos.

—Te das cuenta de que estás pagando tu mala leche conmigo, ¿verdad? —Exhalo una gran bocanada de aire y asiento, agachando la mirada—. No pasa nada. Porque sea yo quien aguante tus gilipolleces por una vez, tampoco me voy a morir. —Se acerca y sonrío un poco, sujetando mi cara entre sus manos—. Eso sí, tampoco te acostumbres. Recuerda que aquí el capullo inmaduro soy yo. Alguien tiene que asumir el rol de adulto responsable.

—Muy responsable no soy, o no le habría hecho daño a mi mejor amiga.

—Fea, ya verás como se le pasa pronto. Dale tiempo a que se aclare las ideas, y después será ella misma la que venga a hablar contigo.

—Conociendo el pronto de Clara, espero que solo venga a eso —murmuro mordéndome el labio inferior de manera nerviosa.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que sería capaz de decírselo a nuestros padres?

Lo pienso durante un segundo y niego con la cabeza.

—No, no lo haría. Puede que esté cabreada conmigo, pero jamás me haría algo así.

—Vale. Deja de darle vueltas y descansa un rato, ¿quieres? Yo me tengo que ir a trabajar. —Asiento—. ¿Estarás bien? —Vuelvo a cabecear de manera afirmativa—. Si necesitas algo, solo dame un toque. Estaré pendiente del teléfono.

—¿Desde cuándo eres tan atento? —pregunto frunciendo el ceño.

—Siempre lo he sido, pero tú no te das cuenta, chica.

Sonríó por su tontería y recibo un beso en los labios como recompensa.

—Me tengo que ir ya. Esta noche, deja la ventana abierta.

—Mi ventana siempre está abierta —aclaró.

—Solo por si acaso. Tú y yo aún tenemos una conversación pendiente. —Me da un último beso y camina hacia la puerta con lentitud. Al abrirla, veo cómo su espalda se tensa y contiene la respiración. Enseguida se hace a un lado y descubro el motivo por el cuál actúa de forma tan extraña: Clara está aquí—. Te dije que vendría —susurra Julen sonriendo.

Mi amiga le lanza una mirada de desdén y él se encoge de hombros.

—¿Vuelvo a interrumpiros? —inquire.

—No, yo ya me iba —contesta Julen—. Fea, te veo esta noche.

Asiento y se marcha, cerrando la puerta y dejándonos solas en mi habitación.

—Hola —susurro con cautela.

—Hola —contesta ella. Resopla y se sienta en el borde de mi cama—. Esto es una puta mierda.

—Lo sé. —Tomo asiento a su lado y agacho la mirada hacia mi regazo—. Lo siento mucho, Clara.

—Ya, me lo has dejado claro en la docena de mensajes que me enviaste. Al principio pensé en contestarte un «que te den», pero eso no me pareció de buena amiga, así que decidí venir aquí y hablarlo en persona.

—Tienes permitido ser una mala amiga. Yo lo soy —farfullo sin mirarla.

—No entiendo tus motivos, Maca. ¿Desde cuándo nos tratamos así? Creí que no teníamos secretos entre nosotras. Hemos sido amigas desde que nos comíamos los mocos y jamás nos pasó esto, ¿qué ha cambiado?

Respiro hondo para contener el llanto y me encojo de hombros.

—No puedo evitarlo —contesto perdiendo del todo la batalla contra las lágrimas—. Soy consciente de lo que sientes por él, y te juro que intenté evitarlo, pero es más fuerte que yo. Cada vez que lo tengo cerca, se me acelera el corazón. No soy capaz de pensar de

manera racional, y cuando me toca... Joder, estoy completamente loca.

—No, lo que estás es muy jodida. Te has enamorado de tu hermano.

—No es mi hermano —aclaro sorbiendo por la nariz.

—Bueno, tu hermanastro, para el caso es igual. ¿Tu padre y Amelia lo saben? —suspiro y niego con la cabeza—. Lo imaginé. Joder, Maca, ¿cómo te has metido en este lío?

—Ni siquiera lo sé. Supongo que, desde que llegó Julen, sentí cierta atracción por él, pero siempre estamos discutiendo y lanzándonos los trastos a la cabeza, de modo que decidí ignorarlo, luego, en San Juan, me besó y... Mierda, Clara, nunca me he sentido así. Cuando me besa, siento como si todos los problemas e impedimentos que nos separan fueran insignificantes.

—Sí que estás pillada.

—Sí, y lo siento mucho porque sé que él te gusta.

—Olvídalo —dice haciendo un gesto con su mano—. Eso es agua pasada. A mí no me ha sorbido el cerebro como a ti. El chico es mono y besa genial, pero tampoco es que vaya perdiendo las bragas por él. Lo que realmente me molesta es que no me hayas contado esto mucho antes. Yo lo habría entendido, Maca. Me jode que no confíes en mí.

—Claro que confío, pero no quise hacerte daño.

Nos quedamos en silencio unos segundos y es ella quien habla a continuación.

—¿Él también siente lo mismo? Julen no es tío de una sola chica, él mismo me lo dijo. Aunque, pensándolo bien, tal vez lo que quiso decir fue que yo no era su tipo de chica.

—Creo que sí. Al menos eso dice, y le creo.

—Bueno, pues entonces habrá que buscar la forma de que sigáis juntos sin que montéis la tercera guerra mundial aquí en casa. Sabes que todo esto podría destrozar a tu familia, ¿verdad?

—Sí, soy consciente de ello, y aunque debería pararlo, no puedo. Créeme, lo he intentado, y Julen también.

—Joder, pinta fea la cosa. Vais a tener que andar con mucho cuidado, pero podéis contar conmigo para lo que sea.

La miro y una pequeña sonrisa tira de mis labios.

—¿Eso significa que ya me has perdonado?

Clara sonríe cogiendo mi mano.

—Lo hice nada más leer tu último mensaje.  Suplicar? Chica, ten un poco más de respeto por ti misma —bromea haciéndome reír—. Además, t  también vas a tener que perdonarme a mí —murmura haciendo una mueca.

—¿Por qué?  Qu  has hecho?

—Bueno... Estaba muy cabreada y se me escap . —Resopla y me mira a los ojos—. Se lo he contado a los chicos. —Llevo las manos a la cabeza y ella se apresura a explicarse—. Tranquila, me han prometido que no dirán nada. Aunque creo que mi hermano aún sigue flipando. No se lo podían creer, y no me extraña, yo tampoco lo haría si no lo hubiese visto con mis propios ojos.

—Vale —respiro hondo dándome ánimos a mí misma—, puedo con ello. Aitor y César son de fiar.  No se lo has dicho a nadie más? —Niega con la cabeza.

—¿Estoy perdonada?

—Por supuesto que s  —contesto justo antes de abrazarla. Cuando nos separamos, ambas sonreímos de oreja a oreja—. Por cierto, eras t  quien se comía los mocos de pequeña. A mí siempre me pareció un asco.

—Pues estaban ricos —contesta encogiéndose de hombros. Nos miramos y empezamos a reír a carcajadas.

Durante las siguientes horas pongo a Clara al tanto de todo lo que respecta a Julen. Como es obvio, mi amiga se cabrea cuando le cuento que ya no soy virgen, y con razón, yo fui la primera en enterarme cuando le pasó a ella. Sin embargo, al final consigo que me perdone por eso también y seguimos hablando hasta la hora de cenar. Ella se marcha y yo decido meterme directamente en la cama. Hoy ha sido un día largo e intenso, y no tengo ganas de poner buena cara frente a Amelia y mi hermano cuando en realidad me siento como una puta mierda.

No tardo en quedarme dormida, y solo despierto a sentir cómo Julen se mete en la cama conmigo y me abraza por la espalda.

—¿Me has echado de menos, Fea? —pregunta en un susurro. Besa mi cuello y yo me echo hacia atrás gimiendo de gusto—. Ya

veo que sí —murmura en tono divertido—. ¿Qué tal con Clara? ¿Lo habéis arreglado?

—Sí, todo está bien —contesto pegando mi trasero a su entrepierna.

—Fea, pórtate bien o no respondo. Intento ser un buen chico y, pero si sigues restregando tu culo contra mi polla, te juro que voy a mandar a la mierda la dichosa regla.

Sonrío sin que pueda verme y me aparto un poco, aunque me mantengo muy cerca.

—Por cierto, César y Aitor saben lo nuestro.

—¿En serio? —Asiento—. Por mí bien. ¿Crees que sabrán mantener la boca cerrada?

—Sí, son de fiar. Por eso no te preocupes.

—Vale, pero, ¿exactamente qué saben?

—¿Qué quieres decir? —pregunto frunciendo el ceño.

—Pues eso. Has dicho que saben lo nuestro. ¿Qué es lo nuestro?

Me giro sobre mí misma y le miro a la cara.

—¿Estás intentando que le ponga una etiqueta a lo que tenemos? —inquiero.

—Algo así. Me ha quedado claro que no solo es un pasatiempo ni un rollo de verano. Hay sentimientos, ¿no? —Asiento—. Entonces, ¿dónde nos deja eso?

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Desde cuándo te preocupa ponerle nombre a lo que hay entre nosotros?

—Bueno, prefiero que dejemos las cosas bien claras para que no ocurran malentendidos como el de esta tarde. Eso de la exclusividad me dejó algo tocado. No sé qué demonios te llevó a pensar que podíamos salir con otras personas.

Apoyo la cabeza en su hombro y él empieza a acariciar mi brazo con movimientos suaves, de arriba abajo.

—No lo pensé. Solo lo dije por joder.

—Vamos, que la niña buena tampoco es tan buena, ¿no? —Sonrío y Julen besa la punta de mi nariz—. Lo he pensado mucho, ¿sabes? Sé que mereces a alguien mejor que yo, pero soy incapaz de alejarme de ti.

—¿Ya te estás poniendo tierno otra vez? —pregunto en tono burlón.

Recibo un pellizco en la cadera que me hace soltar un gritito agudo. Ambos nos quedamos quietos y en silencio por si escuchamos algún ruido en la casa, tras varios segundos, respiramos aliviados al comprobar que no hemos despertado a nadie.

—Contrólate, niña —susurra.

—¿Me lo dices tú? Si cada vez que te cabreas te pones a pegar gritos como una urraca.

—Bueno, pero ahora no estamos hablando de mí.

—Qué listo eres, Mamarracho. Cuando no te interesa la conversación, cambias de tema enseguida. Pues que sepas que puedo seguir insistiendo en esto toda la noche y no conseguirás callarme, aunque lo inten...

—Creo que novia está bien. — Lo miro alucinada y sin saber qué contestar. Julen sonrío de oreja a oreja—. Vaya, sí que he conseguido callarte.

—Creí que tú no tenías novias —susurro tras carraspear.

—Bueno, hay una primera vez para todo.

—¿Crees que podrás soportarlo? Ya sabes, eso de estar siempre con la misma chica, no picotear aquí y allá...

—Fea, con todos los problemas que tenemos encima, lo que menos me preocupa es no picotear. Necesito encontrar la manera de que tu padre no me mate cuando se entere de lo nuestro. Porque sabes que tarde o temprano lo sabrá, ¿verdad?

Asiento y suspiro, acomodándome sobre su pecho y abrazando su cintura.

—A veces pienso que lo mejor sería contárselo y no que se enterara por sí mismo, pero entonces corremos el riesgo de que todo se convierta en una mierda antes de tiempo.

—Sí, te entiendo. Yo también quiero aprovecharlo antes de que nos caiga encima. Iremos improvisando sobre la marcha, supongo. Por el momento, mantén a tu amigo el Niño Pera bien lejos si no quieres que le parta la cara.

Esta vez soy yo quien pellizco su cadera, él solo ríe en voz baja.

—Pórtate bien, Mamarracho. No me obligues a meterte en cintura.

—¿Vas a usar un látigo? —pregunta divertido.

—Sí, un cinturón también.

—Buff, Fea, cómo me pones cuando me hablas en plan malota —se burla. Río por su comentario y bostezo sin darme cuenta—. Duerme —susurra besando mi pelo.

Cierro los ojos y suspiro escuchando el rítmico latido de su corazón. Tal vez esté loca, o puede que no, lo cierto es que estos momentos compensan con creces todos los malos. Y lo que le dije a Clara hace un rato cobra todo el sentido. Cuando Julen y yo estamos juntos, los problemas no existen. Siento como si nada ni nadie pudiese separarnos.

No soy el mejor ejemplo

Julen

Maca me mira desde el otro lado de la mesa y tengo que contenerme para no besarla aquí mismo. Jamás imaginé que tener novia fuese así, aunque oficialmente solo tenemos ese título hace unas horas, pero de todas formas es genial. Si no fuese porque su padre está justo al lado, podría hacer lo que tanto deseo.

—Si ya habéis terminado, podéis marcharos —dice Marcos recogiendo su plato.

Aparto el mío y, tras darle un trago largo a mi refresco, vuelvo a mirar a la Fea. No tenemos que volver para el turno de cenas, eso significa que tenemos toda la tarde para nosotros solos. Lo estoy deseando. Marcos se marcha hacia la cocina dejándonos solos y me cambio de lugar para tenerla más cerca.

—¿Has oído, Fea? Ya podemos irnos —susurro para que solo ella pueda escucharme—. ¿Te apetece una clase de conducir personalizada? —Aprieta los labios conteniendo una sonrisa y asiente.

¡Bien! Necesito condones, muchos, montones. Esta tarde va a ser épica.

—¿Interrumpo, chicos? —Clara aparece de la nada y toma asiento en el lugar que acabo de dejar vacío, nos mira a uno y a otro sonriendo de manera petulante y estira la mano para coger una patata frita del plato de Maca. Ella enseguida pone mala cara. Odia que le roben la comida.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta.

—He venido a secuestrarte. Ve a casa, te pones un bañador y nos vamos a la playa —contesta Clara.

¡¿Qué?! ¡No, joder! Esta tarde era para mí. Macarena me mira mordiéndose el labio inferior con la culpa reflejada en sus ojos. Va a decirle que sí.

—Clara, en realidad Maca y yo tenemos planes para esta tarde —intercedo.

La rubia me mira de reojo y chasquea la lengua contrariada.

—Pues cambias los planes. Y ten muy presente que aún sigo mosqueada contigo. Me debes una.

—¿De qué hablas?

Se acerca a mí y habla en voz baja.

—Hablo de que te enrollaras conmigo mientras le metías fichas a mi mejor amiga. ¿Te va sonando?

Resoplo apartándome y miro a Maca buscando su ayuda, ella se encoge de hombros y sigue comiendo como si nada.

—Es más complicado que eso.

—Ya te digo que lo es, pero no me importa. Puedes aplazar tus planes de mandril salido para otro día y venirme con nosotras a la playa o irte a cascártela, tú decides.

Una sonrisa tira de los labios de Maca y no me queda más remedio que aceptar. Ahora que se acabaron los turnos dobles, tendremos más tiempo libre, así que solo es cuestión de esperar un poco y podremos estar solos.

No tardamos en marcharnos, y tras pasar por casa para recoger los bañadores y las toallas, volvemos al coche y conduzco hasta la misma cala en la que estuvimos ayer. Clara, Aitor y César ya están allí cuando llegamos, y al vernos caminar de la mano empiezan a mofarse, alguno más que otro. Aquí no hay peligro de que nos descubran. Este lugar es lo bastante alejado como para que nadie pueda vernos.

—Vaya, vaya. Resulta que a los hermanitos les va el incesto — se burla Aitor.

—Ya vale —le advierte Maca, aunque, como siempre, el hermano de Clara no sabe cuándo parar.

—Julen, ¿cómo os lo montáis, la arrastras a tu cama en mitad de la noche? ¿Cómo consigues que no grite mientras lo hacéis, la amordazas? Qué morbo, ¿no?

—En realidad, soy yo el que me meto en su cama. —Maca me lanza una mirada asesina y yo me encojo de hombros—. ¿Qué? No estoy mintiendo.

—Eso, tú dale alas al idiota —se queja frunciendo el ceño.

Intento abrazarla por la cintura, y se aparta con rapidez.

—Fea, solo era una broma entre tíos.

—Pues ni puta gracia. Si quieres hacerte el machito, búscate otra manera. A mí me dejas fuera de vuestras bromas de tíos.

—Si es que son como animales salvajes. Piensan con la entrepierna —añade Clara.

Antes de que pueda decir nada más, ambas se desvisten y van caminando en dirección a la orilla, cuchicheando.

—Cuánto amor en el ambiente —murmura Aitor en tono de burla.

—Déjalo en paz —dice César—. Entiende que no debe ser fácil pasar con tu novia las veinticuatro horas del día.

—Hombre, en eso tienes razón. Tiene que ser una puta pesadilla. Eres un valiente, tío —señala Aitor—. No como otros.

César lo mira extrañado y yo decido mantenerme al margen de la conversación.

—¿Ese comentario a qué viene?

Aitor se acerca a su amigo y le gira la cabeza hacia el lugar exacto donde están las chicas bañándose.

—A eso me refiero. Cuando estábamos en primaria tenía algo gracia que dejaras un reguero de babas tras mi hermana, a estas alturas ya resulta bastante patético.

—¡Qué te jodan, tío! No tienes ni idea de lo que hablas.

—Hablo de que eres un cagón. ¿A qué esperas? En cualquier momento aparecerá un capullo y ya no podrás hacer nada. Así que espabila de una puta vez.

Coloco mi mano sobre el hombro de César y este me mira.

—Aunque me joda admitirlo, el imbécil este tiene razón. Si te gusta, lánzate de una vez.

—Es más complicado que eso, ¿vale? Clara es mi amiga. Si me lanzo y me rechaza será muy incómodo, y si no lo hace y no sale bien... No quiero perder a una amiga.

Suelto una carcajada y ambos se giran hacia mí sorprendidos.

—¿Me lo estás diciendo a mí? Os recuerdo que estoy liado con mi hermanastra. Si sale mal, no será solo una amistad la que se joderá. Es probable que destrocemos una familia, nuestra familia.

—Viéndolo así —murmura César. Echa un vistazo hacia la orilla y resopla—. Que no, coño. Ni siquiera sabría cómo entrarle. Voy a hacer el ridículo.

—Tío, deja de pensar como un puto perdedor —lo provoca Aitor—. Solo dile que te mola y listo. Tampoco es tan difícil. Díselo tú, Julen. ¿Cómo lo hiciste tú con Maca?

Me rasco la nuca y hago una mueca con los labios.

—Yo le tiré de las coletas y la llamé fea —contesto. Ambos me miran sorprendidos—. Tenía doce años —aclaro.

Aitor empieza a reír a carcajadas y César niega con la cabeza.

—No, ahora en serio. ¿Cómo lo hiciste?

—Bueno, me dediqué a molestarla y sacarla de quicio durante semanas, después le comí la boca en la noche de San Juan, para acto seguido, cuando ella me rechazó, insultarla y ridiculizarla. No contento con eso, seguí tratándola como el culo hasta que la desfloré de mala manera en el asiento trasero de mi coche.

Aitor se dobla sobre sí mismo riendo sin parar mientras César me mira espantado.

—Qué maquina el tío —señala Aitor secándose las lágrimas de risa—. Ni flores, ni cena a la luz de las velas... ¿Cómo te aguanta Maca?

—Bueno, supongo que yo no soy el mejor ejemplo —murmuro encogiéndome de hombros.

Miro yo también hacia la orilla y siento una punzada en el pecho. Sí que soy un mamarracho y un capullo. Aún no entiendo qué ha visto esta chica tan maravillosa en mí. En vez de poner el jodido mundo a sus pies, lo único que he hecho hasta ahora ha sido dar por saco, tratarla como una mierda y usarla a modo de salvavidas. Joder, ya me vale.

Durante la siguiente media hora, Aitor sigue azuzando a César. Si yo estuviese en su lugar ya lo habría mandado a la mierda como mínimo, sin embargo, el chaval tiene la paciencia de un santo. Los escucho sin dejar de darle vueltas al comentario de Aitor. Tengo que hacer algo por ella, pero ¿el qué? No puedo llevarla al cine o a

cenar. Cualquiera podría vernos y contárselo a nuestros padres. Otra opción es incluir al mocoso en los planes, pero ¿qué clase de cita sería con un niño en medio? No, tengo que buscar otra manera. La Fea se merece una cita de verdad, sin tener que esconderse ni preocuparse por nada, aunque sea solo por toda la mierda que le hago tragar constantemente, y eso únicamente podré lograrlo de una forma.

Poco a poco voy urdiendo un plan, y cuando llegan las chicas, ya tengo casi todo el procedimiento a seguir en mi cabeza. Maca se sienta a mi lado y la arrastro a mi costado para poder abrazarla. Está fría y mojada, pero no me importa.

—¿Sigues mosqueada por lo de antes? —susurro en su oído.

—¿Dices por comportarte como un imbécil frente a tus amigotes? —Asiento—. No, tampoco es que esperara más de ti. Eres un tío, ¿no?

—Qué bien que lo tienes tan claro. —Beso su cuello y recibo un par de abucheos por parte de los chicos.

—Oye, si vosotros dos vais a estar metiéndoos mano todo el rato, mejor nos vamos —se queja Clara.

Me aparto de Maca y levanto las manos sobre mi cabeza sin poder dejar de sonreír como un idiota.

—Venga, vamos a buscar las tablas de surf al coche —sugiere Aitor.

Todos se levantan. Antes de que empecemos a andar hacia el aparcamiento, tiro de la mano de Clara para que se quede atrás conmigo.

—¿Qué haces? —inquire ella frunciendo el ceño.

—Espera un poco. Necesito hablar contigo. —Maca y los chicos se giran para mirar qué es lo que nos retiene—. Id subiendo. Nosotros enseguida vamos.

Asienten y se alejan dejándonos a solas.

—¿A qué viene esto? Como ahora me tires los tejos a mí, te juro que te arreo un guantazo. Maca es mi amiga.

—No es eso, Clara. Escucha. Solo quiero pedirte un favor. —Se cruza de brazos y hace un gesto con su cabeza para que siga hablando.

Tras contarle mi plan, ella accede a ayudarme a llevarlo a cabo y nos unimos a los demás en el aparcamiento. Pasamos el resto de la tarde haciendo el tonto con las tablas, ya que ninguno de nosotros sabe surfear, y las olas tampoco son las idóneas, aunque eso no impide que nos riamos con cada caída y golpe que nos llevamos.

Mientras nos vestimos para volver, le hago un gesto a Clara con la cabeza y ella lo entiende de inmediato.

—Maca, me ha dicho un pajarito que este finde no curráis.

La Fea me mira de reojo y se encoge de hombros.

—Aún no estamos seguros. Mi padre nos prometió un fin de semana libre, pero no sé cuándo será.

—He pensado que podríamos irnos de acampada a Níjar.

—¡Hostia, qué buena idea! —exclama Aitor.

—No lo sé. Tendría que hablar con mi padre y concretarlo.

—Yo me encargo de eso —comento recogiendo las últimas cosas que quedan sobre la arena.

Maca me mira extrañada, pero no dice nada más. Mientras caminamos hacia el coche, Clara me sonrío y yo le agradezco su colaboración con una sonrisa.

Agotados tras pasar una tarde genial con nuestros amigos, Maca y yo volvemos a casa. Ella insiste en que aún nos queda tiempo para esa clase de conducción, sin embargo, esta vez soy yo el que se niega. Si quiero llevar a cabo mi plan, no podemos estar solos. Sé que, si tengo la oportunidad de volver a acostarme con ella, no podré resistirme, y eso mandaría al traste lo que tengo en mente.

Entramos en casa y Maca sube derecha a su habitación para cambiarse mientras yo me quedo en el salón. Me siento junto al mocosito y revuelvo su pelo rubio de manera cariñosa.

—¿A qué juegas? —pregunto al verle muy concentrado con la videoconsola. Lo he visto jugar antes y se le da muy bien, más teniendo en cuenta que solo tiene ocho años.

—*Need for Speed* —contesta sin mirarme.

—¿Puedo probar? —Asiente y enseguida pausa la partida y me tiende su mando.

—Tienes que llegar a la meta antes de que se acabe el tiempo. Hay unos cuantos atajos que puedes coger para llegar antes. Si quieres, te los puedo ir diciendo.

—Vale. Avísame antes de que aparezcan.

El crío asiente de nuevo y pasamos un buen rato jugando a las carreras. La verdad es que el juego es entretenido. A la décima partida, ya lo domino a la perfección.

Así nos encuentra Marcos cuando llega. Saluda al pasar por el salón y se dirige a la cocina, así que le tiendo el mando al mocososo y me levanto de un salto.

—¿Te vas? —me pregunta el crío con cara de decepción.

—Vuelvo enseguida, mocososo. Ve preparando otra carrera y la jugamos a medias.

El chico sonrío de oreja a oreja y salgo del salón en dirección a la cocina. Antes de entrar, respiro hondo. No tengo ni putas ganas de pedirle nada a Marcos. Una parte de mí aún no es capaz de asimilar que este tío me haya robado a mi madre. Bueno, sé que no fue así, aunque eso no significa que deje de doler. Entro en la estancia y lo encuentro sentado a la mesa con una cerveza en la mano.

—Hola —saluda—. ¿Quieres una? —Niego. Es raro, nunca le había visto beber alcohol—. Yo tampoco acostumbro beber, pero estoy agotado y hace un calor de morir.

—Has llegado pronto. ¿No vas a estar en el turno de las cenas?

—No. Entre Elena y los chicos nuevos se las arreglan. Necesito tomarme un descanso. Adoro mi trabajo, sin embargo, a veces echo de menos poder irme tras ocho horas como cualquier empleado.

—Los nuevos lo están haciendo bien. Se han adaptado muy rápido.

—Sí, son camareros con experiencia, y eso se nota.

—Ya. Hablando de eso... Eh... Lo que dijiste del fin de semana libre, ¿crees que podría ser este?

Marcos termina su cerveza de un trago y me mira.

—Sí, supongo que no hay problema. ¿Seguís con los planes de la acampada? —Asiento—. Claro. Organizaré los turnos en La Morena, y si nadie tiene inconvenientes en adaptarse a ellos, podréis marcharos. Por cierto, ¿dónde vais a acampar?

—Níjar.

—Es un sitio bonito y no muy lejos. Lo arreglaré todo.

—Eh... Gracias, Marcos —murmuro.

Se levanta y sonríe. Al pasar por mi lado coloca una mano sobre mi hombro e inconscientemente, me tenso.

—No hay de qu e, hijo —susurra saliendo de la cocina.

¿Me llevas al desierto para asesinarme?

Maca

Julen está raro. En realidad, lleva varios días comportándose de manera extraña. Ha pasado de insistir en que pasemos tiempo a solas a evitarme por completo. Bueno, evitarme no, porque sigue metiéndose en mi cama casi todas las noches. Dormimos juntos, trabajamos juntos y salimos con los chicos, pero no ha vuelto a mencionar las clases de conducción, y ambos sabemos lo que significan esas clases. Sexo, así sin más. Las veces que yo he sacado el tema, él se hizo el tonto, como si no supiera de lo que hablo y cambió de conversación enseguida. No lo entiendo. De lo único que habla últimamente es de la acampada a Níjar. Y Clara está igual. Es como si de repente ambos se hubiesen convertido en los mejores amigos del mundo. Ya son varias las ocasiones que los descubro cuchicheando, y cuando llego, se callan y disimulan. No quiero pensar mal, pero... Lo sé, es una locura. Clara jamás me la jugaría así, y Julen... Está enamorado de mí, aunque no me lo haya dicho con esas palabras, sé que lo siente.

—¿Estás lista? —Julen entra en mi habitación sin avisar y me pilla a medio vestir.

—Joder, cierra la puerta —ordeno tapándome a toda prisa.

Sonríe observándome y alza ambas cejas de manera sugerente.

—Qué buena estás, Fea —susurra.

—Julen, lárgate antes de que nos pillen —siseo.

—Date prisa. El coche ya está cargado —añade antes de guiñarme un ojo y marcharse.

Resoplo y termino de vestirme a toda prisa. No sé por qué ha insistido tanto en ir en su propio coche a Níjar. César le pidió el

monovolumen a su madre y podríamos ir los cinco juntos. Además, en el maletero entran todas nuestras cosas, incluidas las tiendas de campaña. Clara dice que es porque le gusta fardar de deportivo, aunque no acaba de convencerme. Sé que algo oculta. Lo noto.

Antes de salir de casa, compruebo que llevo todo en la mochila y me despido de mi hermano y Amelia. Julen me espera con la puerta abierta del coche. Todo un caballero. Lo dicho, es raro de cojones.

—¿Se puede saber qué estás tramando? —pregunto en cuanto se sienta en su lugar y enciende el motor.

—¿Qué quieres decir?

—Que estás actuando de forma extraña. Llevas raro varios días. Simpático, amable, cariñoso... Desde que Clara sugirió lo de irnos de acampada, no hemos discutido ni una sola vez.

—¿Y eso es malo? —inquire incorporándose a la carretera.

—No, pero es raro. Además, qué casualidad que Clara haya pensado en lo de acampar cuando fue la excusa que le pusiste a mi padre el día antes, ¿no? Y ¿cómo sabía ella que teníamos el fin de semana libre? Eso por no hablar de que te ofrecieras a hablar con mi padre sobre ello por tu propia voluntad en vez de dejar que lo hiciera yo.

Se remueve nervioso en el asiento y frunzo el ceño. Sabía que algo estaba pasando.

—Fea, te estás montando una película en la cabeza. Dedícate a estudiar y deja lo de ser detective. No te pega nada.

—Ya, y todas las veces que os he pillado a ti y a Clara cuchicheando y contándoos secretitos también son imaginaciones mías, ¿verdad?

Me mira durante un segundo y vuelve a girar la cabeza hacia delante.

—¿Me estás acusando de algo? Porque si lo que estás pensando es que Clara y yo...

—Yo no he dicho eso —le corto—. Sé que ella jamás me haría algo así.

—¿Y yo sí? —Se gira de nuevo y busca mi mirada—. ¿Crees que yo te engañaría?

Suspiro y niego con la cabeza.

—No, no lo creo. Eres un mamarracho y un capullo, pero, por alguna extraña razón, confío en ti.

Sus comisuras se elevan y coloca su mano sobre mi rodilla.

—Deja de pensar tonterías y disfruta del fin de semana. Vamos a pasarlo genial.

—Ya, no paras de decir eso —farfullo—. ¿No crees que tal vez podríamos haber planeado esto solo nosotros dos?

Sonríe de manera socarrona y me mira de reojo.

—Eso suena a proposición indecente. Me gusta cómo piensas, Fea. Sin embargo, tus amigos se me adelantaron y crearon esta escapada.

—Podrías haberte negado. Yo lo intenté.

Detiene el coche frente a la casa de César y, tras quitarse el cinturón, se gira para mirarme.

—¿Qué pasa? ¿No quieres ir?

—Sí quiero. Solo digo que preferiría pasar el fin de semana a solas contigo. ¿Tan extraño te parece eso?

Sonríe de nuevo y me besa.

—No me parece extraño. Ya habrá más oportunidades, Fea —susurra contra mis labios.

Se aparta, y tras guiñarme un ojo, sale del coche y ayuda a los chicos a cargar las últimas cosas en el monovolumen. Cuando ya está todo listo, vuelve a colocarse frente al volante y emprendemos el viaje hacia Níjar.

César conduce delante y nosotros le seguimos. Julen no vuelve a decir ni una sola palabra. De vez en cuando aprieta mi rodilla con su mano y me dirige una sonrisa, pero nada más. En cierto momento, sube el volumen de la radio cuando suena *Culpable* de Huecco. Sabe que me encanta esa canción. Ese pequeño gesto hace que me relaje. Tal vez solo esté intentando portarse bien. Que no quiera acostarse conmigo no significa nada, ¿no? Intenta ser un buen chico.

Enciendo un cigarrillo y dejo que el aire fresco que entra por la ventanilla despeine mi pelo. Hace un rato que Julen cambió de CD y, para no variar, está sonando Marea. No es que no me guste, solo que no acabo de entender la fijación de este muchacho con el grupo. Bajo el volumen y me echa una mirada extrañada.

—¿Puedo cambiar ya la música? Han sonado seis canciones de las tuyas. Me toca a mí.

—Si consigues encontrar algo mejor, adelante.

—Según tú, ¿qué es mejor?

—Nada —contesta encogiéndose de hombros. Estira la mano y le tiendo el cigarrillo. Tras darle una calada, me lo devuelve—. La voz de Kutxi Romero es insuperable, así que la respuesta a tu pregunta es no. Seguimos escuchando Marea.

Ruedo los ojos y me acomodo en el asiento.

—Tampoco es tan bueno. Parece que fuma tres paquetes de tabaco al día.

—Y eso es lo que lo hace tan bueno —replica.

Veo como César toma la salida hacia Níjar y nosotros seguimos adelante.

—Julen, te has saltado la salida —señalo—. Era por allí. Vas a tener que dar la vuelta. —Mi teléfono suena en mi bolsillo y al sacarlo compruebo que tengo un mensaje de Clara.

Pasadlo bien. Y no hay de qué.

Frunzo el ceño y me giro hacia Julen.

—¿Qué pasa?

—¿Me puedes explicar a qué viene este mensaje? —Giro la pantalla para que pueda verlo, y tras echarle un vistazo rápido, sonrío y sigue conduciendo como si nada—. Julen, ¿qué está pasando? Te has pasado la salida y Clara me envía un mensaje raro.

—Hay un cambio de planes —contesta.

—¿Qué cambio? No entiendo una mierda.

—Querías un fin de semana a solas conmigo, ¿no? —Me mira y sonrío de medio lado—. Eso es justo lo que vas a tener.

—¿Qué? —Entonces todo empieza a cobrar sentido. Los cuchicheos entre los dos, todo ese secretismo y su forma de actuar tan extraña.—. ¿Habéis planeado todo esto?

—Yo lo he planeado. Le pedí ayuda a Clara para que no te enteraras. Aprovechando la excusa que le habíamos puesto a tu padre, creí que lo mejor sería fingir que de verdad nos íbamos de acampada. Ellos tres estarán en Níjar haciendo surf y nadando, mientras tanto, nosotros haremos algo distinto.

Sonrío de oreja a oreja sin poder creérmelo.

—¿Vas a decirme dónde vamos?

—No. —Desliza su mano sobre mi muslo y vuelve a sonreír—. Tú relájate, Fea, y disfruta del viaje.

Antes de que pueda decir nada más, sube el volumen y empieza a cantar a todo pulmón haciéndome reír a carcajadas.

Vuelvo a preguntarle un par de veces más cuál es nuestro destino, y Julen se niega a desvelarlo. Veinte minutos después, me decanto por Almería, enseguida descarto esa posibilidad al ver que se salta la salida. Entonces se desvía de la autopista principal y empezamos a circular en dirección al desierto de Tabernas.

—¿Me llevas al desierto para asesinarme y deshacerte de mi cadáver? —pregunto en broma.

—Estamos en la provincia de Almería, aquí todo es desierto. Si quisiera deshacerme de tu cadáver, no conduciría tan lejos. La gasolina está muy cara —señala encogiéndose de hombros.

Golpeo su hombro y él ríe mientras sigue atento a la carretera. Obviamente no me dice dónde vamos, aunque tampoco tengo que esperar mucho para descubrirlo, ya que unos minutos después coge una carretera nacional y empezamos a circular por mitad del desierto hasta llegar a un cruce, en él puede verse un gran cartel publicitario: Oasys MiniHollywood.

Abro mucho los ojos y él se gira sonriendo.

—¿Me has traído a donde se grababan las películas de vaqueros? —Asiente y se adentra en el recinto—. ¿Cómo se te ha ocurrido algo así?

—Pensé que llevarte a cenar o al cine sería algo demasiado común. Me puse a investigar por Internet y me encontré este sitio. Clara me dijo que nunca habías venido, así que... aquí estamos. —Detiene el coche en un gran aparcamiento y, tras apagar el motor, se gira hacia mí—. ¿Qué te parece? Espero que esta vez no digas que no me lo he currado porque... —Antes de que pueda acabar la frase ya lo estoy besando—. Vale, solo por esto ya ha merecido la pena —susurra arrastrando la mano por mi muslo.

—Gracias por la sorpresa. Me ha encantado.

—Me alegro. Aquí no tenemos por qué escondernos. Somos libres de hacer lo que nos dé la gana durante todo el fin de semana.

—En Níjar también —señalo.

—Oye, si quieres nos volvemos —amenaza frunciendo el ceño.

—¡No! No, era broma. Nos quedamos.

Salimos del coche y enseguida me coge de la mano. Es maravilloso poder pasear juntos sin sentir miedo a que alguien nos pueda reconocer. Pasamos el resto de la mañana descubriendo el parque temático, que no es otra cosa que un antiguo set de rodaje de películas del oeste. A mediodía comemos en un restaurante cercano y pasamos la tarde recorriendo el lugar, el jardín botánico de cactus, museos de cine western, y hasta una zona con animales africanos. Puede no parecer muy divertido, pero yo me lo paso genial. Supongo que eso también es gracias a la compañía. Sienta tan bien no tener que esconderse. Solo somos dos jóvenes enamorados que disfrutan de un día perfecto. Paseamos de la mano, nos besamos siempre que nos apetece, nos abrazamos y acariciamos sin temor a nada ni nadie... Incluso llego a olvidar quiénes somos en realidad y todos los obstáculos que nos separan.

Cerca de las nueve decidimos marcharnos. Yo dormito agotada con la cabeza apoyada en la ventanilla durante todo el camino, y cuando Julen me avisa de que ya hemos llegado, no soy capaz de ubicarme. Salimos del coche y compruebo que no sé dónde estamos. Conozco a la perfección Níjar. He ido mil veces y esto no se le parece en nada.

—¿Qué pasa? —pregunta al verme mirar a un lado y a otro.

—¿Dónde estamos? Creo que te has perdido. Esto no es Níjar.

Julen sonrío de medio lado y se encoge de hombros.

—Nadie dijo que iríamos a Níjar. Este fin de semana es para nosotros solos —susurra abrazándome por la espalda. Besa mi cuello y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿No vamos a dormir en Níjar?

—No. Esta noche nos quedamos aquí.

—¿Y dónde es aquí? —Julen señala un cartel donde dice en grande Hotel Cabo de Gata.

Sonrío sin poder creérmelo. El sitio es precioso, un antiguo cortijo en mitad del desierto reconvertido en hotel.

—¿Es en serio? —inquiero sorprendida.

—¿Ves como soy detallista?

Alzo una ceja en su dirección y estiro la mano para acariciar su mejilla.

—¿Ya te estás poniendo tierno otra vez, Mamarracho? —me burlo.

—Si vuelves a decir que soy tierno, te meto en el coche y nos vamos a dormir a una jodida tienda de campaña en Níjar, estás advertida. —Suelto una carcajada y él resopla—. Hablo en serio, Fea.

—Vale, no lo vuelvo a decir.

Sigo sonriendo cuando tira de mi mano y nos encaminamos a la entrada del cortijo. Por dentro es aún más impresionante. Nos acercamos a un mostrador y tras registrarnos, la chica nos entrega la llave de la habitación. Volvemos al coche a buscar nuestras mochilas, y entonces me doy cuenta de que ni siquiera trajimos la tienda de campaña. Creí que se la habrían llevado los demás en el monovolumen, pero supongo que no es así. Julen lo tenía todo planeado, incluso la reserva del hotel.

A la habitación se accede desde el exterior, hay un porche delantero con un par de sillas justo delante de la puerta. Es él quien se encarga de abrirla y entrar primero.

—¿Qué te parece?

Echo un vistazo a mi alrededor y asiento. Los muebles son antiguos: una cama grande con cabecero de forja preside la estancia, a ambos lados un par de mesitas de madera oscura a juego con las contraventanas, un pequeño armario y una puerta que supongo que da al baño.

—No está mal —comento mirando la cama—. Al menos es más grande que la mía.

Una vez más, Julen me abraza por la espalda apoyando la barbilla en mi hombro.

—Creo que voy a echar de menos que te acurruques contra mí en mitad de la noche. En esta cama tan grande vas a estar más apartada.

Me giro entre sus brazos y rodeo su cuello estirándome para poder estar a su altura.

—No te creas, voy a acurrucarme de todos modos. Es más —sonríe mordiendo mi labio inferior y deslizo la mano por el centro de

su pecho, recorro su vientre hasta llegar a la cinturilla de su pantalón y alzo de nuevo la mirada—, creo que deberíamos acurrucarnos ya mismo.

Su sonrisa ladeada no tarda en salir a relucir.

—Pensaba llevarte a cenar antes.

—No tengo hambre —contesto desabrochando el botón superior.

—Yo sí —murmura hundiendo su boca en mi cuello. Me muerde con suavidad y me sujeta por el trasero para atraerme más hacia su cuerpo—. Creo que voy a comerte entera, pero no sé por dónde empezar.

—Pues yo tengo una ligera idea.

Tiro de su mano y le insto a que se siente en el borde de la cama. Se me acelera el corazón cuando lo beso. En cuanto nos tocamos, el calor se desata en mi interior.

—Me encanta besarte —susurra Julen, y me pregunto si me ha leído la mente.

Sus labios están calientes sobre los míos mientras tira de mí con suavidad para abarcar mi cintura. Abro las piernas y me siento a horcajadas sobre él. Siento su erección presionando mi centro y deslizo la mano entre nuestros cuerpos para acariciarla. Un gemido ronco sale de su garganta y eso me motiva a seguir. Me siento bien, poderosa y sexi. Yo, Macarena Ferrer, tengo justo debajo al chico más guapo e impresionante que he conocido nunca, y está cachondo solo por mí.

—Suéltame —ordeno apartando sus manos de mi cintura.

Frunce el ceño, aunque hace lo que le pido. Tiro del borde inferior de su camiseta, sacándosela por la cabeza, y la tiro al suelo. Le doy un firme empujón en el pecho para forzarlo a tumbarse, y desde mi posición de superioridad lo observo en silencio.

Tiene los músculos perfectamente definidos, y esa uve masculina que le desaparece bajo la cintura me hace babear. Acerco los labios al centro de su pecho y noto cómo se estremece. Paso mi lengua por su torso hasta llegar a un pezón, al que le doy un pequeño mordisco. Julen gime de nuevo. Trazo una línea de besos por su pecho hasta llegar a su garganta. Le acaricio el cuello con la nariz mientras mi mano se mueve sobre su vientre. Julen

hace un sonido ronco de aprobación y entonces poso mis labios sobre los suyos. Solo un contacto fugaz.

—Has dejado de besarme —masculla—. ¿Por qué has dejado de besarme?

Mi mano sigue descendiendo hasta posarse sobre su erección y sus ojos se cierran. Respira fuerte por la nariz, como si estuviese conteniendo, y aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo. Bajo la cremallera y sus ojos se abren de golpe. Con el deseo brillando en su mirada, levanta el trasero para que pueda bajarle los pantalones y los calzoncillos. Su miembro se alza como un resorte entre nosotros llamando mi atención. Lo rodeo con los dedos. Está duro y su tacto es suave, casi como terciopelo. Aprieto los muslos y me retuerzo para contener mi propio deseo. Hago un movimiento lento con la mano y ambos maldecimos. Vuelvo a besar su pecho y esta vez desciendo por su vientre dejando un reguero de saliva a mi paso hasta llegar a su entrepierna.

Acabaríamos peleando por ganarnos tu atención

Julen

¡Hostia puta! Esta mamada es... Maca es... Su boca es... Sí, hace un rato que no me funciona el cerebro. Enredo los dedos en su pelo castaño mientras su lengua se desliza por mi miembro. Me saborea y me provoca. Me trago un gemido, pero no puedo evitar soltar una bocanada de aire.

Maca levanta la mirada y sus ojos marrones se clavan en los míos.

—No pares —consigo pronunciar.

Sonríe y vuelve a la carga. Mientras mi miembro se hunde en su boca, le miro los labios cautivado. Su cabeza se mueve con lentitud, pero con firmeza. No me puedo creer que mi hermanastra me esté haciendo una mamada. La vida está llena de sorpresas. Hace solo unas cuantas semanas la odiaba, creía que ella era parte de la desgracia en la que se convirtió mi vida el día en que mi madre se volvió a casar. Y aquí estamos ahora, en un hotel en mitad del desierto, ella con su boca en mi entrepierna y mi puño en su pelo. Sus labios son... Su boca es... Mierda, se me ha vuelto a desconectar el cerebro.

El placer me recorre la columna vertebral. Me encanta ver cómo se mueve su garganta cada vez que me engulle. Desde mi posición puedo ver su perfecto trasero en pompa y me muero de ganas de estrujarlo. Aprieto el puño envuelto en su pelo y le elevo un poco la cabeza. Me mira y enseguida me pongo en marcha. Tiro de ella hacia arriba y no tardo en deshacerme de su ropa. Cuando la tengo completamente desnuda frente a mí, soy yo quien toma el control. Beso su cuello, sus pechos, su vientre plano y hundo la boca en su

sexo. Emite un sonido ahogado que hace que casi me exploten las pelotas. Es demasiado sexi. Mientras sigo hurgando con mi lengua entre sus pliegues, estiro la mano para acariciar sus pechos. La otra mano la uno a mi lengua y cuelo un dedo en su interior.

—Julen —gime cerrando los ojos con fuerza—. Te quiero dentro de mí. —No necesita decirlo dos veces, repto por su cuerpo y me estiro para alcanzar mi pantalón, que está tirado en el suelo. Tras sacar un preservativo de la cartera, me lo pongo y vuelvo a acariciar su sexo con suavidad—. ¿A qué esperas? —pregunta ansiosa.

Suelto una risita y me acomodo entre sus piernas justo cuando uno un segundo dedo al primero y su cara se contrae de placer.

—Quiero que estés lista —susurro besando su cuello.

—¿Te parece que no lo estoy? —inquire.

Río de nuevo y niego con la cabeza. La humedad y el calor que emanan su sexo me demuestra lo lista que está. Ya ha anochecido, así que la luz de la luna que entra por la ventana es suficiente para que pueda observar su rostro justo en el momento en el que me hundo en su interior. Sus dedos acarician mis brazos y me estremezco ante cada roce. Su mirada arde de deseo cuando me retiro y vuelvo a arremeter hacia adelante, esta vez con más rapidez e ímpetu.

—¡Joder! —exclamo al notar cómo me aprieta.

Sus ojos se abren y me mira preocupada.

—¿Estás bien?

—¿Por qué estás tan apretada? ¿Estás segura de que no eres virgen? —bromeo.

Sonríe negando con la cabeza.

—Si no lo sabes tú, Mamarracho...

Correspondo a su sonrisa con un beso largo y húmedo mientras mis caderas cobran vida y empiezan a moverse con rapidez, entrando y saliendo de su interior. Maca gime en alto y tengo que obligarme a resistir el deseo de dejarme llevar. Sus dedos se aferran a mi espalda y hunde los dientes en mi hombro. Estoy a punto, pero no voy a acabar antes que ella. Me niego. Ya le jodí su primera vez siendo un bruto y un animal, esta vez va a disfrutarlo, así tenga que cortarme los huevos. Sigo acelerando mis embestidas mientras ella gime cada vez más alto, mi boca se une a la suya y entonces lo

noto, su cuerpo se estremece y su interior me aprieta como un puño húmedo y caliente. Un cosquilleo recorre mi bajo vientre y va subiendo por mi espalda hasta convertirse en un fogonazo de electricidad que me hace morderle el cuello con fuerza. Maca grita, no sé si por mi ataque animal o por la culminación de su propio orgasmo. Tras unos segundos, mi cuerpo cae exhausto sobre el suyo.

Ninguno dice nada durante un buen rato, y cuando me doy cuenta de que es posible que la esté aplastando, ruedo sobre la cama dejándome caer de espaldas y la atraigo hacia mí. Rodeo sus hombros con mi brazo y ella apoya la cabeza en mi pecho. Aún me falta el aliento y estoy sudado, aunque también eufórico y... Feliz.

—Espero que esta vez haya sido mejor para ti que la anterior —susurro tras besar su pelo.

Su cabeza se mueve y me mira a la cara sonriendo.

—Mil veces mejor —confiesa.

Una sonrisa satisfecha y socarrona se instala en mis labios sin que pueda evitarlo. Me he acostado con mi hermanastra, otra vez, y la verdad es que no siento ni una pizca de culpabilidad. Esto es lo que quiero, estar con ella así, como ahora. Podría pasar así el resto de mi vida. La profundidad de mi propio pensamiento me descoloca por completo. Y lo peor es que no me importa en absoluto. Desde que Maca llegó a mi vida, o yo a la suya más bien, todo ha cambiado. Ya no me siento tan mierda como antes. La muerte de mi hermano, las discusiones de mis padres, el abandono de mi madre, todas mis cagadas... Esa mierda ha pasado a segundo plano y todo es gracias a ella. Cuando la tengo así entre mis brazos, siento que puedo llegar a ser una mejor persona. Definitivamente no estoy dispuesto a renunciar a esto, ni ahora ni nunca.

—Fea —susurro.

Hace un rato que su respiración se ha normalizado, pero sé que está despierta.

—¿Qué?

—Me da igual lo que piensen nuestros padres. Quiero esto, yo...

—Respiro hondo y lo suelto sin más—. Te quiero a ti.

Su cabeza se alza de inmediato y una sonrisa preciosa ilumina su rostro.

—Yo también te quiero, Julen —contesta, y justo en este momento me doy cuenta de que es real, que me he enamorado de ella como un idiota.

—No voy a permitir que nadie nos separe. Que venga lo que tenga que venir, pero tú y yo seguiremos juntos. Da igual si tengo que irme contigo a Almería o si buscamos otra manera de seguir juntos después del verano.

—¿Estás seguro? Sabes lo que esto significa, ¿verdad? Cuando nuestros padres se enteren, no nos pondrán las cosas fáciles. Si tú estás dispuesto a luchar, yo también, pero quiero que ambos lo tengamos claro.

—¿Tú lo tienes claro? —Asiente de inmediato—. Yo también. No dejaremos que nadie se interponga.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro por la memoria de mi hermano. Siempre voy a luchar por ti.

—Nunca hablas de él.

—No hay mucho que decir —contesto encogiéndome de hombros. Desliza un dedo por encima del tatuaje de mi brazo acariciando el nombre de Hugo y yo suspiro—. De niños, ambos queríamos ser militares.

—¿En serio? —Me mira sorprendida y yo asiento—. En realidad, soñábamos con ser guardias civiles.

Suelta una carcajada y pellizco su cadera haciéndole cosquillas.

—No te veo como policía.

—Ya, ahora yo tampoco. Esa es una de las razones por las cuales fui a parar a Mojácar.

—Lo sé, tu padre te dio a escoger entre entrar en la escuela militar o venir aquí con nosotros. ¿Por qué elegiste esto?

Respiro hondo y vuelvo a besar su pelo.

—No quiero entrar en la Marina sin Hugo. Ese era nuestro sueño, lo íbamos a hacer juntos, pero sin él... Es como si le estuviese fallando. Además, tampoco llevo muy bien lo de recibir órdenes.

—Me hubiese gustado conocerlo —susurra.

Sonríó y la estrecho más contra mi cuerpo.

—Le habrías gustado. Seguro que él y yo acabaríamos peleando por ganarnos tu atención.

—Eres tonto —señala sonriendo.

Tras esa conversación, no volvemos a decir nada y acabamos quedándonos dormidos enseguida. A la mañana siguiente, me despierto con los primeros rayos del sol y practico mi pasatiempo favorito, observar a Maca mientras duerme. Eso hasta que despierta, entonces la arrastro a la ducha y volvemos a follar como dos jodidos animales salvajes. Ese día no salimos de la habitación más que para comprar comida y bebida. Mi idea era llevarla de paseo por la zona, solo que soy incapaz de negarme cuando ella me pide que nos quedemos en la cama. Tampoco es que me resista demasiado, solo necesita posar su boca sobre mí para tenerme comiendo de su mano como un cachorrito abandonado al que acarician por primera vez.

Como todo lo bueno se acaba, por la tarde tenemos que recoger nuestras cosas y marcharnos. Mañana por la mañana ambos tenemos que trabajar y he quedado con los demás en que volveríamos todos juntos a Mojácar para no levantar sospechas.

Al llegar a casa me resulta muy extraño no poder tocarla ni besarla cada vez que me apetece, al menos, siempre me queda colarme en su cama por la noche. Durante la cena ambos nos miramos abatidos. Es una mierda volver a disimular después del maravilloso fin de semana que hemos pasado juntos. Por suerte, nadie se da cuenta de nada, y con la excusa de que estamos cansados por la acampada conseguimos escaquearnos a nuestras habitaciones bastante pronto. Nos encontramos en el tejadillo entrada ya la madrugada y pasamos un rato fumando y charlando, después me acuesto a su lado en la cama y acabamos quedándonos dormidos.

Esa rutina se mantiene durante las siguientes semanas, Maca asiste a clases en la autoescuela por las mañanas, después trabajamos juntos en el chiringuito y por las tardes salimos con los chicos o usamos la excusa de las clases de conducción para alejarnos y acabar follando en el coche. Es muy cutre, lo sé, tampoco nos queda de otra. La regla de Maca de no enrollarnos en casa sigue vigente, así que tengo que conformarme con abrazarla

por las noches. Bueno, alguna que otra vez hay un toqueteo furtivo que ella se encarga de detener antes de que vaya a más, e incluso una vez consigo convencerla y acabo con una buena paja. Eso es lo máximo.

Tampoco me quejo tanto. Si no fuese por nuestras continuas discusiones, y que tenemos que estar disimulando en público de manera constante, todo sería perfecto. Lo de las peleas lo llevamos bastante bien. Supongo que es nuestra forma de comunicarnos. Además, con el pasar de los días, nuestros enfados duran cada vez menos. No la culpo, sé que es jodido aguantar mi carácter de mierda, aunque la verdad es que a veces es ella quien me provoca. La chica no es ninguna santa, y cuando se le calienta la boca suelta verdaderas perlititas. Por otra parte, lo de tener que disimular... Eso es algo frustrante. Me jode no poder acercarme a ella ni en casa ni en la calle. Estamos obligados a escondernos para poder darnos un simple beso, como si estuviésemos haciendo algo malo, cuando en realidad no lo es.

Por eso, en agosto, cuando mi madre y Marcos anuncian que van a pasar el día a Granada, no puedo evitar sentirme eufórico. Admito que mi relación con ellos ha mejorado mucho, y en parte es gracias a la Fea. Ella sabe tranquilizarme y hacerme ver los problemas desde otra perspectiva. Su sola presencia me calma, y cuando me toca... Entonces me convierto en plastilina, en barro sólido que puede moldear a su gusto.

Sor Macarena del perverso socorro

Maca

Me despierto sola y empapada en sudor. Como cada mañana, Julen ya se ha ido. Así es como tiene que ser. Ya van varias veces que se queda dormido y nos llevamos algún susto. Me levanto, y lo primero que hago es abrir la ventana de par en par. Agosto en la provincia de Almería es el infierno.

Escojo entre mi ropa un vestido de tirantes blanco, muy fino. Es lo mejor para este calor, ropa fresca y beber agua por litros. Dejo el libro que terminé de leer anoche en la estantería junto al resto, y me imagino que algún día podré tener una biblioteca enorme repleta de grandes obras de la literatura. Ese es uno de mis sueños. Con un poco de suerte, yo misma editaré parte de esos libros. Ya sabes, cuando acabe la carrera de literatura y una gran editorial me fiche como editora jefa o algo así. Lo dicho, solo son sueños.

Sonriendo con mi ropa sobre el antebrazo, giro la manilla de la puerta y hago una mueca al comprobar que no está cerrada con llave.

—La madre que te parió, Mamarracho —murmuro para mí. Siempre olvida cerrar la dichosa puerta. Una noche de estas alguien nos sorprenderá durmiendo juntos. Me extraña que no haya pasado aún.

Decido dejar mi cabreo a un lado y salgo de la habitación en dirección al baño. No tardo más de diez minutos en ducharme y vestirme. Me dejo el pelo suelto para que se seque al aire y bajo a desayunar. Hoy Amelia y papá van a pasar el día a Granada, también se quedarán a dormir allí. Eso significa que Julen y yo tendremos la casa para nosotros solos hasta mañana por la

mañana, ya que el enano lleva una semana en un campamento de verano y no volverá hasta dentro de un par de días.

Al entrar en la cocina me encuentro con Amelia que, como siempre, va de un lado a otro buscando Dios sabrá qué.

—Maca, ¿has visto mis llaves? —pregunta abriendo y cerrando cajones.

—La última vez que las vi estaban en el aparador de la entrada.

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche, cuando llegamos. —Se detiene enseguida y me mira—. Si no las has cogido, tienen que seguir allí. ¿Ya os marcháis?

—Sí, solo estoy esperando a que baje tu padre. A veces tarda más en arreglarse que una novia el día de su boda.

Suena el timbre y, antes de que ninguna de nosotras se mueva, escuchamos como Julen grita desde la entrada que abre él la puerta. Me sirvo un café, y en menos de un minuto llega Clara seguida de mi hermanastro.

—Buenos días —saluda. No necesito que diga nada más para darme cuenta de que algo le pasa. Le falta su alegría y desparpajo habitual.

—Clara, ¿qué haces aquí tan temprano? —le pregunta Amelia.

Julen se acerca a mí, y tras lanzarme una sonrisa nada disimulada, me quita la taza de café de la mano y empieza a bebérsela. Ni siquiera me molesto en decirle nada. Lo hace adrede para picarme, y no voy a entrar en ese juego. Me sirvo otra taza y me siento junto a mi amiga.

—Vengo a hablar con Maca.

—¿Ha pasado algo? —pregunto preocupada.

—No, solo quiero comentarte una cosa que pasó ayer.

—¿Ayer? —Amelia nos mira a los tres con gesto serio—. Seguro que pasaron muchas cosas a juzgar por la hora que llegasteis a casa.

Julen y yo nos miramos de reojo, pero no contestamos. ¿Qué fue exactamente lo que escuchó anoche Amelia? Salimos con los chicos para celebrar que por fin soy una conductora certificada, y al llegar bien entrada la madrugada tuve que pararle los pies al capullo de mi hermanastro. Bebió un par de copas de más y no dejaba de meterme mano. Montó un buen escándalo por las escaleras.

Clara se da cuenta de nuestra incomodidad y decide echarnos una mano.

—Lo siento, Amelia, fue culpa mía. Bebí demasiado e insistí en quedarme a dormir aquí con Maca, pero ella me convenció para que me marchara a casa y no preocupar a mis padres. Monté una buena. Siento haberte despertado.

Amelia nos mira a Julen y a mí frunciendo el ceño y asiente.

—Cuando sea así, quédate. Llama a tus padres a primera hora o envíales un mensaje y que lo lean al despertar. —Clara asiente y respiro aliviada al comprobar que, una vez más, hemos esquivado una bala.

Amelia sale de la cocina llamando a mi padre a gritos y pidiéndole que se dé prisa, y yo aprovecho para darle un abrazo a mi amiga.

—Gracias, me acabas de salvar la vida.

—Ya, enseguida podrás pagarme el favor —susurra.

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

—Yo también tengo algo que decirte —dice Julen.

—Oye, yo estaba primera, Mamarracho —se queja Clara.

—¿Mamarracho? Aquí la única que puede llamarme así es Macarena —señala.

Nos miramos a los ojos y ambos sonreímos.

—Vale, ¿podéis dejar de follaros con la mirada un segundo? Tengo un problema grave por aquí.

—Baja la voz —susurro mirando de reojo hacia la puerta.

—Hablo en serio, Maca. Necesito tu ayuda.

—Vale, ¿qué pasa?

Mi amiga mira a Julen y alza una ceja.

—Perdona, Cara Bonita, ¿nos dejas a solas un momento? Es un asunto de chicas.

Julen se cruza de brazos y bebe de su taza con una sonrisa petulante en los labios.

—Lo siento, ¿qué has dicho? No te he escuchado bien.

Ruedo los ojos y tiro del brazo de Clara para llamar su atención.

—Ignóralo, yo lo hago constantemente. ¿Qué pasa? Me estás preocupando.

Tras lanzarle una última mirada poco amistosa a mi hermanastro, Clara bufa y empieza a jugar con el borde de su camiseta con la cabeza gacha.

—Es que ayer... Joder, hice una estupidez de las gordas.

—¿El qué?

—Yo... Mierda, no me juzgues, ¿vale?

—Clara, habla de una vez, me estás poniendo de los nervios.

Respira hondo y alza la mirada.

—Anoche, cuando César me llevó a casa... pues... me enrollé con él. Hala, ya lo he dicho.

Miro a Julen y este se encoge de hombros sonriendo.

—¿Eso es tan grave? —inquiero.

—¡Sí! Claro que es grave. Es César, nuestro César. ¿Cómo no va a ser grave?

—A ver, ¿por qué os enrollasteis?

—Y yo que sé. Estábamos solos en el coche, fui a despedirme con un beso en la mejilla y él giro la cara.

—Y parecía tonto el chaval —murmura Julen ganándose una doble mirada asesina.

—Bueno, tampoco es para tanto. Puede que lo hiciera sin querer.

—Ya, pero después de eso yo me lancé a su cuello y le comí la boca. Eso sí que no fue sin querer.

—Esto se pone interesante —murmura Julen.

—¿Puedes estarte calladito un momento? —pregunto de mala leche. Alza ambas manos sobre su cabeza y yo resoplo antes de volver a girarme hacia mi amiga—. Clara, no es algo nuevo lo que César siente por ti. Supongo que se atrevió a dar el paso de una vez.

—¡Joder, ya lo sé! Y eso es lo peor, que no quiero hacerle daño. César es mi amigo.

—¿Eso significa que no te gusta? —Niega con la cabeza—. ¿Ni siquiera un poco?

—Bueno, un poco, pero no como pareja. Nos conocemos desde que íbamos en pañales. César es solo... César. —Entierra las manos en su rostro, abatida, y yo la reconforto acariciando su espalda—. La he cagado, pero bien. Ahora no sé cómo voy a mirarlo a la cara. ¿Qué hago?

—Si no te gusta, díselo de una vez, pero no juegues con el chaval —dice Julen llamando nuestra atención. Ha perdido la sonrisa, y en su lugar mantiene un gesto serio—. César es un tío cojonudo y no se merece que le den falsas esperanzas. Tómallo o déjalo, no lo dejes en el limbo. Así solo conseguirás hacerle daño.

—Muchas gracias, Freud, por el consejo que nadie te ha pedido —escupe mi amiga. Resopla de nuevo y se gira hacia mí—. ¿Cómo lo hago? No sé ni qué decirle.

—Llámalo y queda con él en algún lugar. Habláis tranquilos y le dices lo que sientes, que le quieres mucho, pero no como él a ti. Sé sincera, Clara. Aunque me joda estar de acuerdo con él, el Mamarracho tiene razón. César no se merece que le mientas.

—Lo sé, pero temo que si quedamos a solas pueda pensar lo que no es. ¿Y si se hace ilusiones y después le rompo el corazón?

—Tampoco es que tengas otra opción —señalo encogiéndome de hombros.

—Sí que la hay, y por eso he acudido a ti. Tus padres van a estar fuera hasta mañana, ¿verdad? —Asiento y Julen se mueve colocándose a mi lado.

—Oh, ya sé lo que viene ahora —farfulla. Me sujeta del brazo y se adelanta para encarar a Clara—. No, ni de coña.

—Es solo una pequeña reunión esta tarde. Quedamos todos aquí y así podré hablar con él en privado sin que piense que es algo exclusivo. Hablaré con él a solas, lo prometo.

Julen niega con la cabeza y se gira hacia mí cruzándose de brazos.

—Fea, dile que no. Se supone que íbamos a quedarnos solos hasta mañana. Tú, yo y toda la casa para nosotros.

—Oye, capullo, esto es algo serio, creo que puedes guardarte la polla en los pantalones unas horas más —le provoca Clara.

Antes de que él le conteste, me pongo en medio y los miro a uno y a otro.

—Ya vale. Dejad de lanzaros pullas. —Suspiro y miro a Julen—. Serán solo unas horas. Podemos ver una peli todos juntos, y cuando se vayan...

—Joder, Fea, siempre te dejas convencer —se queja.

—Te jodes. —Mi amiga levanta el dedo corazón y sonrío maliciosa.

—Vale, ya nos vamos —comenta Amelia entrando en la cocina.

Mi amiga se levanta de un salto y despliega su sonrisa frente a mi madrastra.

—Amelia, ¿os importa si esta tarde venimos a ver una película aquí?

Amelia me mira a mí y me encojo de hombros.

—¿Quiénes?

—Solo nosotros. Mi hermano, César y yo. Te prometo que no la liaremos. Solo vamos a ver una peli y charlar un rato.

—Vale, me parece bien. —Me mira a mí y acto seguido desvía la mirada hacia su hijo—. Mejor que estéis acompañados, ¿no? Tampoco me hace mucha gracia dejaros a los dos solos.

Julen y yo nos miramos sorprendidos. ¿A qué ha venido ese comentario? ¿Lo sabe? No es posible.

—Tranquila, nos portaremos bien —contesta Julen relajado.

Mi padre aparece y, tras ponerle al corriente de la reunión de esta tarde y que nos recuerde que esta noche tenemos que cubrir el turno de cenas, se marchan juntos. En cuanto nos quedamos solos, Clara me mira extrañada.

—No quiero ser pájaro de mal agüero, pero juraría que Amelia sabe lo vuestro —comenta.

Empiezo a respirar de manera agitada y asiento.

—Sí, ese comentario... ¿A qué ha venido?

Julen se pone frente a mí y sujeta mi rostro con sus manos.

—Tranquila, Fea. Solo ha sido un comentario sin importancia. No lo sabe. ¿Crees que si lo supiese no habría dicho nada antes? Mírame —hago lo que me pide sin rechistar—, no sabe nada.

—Pues lo raro es que no nos haya pillado. Esta noche volviste a dejar la puerta de mi habitación abierta. —Hace una mueca con los labios—. No pongas esa cara. Solo tienes que cerrar la dichosa puerta con llave, nada más.

—Vale, prometo que prestaré más atención. —Rodea mi cintura con los brazos y sonrío de esa forma que hace que mi cerebro se derrita—. ¿Me perdonas?

—¡Qué monos! —murmura Clara.

Nos giramos y la encontramos mirándonos con fijeza.

—¿No tienes a ningún lugar a dónde ir? —le pregunta Julen—. Busca algún otro amigo con el que liarte.

Le doy un golpe en el pecho con la mano abierta y sonrío. Desde hace un tiempo estos dos siempre están lanzándose pullitas. Se llevan bien, y hasta podría decir que se tienen mucho cariño, solo que disfrutan metiéndose el uno con el otro.

—En realidad he pensado que podríais invitarme a comer. Voy a mandarle un mensaje a los chicos contándoles el plan para esta tarde, y César me preguntará si viene a recogerme a casa, así que lo mejor es que me quede aquí. —Julen bufa y Clara amplía su sonrisa—. ¿Pedimos pizza? Sí, voy a llamar.

Se marcha de la cocina meneando el trasero como solo ella sabe hacerlo, y Julen me mira de mala leche.

—Vamos, no te pongas así. Solo es una amiga que necesita ayuda. Tú y yo podremos estar solos toda la noche.

—Esta noche trabajamos —refunfuña.

Me cuelgo de su cuello y giro la cabeza para buscar su mirada.

—Vamos, no te enfades. Cuando volvamos del trabajo estaremos completamente solos. —Al notar que he captado su atención, acerco mi boca a la suya y muerdo su labio inferior de manera seductora—. Es más, hasta es posible que pase por alto cierta regla.

Intenta besarme, así que yo me aparto enseguida y sonrío como una niña buena.

—Eres un demonio —susurra.

—Qué va. Si poco más y me hago monja —contesto en tono sarcástico—. Sor Macarena del perverso socorro me llaman.

Julen ríe a carcajadas y salimos de la cocina en busca de la loca de mi amiga antes de que la líe aún más.

Imaginaba que eras Taylor Lautner

Julen

—¿Scream 4?! ¿El puto Scream 4?! ¿Quién coño ha elegido la película?! —vocifero.

—A mí me gusta —comenta Aitor llevándose un puñado de palomitas a la boca.

Maca alza mi brazo para colocarlo sobre sus hombros y se abraza a mi cintura.

—Deja de ser gruñón. Es solo una peli de terror. ¿Te da miedo?

—Lo que me da es urticaria. Esta película es malísima, como las otras tres putas películas que la antecedieron. ¿Es que no había nada más?

—¿Qué importa? —Se acurruca más contra mi cuerpo y posa sus labios en mi cuello, provocando que la piel se me erice—. Deja de quejarte y disfruta de la peli.

Resoplo y aparto su mano de mi regazo al notar que cierta parte de mi anatomía comienza a despertar.

—Sé buena chica —susurro en su oído. Recibo una sonrisa pícaro en respuesta y niego con la cabeza. Monja dice. Esta chica es una pequeña diablesa que disfruta provocándome y torturándome a la vez—. ¿Y esos dos? —Señalo con la cabeza la puerta de la cocina.

César y Clara se fueron allí hace un rato y aún no han vuelto. Se supone que la amiga de Maca le está dando calabazas al pobre chaval. Lo siento por él. Sé que está loco por ella, pero supongo que no decidimos de quién nos enamoramos. Si fuese así, yo no estaría aquí, sentado en este sofá, viendo una película de mierda mientras intento controlar mi libido para no follarme a mi hermanastra frente a Aitor.

—Supongo que tienen mucho de lo que hablar —contesta la Fea.

—Ahora es cuando se carga a la segunda —señala Aitor sin apartar la mirada de la televisión

Bufo de nuevo al ver lo mala que es la película. Por Dios, si es que nadie puede creerse que toda esa sangre sea real.

—En serio, ¿cuántos litros de sangre tiene un cuerpo humano? Porque en esa habitación hay como mínimo diez esparcidos por las paredes.

—Es posible —comenta Aitor—. Estoy leyendo un libro de terror que trata sobre una autopsia y...

—Espera, ¿tú lees libros? —inquire Maca sonriendo.

Aitor alza el dedo corazón y hace una mueca.

—Sí, leo libros, señorita futura escritora de *best sellers*, y me gustan los libros de terror.

—Idiota, yo quiero ser editora, no escritora.

—Sí, además la Fea no lee este tipo de libros. A ella le va más el porno —bromeo.

Mi comentario me hace ganarme un golpe en el abdomen.

—Es literatura erótica, no porno —aclara.

Aitor despega los ojos de la pantalla por primera vez y mira a Maca sonriendo de oreja a oreja.

—Espera, ¿lees de esos libros guarros? ¿Te tocas mientras lo haces?

Maca le lanza un cojín a la cara y él ríe a carcajadas.

—Contrólate un poco, capullo —le advierto. La estrecho contra mi cuerpo y sonrío de nuevo—. Aquí solo la toco yo.

Maca resopla y se levanta del sofá de mala leche.

—¿Alguna vez os han dicho que sois dos putos críos inmaduros? —Ambos asentimos—. Genial, voy a ver si los tortolitos se han matado ya o se lo están montando sobre la encimera.

Se marcha y Aitor me mira de reojo.

—¿De verdad te funciona eso de los libros? Joder, te la tiene que dejar a punto para... —Antes de que termine la frase ya se ha comido otro cojín, pero esta vez lanzado por mí.

Miro hacia la puerta de la cocina y veo a Maca regresando con la cara roja como un tomate.

—¿Qué pasa? —Se sienta a mi lado y niega con la cabeza—. ¿Qué pasa, Fea?

—Nada —contesta tras carraspear. Al no recibir respuesta por su parte, decido levantarme e ir a comprobar por mí mismo qué es lo que sucede—. Julen, espera. Vuelve aquí.

Hago caso omiso a su orden y entreabro la puerta para mirar al interior de la cocina. Enseguida me doy cuenta de lo que ha hecho que Maca se ruborice de esa forma. Clara está sentada sobre la encimera con César encajado entre sus piernas y se están besando. Bueno, eso por decirlo de una manera sutil, más bien se comen el uno al otro mientras se meten mano.

—Dime que mi hermana y mi mejor amigo no se están enrollando a menos de veinte metros de mí —dice Aitor. Intento contener la risa, pero soy incapaz. Él bufa—. Joder, esto me pasa por hacer de celestina. La próxima vez me quedo calladito.

Más de media hora después, los tortolitos deciden salir de su escondite. Parecen tener mucha prisa porque se marchan enseguida. Aitor se queda hasta el final de la película y después lo acercamos a su casa de camino a La Morena.

No conseguimos salir del trabajo hasta pasada la una de la madrugada. Venimos derechos a casa y ni siquiera dejo que Maca acabe de entrar antes de abalanzarme sobre ella.

—A la mierda la regla —susurro entre beso y beso—. Me has dado vía libre, ahora no puedes echarte atrás.

—¿Quién dice que vaya a hacerlo? —Sus dedos se aferran a mi nuca y profundiza el beso dejándome sin aliento.

Intento tumbarla sobre el sofá, pero no me lo permite, me arrastra camino de la cocina y yo sonrío. Monja, mis cojones.

—¿Quieres replicar lo que hicieron esta tarde tus amigos? — Entramos en la cocina y busco su mirada, solo que ella está demasiado ocupada deshaciéndose de mi ropa—. Te puso cachonda verlos montándose en la encimera, ¿verdad?

—Hablas demasiado, Mamarracho. —Baja mis pantalones cortos junto con mi bóxer y enseguida siento su mano rodeando mi miembro como un jodido guante.

Mis manos recorren su costado por encima del vestido hasta llegar a su trasero.

—¿Ya te he dicho qué es lo que más me gusta de los vestidos?
—Niega con la cabeza ejerciendo más presión con la mano—. El fácil acceso. Solo necesito hacer un pequeño movimiento. —Subo el bajo de su vestido y cuelo mi mano en el interior de sus bragas. La noto húmeda y caliente, justo como esperaba. Paso mi dedo por su abertura y gimo—. ¿He hecho yo esto?

La travesura brilla en sus ojos.

—No, imaginaba que eras Taylor Lautner^[4].

Introduzco un dedo en su interior y esta vez la que gime es ella.

—Mentirosa —susurro contra sus labios.

Maca se retuerce bajo mi tacto buscando más fricción, aunque apenas muevo la mano.

—¿Quién tiene que imaginarse a una estrella de cine cuando tú ya eres una fantasía hecha realidad?

A mi ego le gusta escuchar eso, y vayas si le gusta a mi polla la forma en la que su interior aprieta mis dedos. Con un movimiento rápido, la alzo colocándola sobre la encimera y subo del todo su vestido hasta dejarlo a la altura de su cintura. Aparto su braga a un lado y bajo la cabeza hasta su entrepierna. Beso, lamo, chupo y juego hasta que mi cuerpo no puede soportarlo más. Mi cerebro se desconecta de nuevo dejando un solo pensamiento: necesito estar dentro de ella.

Quitar de golpe mi boca tiene como resultado una queja de decepción por su parte. No pierdo el tiempo, sujeto mi miembro y, tras instarle a rodear mi cadera con sus piernas, me hundo en su interior de una sola estocada.

—Me cuesta creer lo guapa que eres —murmuro observando su rostro mientras se contrae de puro placer.

Sus talones se clavan en mi trasero obligándome a empujar aún más hondo. La siento tan caliente, tan húmeda, como si... ¡Mierda! Ambos abrimos mucho los ojos de golpe.

—¡Joder, Julen, el condón! —Respiro hondo y asiento. Tengo que cogerlo de mi cartera, que está en el bolsillo de mi pantalón corto, que a su vez está en mis tobillos. ¡Mierda! Salgo de su interior un segundo, pero no puedo resistir la tentación de volver a entrar. Ambos gemimos en alto y lo hago de nuevo—. Julen, ¿qué estás haciendo?

—Tranquila. Yo controlo, ¿vale? No me hagas parar ahora — siseo volviendo a repetir el mismo movimiento.

Solo una vez y pararé a tiempo. Esto es demasiado bueno como para detenerlo ahora. Aunque quisiera, no creo que pudiera.

—Estás loco. No podemos... Oh, mierda —gime de nuevo cuando me clavo en su interior con más fuerza.

A partir de ese momento soy incapaz de controlarme, acelero mis embestidas mientras mi boca la avasalla. Casi no puedo respirar, aun así no dejo de besarla. Mis dedos se hunden en su trasero y arremeto una y otra vez hasta que escucho cómo grita y siento su cuerpo estremecerse. Su orgasmo encamina el mío, que no tarda ni medio segundo en recorrer mi cuerpo, y justo a tiempo, consigo detenerme y evitar una catástrofe de dimensiones estratosféricas.

Apoyo mi cabeza sobre su pecho y escucho el ritmo acelerado de su corazón mientras intentamos recuperar el aliento. Y entonces, en ese momento de perfección total... Todo se va a la mierda.

—Pero... ¡¿Qué coño?! —escuchamos la voz de Marcos y nos apartamos de golpe. Maca intenta recomponerse el vestido mientras yo peleo con mis pantalones para subirlos. Cuando al fin lo consigo, alzo la mirada y los veo allí: mi madre, Marcos y el mocoso—. No es posible —susurra negando con la cabeza.

Maca se baja de la encimera de un salto y se peina con los dedos. Por mucho que intente disimularlo, es imposible negar que acaba de ser follada. Joder, tampoco es que ellos sean imbéciles. Nos han visto. Esto es el final.

—Papá, deja que te lo explique —pide Maca.

Marcos sigue mirándonos a uno y a otro con cara de horror.

—Vosotros... En mi casa... ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué? Yo no te crié así. Estos no fueron los valores que yo te enseñé, Macarena.

Escucho a mi madre enviar al mocoso a su habitación y me fijo en que tiene un brazo escayolado.

—¿Qué le ha pasado a Mateo? —pregunto sin pensar.

Marcos me lanza una mirada asesina.

—¡Se ha roto un brazo! Tuvimos que ir a buscarlo al campamento y resulta que, al llegar a casa, encuentro a mi hija...

¡Dios! ¡¿Cómo ha pasado esto?! —Se lleva las manos a la cabeza y busca la mirada de mi madre, pero ella solo alza la barbilla y suspira en alto.

—Esto iba a pasar tarde o temprano —murmura mirándonos a Maca y a mí.

—Espera, ¿tú lo sabías? —Marcos parece alucinado. Y la verdad es que yo también lo estoy. ¿Ella lo sabía? Asiente dejándonos a todos de piedra—. Hace un par de semanas entré en la habitación de Maca por la mañana y los vi durmiendo juntos.

—¡¿Por qué no me lo dijiste?! —le reclama.

—Porque sabía que te pondrías así.

—¡¿Así?! ¡¿Cómo quieres que me ponga, Amelia?! ¡Tu hijo se estaba follando a mi hija sobre nuestra puta encimera!

Maca cierra los ojos con fuerza y veo como una lágrima recorre su mejilla. Jamás había visto a Marcos tan cabreado. Él siempre es amable y paciente. No conocía esta faceta suya, y menos con mi madre.

—¡No le hables así a mi madre! —exclamo apretando los puños a cada lado de mi cuerpo.

—¡Tú te callas! —grita señalándome con el dedo—. ¡Te abrí las puertas de mi casa, dejé que formarás parte de esta familia, y tú...!

—¡¿Dejaste que formara parte de esta familia?! —Mi madre se coloca frente a mí encarando a su marido—. ¡Es mi hijo, Marcos! ¡Él es parte de esta familia tanto como yo!

—¡Pues ya ves lo que hace tu querido hijo! ¡Desde que ha llegado solo ha traído problemas, joder!

—¡Claro, porque tu hija no tiene nada que ver con esto, ¿verdad?! ¡Juraría que acabo de verla gritar mientras mi hijo se la follaba!

—¡Ya vale! —vocifera Maca.

Todos la miramos y ella se seca las mejillas con el dorso de la mano.

—Papá, esto no es culpa de Julen, ¿vale? En realidad, no es culpa de nadie. Solo pasó y... —Respira hondo y sujeta mi mano. Entrelaza sus dedos con los míos y alza la barbilla de manera desafiante—. Le quiero, y él a mí.

Durante varios segundos nadie dice nada, y entonces Marcos nos sorprende a todos echándose a reír.

—Esto es una broma, ¿verdad? ¡Tiene que ser una puta broma!
—Ambos negamos con la cabeza.

Me aferro su mano con fuerza al sentir cómo tiembla y yo también alzo la barbilla.

—Es muy en serio, Marcos. Sé que no es fácil de entender, pero nos queremos.

—¿Os queréis? —Vuelve a soltar una carcajada—. ¡Tú eres un crío inmaduro que va por ahí estrellando coches drogado y borracho y desfigurando niñas!

—¡Marcos! —exclama mi madre, pero su marido está tan furioso que nadie puede pararlo.

—¡Y tú...! —Señala a Maca con el dedo y sus ojos se llenan de lágrimas—. Tú solo eres una niñata malcriada y desagradecida. Una tonta. ¿Crees que él te quiere? Los tipos como Julen no se quedan con las chicas, solo las usan. Consiguen lo que quieren y después pasan a la siguiente. ¿Cómo has podido ser tan ingenua? Te creía mucho más inteligente. ¡Dios! —Se lleva las manos a la cabeza y tira de su pelo en todas direcciones—. Jamás pensé que me sentiría tan decepcionado. Me avergüenzo de ti, y eso...

—Papá... —Maca da un paso en su dirección llorando desconsolada y él retrocede.

—¡No me toques! Ahora no puedo ni mirarte. —Resopla y golpea la pared con el puño—. ¡Joder!

—¡Ya basta, Marcos! —brama mi madre.

Él la mira con furia contenida y se marcha corriendo. Un par de segundos después, escuchamos que la puerta principal se cierra con un estruendo y Maca se derrumba. Empieza a sollozar con fuerza y la atraigo hacia mi pecho para abrazarla.

Puedo verte como eres de verdad

Maca

Me odia. Mi padre me odia. Todas esas cosas que dijo y la forma en la que me miró... Ha pasado justo lo que más temía, y aunque sé que era algo inevitable, duele como el demonio. Jamás imaginé que lo pasaría tan mal.

—Tranquila, Fea —susurra Julen acariciando mi espalda. Hace un buen rato que subí a mi habitación y desde entonces no se ha separado de mi lado—. Está cabreado, pero se le pasará. Solo tiene que acostumbrarse.

Sorbo por la nariz e intento secar mis mejillas, solo que las lágrimas no dejan de caer mojándolas de nuevo.

—No me lo va a perdonar —farfulto.

—Maca, ¿estás bien? —Amelia entra en mi habitación y se nos queda mirando a una distancia prudencial.

Intento serenarme y alzo la cabeza en su dirección.

—¿Ha vuelto? —Niega con la cabeza—. Lo siento, Amelia. Yo no quería que todo esto pasara.

Bufa con fuerza y se acerca, con un gesto de su mano hace que Julen se aparte y se sienta a mi lado en el borde de la cama.

—Cielo, no llores. Estabais jugando con una bomba y tarde o temprano iba a explotar. Ahora tienes que ser fuerte, alzar la barbilla como solo tú sabes hacerlo y asumir las consecuencias de tus actos.

—Hablas como si hubiésemos cometido algún delito, y en realidad no hacemos nada malo —masculla Julen.

—Si no hacéis nada malo, ¿por qué os ocultabais?

Julen frunce el ceño y aprieta ambos puños a cada lado de su cuerpo.

—Para que no pasara esto. Además, si crees que es algo tan malo, ¿por qué te quedaste callada? Lo sabes desde hace semanas y no dijiste nada.

Amelia inspira hondo y se encoge de hombros.

—Supongo que yo también temía que llegara este momento. Ahora lo que tenemos que pensar es qué vais a hacer. Si de verdad os queréis...

—Lo hacemos —escupe Julen de inmediato. Se acerca de nuevo a mí y coloca su mano abierta sobre mi nuca—. La quiero, y no voy a permitir que nadie se interponga entre nosotros. Me da igual si eres tú, su padre o el mismísimo Papa.

Amelia sonrío un poco y asiente.

—En ese caso tenéis todo mi apoyo.

—¿Y Marcos?

—Marcos tendrá que entenderlo por su propio bien. Con esto no estoy diciendo que lo que hicisteis esté bien. Podrías haber sido mucho más... cautelosos. Ya sé que sois jóvenes y... Bueno, da igual. El caso es que las cosas se van a complicar bastante, pero si realmente estáis enamorados, lo superaréis.

—¿Tú y mi padre también? —inquiero mirándola a los ojos.

Amelia vuelve a encogerse de hombros.

—Maca, ya conoces a tu padre, es un cabezota, y si algo se le mete entre ceja y ceja... Además, entiéndelo, se siente traicionado por su propia hija.

—Y cree que no soy digno de ella —añade Julen en tono abatido.

Amelia se levanta y sostiene el rostro de su hijo entre sus manos.

—Escúchame bien, Julen. Marcos casi no te conoce, y esto lo complica todo, pero te aseguro que es un buen hombre y acabará entendiéndolo. Solo necesita tiempo, eso y mucha suerte, porque si sigue cabreándose como lo ha hecho hoy, yo misma acabaré cargándomelo.

Julen sonrío y sujeta la mano de su madre.

—Gracias, mamá —susurra.

Los ojos de Amelia se humedecen de emoción y asiente de nuevo.

—Quiero a Maca como si fuese mi propia sangre. Te juro que, si le haces daño, te las tendrás que ver conmigo.

Julen me mira y sonrío.

—Jamás. Antes me corto un brazo que hacerle derramar una lágrima —susurra sin apartar su mirada de la mía.

—Venga, dejad de lamentaros y dormid un rato. Marcos no tardará en llegar. —Se gira para salir de la habitación, aunque antes de llegar a la puerta vuelve a mirarnos—. Cuando os digo que durmáis, me refiero a cada uno en su habitación. No empeoremos más las cosas de lo que ya están.

Asiento y Amelia se va dejándonos solos. Julen vuelve a sentarse a mi lado y me abraza de nuevo. Apoyo la cabeza en su pecho y dejo que su cuerpo cálido y duro me reconforte. Él es mi medicina, mi mejor bálsamo, y mientras siga a mi lado podré con cualquier cosa por muy dolorosa que sea.

—Haz caso a mi madre y descansa un rato, Fea. Mañana hablaremos con Marcos y ya verás como todo acaba resolviéndose.

—Yo no estoy tan segura de eso —murmuro.

Julen se gira para mirarme a la cara y clava sus ojos en los míos.

—¿Has cambiado de idea? Aquel día en Almería prometimos luchar por lo nuestro, pero si ya no estás segura, necesito que me lo digas. Tengo que saber si voy a estar solo en esto o cuento contigo.

—Cuentas conmigo —respondo sin siquiera tener que pensarlo. Sujeto su cara y pego mi frente a la suya—. Si tú luchas, yo lucho. Ahora y siempre.

Suelta una gran bocanada de aire y tira de mí para abrazarme de nuevo.

—En ese caso no hay nada que temer. Seguiremos juntos así tengamos que irnos al fin del mundo.

Sonrío por su promesa y me acomodo sobre su pecho. La puerta de mi habitación está abierta de par en par, solo que ya no me importa. Ahora ya no hay nada que ocultar.

Ni siquiera recuerdo haberme quedado dormida cuando algo me despierta, o más bien alguien. Abro mucho los ojos al ver a mi padre observándonos desde los pies de la cama.

—Papá —susurro incorporándome. Julen despierta también y aparta la mano que reposaba sobre mi muslo—. ¿Estás bien?

Mi padre mira a Julen frunciendo el ceño.

—Vete de aquí —ordena.

—Marcos, no estaba haciendo nada malo. Solo...

—He dicho que te largues de una vez —insiste.

Julen está a punto de contestarle, pero yo lo detengo poniendo una mano sobre su hombro.

—Está bien. —Se levanta y me lanza una última mirada—. Estaré en mi habitación si me necesitas.

En cuanto las palabras salen de su boca, noto que mi padre se tensa aún más. Aprieta la mandíbula con tanta fuerza que puedo escuchar el rechinar de sus dientes.

—No es de mí de quien tiene que protegerse —farfulla cuando Julen está saliendo de la habitación. Por suerte, este no se gira ni contesta.

—Papá, ven aquí —susurro colocando la palma de mi mano sobre el colchón. Él niega con la cabeza de manera contundente—. ¿Vas a odiarme siempre?

—No te odio, hija. —Resopla hundiendo los dedos en su barba y me mira con la expresión de un hombre derrotado y exhausto—. Sinceramente, ya no sé quién eres, y eso me asusta porque, de alguna manera, siento que te he perdido.

Me levanto de un salto y soy yo quien va hacia él; al intentar tocarlo, se aparta alzando las manos entre nosotros. Su actitud duele. Ni siquiera permite que lo toque. Eso es... lo más hiriente que me han hecho nunca.

—Sigo siendo yo, papá —susurro con la voz tomada por el llanto.

—Yo no estoy tan seguro. Has cambiado, Macarena. Lo que he visto hoy... —Bufa frotándose el rostro con las manos—. No quiero ni recordarlo.

—Entiendo que es algo que jamás querrías ver. Créeme, yo preferiría que hubiese sido cualquier otra persona la que entrara en la cocina en ese momento, pero ahora ya no hay forma de cambiarlo y volver atrás.

Mi padre me mira con lágrimas en los ojos.

—Solo eres una niña.

—No, papá. Hace mucho que dejé de serlo, y sé que para ti es difícil de asumir, pero de verdad necesito que lo superes. No podré soportar que me vuelvas a mirar de la misma forma que lo hiciste antes, con tanta decepción y desprecio.

—Yo... Lo siento. No quería decirte todas esas cosas. Estaba cabreado y... —Bufa de nuevo frotándose los ojos para borrar el rastro de humedad—. Sabes que te quiero más que a nada. Tu hermano y tú sois lo mejor que me ha pasado en la vida, y te juro que jamás podría odiarte —suspiro aliviada y doy un paso en su dirección, y vuelve a alzar los brazos—, pero no puedo ver como ese chico te rompe el corazón. Simplemente no puedo. Te hará daño. Él es así, destroza todo lo que toca.

—Papá, ¿qué estás diciendo? —pregunto sorprendida—. Es Julen, el hijo de Amelia. Es parte de la familia y...

—¡No lo es! —grita sobresaltándome—. Ese chico es veneno. ¿Te contó lo que hizo para que su padre lo echara de casa?

Me limpio las mejillas de un manotazo y asiento. No voy a dejar que siga hablando así de Julen. Por muy padre mío que sea, no se lo pienso permitir.

—Sí, me lo dijo y me da igual. Julen está cambiando. Ya ha cambiado, y sé que te has dado cuenta de ello.

—No, Macarena. ¡Estás ciega, joder! Yo no digo que sea malo. Tal vez ni siquiera lo haga a propósito, pero todos los que están a su alrededor acaban mal. Mira solo la forma en la que trata a su madre, y a ti también. Le he visto ofenderte e insultarte en innumerables ocasiones. No puedes pedirme que permita algo así en mi propia casa. ¡No, joder!

—No estás siendo justo —señalo—. Tú me enseñaste a no juzgar a las personas por sus errores. ¿Todo era mentira? ¿Por qué no puedes darle una oportunidad?

—¡Ya se la he dado y la usó para pervertir a mi hija bajo mi propio techo! —brama.

Niego con la cabeza, y esta vez soy yo la que retrocede.

—Soy yo la que no te reconoce. Supongo que la persona comprensiva que creí que eras solo se trataba de una forma de idealizarte, pero ahora puedo verte como eres de verdad.

—Joder, ese chico te ha lavado el cerebro. ¡¿No lo ves?! ¡Te está poniendo en mi contra!

—¡No! ¡Eres tú quien me pone en tu contra!

Papá se echa hacia atrás al escucharme gritar. Jamás le había hablado de ese modo y supongo que debería sentirme mal por hacerlo ahora, pero no es así. Estoy haciendo justo lo que él me enseñó desde que era una niña, luchar por mis convicciones y no permitir que una injusticia sea llevada a cabo.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Amelia asomando la cabeza en el interior de la habitación.

Sorbo por la nariz y alzo la barbilla lo más que puedo enderezando la espalda.

—Nada, mi padre ya se iba —contesto.

Papá me mira y niega con la cabeza como si acabara de verme por primera vez en la vida. Tras maldecir, se marcha a toda prisa tropezando con Amelia, que lo mira espantada.

—Maca, no sé si esta es la mejor forma de afrontar este problema —susurra.

—Me dijiste que asumiera las consecuencias de mis actos y eso hago, pero no puedo quedarme callada cuando creo que algo no está bien. Si mi padre quiere hacer daño a Julen, tendrá que pasar por encima de mí.

Amelia suspira y asiente con la cabeza.

—Espero que entre pronto en razón, porque en esta guerra va a tener dos duras contrincantes —murmura antes de marcharse tras él.

No consigo pegar ojo el resto de la noche, no sé si por la decepción que aprieta mi pecho o porque echo de menos a Julen en mi cama. Tal vez por ambas, sin embargo, no vuelvo a llorar. Me paso las horas dándole vueltas, y me doy cuenta de que si quiero mantenerme firme, no me sirven de nada los llantos ni los lamentos. Tengo que lograr que papá vea a Julen como yo lo veo, y si no lo consigo... No quiero ni pensarlo, porque si no entra en razón supongo que tendré que pasar por encima de él.

En el momento en el que entro en la cocina para desayunar, me doy cuenta de que ya nada nunca más volverá a ser como antes. Ya no se escuchan risas, mi padre no besa a Amelia delante de todos,

ni siquiera la mira. De pie, en una esquina, bebe de su taza de café en silencio. Incluso Mateo está callado y parece triste.

—Buenos días —susurro sentándome a su lado. Señalo su brazo escayolado e intento forzar una sonrisa—. ¿Qué te has hecho ahí, enano?

—Me caí del tobogán —contesta encogiéndose de hombros.

—¿Nadie te enseñó que hay que deslizarse por él en vez de saltar desde arriba?

—Me tropecé —aclara.

Sujeto su mano algo hinchada y hago una mueca con los labios.

—¿Te duele mucho?

—Ahora ya no. Me dolió ayer cuando llegamos al hospital.

—Pues cuando tus amigos te vean, van a flipar. Todos te pedirán que les dejes firmarla.

—¿En serio? —pregunta sonriendo.

Para animarlo, decido sacar un bolígrafo de mi bolso y dejar mi firma en la escayola.

—Ahí tienes.

—Guarda esa escayola, Mateo —dice Amelia acariciando su mejilla—. Algún día tu hermana trabajará en una editorial y será famosa, entonces esa firma valdrá millones.

El pequeño vuelve a sonreír y su mirada se ilumina cuando ve entrar a Julen en la cocina.

—¡Julen, mira mi escayola! —Le muestra el brazo y este revuelve su pelo de manera cariñosa.

—¡Qué chula! Ahora vas a poder fardar de malote con tus colegas.

—¿Me la firmas?

—Claro. —Le tiendo el boli, y cuando nuestras miradas se encuentran una de sus comisuras se alza—. Buenos días, Fea —susurra.

Escuchamos el resoplido de mi padre y ambos desviamos la mirada enseguida. Julen empieza a escribir en la escayola bajo la atenta e ilusionada mirada de Mateo, y cuando termina, espera a que el crio lo lea en alto.

—Para el mocososo más guay de todos los mocosos del universo, de tu hermano favorito, Julen.

—No eres mi hermano favorito —señala Mateo frunciendo el ceño.

—Pero soy el más molón —replica Julen sonriendo de medio lado.

—Cuando sea mayor, quiero molar tanto como tú.

—Dios nos libre —murmura mi padre, creo que para sí mismo, enseguida tres pares de ojos se dirigen a él.

Amelia inspira con fuerza por la nariz e intenta forzar una sonrisa, solo le sale una mueca.

—Maca, voy a llevar a Mateo al campamento. Hablé con la monitora y quedamos en que pasará unas horas al día allí, pero vendrá a dormir a casa. ¿Puedes recogerlo tú después?

—Claro, tengo turno de comidas en el chiringuito, pero cuando termine lo recojo.

—Yo también puedo hacerlo sin problema —se ofrece Julen.

Amelia sonrío a su hijo, solo que antes de que pueda decir nada más, es papá quien responde.

—Mejor no —farfulla. Deja la taza vacía en el fregadero y se gira con el ceño fruncido. Julen lo mira con atención y este se encoge de hombros—. No queremos que ocurra algún accidente, ¿no? Teniendo en cuenta tu historial con los coches, será mejor no arriesgarse. Eso por no hablar de dejar a un niño pequeño a tu cargo, todos sabemos cómo acabó tu hermano Hugo.

Julen se echa hacia atrás como si acabaran de darle una bofetada y Amelia suelta un jadeo ahogado. Yo no soy capaz ni de moverme. ¿De verdad acaba de decir eso?

—Tranquilo, Marcos —sisea Julen apretando los puños—. Si te quedas más tranquilo, no me acercaré a tu hijo.

—Podrías tomarte la molestia de hacer lo mismo con mi hija.

—¡Marcos! —exclama Amelia.

Está furiosa, sus manos tiemblan de pura rabia y sé que mi padre es el único responsable de ello. Se ha pasado mucho.

—Lo siento, en eso no puedo ayudarte —contesta Julen antes de dar media vuelta y salir de casa a toda prisa.

Miro a mi padre y sacudo la cabeza de un lado a otro, decepcionada y herida. ¿Por qué actúa de esta forma?

—Amelia, ya llevo yo al enano al campamento —murmuro.

—Te lo agradezco, cariño —susurra.

Sujeto a Mateo de su mano buena y lo saco de la cocina antes de que empiece la batalla; aún no hemos llegado a la puerta de salida cuando escuchamos los gritos. Suenan cristales rompiéndose y el niño se encoge mirando hacia el interior de la casa con cara de susto.

—Se pelean porque papá no quiere que tú y Julen seáis novios, ¿verdad?

Su pregunta me deja en blanco. Se escuchan más cristales haciéndose añicos y a Amelia vociferar.

—¡¿Cómo te atreves?! ¡Es mi hijo, joder! ¡¿Te das cuenta de lo que has dicho?!

Tiro de la mano de Mateo y le sonrío lo mejor que puedo.

—Tranquilo, ya se les pasará. Ya sabes que a veces discuten, pero enseguida se les pasa.

—Nunca discuten así —señala con un hilo de voz.

Suspiro mordiéndome el labio inferior preocupada. Es cierto que nunca se gritan de este modo, y en parte me siento culpable porque sé que esta situación la hemos provocado Julen y yo.

—Vamos, tus amigos estarán esperando a que llegues para firmarte la escayola —comento saliendo de casa y cerrando la puerta a mi espalda.

Los he matado a los dos

Julen

—¿Estás lista? —pregunto entrando en la habitación de Maca.

No necesito abrir la puerta, ya que desde hace un par de semanas en esta casa existe una nueva regla que Marcos se encarga de que cumplamos a rajatabla: ni la puerta de la habitación de Maca ni la mía permanecerán cerradas en ningún momento. Esa es su forma de controlar que yo no pervierta a su hijita. Está loco. La convivencia en esta casa cada día es más inaguantable. Mi madre y él casi ni se miran, Maca y yo intentamos pasar todo el tiempo posible fuera, en el trabajo intentamos no hablarnos ni mirarnos durante más de un par de segundos no vaya ser que su padre nos vea y empiece una nueva discusión. Por mi parte, sigo los consejos de mi madre e intento mantener la calma. No entro en las provocaciones de Marcos y me limito a hablar con él lo justo y necesario. Por suerte, Mateo pasa gran parte del día en el campamento y no tiene que aguantar esta mierda.

—Estoy casi —contesta mientras mete su móvil y las llaves en su bolso.

Obviamente, Marcos no tarda ni diez segundos en hacer acto de presencia. A veces pienso que nos vigila con cámaras y micros que están repartidos por la casa, ya que al mínimo movimiento aparece.

—¿Qué haces tú aquí? —inquire de mala leche.

Bufo y me guardo las ganas de decirle cuatro cosas.

—Ya nos vamos, papá —contesta Maca.

—¿Dónde? ¿Por qué no me has dicho nada?

Esta vez es ella quien resopla.

—Vamos a salir a tomar algo con Clara y los demás. No volveremos tarde.

—No.

Ambos lo miramos sorprendidos.

—¿Cómo qué no? —pregunta ella.

—Pues como lo has escuchado. No vas a ningún lado con él.

Maca vuelve a resoplar y se peina hacia atrás con los dedos. Se está conteniendo, puedo notarlo.

—Papá, no soy una niña pequeña. Voy a salir con unos amigos, nada más. No puedes encerrarme en casa.

—Sí que puedo. Ya te he dicho que no vas a ningún lado — repite. Me mira frunciendo el ceño y se cruza de brazos—. ¿Tú qué haces aquí aún? Vete a tu habitación o adonde te dé la gana, pero no te quiero rondando a mi hija, ¿entendido?

—¡Papá! Soy mayor de edad. No puedes retenerme aquí en contra de mi voluntad. ¿Qué es esto, Guantánamo?

—Es lo que a mí me dé la gana que sea. Y por muy mayor de edad que seas, esta sigue siendo mi casa, y aquí se hace lo que yo digo.

Hijo de puta. ¿Por qué la trata así? Estoy a punto de saltarle cuando llega a mi madre. Ahora sí se va a liar, otra vez. Esto es un puto infierno.

—¿Qué pasa? —pregunta nada más entrar en la habitación.

—Tú no te metas —escupe Marcos.

Ella lo mira desafiante y alza una ceja en su dirección.

—Yo me meto en lo que me apetezca —sisea. Inspira hondo y mira a Maca—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Vais a salir?

—Esa era la idea, pero mi padre quiere encerrarme en una mazmorra y tirar la jodida llave.

—¿Qué? ¿A qué viene esto?

—Esta es mi casa y son mis reglas —farfulla Marcos.

—Que yo recuerde también es mi casa. Chicos, marchaos y pasadlo bien.

—¡He dicho que no! —brama Marcos—. Con tu hijo haz lo que quieras, pero mi hija no va a salir de casa esta noche.

—¿Tu hija? —susurra Amelia frunciendo el ceño—. ¿Cuándo ha dejado de ser mía? Te recuerdo que yo la crié y siempre la he tratado como hija mía.

—Tal vez ese sea el problema —escupe Marcos desviando la mirada.

—Si intentas ofenderme, ya puedes dejarlo. Macarena es una chica responsable y muy educada, y en parte es gracias a mí. Me importa una mierda lo que digas.

—Sí, ya veo qué bien te salió con el otro —farfulla señalándome con el dedo.

—¡A la mierda, nosotros nos vamos! —exclamo perdiendo los nervios. Tiro de la mano de Maca y la arrastro hacia la salida, Marcos se interpone en mi camino—. ¡Apártate! —le advierto.

—Mi hija no va a salir de aquí.

—Papá, déjalo de una vez, por favor —pide Maca.

—¡He dicho que no! ¡Es mi casa y son mis reglas, joder!

—¡Pues quédate en tu mierda de casa con tus putas reglas! —vocifera ella. Todos la miramos sorprendidos, incluido su padre—. ¡Estoy harta de tu mierda de actitud! ¡No puedes seguir controlando cada paso que doy, papá! ¡Me estás asfixiando!

—¿Desde cuándo me hablas en ese tono? ¿No te das cuenta de lo que te está haciendo él?

—¡No! Aquí el problema eres tú, no Julen. Eres tú quien me está obligando a escoger entre mi padre y el chico al que quiero. Y si es eso lo que buscas, adelante. Me quedo con él. Esta es tu casa, muy bien, pues tranquilo, en un par de semanas te la quedarás toda para ti.

—Ese es el único consuelo que me queda, te marcharás a la universidad y por fin podré alejarte de... —me mira con desprecio y resopla por la nariz—, este.

Maca nos sorprende a todos soltando una carcajada.

—¿De verdad crees que va a quedarse aquí? —Sujeta mi mano con fuerza y se pega a mi costado—. Julen se viene conmigo a Almería. Dejaremos de estar en tu casa y de seguir tus malditas reglas.

—Fea, ya vale —susurro tirando de su mano.

—¡No! Con mi padre nunca es suficiente. Me he callado durante dos jodidas semanas, he aguantado su control, sus preguntas constantes, sus malas palabras, que siempre me esté vigilando y

dándome órdenes, pero hasta aquí. —Inspira hondo y se gira hacia su padre—. Ahora nos vamos.

—Si sales de esta casa, puede que cuando vuelvas ya no seas bien recibida.

Maca se encoge de hombros y traga saliva con dificultad.

—Hace ya tiempo que no me siento bien recibida, papá. Adelante, ponle un candado a la puerta o cambia la cerradura si quieres. Eso no va a cambiar nada. En algún momento te darás cuenta de lo que estás haciendo y te arrepentirás, y entonces puede ser demasiado tarde.

—Chicos, marchaos de una vez —dice mi madre—. Mientras esta siga siendo mi casa, aquí nadie va a cambiar cerraduras.

—¡Deja de apoyar esta locura, joder! —brama Marcos—. ¡¿No ves lo que estás haciendo?! ¡Vas a conseguir que mi hija me odie!

—¡Eso ya lo estás haciendo de maravilla tú solito!

Maca y yo nos miramos y ella niega con la cabeza. Creo que esta noche no vamos a ningún lado. Hay una nueva batalla abierta y no vamos a dejar que mi madre la pelee sola.

—¡¿A ti qué te pasa, Amelia?! ¡¿No puedes ver más allá de tu hijo?! ¡La va a destrozar!

Aprieto los puños y agacho la mirada. Cada vez que Marcos dice algo así, no puedo evitar que una parte de mí le dé la razón. Quiero a Maca con todo mi ser, como nunca he querido a nadie, pero si yo no hubiese aparecido en su vida, ahora no tendría estos problemas. Como Marcos siempre se encarga de recordarme, soy veneno, y todo lo que toco lo destrozo.

—¡¿Qué me pasa a mí?! ¡No te reconozco! ¡Yo me casé con un hombre bueno y comprensivo! ¡¿Dónde está ahora?! ¡No lo veo por ningún lado!

—¡Ese es tu problema! Estás tan ciega como Macarena. Entiendo que él es tu hijo y...

—¡No entiendes una mierda! ¡¿Crees que a mí me gusta esto?! No, Marcos, yo hubiese preferido que todo fuese distinto, ¡pero aquí estamos y esto es lo que hay!

Por detrás de Marcos veo a Mateo de pie, mirando con cara asustada cómo sus padres se gritan a la cara, así que consigo hacerme un hueco para salir, y me acerco al crío.

—Mocoso, vete a ver la tele un rato, ¿quieres? Estamos hablando de cosas de mayores.

—No quiero. Siempre se están peleando. Papá y mamá, papá y Maca... Quiero que se acabe esto de una vez.

Resoplo y estiro la mano para revolver su pelo, él se aparta y me mira frunciendo el ceño. A mi espalda, Amelia sigue gritándole a su marido.

—¡No solo protejo a mi hijo, también a mi hija! ¡Te protejo a ti! ¡¿Crees que puedes controlarla?! No, cariño, lo único que vas a conseguir es perderla. Vamos a perderlos a los dos, pero si eso pasa, te quedarás solo, Marcos. Yo no estoy dispuesta a renunciar a mi familia por un necio que es incapaz de ver más allá de sus narices.

Me agacho frente al pequeño y busco su mirada.

—Oye, tranquilo. ¿Quieres que baje contigo y jugamos una partida a la videoconsola? —Niega con la cabeza.

—No, quiero que te marches —dice sorprendiéndome.

—¡¿Qué demonios quieres decir con eso?! —le pregunta Marcos a mi madre—. ¡¿Me estás amenazando con dejarme?!

Intento ignorar a los dos supuestos adultos que se pelean como animales salvajes y dirijo mi atención al pequeño.

—¿Dónde quieres que vaya?

—No lo sé. Me da igual —dice alterado y empezando a llorar—. ¡Vete con tu padre! ¡Todo esto es culpa tuya! Desde que llegaste todos se pelean y... —Empieza a sollozar con fuerza. Yo trago saliva intentando contener las lágrimas y hago un nuevo intento de tocarlo, sin embargo, me empuja con el rostro contraído de rabia—. ¡Vete! ¡Ya no quiero que seas mi hermano!

—Mateo, ¿qué pasa? —pregunta mi madre.

El crío sale corriendo y yo lo sigo. Jamás me había dolido tanto algo como las palabras que me acaba de decir. ¿Eso es lo que piensa de mí? ¿Tan mala persona soy? Le estoy jodiendo la vida a este pobre niño. Lo alcanzo al final del pasillo, justo antes de que baje las escaleras, y lo sujeto por los hombros para que me mire.

—Mocoso, lo siento mucho. Yo no quería que nada de esto pasara. Te prometo que...

—¡Suéltame! —grita empujándome de nuevo. Se gira y justo cuando está bajando el primer escalón, tropieza. Me estiro para intentar cogerlo, pero no llego a tiempo y rueda por escaleras.

Su cuerpo aterriza en el piso inferior sin que yo pueda mover un solo músculo.

—¡Mateo!

—¡Enano!

Todos gritan, mamá llora y Marcos intenta levantarlo del suelo. Yo sigo sin poder moverme. En mi cabeza todo se repite. Mateo, Hugo, Mateo, Hugo... Ambos hermanos míos, y yo los he matado.

Me dejo caer al suelo y cubro mi cabeza con los brazos. Intento aislar los sonidos, los gritos, el llanto. Apenas soy capaz de coger aire. Me duele el pecho, siento como si un elefante se hubiese sentado sobre mí comprimiendo mi caja torácica y mis pulmones.

—¡Julen! ¡Julen! —Alguien me zarandea—. ¡Julen, joder, reacciona! —Tiran de mis brazos y alzan mi cabeza, pero me niego a abrir los ojos. Esto es una pesadilla, tiene que serlo—. Julen, cariño mírame. —Siento sus manos sobre mi rostro. Podría reconocer su tacto entre millones—. Julen, abre los ojos, te necesito aquí.

Cojo una gran bocanada de aire y gimo de dolor. Mi pecho sigue comprimido. Al fin abro los ojos y la veo, con las mejillas bañadas en lágrimas y los ojos rojos.

—Lo siento —susurro con un hilo de voz. Me doy cuenta de que yo también estoy llorando y casi no puedo ni hablar—. Yo no quería. Intenté cogerlo, pero...

—Lo sé, tranquilo —murmura abrazándome—. No es culpa tuya. Ha sido un accidente.

Niego con la cabeza.

—Es mi culpa. Primero... Primero fue Hugo y aho... ahora... Mateo. Los he matado a los dos.

—¿Qué? —Maca sujeta mi cara con sus manos y clava sus ojos en los míos—. Mateo no está muerto. Míralo. Se va a poner bien. Ha sido un golpe fuerte y perdió la consciencia durante un rato, pero se pondrá bien.

Miro de inmediato hacia abajo y veo a Marcos con el chico en brazos. Está despierto. De pronto el peso de mi pecho desaparece.

Empiezo a hiperventilar durante un segundo hasta que consigo recuperar el aliento.

—Está vivo —susurro para mí sin poder llegar a creérmelo.

—Sí, acaban de llevarlo al hospital.

Frunzo el ceño y vuelvo a mirar hacia abajo. Ya no están. Sacudo la cabeza de un lado a otro al darme cuenta de que no soy consciente del tiempo que pasa en realidad. Es como si todo hubiese sucedido en un segundo, pero... Miro a Maca y ella alza una comisura.

—¿Se va a poner bien? —pregunto.

—Sí. Ven, te prepararé una tila o algo. —Dejo que tire de mí para levantarme y rodeo sus hombros con mi brazo. Bajamos las escaleras abrazados y no puedo evitar sujetarla con fuerza por miedo a que caiga. Llegamos a la cocina y Maca me deja sentado frente a la mesa—. ¿Qué quieres?

—Un cigarrillo —contesto de inmediato.

—Buena idea. Voy arriba a por un par.

Desaparece y enseguida vuelve, enciende un cigarro y, tras darle una calada, lo coloca entre mis labios.

—Creí que lo había matado —murmuro hincando los codos en la mesa y escondiendo a cara entre mis manos—. He pasado un miedo de cojones.

—Tranquilo, todo va a estar bien. —Me aparta las manos y se sienta sobre mi regazo abrazándome con fuerza.

Dejo que mi frente repose sobre el centro de su pecho y suspiro aliviado. Espero que el crio esté bien. Dios, si ya me odiaba antes, ahora no podrá ni mirarme a la cara. ¿Qué le estoy haciendo?

Pasan varias horas hasta que regresan, y cuando lo hacen, Maca y yo seguimos en la misma posición. Nos levantamos a toda prisa al escuchar la puerta principal y salimos de la cocina.

—¿Cómo está el enano? —pregunta Maca.

Marcos lo trae en brazos medio adormilado.

—Bien, solo asustado —contesta mi madre—. Se ha dado un buen golpe en la cabeza, así que tendremos que vigilarlo para que no se duerma, pero está bien.

Seco el sudor de mis manos contra el pantalón y doy un paso adelante.

—Lo siento mucho —susurro—. Intenté evitar que se cayera, pero...

—Hijo, nadie te culpa —contesta Amelia—. Ha sido un accidente. Mañana estará como nuevo, no te preocupes.

Asiento y dejo que se marchen hacia el piso superior. Me dejo caer en el sofá y suspiro. Maca se queda a mi lado, y al cabo de un rato decide ir a ver cómo está el pequeño, así que me quedo solo.

No sé cuánto tiempo paso aquí, sentado, sin hacer ni pensar nada. Cuando miro el reloj compruebo que son cerca de las cuatro de la madrugada.

—Deberías irte a dormir.

Escucho a Marcos a mi espalda y respiro hondo. Supongo que ahora es cuando me echa en cara que he estado a punto de cargarme a su hijo.

—Lo siento, Marcos —susurro antes de que pueda decir nada más.

Se sienta en el reposabrazos del sofá y hunde los dedos en su barba en un gesto de cansancio y frustración.

—No ha sido culpa tuya. Fue un accidente.

—Ya, eso es lo que llevo repitiéndome toda la noche —murmuro.

—Julen, lo digo en serio, fue un accidente. Tal vez me haya ganado tu desprecio de por vida, pero te juro que esa no era mi intención. Cuando llegaste aquí, yo quise que formaras parte de esta familia.

—Y lo hice —susurro.

Por primera vez me doy cuenta de que de verdad he llegado a ser uno de ellos. Llegué aquí odiando este lugar, sin embargo, ahora... Dios, me encanta, y no solo por Maca. Disfruto viendo a mi madre sonreír, trabajando en el chiringuito, tengo amigos de los de verdad, de esos que lo dan todo a cambio de nada, y el mocoso... Bueno, a ese chico lo quiero un montón. Miro a Marcos y pienso en lo que siento por él. Hasta hace un par de semanas habría dado mi vida por tener un padre así.

—Esto era exactamente lo que intentaba evitar —farfulla—. ¿Crees que me gusta ver sufrir a mi hija? Lo odio. Cada vez que ella llora por mi culpa me siento el ser más despreciable del universo, pero sé que eso es lo que debo hacer, porque, aunque le haga daño

ahora, la libraré de un sufrimiento aún mayor cuando seas tú quien la lastime.

—La quiero —susurro con un hilo de voz y notando como mis ojos se humedecen.

—Te creo, y por eso te pido... no, te suplico que la dejes.

Niego con la cabeza notando cómo las lágrimas corren por mi rostro.

—No puedo —sollozo.

—Sí puedes, y debes hacerlo. Macarena es una cría y vas a destrozarle la vida, tú lo sabes y yo también. Y no solo harás eso —bufa de nuevo—, tu madre va a dejarme y ya viste cómo se puso Mateo. Esta familia se va a la mierda, y solo tú puedes evitar que eso pase.

—¿Mamá va a dejarte? —asiente cerrando los ojos con fuerza.

—Me lo ha dicho hace un momento. Si esto sigue así, nos separaremos.

—No estás siendo justo, Marcos.

—Lo sé. —Se acerca a mí y coloca su mano sobre mi hombro—. Lo siento, Julen. Sé que te he dicho cosas muy hirientes y me arrepiento de todo corazón. Solo espero que algún día, cuando seas padre, entiendas mis motivos. Haría cualquier cosa por ver a mi hija feliz, y sé que contigo no lo será. Macarena es una buena chica, respetuosa, educada... Solo hay que ver la forma en la que me habló hoy para darse cuenta de que está cambiando, tú la estás cambiando para peor. Crees que soy un monstruo, ¿verdad? —Niego con la cabeza—. Yo no disfruto con todo esto. Solo deseo que mi hija tenga un futuro. Ella irá a la universidad, cumplirá sus sueños, y tú solo vas a ser un lastre en su vida. Tiene dieciocho años, va a conocer otros chicos, vivir mil experiencias, lo hará si tú la dejas.

—Yo la quiero —repito, porque es lo único que puedo hacer.

—Si es así, haz lo que tienes que hacer. Deja que sea feliz, Julen.

Me seco las mejillas y me levanto.

—¿Y si te demuestro que yo puedo hacerla feliz?

—No lo harás. Tú lo sabes y yo también.

Sin decir nada más, salgo de la casa en mitad de la noche sin saber a dónde ir. Necesito pensar.

Un verano maravilloso con fecha de caducidad

Maca

Julen no está en casa. Pasé por su habitación y la cama estaba sin deshacer. Llevo llamándolo varias horas, le envió mensajes y nada, es como si se lo hubiese tragado la tierra. Compruebo una vez más la hora: son las siete de la mañana y casi ha amanecido. ¿Dónde demonios se habrá metido este mamarracho?

Trasteo en mi teléfono hasta encontrar el número de Clara y le doy a llamar. Suenan tres tonos y lo coge.

—¿Hola? ¿Quién es? —Su voz suena ronca. La he despertado.

—Clara, soy yo. ¿Sabes algo de Julen?

—Claro, lo tengo durmiendo justo al lado —contesta.

Contengo la respiración y noto cómo la sangre me sube a la cabeza. ¿Es posible? Julen y Clara... No puede ser. Entonces escucho una voz de hombre al otro lado de la línea y todas mis alarmas se disparan.

—¡Tienes que estar de broma! ¡¿Cómo has podido hacerme esto?!

—¡Hey, para, muchacha!

—¿Que pare? ¡Te has acostado con mi novio, joder!

—¡¿Qué coño dices?! ¡Es una broma! —Empiezo a hiperventilar y escucho como Clara maldice en alto—. ¡Maca, estaba bromeando, joder!

—He escuchado una voz.

—Vale, espera un momento.

Se hace el silencio, y un par de segundos después alguien se pone al teléfono.

—Clara, soy César. Oye, ¿qué pasa? No le hagas caso a esta loca, solo te estaba vacilando. ¿Te encuentras bien?

Dejo salir todo el aire que estaba conteniendo y asiento, aunque sé que no puede verme.

—¿Me crees ahora? —pregunta mi amiga volviendo a ponerse al aparato.

—Lo siento, estoy un poco desquiciada.

—Ya, eso veo. ¿Qué ha pasado?

Resoplo pinzando el puente de la nariz.

—Anoche tuvimos movida en casa y Julen se fue. No sé a qué hora ni por qué, pero su cama está sin tocar. Le he esperado hasta ahora, me está preocupando mucho.

—¿Has intentado llamarle al móvil?

—Sí, no me lo coge, y tampoco contesta a mis mensajes. Creí que tal vez estaría en tu casa, contigo o con tu hermano.

—Eh... Pues no tengo ni idea, yo no he dormido en casa.

Una de mis comisuras se alza. Clara y César se traen un rollito muy raro. Según me contó ella, le dejo claras sus intenciones, que no siente lo mismo que él, pero, aun así, siguen quedando y enrollándose a menudo.

—Espero no haber interrumpido nada —murmuro.

—Tranquila, solo has interrumpido una siesta corta en el asiento trasero de un coche. Joder, tengo la espalda destrozada. —Escucho la risa ahogada de César por detrás—. Tú riéte, imbécil. La próxima vez ya te lo puedes currar un poco más o te quedas sin polvo.

—¿Próxima vez? —inquiero—. Creí que lo vuestro no era nada serio.

—Ya, no es serio, pero sí divertido, así que ¿por qué no repetir? Sacudo la cabeza dándola por imposible.

—Oye, voy a seguir intentando localizar a Julen. Si sabes algo de él, avísame, ¿vale?

—De acuerdo. ¿Quieres que llame a Aitor?

—No, ya lo llamo ahora.

—Vale, avísame cuando lo encuentres. Y no te preocupes. Hace un calor del carajo, seguro que ha salido a airearse un poco. El ambiente de esa casa debe ser insoportable.

—Ni que lo digas —farfallo—. Ayer mi padre montó una buena. Se negó a dejarme salir y acabamos gritándonos a la cara, después apareció Amelia y empezaron a pelearse entre ellos, hasta que Mateo se cayó por las escaleras y tuvieron que llevarlo a urgencias.

—¡Hostia! ¿El crío está bien?

—Sí, pero se llevó un buen susto. El caso es que Julen estaba con él y se siente muy culpable. Ya sabes, después de lo que le pasó a su hermano... Fue una locura.

— Imaginé que algo había pasado cuando no aparecisteis en el pub, pero jamás me pensé en algo así. ¿Has pensado ya en lo que te dije? Sabes que por mí no hay problema en que el Mamarracho se mude con nosotras a Almería. El piso de mis padres es grande y entramos los tres sin problema.

—Sí, y creo que esa va a ser la mejor opción. Mi padre no acepta nuestra relación y estoy segura de que intentará detenerme, pero no va a conseguirlo.

—¿Qué puede hacer? Eres mayor de edad, te vas a la universidad, tampoco es que pueda seguir controlándote.

—Pues no lo sé, ¿No ayudarme económicamente?

—Tienes una beca y trabajo asegurado en la cafetería de mis tíos, con eso puedes ir tirando.

—Lo sé, por eso estoy tan convencida. Julen puede buscarse un curro también y dejaremos atrás este infierno. Me mata dejar a Amelia y a Mateo solos con el ogro, pero tal vez sea lo mejor. Quizá, cuando se dé cuenta de que si no cambia de actitud acabará completamente solo, entre en razón de una vez.

—Eso espero, amiga. Bueno, te dejo que tengo que llegar a casa antes de que mis padres se despierten. Avísame con lo que sea, ¿vale?

—Sí, adiós.

Cuelgo la llamada y respiro hondo. Estoy a punto de llamar a Aitor cuando por el rabillo del ojo me parece ver una sombra junto a la puerta. Alzo la mirada y lo veo, es Julen. Me mira desde su posición, con las manos en los bolsillos y la ropa arrugada.

—Hola —susurra.

Me levanto de un salto frunciendo el ceño.

—¿Hola? ¡¿Dónde coño estabas?! ¡Te he llamado mil veces!

—Fui a dar un paseo. Necesitaba despejarme —contesta desviando la mirada.

—¿No te puedes despejar después de contestarme el teléfono y decirme que estás vivo? ¡Estaba preocupada, joder!

—Ya me ves —estira los brazos en cruz señalándose a sí mismo—, estoy sano y salvo. No hay de qué preocuparse.

—Eres imbécil, chaval —farfullo. Bufo peinándome hacia atrás con los dedos y lo miro de nuevo—. ¿Cómo estás? ¿Qué ha pasado? Creí que estabas más tranquilo anoche.

—Lo estaba, pero... —Inspira hondo por la nariz y camina hacia el centro de la habitación sin mirarme a los ojos—. Fea, tenemos que hablar.

Una sensación extraña se instala en mi pecho. Aquí pasa algo. ¿Por qué no me mira? Desde que ha llegado ni siquiera ha hecho el amago de acercarse a mí, y eso es muy raro en Julen. Por lo general es incapaz de estar a solas conmigo sin rozarme al menos.

—¿Qué está pasando? —me atrevo a preguntar.

—Pasa que todo esto es una mierda —contesta. Se acerca a la ventana y se queda mirando hacia el exterior—. No sé ni qué estoy haciendo. Yo no vine aquí para romper una familia, Maca.

¿Maca? ¿Desde cuándo me llama Maca? Mi nerviosismo va en aumento. No me gusta nada el rumbo que está tomando esta conversación.

—¿Puedes ser más claro? No entiendo a dónde quieres llegar con todo esto.

Se gira y por primera vez desde que llegó, clava su mirada en la mía. Entonces lo sé, lo noto, como si algo en mi interior me gritara que este es el final. Se ha rendido.

—No podemos seguir haciendo esto. Lo hemos intentado, pero no funciona.

—¡¿No funciona?! ¡Claro que funciona! ¡Tú y yo juntos funcionamos a la perfección! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué dices eso ahora?

—Porque me he dado cuenta de que no vale la pena. Estoy cansado de ser el problemático, el que destroza matrimonios. Reventé el de mis padres y ahora estoy haciéndolo de nuevo. Jamás debí haber venido aquí.

—No hablas en serio —susurro notando como mis mejillas se humedecen—. ¿De verdad te arrepientes de todo lo que hemos vivido juntos este verano? —Agacha la mirada y yo respiro hondo para intentar tranquilizarme. Camino hacia él y sujeto su rostro entre mis manos—. No hagas esto ahora. Hemos llegado hasta aquí juntos. En un par de semanas nos iremos a Almería y todo esto quedará atrás. Mi padre no podrá controlarme.

Sus manos cubren las mías y las aparta con cuidado.

—Tu padre tiene razón. Conmigo jamás serás feliz.

—Pero, ¿qué dices? Solo tú puedes hacerme feliz. Ya lo soy. ¿No me ves? O al menos lo era hasta que tú llegaste hace cinco malditos minutos y empezaste a soltar esta sarta de gilipolleces. — Me seco las mejillas con el dorso de la mano e intento serenarme—. Julen, ya sé que ahora parece difícil. Yo también estoy agobiada, pero cuando estemos en Almería...

—¿Qué mierda voy a hacer yo en Almería? —exclama sorprendiéndome.

—Estarás conmigo —susurro con un hilo de voz.

—¿Cuándo?! Tú vas a la universidad y a trabajar. ¿Pretendes que me quede esperándote cruzado de brazos hasta que vuelvas todos los días?

—No lo sé, ¿vale? Puedes buscar un trabajo o volver a estudiar. ¡No pongas excusas, joder! ¡Yo estoy intentando buscar una solución, una forma de seguir juntos! ¡No me rindo, tal como prometí!

—¿Y mi madre? ¿Qué pasa con ella y con Mateo? Sabes que Marcos no va a quedarse quieto, intentará separarnos incluso en la distancia. ¿Sabes lo que hará entonces mi madre? —Asiento desviando la mirada—. No, Maca, mírame a la cara y contesta. ¿Sabes lo que pasará con ellos?

—Se separarán —susurro con un hilo de voz.

—Exacto. Mateo va a tener que ver como sus padres se pelean hasta que uno de los dos decida que ya no aguanta más, entonces su mundo se vendrá abajo, empezará la batalla por saber con quién quiere quedarse. Eso si no tiene que decidirlo un juez. ¿De verdad es eso lo que quieres para nuestro hermano? Porque te aseguro que no es agradable. Al contrario, puede dejarte muy jodido, de

verdad, al punto de buscar la forma de liberar esa frustración y esa rabia tan dañina haciendo verdaderas estupideces, como conducir un coche drogado y borracho y destrozarle la cara a una pobre cría.

Lloro en silencio y niego con la cabeza de nuevo.

—Eso no tiene por qué pasar.

—¡No! Eso es precisamente lo que va a suceder si no detenemos esta locura. —Resopla y entierra la cara en sus manos, cuando vuelve a alzar la cabeza, compruebo que está llorando—. Esto tampoco es fácil para mí.

—Pues me parece que te está resultando tremendamente sencillo librarte de mí —escupo con rabia.

—Te equivocas. Es lo más difícil y doloroso que me ha tocado hacer en toda mi vida, y créeme, he pasado por situaciones muy jodidas, pero es lo correcto. —Inspira hondo por la nariz—. Cuando llegué aquí hace unos meses, yo era el tío más egoísta y pasota del mundo, todo me daba igual. Hacía daño a la gente que quería y no me importaba en absoluto, pero tú me cambiaste. Me has enseñado a ser mejor persona, y por primera vez en mi vida voy a ser yo el adulto maduro y responsable. Voy a dejar de pensar en mí mismo y sacrificarlo todo por las personas a las que quiero, y entre ellas... —Traga saliva y nuevas lágrimas caen de sus ojos—. Joder, Fea, en la puta cima de ese grupo de personas estás tú.

—Vamos, que me estás haciendo un favor, ¿no? —Niega con la cabeza. Yo apenas soy capaz de hablar o respirar con normalidad. Me estoy ahogando. El dolor en mi pecho es tan intenso que siento como si estuviese a punto de romperme por dentro—. ¿Por qué haces esto? —susurro.

—Ya te lo he dicho, pequeña. Es lo correcto. Ahora duele, pero muy pronto pasará. Conocerás a otras personas, otros... —Inspira hondo cerrando los ojos con fuerza—. Estarás con otros chicos y volverás a enamorarte. En poco tiempo yo solo seré un recuerdo, el recuerdo de un verano maravilloso que desde el principio tuvo marcada una fecha de caducidad.

—¡¿Cómo te atreves?! —grito perdiendo los nervios—. ¡Me lo prometiste! ¡Dijiste que lucharías por mí!

—Lo siento, Fea.

Me acerco a él, sujeto su camiseta con los puños y empiezo a zarandearlo. Las lágrimas que salen de mis ojos no me dejan ver más que un borrón, y por dentro el dolor se hace cada vez más intenso.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Me lo prometiste! ¡Mentiroso! —Julen aguanta mis golpes y arañazos, todos mis insultos y la rabia, y cuando ya no soy capaz de seguir gritando, cuando mi voz se quiebra y me fallan las piernas, me abrazo a su cintura y entierro mi rostro en su pecho—. No lo hagas, por favor. Te lo suplico, Julen, no me dejes.

Espero un abrazo y unas palabras que nunca llegan. Mientras lloro desconsolada contra su camiseta, siento cómo sujeta mis manos a su espalda y las aparta. Retrocede un paso y me mira con expresión compungida.

—Algún día me perdonarás, y te darás cuenta de que esto no lo hago por mí. Necesito que seas feliz, Fea. Prométeme que lo harás.

Me seco las mejillas con rabia y le lanzo una mirada asesina.

—¡No te prometo una mierda! Al final resulta que todos tenían razón. Eres veneno, Julen, todo lo que tocas lo destrozas, y a mí has conseguido romperme por completo.

—¿Qué está pasando aquí? —Mi padre y Amelia entran en la habitación como un vendaval y nos miran a uno y a otro.

Me giro hacia mi padre cruzándome de brazos y alzo la barbilla de manera altiva.

—Espero que estés satisfecho, papá. Has logrado exactamente lo que querías.

—Julen, ¿qué pasa? —pregunta Amelia en tono preocupado.

—Lo siento, mamá.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Intenta tocarme, sin embargo, me aparto y me giro de cara a la pared—. ¿Qué le has hecho a Maca?

—Lo que hago siempre. Le he roto el corazón, y estoy a punto de romper el tuyo también. —Lo escucho respirar hondo, y soy incapaz de girarme. No puedo seguir mirándolo a la cara—. Me voy. He llamado al Almirante. Llegará en media hora.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es lo correcto.

Resoplo ante su contestación. ¿No sabe decir otra cosa? Durante su vida nunca ha hecho lo correcto, y ahora resulta que esa mierda le importa. ¡Pues que le jodan! ¡Que se largue de una maldita vez! Tiemblo de rabia sin poder dejar de llorar.

—Julen...

—No, está bien, no te preocupes. Gracias por dejarme entrar en tu casa y en tu familia. Te juro que nunca fue mi intención haceros daño.

—Lo sé, hijo. Pero, ¿cómo que te vas? ¿A dónde?

—El Almirante me recogerá aquí y vamos directos al aeropuerto. Me esperan en la Escuela Naval de Marín mañana a primera hora.

Prefiere hacerse militar, algo que odia, antes de quedarse a mi lado. Eso es todo lo que me quiere. ¿Cómo he podido ser tan imbécil? Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas.

—¡Ya está bien! —Me giro de mala leche y empiezo a empujar a mi padre hacia la salida—. ¡Todos fuera de mi cuarto!

—Hija. —Mi padre intenta tocarme, así que me aparto de manera brusca y clavo mi mirada furiosa en él.

—¡Ni se te ocurra! —siseo.

—Maca... —Escuchar su voz pronunciando mi nombre acrecienta el dolor de mi pecho.

Ni siquiera me giro para mirarlo. Abro la puerta hasta atrás y señalo la salida.

—¡Largo! Tú el primero. —Escucho un suspiro y después sus pasos acercándose, pero sigo sin apartar la mirada de la superficie de la puerta.

—Lo siento —susurra antes de marcharse.

Mi padre y Amelia salen tras él y cierro de un portazo. Me derrumbo enseguida. Soy incapaz de hacer otra cosa que no sea llorar y maldecir el día que permití que Julen se metiera bajo mi piel, tan dentro que no creo ser capaz de sacarlo de ahí jamás.

—Un verano maravilloso con fecha de caducidad —susurro para mí entre sollozos.

Al fin y al cabo, eso es todo lo que ha sido.

A punto de hacerlo oficial

Julen

De vuelta en Mojácar. Han pasado diez años desde el día en que decidí marcharme, pero cada vez que vuelvo y me planto frente a la puerta principal de la casa en la que viví durante el mejor verano de toda mi vida, vuelvo a sentirme como ese crío lleno de ira y rabia que solo se preocupaba por sí mismo y acarreaba a su espalda el peso de la culpa y el arrepentimiento. Ahora ya no soy esa persona, he crecido, madurado, o al menos eso espero. Si cuatro años como soldado de la Marina y otro más como cabo, seguidos de cuatro como guardia civil no consiguieron hacerme madurar, no sé qué lo hará.

—¿Todo bien? —Sus dedos se entrelazan con los míos y sonrío.

Sí, tal vez ella también haya ayudado bastante. Cuando conocí a Saray jamás pensé que acabaría haciendo lo nuestro oficial, solo que aquí estoy, tres años después, cogido de su mano frente a la casa de mi madre y a punto de dar el mayor paso de mi vida.

—Sí, vamos —susurro.

Suelto su mano para recoger la maleta y la arrastro por el pavimento asfaltado hasta llegar a la puerta. Saray respira hondo frotándose las manos como siempre hace cuando algo la pone nerviosa.

—No sé por qué no venimos más por aquí. Mojácar es precioso y tenemos la suerte de que tu madre viva aquí.

«Porque este lugar me trae demasiados recuerdos», pienso, aunque antes de que pueda decir nada la puerta se abre y somos recibidos por la enorme sonrisa de Amelia.

—¡Ya estáis aquí! —Se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Mamá, estuvimos aquí en navidades —murmuro apartándome.

—Pues eso, demasiado tiempo. —También abraza a Saray y nos insta a entrar en casa—. Te queda bien la barba —añade acariciando mi mejilla antes de dejarnos pasar.

Nada más atravesar el umbral, me obligo a respirar hondo y no dejar que los recuerdos me aplasten. Es difícil, cada lugar de esta casa, su olor... todo me recuerda a ese verano de hace diez años.

—¡Eh, pero si ya habéis llegado! —Marcos se acerca a nosotros, y tras saludar a Saray con un par de besos, posa su mano sobre mi hombro y me sonrío.

Una pequeña parte de mí aún sigue resentida con este hombre, pero el resto hace mucho tiempo que entendió sus razones y decidió pasar página. No lo culpo, de verdad, él solo hizo lo que creía correcto, y al final yo también.

—Hace mucho calor —comenta Saray.

—Y eso que aún estamos en junio. Si pasaras el mes de agosto por aquí, te aseguro que pensarías que esta temperatura es perfecta —le dice mi madre.

—Pues estoy deseando pasar un verano entero por aquí. —Me coge de la mano y sonrío—. ¿Por qué nunca venimos en agosto?

—Te lo acaba de decir mi madre. El calor es infernal.

Escucho pasos en las escaleras y no puedo evitar sonreír de oreja a oreja al ver a Mateo bajar corriendo. En vez de dirigirse a nosotros, va en dirección contraria.

—¡Oye, mocoso, al menos ven a saludar! —exclamo.

Da media vuelta y, tras resoplar en alto, camina en nuestra dirección.

—Hola, ¿qué tal? Bienvenidos. Ahora tengo que ir a mear. ¿Puede ser?

—¡Mateo! —le regaña Amelia.

—¿Qué? Es verdad. Me lo voy a hacer encima. —Al ver que nuestra madre sigue mirándolo con mala leche, bufa de nuevo. Se acerca a mí y choca su mano con la mía—. ¿Qué tal, hermanito? ¿Los polis te tratan bien en Madrid?

—No me quejo —contesto rodeando la cintura de Saray con mi brazo y arrastrándola a mi costado. Mateo la saluda también y se cruza de brazos frente a nosotros con su habitual pose de chulito

sabelotodo. Me parece mentira que ya tenga dieciocho años—. ¿Tú cómo vas? ¿Has vuelto a suspender todas las materias?

—La mitad —añade Marcos.

—Me quedan para septiembre —contesta encogiéndose de hombros.

—Qué buen verano vas a pasar —señala Saray en tono sarcástico.

—Sin duda —dice Marcos sujetándolo por la nuca—. Este verano se va a dedicar a estudiar y trabajar en el chiringuito. A ver si se le quitan las ganas de hacer el ganso. —Mateo hace una mueca con los labios y rueda los ojos.

Ese gesto, ese simple gesto con los ojos, me obliga a respirar hondo de nuevo. Es típico de ella, o al menos lo era. Ahora ya no lo sé.

—¿Macarena no ha venido? —pregunta Saray.

De inmediato, Marcos dirige su mirada hacia mí y yo contengo la respiración. Es mi madre quien contesta tras varios segundos en los que ninguno de nosotros sabe cómo actuar.

—No. Maca solo coge vacaciones en agosto.

Y esa es otra de las razones por las cuáles nunca piso este pueblo en agosto. Acostumbro venir en Navidad o en Semana Santa, siempre contando con la confirmación de mi madre de que ella no estará aquí en ese momento.

—Es una pena. Nunca coincidimos y estoy deseando conocerla. Creí que solía venir en San Juan —insiste.

—Este año no puede dejar el trabajo —aclara Marcos—. Ya habrá otras oportunidades.

Mateo lo mira de reojo y veo cómo intenta contener una sonrisa. No hace falta ser un genio para darse cuenta de lo incómodo que se encuentra su padre hablando de ella con mi novia. En realidad... Es algo más que eso. Y todos se enteran en cuanto vuelve a abrir la boca.

—Qué pena. Bueno, seguro que en la boda nos conocemos.

—¿Boda? —Mi madre me mira abriendo muchos los ojos.

—Ups —susurra Saray haciendo una mueca—. Lo siento, cielo. Se me ha escapado.

Sonrío y niego con la cabeza.

—No pasa nada. Para eso hemos venido. —Inspiro hondo por la nariz y atraigo a Saray más hacia mi costado—. Nos vamos a casar.

La sorpresa es notoria en las expresiones de los tres, pero enseguida empiezan a sonreír y le sigue una ronda de felicitaciones y abrazos. Mateo no pierde la oportunidad de burlarse de mí, y acaba ganándose una colleja de las buenas.

Esta es la única razón por la que sigo viniendo aquí, para ver por mí mismo que a pesar de todo, a pesar de mí... esta familia sigue unida. Soy consciente de que a Amelia y a Marcos les costó mucho arreglar su matrimonio, y Mateo lo pasó fatal durante algún tiempo, aunque al final lograron superarlo, y eso es lo que intento pensar cada día, cuando los recuerdos del pasado me invaden y me lastiman. Valió la pena. Fue muy doloroso, pero sirvió para volver a unirlos.

Al estar cerca la hora de comer, decidimos ir a La Morena, y una vez allí, esa nostalgia me recorre de nuevo. Todo sigue casi igual, a excepción de algunos camareros y mobiliario nuevo. Elena sigue trabajando tras la barra y ejerciendo de jefa cuando Marcos no está. Almudena y Javi sirven las mesas, acompañados por Mateo que también se ha unido al negocio familiar, y en la cocina siguen José Luis y Andrés dando guerra y vociferando para que los camareros recojan la comida a tiempo. Solo falta una persona. No voy a entrar ahí. Ese lugar es peligroso y traicionero, un lugar del que me costó demasiado salir.

Tras terminar de comer, Amelia, Saray y yo seguimos sentados frente a la mesa planeando lo que mi prometida ha bautizado como la boda del año. Aún no tenemos una fecha, aunque conociéndola, sé que será pronto. Sonríe acariciando un mechón de su pelo rubio, viéndola charlar entusiasmada con mi madre. Se llevan muy bien. Es imposible no hacerlo. Esta chica es encantadora. Simpática, amable, risueña... Siempre tiene palabras buenas para todo el mundo. Con ella todo es sencillo. Apenas discutimos. Siempre está de acuerdo conmigo en todo, y cuando no lo está, no se impone, solo intenta hacerme entender su punto de vista. Es perfecta. Además, es preciosa. Con su melena rubia y unos ojazos verdes que quitan el aliento, unidos a un cuerpazo de infarto, es habitual que los hombres dejen un rastro de babas a su paso.

—¡Hostia, Julen! —Alzo la mirada al escuchar mi nombre y sonrío abiertamente. Aitor se acerca a toda prisa y antes de que pueda levantarme del todo, ya me está abrazando y palmeando mi espalda—. ¡Joder, cuánto tiempo sin verte!

—Más de tres años —contesto.

—Sí, yo estuve en Granada las tres últimas navidades y tú las pasaste aquí. Me jodió que no coincidiéramos. ¿Cómo te va? Te veo bien, chaval. —Palmea mi pecho y vuelve a sonreír—. ¿Y esa barba? Casi no te reconozco.

Paso la mano por mi mentón y me encojo de hombros. Mi barba tampoco es tan espesa ni larga. Hace un par de años que decidí dejarla crecer, pero la recorto cada pocos días.

—¿Me lo dices a mí? —Señalo su vestimenta: pantalones chinos beige, una camisa azul y lleva el pelo más largo de lo habitual, dejando crecer sus rizos naturales. Alzo una ceja sonriendo de medio lado—. ¿Dónde vas con esas pintas de señorito?

—El curro, tío —contesta encogiéndose de hombros—. Desde que mi viejo se jubiló, yo me hago cargo de la gestión de la carpintería y ando de un lado a otro entre reuniones con proveedores, clientes y un montón de gente más a la que acabo odiando tarde o temprano.

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza de un lado a otro. Supongo que al final Aitor no ha cambiado tanto. Sigue siendo el mismo descarado sinvergüenza de hace diez años.

—¿Y tu hermana? ¿Está aquí?

—Sí, llegó hace un par de días. Ella y César se quedan para las hogueras y se marchan de nuevo el lunes.

—¿César? ¿Siguen juntos?

Suelta una carcajada y asiente.

—Ya ves. El enano se ha convertido en mi cuñado, aunque no de manera oficial. Viven juntos en Almería. Joder, es que hace mucho que no nos ponemos al día. Las pocas veces que nos vimos desde que te fuiste, solo nos saludamos y poco más. ¿Qué tal te va a ti?

—Bien —Echo una mirada hacia Saray, que nos observa en silencio, y me encojo de hombros—. A punto de hacerlo oficial.

Aitor se queda quieto y callado durante un rato, hasta que parece entenderlo y sus ojos se abren como platos.

—¡Hostia, puta! ¡¿Te casas?! —Asiento—. Esto sí que no me lo esperaba. Lo sabe ya...

—Te presento a Saray —digo antes de que mi viejo amigo meta la pata hasta el fondo. Carraspea y extiende su mano para darle un apretón.

—Encantado. Yo soy Aitor.

—Un placer, Aitor. —Ella sonríe y enseguida noto c omo mi amigo se queda embobado mirándola—. He escuchado hablar mucho de ti.

—¿Ah s ? Espero que bien —murmura poniendo su pose de lig n.

Lo empujo en broma y le señalo con el dedo.

—Déjalo, chaval.

—Vale, vale. Bueno, yo tengo que irme ya. Solo he pasado a tomar algo frío antes de una reunión. ¿Vas a quedarte para las hogueras?

—S , estaremos aquí toda la semana. Nos marchamos el domingo.

—¡Genial! Estamos planeando montar algo gordo. Si quieres, ya sabes que est s invitado. —Mira sobre mi hombro y sonríe de nuevo—. T  y tu prometida, claro. Especialmente ella.

Sacudo la cabeza dándolo por imposible y nos abrazamos de nuevo.

—Ya vamos hablando. Me ha encantado volver a verte, tío.

—Y a mí. Estaría guay juntar al grupo entero para la noche de San Juan. —Se acerca a mí para que solo yo pueda escucharlo y susurra—. Aunque lo veo difícil sin provocar la tercera guerra mundial.

Tras su comentario poco apropiado, me abraza de nuevo y se marcha hacia la barra. Yo me siento en mi lugar y escucho a las chicas hablar sin parar mientras lo observo desde lejos. Elena y él ríen despreocupados. Esa es la palabra clave, “despreocupado”, justo como no soy capaz de estar yo, ya que con ese comentario lo único que ha logrado Aitor es meterme el miedo en el cuerpo. ¿Qué pasar  el día en que Saray y ella se conozcan? Porque tarde o temprano sucederá. No creo que sea en la boda, eso está

descartado. Seguramente tenga que inventarle una excusa a mi futura mujer para justificar la ausencia de mi hermanastra, pero ¿y las otras fechas del resto de nuestras vidas? Navidad, Semana Santa, San Juan... ¿Volveremos a vernos alguna vez?

Es posible, al fin y al cabo, somos de la misma familia, y ahora mismo ella no se encuentra muy lejos de aquí. Sé por mi madre que vive en Granada, con su pareja y su hijo pequeño.

Suspiro dándome un bofetón mental a mí mismo. Deja de pensar gilipolleces, Julen. Ambos habéis pasado página, y así es como debió ser desde un principio. Vas a casarte con una mujer maravillosa y ella... te ha olvidado. Lo hizo en cuanto se fue a Almería a estudiar. No tardó en dejar atrás todo lo que vivisteis juntos. Es feliz, y debes alegrarte por ella.

Como el agua y el aceite

Maca

—¡Mamá, date prisa! —Casi tengo que correr tras él. Busco las llaves en mi bolso a toda prisa, no las encuentro—. ¡Rápido, se me va a salir!

—Te dije que usaras al baño antes de salir de casa —replico mientras sigo revolviendo en mi bolso.

—Eso hice, pero ahora es de lo otro.

Resoplo y me guardo las ganas de pegarle cuatro gritos a mi hijo. Siempre hace lo mismo. Son solo dos horas y media de viaje. Salimos de Granada a las siete de la tarde y ya son casi las once. Entre paradas para ir al baño, comer y beber, nos hemos retrasado más de una hora.

Finalmente toco con la punta de los dedos mi llavero y tiro de él hacia arriba.

—¡Lo tengo! —exclamo victoriosa.

—Pues abre, me lo voy a hacer encima.

Giro la llave en la cerradura y ni siquiera me deja abrir la puerta, me adelanta y sale disparado hacia el interior de la casa. Suspiro al escuchar voces en la cocina. Da gusto volver a casa.

Metó las llaves de nuevo en el bolso y lo cuelgo en el perchero antes de cerrar la puerta. Al girarme, veo a Amelia mirándome con los ojos abiertos como platos.

—Maca —susurra.

—Hola, ¿por qué me miras así? Parece que hayas visto un fantasma. ¿Llego en mal momento?

—No, claro que no, cielo. —Se acerca a mí y me abraza de esa forma que solo una madre sabe hacerlo—. Creí que no vendrías. Me dijiste que...

—Sí, lo sé, pero al final pude escaquearme unos días. Eso sí, me he traído trabajo y tengo que volver el viernes. ¿Qué tal todo por aquí? —Escucho carcajadas en la cocina y sonrío—. Menuda fiesta tenéis montada. ¿Qué se celebra?

—Verás, cariño. Hay algo que... —Veo una sombra cruzar la puerta de la cocina y alzo la mirada. Mi corazón se detiene cuando nuestras miradas colisionan. Es él, Julen. ¿Qué hace aquí? Madre mía, qué guapo está. Ha cambiado. Lleva el cabello peinado hacia atrás y una fina capa de barba cubre su rostro—. Eso era lo que intentaba decirte —susurra Amelia.

Trago saliva con fuerza y le doy la orden a mi cerebro para que mueva las piernas. Lo intento, pero no consigo que reaccionen.

—Hola. —sus labios se mueven y escucho lo que dice, pero no soy capaz de asimilarlo.

—Macarena, no te esperábamos. —La voz de mi padre consigue sacarme de ese estado de aturdimiento y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Hola —respondo, aunque bastante tarde. Carraspeo y miro hacia mi padre—. Cambio de planes a última hora —explico.

Me fijo en una chica que está tras Julen y en la forma en que me mira, solo que mi curiosidad no le gana la batalla a mis ojos, ya que enseguida vuelven a él.

—Tenía muchísimas ganas de conocerte. —La chica se acerca a mí, y antes de que pueda darme cuenta me está abrazando.

Me aparto extrañada y miro a Amelia buscando una explicación.

—Es Saray —murmura.

—Oh, sí, perdona. —La tal Saray gesticula con las manos frente a mi cara poniéndome de los nervios—. Estaba tan emocionada por conocerte al fin que ni siquiera me he presentado. Soy Saray.

—Eso he oído —contesto alzando ambas cejas.

Entonces la rubia se pega al costado de Julen y se abraza a su cintura. Contengo la respiración y aguanto la punzada de dolor en mi pecho como una campeona. ¿Cómo no lo pensé antes? Saray, la novia de Julen. Amelia me habló de ella, aunque no le presté demasiada atención. Desde hace años, mi lema es... «Si no lo mencionas, nunca existió», y eso es lo que acostumbro a hacer. Fuerzo una sonrisa y alzo la mano a modo de saludo.

—Encantada, yo soy Maca.

—Sí, lo sé —contesta sonriendo.

La repaso con la mirada y me deja impresionada. Madre mía, es guapísima. Rubia, de ojos verdes y piernas kilométricas. Va subida a unos tacones enormes que yo jamás usaría a no ser que me obligaran en plan castigo o penitencia. Perfectamente maquillada y peinada, como si acabara de salir de una pasarela. A su lado, con mis vaqueros desgastados, mi camiseta de hombro descubierto y las Converse que llevo calzadas, me siento como una cría que acaba de salir del instituto.

—¿Bruno no ha venido? —pregunta mi padre acercándose para darme un beso en la mejilla.

Cuando siento su tacto, no puedo evitar recordar todo el sufrimiento que me hizo pasar, así que respiro hondo e intento sonreír como si nada. Eso fue hace mucho y ya lo perdoné en su momento, o al menos pasé página. Él nunca llegó a disculparse, pero tras dos años de distanciamiento, un día se presentó en Almería y me suplicó que dejara atrás el pasado y empezáramos de nuevo. Quise echarlo de inmediato, sin embargo, me sentí tan bien cuando me abrazó... Por un momento el dolor desapareció por completo y volví a ser esa niña que buscaba siempre la aprobación y el cariño de su padre.

—No, yo vine casi directa desde el trabajo, pero él trabaja mañana, así que llega el miércoles.

—¿Y Ale?

Señalo al terremoto, que viene corriendo desde el baño, y a mi padre le cambia la cara de inmediato. Es innegable que adora a su nieto, y disfruta cada segundo que pasa a su lado.

—¡Abuelo! —El crío lo abraza y ríe a carcajadas.

No puedo apartar la mirada de Julen y de su novia. Parecen hechos el uno para el otro. Ambos son guapos, altos y visten de manera elegante.

—¿Habéis cenado? —me pregunta Amelia. Niego con la cabeza —. Nosotros sí, pero os preparo algo en un momento.

—Yo no tengo hambre. Paramos en una gasolinera de camino y me comí una chocolatina.

—Y yo tres, pero sí que tengo hambre —anuncia mi hijo. Se arrima al costado de Amelia y pone su mejor cara de niño bueno—. ¿Abuela, me haces macarrones?

La mirada de Amelia se ilumina. Si es que el muy capullo tienes a los abuelos comiendo de la palma de su mano. No necesita más que una mirada cariñosa o una sonrisa pillada para obtener todo lo que desea de ellos.

—Nada de macarrones —advierdo—. Te hago enseguida un sándwich.

—Cielo, no me importa —dice Amelia.

—A mí, sí. No puedes darle todos los caprichos, Amelia.

—Si no se los doy a mi nieto, ¿a quién? Para las pocas veces que lo vemos al año...

—Ya, pero después quien tiene que soportar sus berrinches soy yo. Si quería cenar, que hubiese espabilado y habríamos llegado antes. Ahora que se conforme con el sándwich. Además, voy a llamar a Clara a ver si podemos quedarnos con ella y César, en caso contrario nos iremos a un hotel.

—¿Hotel? —inquire papá frunciendo el ceño—. ¿Por qué? ¿Desde cuándo te vas a un hotel?

Hundo los dedos en mi pelo echándolo hacia atrás. Hace unos de meses decidí teñirlo de rubio, casi blanco. Me gusta. Es moderno y necesitaba un cambio de look. Ya estaba cansada de la melena castaña que me ha acompañado toda la vida.

—Papá, somos mucha gente y en esta casa no sobra el espacio.

—Tiene razón —añade Julen—. Pero nos vamos nosotros. Buscaremos un hotel cercano y...

—¡Aquí nadie se va a un hotel! —exclama mi padre—. A ver, hija, Bruno y tú siempre os quedáis en tu habitación cuando venís aquí, y Alejandro duerme con Mateo. —Asiento—. Julen, Saray y tú os quedáis siempre en tu habitación, ¿no? —Él también asiente—. Entonces no veo el problema por ningún lado. Por eso cambiamos los muebles de las habitaciones, para que tuvierais más espacio. Para una vez que estamos todos juntos aquí en casa...

Miro a Amelia buscando su ayuda, solo que ella se encoge de hombros. ¿Cómo le explico a mi padre que no quiero estar al lado

de Julen, y mucho menos de su novia? Me pediría explicaciones y... Por muchos años que hayan pasado, sigo mintiendo como el culo.

La puerta principal se abre y Mateo se sorprende al vernos.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta sujetando a Alejandro, que nada más verlo ha corrido para abrazarlo.

—Es la tercera vez que me hacen esa pregunta en solo unos minutos —farfullo.

Tras saludarme con un beso, mi hermano pequeño mira a Julen y después a mí otra vez.

—Joder, esto es incómodo de cojones.

Sus palabras caen sobre nosotros como una losa. Nadie se mueve ni dice nada. Saray parece confundida, como si no entendiera lo que está pasando. No hay que ser Einstein para darse cuenta de que no está enterada de los pequeños y oscuros secretos que esconde esta familia.

—Bueno, ya que estamos todos, sigamos con la celebración —dice mi padre cortando en parte el aura de tensión que se ha formado.

—Yo sigo teniendo hambre —añade Alejandro.

—Ven, cariño, te prepararé algo de cenar —susurra Amelia tirando de su mano para llevárselo a la cocina.

Por primera vez, me fijo en las copas de cava que hay sobre la mesa del salón y frunzo el ceño extrañada.

—¿Qué se celebra? —me atrevo a preguntar.

Julen agacha la mirada y su novia sonrío de oreja a oreja.

—¿Se lo dices tú, cariño? —le pregunta entusiasmada como una niña pequeña.

Él fuerza una sonrisa.

—Hazlo tú —susurra.

—¡Nos vamos a casar! —anuncia la rubia extendiendo los brazos sobre su cabeza.

Busco la mirada de Julen y este asiente. Inspiro hondo. «Se casa». Suelto el aire. «Se casa».

—Enhorabuena —digo tras carraspear.

Intento sonreír, aunque por la cara de susto que pone Mateo, creo que solo me sale una mueca tenebrosa. Por suerte, la futura

señora De La Torre no parece notarlo, ya que aplaude y sigue sonriendo.

—Muchas gracias. Sobra decir que estás invitada. Es más, serás la dama de honor.

«Ni de puta coña», pienso.

Mateo suelta una carcajada y lo fulmino con la mirada.

—Iré a buscarte una copa y brindas con nosotros —dice papá girándose.

—¡No! —Se detiene enseguida y me obligo a sonreír como puedo—. Ya voy yo. De paso vigilo que Amelia no esté consintiendo demasiado a Ale.

—Vale. ¿Tus maletas?

—Solo he traído una y el portátil. Me quedaré poco tiempo. El viernes trabajo. Está todo en el coche.

—Déjame las llaves y lo saco todo.

Regreso a la entrada. Tras sacar las llaves de mi bolso se las entrego a mi padre y voy directamente hacia la cocina. Me cruzo con Ale en la puerta, sale corriendo con un bocadillo en la mano y ni siquiera me presta atención.

—¡Deja de correr! —grito, aunque no me hace ni puñetero caso.

Nada más entrar en la cocina, veo la botella de cava abierta, la cojo y le doy un buen trago. Muevo la garganta con fuerza, y tras dejarla de nuevo en su lugar, cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia delante aferrándome al borde de la encimera.

¿Cuándo me he metido yo en este lío? ¿Por qué? Estaba tan tranquila en mi vida, y justo tenía que encontrármelo ahora y sentir...

—Sí que tenías sed —murmura Amelia a mi espalda. Enderezo con rapidez mi cuerpo y me giro para mirarla—. Lo siento, cariño. Entiendo que esta es una situación complicada.

—Podrías haberme avisado —siseo haciendo una mueca.

—Me dijiste que no podías venir, así que no le di más importancia. De haberlo sabido, te prometo que te habría llamado. ¿Estás bien?

—Sí, supongo. Solo incómoda por la situación.

—Créeme, todos lo estamos.

—Pues papá parece encantado de la vida con todo esto.

—Ya conoces a tu padre —señala poniendo los ojos en blanco—. Nunca se entera de nada hasta que le explota en la cara. Hablaré con él después.

—No lo hagas. Tampoco quiero hacer un circo de esto. Tal vez debería marcharme.

—¿Qué? No, claro que no —Amelia se acerca y sujeta mi mano entre las suyas—. Han pasado diez años, Maca. Esto iba a suceder tarde o temprano, así que quizá no sea algo tan malo. Piensa que nos lo quitamos de encima y listo. Quién sabe, puede que a partir de ahora podáis llevaros bien Julen y tú.

Alzo ambas cejas y niego con la cabeza.

—Amelia, eso no va a pasar. Tu hijo y yo somos totalmente incompatibles. Como el agua y el aceite. Jamás nos entenderemos.

—Bueno, pues yo recuerdo una época en la que os entendíais muy bien.

—Y ya ves cómo terminó todo eso.

—Ahora es distinto. Ya no sois unos críos, ambos madurasteis y creasteis vuestra propia vida independiente. Tú tienes a Bruno y a Ale, y Julen va a casarse con Saray. Creo que ha llegado el momento de que habléis y resolváis vuestros problemas.

—Amelia, no insistas en eso porque no pasará. Entiende una cosa: por muchos años que pasen, Julen seguirá siendo Julen y yo seguiré siendo yo. Somos incapaces de mantener una relación cordial. No tenemos término medio, nos odiamos o... —Me callo de inmediato antes de que la palabra prohibida salga de mi boca.

Amelia estrecha la mirada sobre mí de manera suspicaz.

—Maca, ¿tú no seguirás...? —Mira hacia la puerta y se acerca más a mí para que nadie pueda oírnos—. ¿Sigues enamorada de Julen?

Contengo la respiración y cierro los ojos con fuerza. Me he hecho esa misma pregunta durante diez malditos años, y la respuesta siempre es la misma. Aunque ahora todo es aún más complicado. Él está aquí, a nada de convertirse en un hombre casado, y yo... Yo tengo mi propia familia.

Abro los ojos de golpe y niego de manera contundente.

—Deja de decir tonterías. Yo quiero a Bruno.

Amelia sigue mirándome con atención.

—Hija, sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? De lo que sea.

Intento poner mi mejor sonrisa para quitarle hierro al asunto.

—Tú estás muy mal, Amelia —comento en tono de burla—. Deja de pensar estupideces, anda. Voy a ver qué está haciendo Ale. Seguro que ya la ha liado. Ese crío no para quieto ni un segundo. — Salgo rápida de la cocina dando gracias al cielo por haber podido salir de esa situación.

Nos vamos de fiesta los cuatro

Maca

Me encuentro con mi padre y Saray en el salón, pero no veo por ningún lado a mi hijo.

—¿Dónde está Alejandro? —pregunto.

—Ya se ha encerrado con tu hermano en la habitación a jugar a la videoconsola —contesta papá—. Tus cosas también están arriba.

—Genial, gracias. Buenas noches.

Empiezo a subir las escaleras y Saray me llama por mi nombre, así que tras murmurar en bajo una maldición, me giro intentando sonreír.

—¿No vas a brindar con nosotros? Te estábamos esperando.

—Vais a tener que perdonarme, pero estoy muy cansada. Además, aún tengo que trabajar un rato en el portátil antes de acostarme.

—Tranquila, hija. Mañana tendremos tiempo de celebrarlo —intercede papá—. ¿Vas a ir a la playa por la noche? Creo que tus amigos están pensando montar una gran hoguera.

—Sí, hablé con Clara esta mañana y quedamos en ir a recoger algo de leña por la tarde y prepararlo todo.

—Genial. A Alejandro le va a encantar. Disfruta de la víspera de San Juan casi tanto como tú cuando eras pequeña. Y el jueves podríamos hacer algo especial por tu cumpleaños. Para entonces ya estará aquí Bruno, ¿verdad? —Asiento—. Bien, si no tenéis planes, haremos algo todos juntos.

—No lo sé, papá. Cuando llegue Bruno lo hablamos, ¿vale? Ahora me voy a descansar, que estoy molida.

—Claro, cariño, Buenas noches.

—Hasta mañana —dice Saray alzando su mano sin dejar de sonreír.

Imito su gesto y sigo ascendiendo por las escaleras sin poder evitar hacer muecas.

—*Hata mimimi* —me burlo poniendo voz de niña pequeña.

En serio, no sé por qué siempre está sonriendo esa chica. Bueno, sí que lo sé. Es la novia de Julen, cuando yo estaba en su lugar también lo hacía a todas horas. «Mierda, Maca, no vayas por ahí», me digo a mí misma en mi cabeza.

Entro en mi habitación y compruebo que mi maleta y el portátil están sobre la cama. Si este cuarto ya se hacía pequeño con una cama individual, al cambiarla por una de matrimonio se ha vuelto minúscula. Para instalarla, tuvieron que sacar el escritorio y cambiar el armario por uno más pequeño, de modo que ya casi ni parece la misma. Lo mismo hicieron con la de Julen y la de Mateo, pero en la de este último papá quiso colocar dos camas individuales para que Alejandro pueda dormir con su tío y dejarnos más intimidad a Bruno y a mí cuando venimos de visita.

Compruebo la hora en mi reloj. Ya pasa de la media noche y apuesto a que mi terremoto sigue dando guerra. Abro la maleta y, tras sacar su pijama y neceser, vuelvo a salir de la habitación. Toco a la puerta de Mateo y escucho voces en su interior. Abro la puerta cuando me da permiso y veo a Alejandro con un mando de la videoconsola en la mano y la mirada absorta en la televisión.

—Ale, te traigo el pijama. Cámbiate, lávate los dientes y a dormir —ordeno.

—Mamá, solo un rato más. Casi lo he matado. —Resoplo cruzándome de brazos y Mateo se apresura a apagar la tele—. ¡Jo, casi lo tenía!

—Tienes dos opciones: haces ya lo que te digo y dejas que te quedes a dormir en la habitación de tu tío, o lo haces de todos modos y duermes conmigo. Tú decides.

—Ya voy —murmura en tono hastiado. Coge las cosas que le tiendo y se va hacia el baño arrastrando los pies para demostrar su descontento.

—Cada día te pareces más a mamá —señala Mateo.

—Es lo que tiene ser madre, que nos parecemos todas. ¿Tú qué tal? Me han dicho que has cateado hasta gimnasia.

Bufa y pone los ojos en blanco.

—Tampoco es para tanto. Lo recuperaré en septiembre.

—Vamos, que te has quedado sin playa todo el verano —me burlo.

—Tampoco es que fuese a pisarla de todos modos. Papá me tiene esclavizado en La Morena.

—No te quejes, tampoco es para tanto. Yo trabajé allí todos los veranos y tenía tiempo para disfrutar con mis amigos.

—Ya, pero es que tú eres Macarena la perfecta y yo el hijo rebelde. Bueno, eso era así hasta que decidiste liarte con nuestro hermanito. Por cierto, menudo marrón el de hoy, ¿no? La tensión del ambiente se cortaba a cuchillo.

—Eres un puto bocazas —señalo cruzándome de brazos—. ¿No sabes lo que es la discreción?

—Sí, lo mismo que tuvisteis vosotros cuando os pillaron follando en la cocina, no te jode —contesta partiéndose de risa.

Le lanzo una mirada asesina, y él se ríe aún más fuerte.

—¿Hola? —Mi corazón se salta un latido al escuchar su voz a mi espalda. Me aparto enseguida, incluso de una forma algo brusca, y Mateo nos mira con una sonrisilla de capullo sabelotodo—. ¿Qué es tan gracioso, mocososo?

—Nada, solo estamos recordando momentos de nuestra infancia —contesta mi hermano sin dejar de sonreír—. Ya sabes, tardes en familia, cumpleaños, navidades, sexo en la cocina entre hermanos...

—¡Mateo! —exclamo.

Vuelve a reír a carcajadas y Julen me mira a mí directamente. Por un segundo juraría que una de sus comisuras se eleva, solo que enseguida pone gesto serio y señala a nuestro hermano pequeño con el dedo.

—Ten cuidado con lo que dices, chaval —le advierte.

—Vale, tranquilo. Yo soy una tumba. Tu novia no se enterará por mí de los sucios secretitos de la familia. Aunque si me permites darte un consejo, yo que tú se lo contaría antes de la boda. No vaya a ser que os pillen de nuevo montándooslo durante el banquete.

—¡Mateo, te estás pasando! —le regaño—. Deja de hacer el imbécil de una puta vez, ¿quieres? Ya no eres un niño pequeño.

Alza las manos en son de paz, aunque no deja de sonreír.

—¿Puedo pasar? —Julen se aparta del umbral de la puerta para dejar paso a Alejandro, que llega a la habitación vestido ya con su pijama de Iron Man y la ropa sucia bajo el brazo. Me la tiende y se sube a su cama de un salto. Durante un instante se queda mirando con atención a Julen. Sabe quién es. Lo ha visto en fotos por la casa y también ha escuchado hablar de él, solo que hasta hoy no lo conocía en persona. Me da la impresión de que va a decirle algo, de pronto me mira a mí y pone su habitual cara de niño bueno —. Mamá, ¿me dejas jugar una partida más? Te prometo que será solo una.

Suspiro y me acerco para arroparlo. Le doy un beso en la frente y asiento.

—Solo una y desde la cama. —Señalo a Mateo con el dedo a modo de advertencia—. Solo una. Si ves que te da mucha lata, me avisas y me lo llevo a mi habitación.

—Tranquila, lo tengo controlado —contesta encendiendo de nuevo el televisor.

Tras desearles buenas noches, salgo de la habitación seguida por Julen. Escucho sus pasos a mi espalda, incluso después de pasar por el baño para dejar la ropa sucia de Ale escucho como me sigue, pero no me detengo hasta entrar en mi cuarto. Cuando me giro para cerrar la puerta, lo veo allí, de pie, mirándome sin pestañear.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto cruzándome de brazos.

—Sí. Bueno, no. —Sacude la cabeza de un lado a otro y se lleva la mano a la nuca en un gesto de nerviosismo. Por un segundo, al verle hacer ese gesto, puedo reconocer en este hombre serio y formal que tengo frente a mí al chaval que un día conocí. Creído, arrogante y maleducado por fuera, pero en su interior lleno de resentimiento, culpa e inseguridades. Bufa con fuerza y extiende su brazo en mi dirección—. Solo quería devolverte esto. —Miro hacia su mano y veo mis llaves—. Me las dio Marcos para sacar las cosas de tu coche. —Asiento y las cojo con cuidado de no rozar su piel.

—Gracias, pero no era necesario. Podría haberlo hecho yo.

—No me ha costado nada —susurra.

Se queda callado durante unos segundos, solo mirándome a los ojos, así que me obligo a desviar la mirada. Carraspeo y cambio el peso de una pierna a la otra.

—Si no necesitas nada más... Me gustaría acostarme.

—Sí, claro. Ya me voy. —Retrocede un paso y yo muevo la puerta para cerrarla—. Por cierto... —me detengo y él mueve la cabeza hacia un lado para poder verme la cara—, bonito llavero.

Desvío la mirada hacia mi mano y aprieto el puño. Es el llavero que él me regaló por mi cumpleaños. En dos días hará diez años. Está viejo, deshilachado y ha perdido totalmente el color, aunque sigo usándolo. No sé por qué motivo, pero lo hago.

—Gracias —contesto tras carraspear. Empujo la puerta con suavidad—. Buenas noches, Julen.

—Buenas noches, Fea —escucho que contesta antes de que la puerta se cierre.

Apoyo la espalda en la madera y respiro hondo. En un gesto inconsciente, llevo el llavero a mi pecho. Esto es una locura. No me puedo creer que después de diez años me afecte tanto su presencia. ¡Por Dios! ¡Él va a casarse y yo tengo pareja y un hijo! ¿Es que me he vuelto loca?

Resoplo tirándolas sobre la mesita de noche y decido trabajar un rato para distraerme. Tengo que terminar de leer un manuscrito antes del viernes. El cliente ya se está desesperando por mi demora. Normalmente tengo bastante margen. Esa fue una de las razones por las que decidí trabajar por libre como editora. Tras pasar unos años bajo una gran editorial y darme cuenta de la poca consideración que tenían al rechazar manuscritos sin darle tan siquiera la oportunidad de leerlo, me propuse hacerlo por mi cuenta, y la verdad es que no me va nada mal. En dos años he conseguido hacerme con una buena cartera de autores, unos noveles y otros consagrados, todos con las mismas oportunidades de publicar bajo un sello editorial, pequeño, sí, pero de confianza. Al principio lo hice sola, me pasaba horas y horas leyendo y clasificando manuscritos, hasta que conseguí publicar unos cuantos y se convirtieron en líderes en ventas, algunos más que otros, aunque en general se posicionaron muy bien. A partir de ese momento me encargué de

formar un equipo de gente joven, con distintos gustos literarios, editores, diseñadores, correctores..., personas muy diversas y sobre todo con ganas de trabajar.

Tras pasar un par de horas revisando y haciendo anotaciones, decido apagar el portátil y acostarme a dormir. Con mi pijama bajo el brazo, voy al baño a cambiarme de ropa y cepillarme los dientes. En la casa todos duermen ya. Está oscuro y no se escucha nada, aparte de los ronquidos de mi padre que provienen del fondo del pasillo. Vuelvo a mi cuarto, y antes de acostarme, decido coger un paquete de tabaco de mi maleta y salir al tejadillo a fumar. Apenas le he dado un par de caladas cuando siento su presencia a mi lado.

Suspiro sin mirar en su dirección y sigo con la vista clavada en el cielo estrellado.

—¿Qué quieres? —pregunto tras un buen rato en el que no dice nada.

—Solo hacerte compañía un rato.

Me giro hacia él alzando una ceja y veo como una de sus comisuras se alza, marcando ese hoyuelo que solo aparece en su barbilla cuando contrae el rostro.

—Gracias, pero estoy bien sola. Deberías marcharte antes de que tu prometida te eche en falta.

—Está dormida —contesta encogiéndose de hombros—. ¿Podemos hablar un momento?

—Julen, no creo que haya nada que hablar entre nosotros. Es más, ni siquiera tendríamos que estar aquí solos.

—¿Por qué, tanto te desagrada mi presencia? —inquire.

Bufo y le doy una nueva calada a mi cigarrillo.

—Muy bien, tú ganas. ¿De qué quieres hablar?

—No sé, de ti, supongo. ¿Cómo te va? Cuéntame que ha sido de tu vida en estos años.

—¿Ahora vamos a ser amiguitos? —pregunto en tono burlón—. Si quieres, mañana lo hablamos con nuestras respectivas parejas y nos vamos de fiesta los cuatro. Es posible que nos hagan descuento y todo.

—El sarcasmo no te pega, Fea. —Alzo aún más mi ceja y él sonrío—. En realidad, sí que lo hace. Eres Doña Sarcástica.

Inspiro hondo por la nariz y busco su mirada.

—¿Qué pretendes, Julen? No entiendo a qué viene esto ahora.

—¿Me sigues odiando? —pregunta de sopetón.

—¿Qué?

—La pregunta es sencilla, Fea. ¿Me sigues odiando? Solo contesta sí o no. —Resopla y se frota la nuca—. He pensado en esto miles... no, millones de veces. Durante estos diez años, cada día me he preguntado si seguirías odiándome. La última vez que nos vimos...

—La última vez que nos vimos tú me rompiste el corazón —digo interrumpiéndole—. Pero no, no te odio. Durante mucho tiempo estuve cabreada, furiosa y herida. —Le doy una nueva calada a mi cigarrillo y, tras expulsar el humo, me quedo mirando cómo se disipa en el aire. Sin pensarlo demasiado, como un gesto natural y mecánico, estiro mi mano en su dirección y el coge el cigarrillo de entre mis dedos y se lo lleva a los labios—. Me costó superarlo, supongo que tenías razón.

—Esa no es una frase que se escuche muy a menudo. Macarena Ferrer dándome la razón, es inaudito —comenta sonriendo.

Ignoro su pulla y vuelvo a mirarle a los ojos.

—Ese día también me dijiste que acabaría entendiendo tus razones, y así lo hice. —Su sonrisa se esfuma de inmediato—. No te odio. Nunca te he odiado, y al fin pude entender por qué lo hiciste. Salvaste el matrimonio de nuestros padres. Gracias a ti, ellos han podido superarlo, y Mateo también. Ahora todos vivimos en paz. —Desvío la mirada y suspiro—. Espero que eso te sirva, Julen, porque no tengo nada más para ti.

—Supongo que es suficiente para calmar mi conciencia, sí.

—Me alegro. —Me levanto y sacudo mi pantalón de pijama con las manos bajo su atenta mirada—. Ahora me voy a dormir, y tú deberías hacer lo mismo. De verdad me alegra mucho que hayas encontrado a la chica ideal y espero que seáis muy felices en vuestro matrimonio.

—¿Tú lo eres? —pregunta sorprendiéndome.

—Sí, lo soy. Trabajo en algo que me apasiona, tengo a mi lado a un buen hombre que me adora y Alejandro es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Suenan genial —sisea apretando entre dientes.

—Supongo que eso es algo que entenderás solo cuando seas padre.

—No estoy muy seguro de que eso vaya a pasar. Lo de la paternidad... —Hace una mueca con los labios—. Eso no es para mí. Aunque parece que tú lo llevas genial.

Le da otra calada al cigarrillo y me lo tiende, niego con la cabeza.

—No es oro todo lo que reluce. Fue muy complicado salir adelante sin el apoyo de mi familia. Era demasiado joven cuando me quedé embarazada.

—Lo sé, yo me enteré cuando el crío ya tenía un par de años. Me lo dijo mi madre el día del funeral.

—Ya. Por cierto, siento mucho lo de tu padre.

—No sufrió —contesta encogiéndose de hombros—. Tuvo un infarto mientras dormía. Al menos tengo la satisfacción de haber podido hacer las paces con él antes de que se fuera. Al final, estuvo orgulloso de mí.

—Me alegro mucho de que así fuera.

—Por un momento, cuando vi a mi madre y a Marcos en el funeral, creí que tú también estabas con ellos. —Me mira y una sombra entristece su mirada—. Te busqué, y entonces Amelia me dijo que vivías en Almería con tu novio y tenías un hijo pequeño. Sobra decir que ese día fue uno de los peores de mi vida. —Sacude la cabeza de un lado a otro y una sonrisa triste tira de sus labios—. Jamás creí que dolería tanto saber que me habías olvidado.

Contengo el aliento y trago saliva con dificultad. Todo mi cuerpo me grita que lo abrace y lo consuele. Me duele verlo así, triste, abatido, sin embargo, me mantengo firme y suelto el aire con fuerza.

—Cada uno siguió su vida, tal como tenía que ser. Ahora todo ha quedado en el pasado.

—Sí, supongo que tienes razón —susurra.

—Bueno, me voy a dormir. Buenas noches, Julen.

Me giro para entrar por la ventana, pero antes de que llegue a levantar la pierna, su voz me detiene.

—Por cierto, Fea, te queda muy bien el pelo rubio.

Sonrío sin poder evitarlo y me giro para mirarlo.

—Y a ti la barba, Mamarracho —contesto.

Ambos sonreímos y volvemos a nuestras respectivas habitaciones.

¿Qué es semen?

Julen

No he dormido una mierda. Lo he intentado, di vueltas en la cama, me levanté y volví a acostarme, pero nada, fui incapaz de pegar ojo. Tal vez tuvo algo que ver la conversación de anoche en el tejadillo. Hacía años que no me sentía así, nervioso, inquieto, deseando que amanezca para poder verla de nuevo. Mierda, estoy muy jodido. Voy a casarme con Saray y ella tiene una familia formada, y aquí estoy, como un imbécil, esperando en la cocina desde hace más de una hora que baje a desayunar y, con un poco de suerte, poder pasar unos minutos a solas con ella.

—Buenos días. —Mis esperanzas se van al traste al ver entrar en la cocina al crío, el hijo de Maca. Creo que se llama Alejandro—. He dicho buenos días —repite, esta vez en un tono más agresivo.

Sonríó al verlo de pie frente a mí, con cara de mala leche y un pijama de dibujitos. El chaval no mide más de un metro con diez, y ya apunta manera. Está claro que sacó el carácter de su madre. Me pregunto qué edad tendrá. No aparenta más de siete u ocho años.

—Buenos días —contesto—. ¿Quieres un café, chaval?

Me mira alzando una ceja y niega con la cabeza.

—No tomo café. Mi madre no me deja. ¿Puede ser un Cola Cao? Asiento y el chiquillo se me queda mirando con fijeza.

—Ah, ¿que te lo tengo que preparar yo? —pregunto.

—Pues estaría bien, sí, y unas magdalenas también, gracias.

Resoplo dejando mi taza sobre la encimera.

—Menudo morro tiene el crío —murmuro para mí, sin poder creerme aún que un niño que no levanta un palmo del suelo me esté dando órdenes.

Vierto la leche en la taza y tras meterla en el microondas, cojo el bote de Nesquik.

—Ese no —señala—. El Cola Cao.

Con un bufido, cojo el otro bote y le echo un par de cucharadas a la leche caliente antes de entregárselo. Después le dejo también dos magdalenas frente a él.

—¿Quiere algo más el señor?

—No. Así está bien. Muchas gracias.

—Al menos eres educado —murmuro.

—Pues sí, mamá siempre dice que tengo que dar las gracias por todo. Es una pesada con eso.

—¿No te dice nada sobre lo de ser un mandón? —inquiero divertido.

—Sí, pero no se puede tener todo en esta vida —responde encogiéndose de hombros.

Suelto una carcajada, y justo en ese momento llega mi madre a la cocina seguida por Mateo.

—Buenos días —saluda.

—Hola, abuela —contesta el crío sonriendo de oreja a oreja.

Le ha cambiado la expresión en una milésima de segundo, de listillo sabelotodo ha pasado a niño bueno que no rompe un plato. ¡Qué crack!

—Hola, cariño mío, ¿has dormido bien?

Asiente con rapidez.

—Ya estoy desayunando. Le he pedido amablemente a Julen que me prepare un Cola Cao. —Me mira de reojo y sonrío de manera pillá.

¡La madre que lo parió! Se las sabe todas. Estoy alucinando con este chaval.

—Yo también quiero uno, pero Nesquik. Odio los grumos —comenta Mateo haciendo una mueca de asco.

—Los grumos son lo mejor —replica el crío.

Al fin veo llegar a Maca. Le sonrío y ella me contesta de la misma forma antes de sentarse junto a su hijo.

—Buenos días, mi vida —susurra dándole un beso en la mejilla.

—Mamá, ¿verdad que mola más el Cola Cao que el Nesquik?

Maca hace una mueca de asco y niega con la cabeza.

—No, los grumos me dan asco —contesta.

—¿Lo ves? —Mateo sonrío de oreja a oreja—. Parece semen.

—¿Qué es semen? —inquiere el crío.

Estiro el brazo y le doy una colleja en la nuca a mi hermano pequeño.

—¡Oye! —se queja. Señalo al niño con la mirada y abre mucho los ojos—. ¡Ups!

—Gracias, estaba a punto de hacerlo yo —me dice Maca.

Sonrío de medio lado y clavo mis ojos en los suyos.

—No hay de qué, Fea. Cuando me necesites, aquí estoy.

Ella sonrío también, negando con la cabeza, y me doy cuenta de que mi madre nos está observando, así que me aparto y termino de beber mi café en silencio.

—¿Bruno llegará a tiempo para comer? —le pregunta Amelia a Maca.

—No. Trabaja hasta tarde. Acabo de hablar con él hace un rato y dice que llegará justo a las hogueras.

—Bueno, yo voy a despertar a Saray o no se levanta —murmuro saliendo de la cocina.

Antes de poder llegar a las escaleras, escucho cómo me llaman por mi nombre.

—Julen, espera, —Me giro y Amelia viene hacia mí con cara de mala leche, me sujeta del brazo y me arrastra hasta una esquina del salón—. ¿Me puedes explicar a qué ha venido eso?

Retiro mi brazo con gesto extrañado y me encojo de hombros.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el tonto. Hablo de lo que acaba de ocurrir en la cocina.

—Mamá, solo me he tomado un café —contesto.

—Vamos, que lo de las miraditas y el flirteo con Macarena son imaginaciones mías, ¿no?

Me tenso de pies a cabeza y frunzo el ceño.

—No sé de qué coño me estás hablando —siseo.

—No me veas la cara de imbécil, Julen. Está volviendo a pasar, ¿verdad?

—Mamá, que estás flipando, joder. No ha pasado nada. He sido amable con Maca un par de segundos. ¿Tan grave es eso?

—No, al contrario. A mí me encanta que os llevéis bien. Es más, daría cualquier cosa porque algún día pudierais llegar a veros como hermanos.

—Eso no va a pasar —escupo sin siquiera pensarlo.

—Lo sé. Eso mismo me dijo ella ayer, que entre vosotros no hay término medio, os odiáis o...

—¿O qué? Puedes terminar la frase, mamá. Nos odiamos o nos queremos, ¿no?

—Sí, y en esa cocina no percibí odio por ningún lugar. Así que explícame por qué está pasando esto. ¿Te das cuenta de que acabas de comprometerte? Saray es un cielo de chica y te adora. ¿Sabes lo que va a sufrir si se entera de esto? Eso por no hablar de lo que desencadenará para todos nosotros.

—Mamá, no ha pasado nada, te lo juro.

—¿Me puedes jurar también que no deseas que pase? —Desvió la mirada y ella resopla—. Lo sabía. Julen, no te atrevas. Otra vez no.

—¿Y si no puedo evitarlo? ¿Crees que yo quiero esto?

—No tienes derecho a hacerle daño de esa forma.

—Ya lo sé. Yo quiero a Saray y...

—¡No me refiero a Saray! Te estoy hablando de Macarena, de mí, de todos nosotros. Hace diez años yo arriesgué mi familia por vosotros, aposté todo por ello creyendo que tú serías lo bastante hombre como para mantener tu palabra y luchar por la mujer que amabas. Pero te rendiste. Después de que Maca y yo nos la jugáramos por ti, tú decidiste tirar la toalla.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —siseo perdiendo los nervios—. Yo me sacrifiqué por ti, por tu matrimonio y por tu dichosa familia. Si alguien tiene derecho a reprocharme algo, esa es Maca, tú no. Gracias a mí sigues casada con Marcos. Si yo no me hubiese ido, os habríais separado.

—¿Qué? ¿De qué demonios hablas, hijo? Yo nunca pensé en separarme de Marcos.

—Él me lo dijo, ¿vale? Me contó que tú lo ibas a dejar.

—No puede ser. Lo habrás malinterpretado. Nunca dije eso.

—Eso ya da igual —farfullo—. Es parte del pasado y no quiero volver ahí, pero no te creas con derecho a decirme cómo debo vivir

mi vida.

—No lo hago. Ya no eres un crío y tú decides con quién quieres estar, pero me parece una perrada que estés creándole ilusiones a Saray si sigues enamorado de Macarena.

—¿Qué pretendes que haga, mamá? ¿Me quedo solo el resto de mi vida? Ella tiene una familia, y si doy un paso en falso puede que consiga romper la tuya también. Esto me gusta menos que a ti. ¡Me encantaría poder arrancármela del pecho, llevo diez putos años intentándolo y no soy capaz! ¿Qué hago? Ya que lo sabes todo, ¡dímelo, joder!

Amelia respira hondo y coloca su mano en el centro de mi pecho.

—Haz lo que te dicte tu corazón, hijo, pero cuando lo hagas, que sea de verdad. No mires atrás. Sin amilanarse ni sentir remordimientos. Ninguna de esas mujeres se merece tener a un cobarde a su lado.

—Yo no soy un cobarde —resoplo hundiendo los dedos en mi pelo—. Dejar a Maca fue el mayor acto de valentía de mi vida, y el más doloroso también.

—Yo te hubiese apoyado hasta el final. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, y por eso tuve que hacerlo —contesto. Me acerco y deposito un beso en su mejilla—. Te quiero, mamá, pero, por favor, no te metas en esto. Con un poco de suerte, en unos días todo volverá a la normalidad.

—Y cuando eso pase, ¿seguirás siendo feliz?

—Hace diez años que no sé lo que es la felicidad —confieso—. Al menos no la felicidad absoluta, esa que no te deja dormir o te tiene todo el día con una sonrisa idiota en los labios. El cosquilleo en las entrañas, que te dé un vuelco el corazón... Todo eso dejé de sentirlo el día que decidí alejarme de Macarena.

—¿Pasa algo?

Escucho su voz y, como siempre, mi corazón se acelera. Mi madre, que sigue con la mano sobre mi pecho, parece notarlo, ya que me mira a los ojos y sonrío de manera triste.

—No —contesta girándose hacia ella—. Solo estamos charlando un rato.

—Ah, vale. Yo voy a cambiarme. He quedado con Clara para prepararlo todo para esta noche.

—¿Quieres que me quede con el niño?

—No. Ya se ha acoplado a Mateo. Van a pasar el rato jugando a la consola, pero, de todas formas, no estaría de más si pudieras echarle un vistazo.

—Cuenta con ello.

—Vale. —Maca me echa un vistazo rápido y frunce el ceño—. ¿Todo bien, Mamarracho? Tienes mala cara.

—Todo perfecto —contesto.

—Creí que ibas a despertar a la futura señora De La Torre.

—Sí, justo iba a subir ahora.

—Como quieras. Os dejo para que sigáis cuchicheando a gusto. Se marcha escaleras arriba y, en cuanto nos quedamos solos, mi madre suspira.

—Tomes la decisión que tomes, yo estaré a tu lado.

—No lo hagas. —Me mira sorprendida—. No me pongas en esa posición. Te agradezco tu apoyo, de verdad, pero no quiero cargar con ese peso sobre mi espalda.

—De acuerdo. Lo entiendo.

—Bien. —Beso el dorso de su mano e intento forzar una sonrisa—. Voy a despertar a Saray. Anoche me dijo que quería ir a pasear por la playa. Supongo que después comeremos algo en el chiringuito.

—¿Vais a ir a las hogueras esta noche?

—Supongo que sí. Voy a llamar a Aitor y preguntarle cuál es el plan.

—Espera, ¿vas a llevar a Saray a una reunión con los amigos de Maca?

—Me gusta pensar que también son mis amigos. Al menos algún día lo fueron.

—Ya, pero ¿no crees que puede ser peligroso? Ya sabes cómo son los Ugarte, la discreción no es lo suyo. Se les puede escapar algo que no quieras que tu prometida se entere.

—Mamá, si voy a casarme con ella, no debería tener que ocultarle nada.

Ella sonrío de oreja a oreja y acaricia mi mejilla con suavidad.

—Sí que has madurado. Me siento muy orgullosa de ti, hijo.

Sus palabras me llegan hasta lo más hondo. Supongo que al final solo he tenido que perder al amor de mi vida y vivir diez años extrañándola para ganarme el orgullo y la admiración de mis padres.

La noche más larga del año

Maca

—¿En serio es tan guapa la tal Saray? —pregunta Clara mientras apilamos madera para la hoguera de esta noche—. Al salido de mi hermano lo dejó tocado. Dice que está muy buena.

—Parece una modelo de revista —contesto encogiéndome de hombros.

—Pues vaya, y ¿se van a casar?

—Eso dicen.

Mis respuestas son escuetas y mi amiga no tarda en darse cuenta de ello.

—¿Cómo lo llevas tú?

—¿A qué te refieres? Lo que hagan esos dos no es asunto mío.

Clara se acerca y me sujeta por el brazo para que me detenga y le preste atención.

—Que estás hablando conmigo, Maca —susurra—. Yo estuve a tu lado y sé lo mal que lo pasaste. Es Julen, tu gran amor, Julen. ¿Vas a decirme que no te duele ni un poquito verlo con otra?

—Yo también estoy con otro —señalo.

—Sí, y sé mejor que nadie lo importante que es Bruno para ti. Yo estaba ahí cuando al fin consiguió conquistarte después de años intentándolo, pero no puedes negar que lo que tuviste con Julen fue algo distinto. Lo vuestro fue como un amor de esos de película, que cuando sucede es maravilloso, y cuando se acaba te deja totalmente devastada. Nadie puede culparte por sentirte mal al ver que ha pasado página.

—No me siento mal. Yo... —Bufo peinándome hacia atrás con los dedos—. Ni siquiera sé lo que siento. Tú lo has dicho, es Julen, y con él siempre todo es un caos.

—Aitor me ha dicho que está muy cambiado. Parece muy serio y formal.

—Sí, eso parece. Supongo que habrá madurado, como todos. Ahora tiene un trabajo estable y está a punto de casarse.

—Guardia civil —sonríe negando con la cabeza—. No acabo de imaginarlo patrullando por las calles de Madrid, en un coche de la Benemérita y con uniforme verde.

—Sí, es raro —concuero.

—Chicas, mucha charla y seguimos cargando nosotros solos — se queja Aitor.

A nuestro alrededor ya casi todas las hogueras están preparadas. Un año más, las playas de Mojácar se llenan de grupos de personas dispuestas a disfrutar de la noche más larga del año. No sé qué tiene esta festividad que atrae a tanta gente, es mágica y única. La verdad es que a mí me sigue encantando como cuando era una cría.

—Ayudemos a los chicos, no vaya a ser que se rompan una uña —grita Clara para que los otros dos la escuchen.

Aitor resopla y César se acerca para darle un beso en los labios.

—Por mí no te preocupes, preciosa —murmura antes de seguir cargando leña en la pira.

Clara me mira sonriendo de oreja a oreja.

—¿A que es un amor?

Suelto una carcajada.

—Vaya, cómo cambian las cosas. El pobre César pasó toda su adolescencia loco por ti y tú no le hacías ni caso, y ahora es verlo y te hacen los ojos chiribitas.

—Hermana, nunca sabes cómo ni dónde vas a encontrar al amor de tu vida —replica escogiéndose de hombros. Mira hacia lo lejos y vuelve a sonreír—. Hablando de amores de adolescencia, por ahí viene el tuyo, y con una rubia del brazo.

Suspiro apesadumbrada e intento mantenerme ocupada para no tener que hablar con ellos, pero tras saludar a César, Clara y Aitor, no me libro de que Saray se dirija a mí.

—Hola, Maca —saluda. Levanto una mano en respuesta y sigo a lo mío, aunque no se da por vencida—. Menuda pila de leña. Cuando Julen me hablaba de las hogueras de San Juan en Mojácar

no imaginaba que fuesen así, tan grandes, y que hubiese tanta gente.

—Sí, esta festividad es muy importante por aquí.

—Ya veo. —Con un golpe de cabeza se echa el pelo perfectamente peinado hacia atrás y tengo que contenerme para no poner los ojos en blanco. No es que me caiga mal la chica, o tal vez sí, solo un poco. Supongo que mi problema con ella es que somos muy distintas. ¿Quién demonios se pone un vestido corto y ajustado y tacones para venir a la playa? Es ridículo, aunque los hombres de alrededor no parecen estar de acuerdo conmigo ya que se la quedan mirando embobados. Todos menos Julen, que no deja de lanzarme miradas de reojo. Eso me gusta, que me mire a mí antes que a ella, y al mismo tiempo no puedo evitar sentirme mal por ello —. ¿Cuándo empieza esto? —pregunta la rubia, ajena a mis pensamientos.

—En cuanto anochezca encendemos las hogueras y a medianoche comienzan los fuegos artificiales. Después de eso algunas personas se marchan, pero la gran mayoría se quedan a pasar el rato y algunos incluso pasan aquí toda la noche.

—¿Duermen a la intemperie? —inquire arrugando la nariz como si la simple idea de quedarse toda una noche en la playa le resultara inconcebible.

—No se duerme demasiado, la verdad. Beben, ríen, bailan, cantan y charlan alrededor de la hoguera —explico encogiéndome de hombros.

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

—Todos los años —contesto sonriendo.

—¿Y no es aburrido? No sé, estar aquí toda la noche... Supongo que se acabarán los temas de conversación en algún momento.

—¿Nunca has pasado el rato con tus amigos sin hacer nada más? —inquiero.

—Bueno... Tampoco tengo muchos amigos. Mis conocidos suelen hacer otro tipo de cosas: ir a fiestas, galas benéficas, estrenos de cine...

Mentalmente me pongo dos dedos en la lengua y simulo una arcada. Esta chica es una pija de manual, aunque en parte siento lastima por ella. Si no sabe lo que es tener un grupo de amigos de

los de toda la vida y disfrutar en su compañía, no habrá tenido una infancia demasiado feliz.

—¿Ni siquiera en la adolescencia? —insisto.

—¡Qué va! Mis padres no me permitían salir demasiado. Tenía un montón de clases extracurriculares: piano, danza clásica, ajedrez, equitación... No me sobraba el tiempo.

—Pues lo siento por ti —suelto sin pensar.

Antes de que la rubia pueda contestar, Julen se coloca a su lado y rodea su cintura con el brazo. De inmediato desvió la mirada y respiro hondo para soportar el dolor que me produce la punzada en el centro del pecho. No quiero sentirme así, tampoco puedo evitarlo.

—¿De qué habláis? —pregunta.

—Macarena me está explicando un poco de qué va la fiesta de esta noche —contesta Saray.

—Va de pasárselo bien con los amigos —dice él.

—Cariño, ¿tú te has quedado alguna vez aquí durante toda la noche?

Alzo la mirada y sus ojos se clavan en los míos mientras en sus labios se dibuja una sonrisa ladeada.

—Sí, solo una vez —le contesta, aunque sigue mirándome a mí —. Fue una de las mejores noches de mi vida.

Aparto la mirada y sacudo la cabeza de un lado a otro. No voy a obsesionarme con esto, aunque su declaración haya sonado como si estuviese recordándome a mí lo que pasó esa noche, el beso que nos dimos, nuestro primer beso, tal vez no fue esa su intención. Mierda, me estoy haciendo un lío mental de tres pares de narices.

Decido dejarlos a solas y sigo ayudando a mis amigos a prepararlo todo. En cierto momento, Julen desaparece dejando a su prometida con nosotros y río al ver cómo Aitor se acerca a ella y empieza a meter ficha. Este chico no cambiará jamás.

Al anochecer, empiezan a encenderse todas las hogueras y yo miro la hora en mi reloj. Se supone que Bruno ya debería haber llegado. Hace un rato que Mateo está aquí también. Amelia ha decidido quedarse en casa ejerciendo de abuela. Le dije que bajara un rato al menos a ver los fuegos, pero se negó. Ella disfruta pasando el rato con mi hijo siempre que puede, y, la verdad, a mí

me viene bien dejar de ser madre por una noche y centrarme en mí misma, en divertirme con mis amigos y olvidar todos los problemas.

Decido enviarle un mensaje a Bruno. Es raro que no haya dado noticias hasta ahora.

Te estamos esperando. ¿Tardas mucho?

Me contesta enseguida

Voy de camino, pero no creo que llegue a tiempo para el encendido de la hoguera. Empezad sin mí.

Suspiro y le contesto.

Está bien. Conduce con cuidado.

Lo haré. Te quiero.

Y yo —respondo de manera escueta.

Alzo la mirada y me encojo de hombros.

—Bruno va a tardar un rato aún, así que enciéndela ya, Aitor.

Mi amigo asiente y, tras acercar el mechero a la rama con una tela cubierta de alcohol que usa a modo de antorcha, empieza a prender fuego en la base de la hoguera. En menos de un minuto, las llamas envuelven toda la leña seca y todos aplaudimos.

La música empieza a sonar por el altavoz portátil que ha traído César y se sirven las primeras copas de la noche. Todos charlamos y reímos, sentados sobre unos troncos alrededor del fuego. La mayoría de nosotros no nos vemos tan a menudo como nos gustaría y siempre tenemos cosas que contarnos sobre nuestras vidas.

Aitor es el único que sigue viviendo en Mojácar, ahora es el gestor de la carpintería de aluminio de los Ugarte. Por otro lado, César, cuando terminó la carrera de enfermería, solicitó plaza en Almería y se mudó allí con Clara, que trabaja para una revista de moda a nivel regional. Los cuatro nos reunimos como mínimo una vez al año, de modo que no me sorprende que Julen se convierta en la atracción de la noche. La mayoría de nosotros no lo veíamos desde hace diez años. Yo me mantengo al margen, al igual que Saray. Ella parece algo cohibida y fuera de lugar, como si estuviese deseando marcharse cuanto antes, pero no dice nada. A veces me dirige una mirada y sonrío un poco. Yo contesto con un encogimiento de hombros y sigo mirando el reloj cada veinte segundos. Bruno se ha retrasado demasiado. Ya casi son las doce, en unos minutos empezarán los fuegos artificiales y de manera

oficial será mi cumpleaños, aunque estoy segura de que va a llegar a tiempo.

—¿Alguien quiere poner música? —pregunta César.

Julen asiente y trastea en su Smartphone para conectarlo con el altavoz vía Bluetooth. Reconozco la canción desde la primera nota. La he escuchado muchas veces, demasiadas para mi propio bien. Julen me mira desde su lugar, al lado de su novia, y sonrío de medio lado.

—Fea, ¿qué probabilidades existían de que tu cantante favorito y el mío colaboraran juntos en una canción? —pregunta.

Me encojo de hombros y desvío la mirada mientras la canción *Idiota*, de Huecco en colaboración con Kutxi Romero, sigue sonando a todo volumen. La forma en la que él me mira, la letra de la canción... Son demasiados recuerdos. Demasiado dolor y añoranza. No puedo seguir con esto.

—Vengo enseguida —susurro levantándome de golpe bajo la atenta mirada de todos.

Camino a toda prisa hacia una zona apartada, lejos de miradas interrogantes. Necesito huir de él, de mí, de lo que siento. No puede pasar otra vez. Tengo que pensar en Bruno y en mi hijo, no puedo hacerles esto.

—¡Fea! —escucho su voz llamándome a gritos a mi espalda, pero no me detengo—. ¡Fea, espera! ¡Macarena!

Me giro de golpe y lo encaro. Llega corriendo hasta mí y frunce el ceño con expresión confundida.

—¿A qué mierda estás jugando, Julen?! —exclamo a gritos.

Por suerte estamos lo suficientemente alejados de todo el mundo. Ni siquiera pueden vernos desde aquí, y lo agradezco, ya que no creo ser capaz de contenerme. Todo esto tiene que parar ya mismo.

—Oye, ¿por qué te pones así? Solo es una canción. Creí que te gustaría.

—¡No estoy hablando de la puta canción, me refiero a tu actitud!

—No sé de qué me hablas —responde desviando la mirada.

—Hablo de las miraditas, las sonrisas, el flirteo. ¡¿Te has vuelto loco?!

—No estoy flirteando contigo —señala.

—¡Sí, lo haces, y además de forma descarada y sin importarte una mierda que esté tu prometida delante! ¡Tienes que parar! — Respira hondo y asiente con los puños apretados a cada lado de su cuerpo—. Julen, lo digo en serio. Te estás buscando un problema muy grande, y a mí me arruinas la vida, otra vez. Para de una vez esta mierda.

—¡No puedo! —brama llevándose las manos a la cabeza. Me mira a los ojos y puedo ver cómo se humedecen de inmediato—. ¡Lo intento, joder! No puedo evitarlo.

—¡¿Qué mierda quieres decir con eso?! Ya no somos un par de críos. Si te diviertes molestándome, pues búscate otro puto *hobby* menos peligroso, pero a mí me dejas en paz.

—¡¿Cómo hago eso?! ¡Dímelo, joder! —Cruza la distancia que nos separa en un par de zancadas y sujeta mi rostro con sus manos. En cuanto siento su tacto, todo mi cuerpo empieza a temblar sin control y mi corazón se acelera tanto que temo que acabe atravesándome el pecho—. No puedo, Fea. Llevo diez putos años intentando convencerme a mí mismo de que no siento nada por ti, pero ha sido verte y... —Niega con la cabeza y un par de lágrimas recorren sus mejillas—. Dime cómo hago para dejar de sentir lo que siento. Sé que no debo, que yo tengo a Saray y tú una familia, pero es más fuerte que yo.

—Julen, no hagas esto —susurro en tono de súplica.

Coloco las manos sobre su pecho para apartarlo, sin embargo, soy incapaz de ejercer la más mínima presión. Mis piernas apenas son capaces de sostener mi peso al sentir su aliento pegado a mi boca. Quiero alejarme, de verdad que sí. Mi cerebro me grita que lo haga ya, y mi corazón... Ese estúpido e inconsciente órgano no deja de latir cada vez más fuerte.

—Si no quieres que lo haga, detenme —susurra contra mis labios.

«Este es el momento, Maca», me digo a mí misma. «Dale un empujón con todas tus fuerzas y sal corriendo de aquí». No lo hago, al contrario, deslizo mis manos por su pecho hasta llegar a su cuello, lo rodeo entrelazando los dedos en su nuca y cierro la distancia que separan nuestros labios.

Un estruendo mueve la tierra bajo nuestros pies y el cielo se ilumina mientras nuestras leguas se entrelazan. Sus manos se aferran a mi trasero y me atrae hacia su cuerpo. Yo me agarro a su pelo, tiro de él moviendo la boca de un lado a otro, dejando que me devore de dentro hacia fuera. Su sabor, sus caricias, la forma en la que su cuerpo se aprieta contra mí... Todo es excitante y mágico. Como si de repente nos hubiésemos subido a una máquina del tiempo y fuésemos de nuevo dos chiquillos enamorados que se buscaban a escondidas para dar rienda suelta a toda esa pasión contenida. Cuando me suelta, ambos estamos sin aliento. Nos miramos con fijeza y Julen alza una de sus comisuras.

—Si tú luchas, yo lucho contigo —susurra acariciando mis labios con la punta de su dedo índice.

Sus palabras caen sobre mí como un jarro de agua fría. Los recuerdos cambian, ahora solo soy capaz de repasar en mi cabeza todas las veces que le dije esas mismas palabras, y al final él no luchó, no lo suficiente. Sacudo la cabeza de un lado a otro y retrocedo un par de pasos.

—Yo ya luché, y tú no estabas ahí —contesto tras respirar hondo.

—Fea...

—No, Julen. No vas a joderme la vida otra vez. No voy a permitirlo. Lo nuestro se acabó hace diez años, tú mismo le pusiste fin. —Va a decir algo, así que me apresuro a callarlo alzando mi mano—. No te estoy reprochando nada. Entendí tus motivos y los acepté, pero no voy a volver ahí. Se acabó. Vete con tu prometida e intenta ser feliz, yo haré lo mismo.

Respira hondo y asiente con la cabeza.

—Lo siento —susurra. Estira su mano con la palma hacia arriba y veo que en el centro hay un llavero exactamente igual al que me regaló hace diez años, solo que este es nuevo—. Feliz cumpleaños.

—Me quedo quieta, sin saber si cogerlo no. Entonces Julen se acerca, coge mi mano y lo deposita en mi palma, cierra el puño y besa mi frente—. Te quiero, Fea. Pueden pasar mil años y nunca más volver a vernos, que eso jamás cambiará. —Tras echarme un último vistazo, se seca las mejillas y se va caminando con las manos metidas en los bolsillos delanteros y la cabeza gacha.

Eres una hipócrita de mierda

Julen

Paseo por la playa serpenteando entre las distintas hogueras. La gente baila y grita, ríen a carcajadas ajenos a mis caóticos pensamientos. La he besado y, Dios, cómo lo he disfrutado, pero su rechazo, la forma en la que su mirada me suplicaba que no volviese a lastimarla de nuevo... Eso me rompió el corazón. No se lo merece. No puedo hacerle esto otra vez. Sin embargo, lo deseo tanto... Creí que lo había superado, que con los años había dejado atrás el egoísmo. Aprendí a ser mejor persona, ella me enseñó a serlo, y hoy me he dado cuenta de que, en realidad, lo que más quiero es ser fiel a mis sentimientos a pesar de que soy consciente de lo que eso significaría. Haría sufrir a todos los que me rodean: mi madre, Marcos, Mateo, Saray e incluso Maca.

Bufo viendo a los lejos nuestra hoguera. Todos siguen sentados alrededor, bebiendo y charlando, incluyendo a mi prometida. Ella también se merece saber la verdad. No puedo seguir con esto. Si me caso con ella amando a otra mujer, jamás podré hacerla feliz. Tal vez ese sea mi destino, quedarme solo, ya que la única mujer para mí ha encontrado a otra persona con quien crear una familia.

Sigo caminando a pasos lentos y desganados. Los fuegos artificiales acabaron hace un buen rato, y cuánto más cerca estoy, mejor puedo distinguir la silueta de mi hermanastra ocupando el mismo lugar en el que estaba antes de irse. Ni siquiera sé por qué la seguí. En ese momento no me paré a pensarlo. Corrí tras ella sin dar explicaciones a nadie, y soy consciente de que al menos una de esas personas se merece escuchar mis razones. Al llegar, contemplo el contorno de su espalda y me obligo a mí mismo a no

hacer ninguna estupidez, como abrazarla y pedirle que volváramos a ser lo que fuimos un día, lo que nunca debimos dejar de ser.

—Cariño, ¿dónde estabas? —Saray sonrío al verme llegar.

Los demás me miran con curiosidad, todos menos Maca, ella ni siquiera levanta la mirada del suelo. Estoy a punto de informar que nos vamos cuando veo a un hombre acercarse a la carrera.

—Lo siento, llego tardísimo, lo sé —comenta yendo directo hacia mi hermanastra. Ella se levanta y sus comisuras se alzan en una sonrisa que podría ser reconocida como la más falsa del mundo—. Siento no haber llegado antes. Feliz cumpleaños. —Se acerca aún más a ella, y entonces la besa.

Ver cómo ese tipo pone sus labios justo en el lugar donde hace tan solo unos minutos estaban los míos, me produce tantos sentimientos negativos que ni siquiera podría describir. ¿Alguna vez te han dado una puñalada en el estómago y han ido subiendo poco a poco, rajándote a cada centímetro hasta llegar a la garganta? A mí no. Sin embargo, podría apostar que el dolor que se siente en esa situación es tan solo un cosquilleo en comparación al que estoy sufriendo ahora mismo.

«Maca es suya». Repito esas palabras en mi mente una y otra vez en el camino de vuelta a casa. No tardé ni veinte segundos en marcharme de la playa con Saray, nos montamos en el coche de mi madre y desde entonces ni siquiera he podido mirar a mi prometida a la cara. El muy hijo de puta, el cabrón ese que me la robó, tuvo los cojones de presentarse y ofrecerme su mano a modo de saludo con una sonrisa petulante en los labios. No sé ni cómo pude contenerme para no vomitarle encima cuando le estreché la mía. Lo odio con todas mis fuerzas. Él la tiene y yo no. Puede besarla, acariciarla, dormir a su lado todas las noches, hacerle el amor... ¡Dios! Ni siquiera puedo pensar en eso sin que me hierva la sangre en las venas.

—Julen, ¿qué sucede? —me pregunta en cuanto entramos en casa.

Inspiro hondo y niego con la cabeza.

—Vete a la cama, Saray. Yo voy a salir un rato, cuando vuelva hablamos.

—¿Por qué no hablamos ahora? Estás raro desde que llegamos aquí. ¿Qué ha pasado?

—Nada. No quiero hablar de eso ahora.

—¿Tiene algo que ver con tu hermana?

Alzo la mirada y clavo mis ojos en los suyos.

—Maca no es mi hermana —siseo.

—Tu hermanastra, o lo que sea. No soy imbécil. Me he dado cuenta de que pasa algo. Cambiaste de actitud en cuanto ella apareció. No os lleváis bien, es eso, ¿verdad? Marcos me dijo anoche que siempre tuvisteis una relación complicada, que discutís mucho.

—Saray, déjalo ya. Vete a dormir, yo no tardaré.

Doy media vuelta para marcharme, solo que su voz me detiene.

—¡Necesito saber qué pasa! —exclama—. Vamos a casarnos, Julen. Se supone que no debemos tener secretos entre nosotros, y desde que llegamos aquí me da la impresión de que hay algo grave que todos saben menos yo. Tus amigos no dejaron de cuchichear en toda la noche, hasta tu hermano se burla y hace bromas sobre Dios sabe qué. Me estoy perdiendo algo, y sé que es lo bastante grave como para que no te atrevas a decírmelo.

Inspiro una gran bocanada de aire por la nariz y la suelto por la boca.

—Te lo contaré todo, lo prometo, pero necesito estar solo un rato y poner mi cabeza en orden.

Ella asiente comprensiva, como siempre. Saray es una mujer estupenda y me jode el daño que estoy a punto de hacerle. Para bien o para mal, sé que sufrirá, y eso es lo que menos quiero.

Salgo de casa y vago por las calles empedradas de Mojácar sin ningún lugar exacto al que dirigirme. Incluso de madrugada, en el pueblo se puede percibir el ambiente festivo. El olor a madera y resina quemada llega hasta aquí desde la playa, y en el cielo aún hay restos de humo por los fuegos artificiales. Inspiro hondo y pienso en los acontecimientos de esta noche, y en como en solo veinticuatro horas mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. En realidad, no necesité más de un segundo desde que volví a verla para entender que ya nada sería igual para mí. La amo igual que hace diez años, tal vez incluso más, porque ahora ese sentimiento

tan intenso se junta con otro igual de fuerte: la añoranza. La extraño tanto... Quiero estar con ella, ahora, ya, y el resto de mi jodida existencia, aunque ¿cómo lograrlo sin hacer daño a las personas que quiero? Además, ella me dejó muy claro que tampoco quiere eso. ¿O sí? Tal vez lo desee tanto como yo, pero no se atreva a dar el paso por miedo hacer daño a los demás, igual que me pasa a mí.

Paso horas caminando y pensando, pensando y caminando, y cuando amanece me doy cuenta de que solo he sacado algo en claro: no voy a casarme. No puedo, Saray no se merece tener a su lado a un hombre que no la ama.

Entro en casa con mi propia llave y me detengo frente a la puerta, todo está en silencio. Soy consciente de que debería subir cuanto antes a tener esa conversación importante con mi prometida, sin embargo, eso es lo último que me apetece en estos momentos. Me dirijo a la cocina y nada más entrar, la veo, está sentada frente a la mesa con una taza entre sus manos y la mirada perdida en algún lugar de la pared.

—Hola —susurro entrando. Pega un brinco y dirige su mirada hacia mí. No me contesta, tampoco se mueve, y a los pocos segundos, suspira y le da un trago a lo que sea que esté bebiendo y desvía la mirada hacia sus manos—. Siento que debería disculparme contigo, pero en realidad no quiero hacerlo.

—Pues no lo hagas —responde sin mirarme.

—Fea...

—No, Julen. No quiero escuchar nada más. —Se levanta de golpe y clava sus ojos en los míos—. Esta mierda se acabó. Ya no tengo diecisiete años. Soy una adulta responsable, madre de un niño que me necesita más que a cualquier otra cosa. ¿Crees que puedes entrar en mi vida y actuar como si estos diez años no hubiesen pasado? ¡Me dejaste, joder! Y esta noche he tenido que mentirle al hombre que estuvo a mi lado cuando tú me dejaste en la mierda. Le he engañado contigo, y lo peor es que ni siquiera sé cómo decírselo porque le haré daño, mucho daño.

Solo escuchar hablar de ese tipo me hierve la sangre. ¿Él estuvo a su lado? ¡Yo no pude estarlo! Aprieto los puños y tenso la espalda en un intento por contener mi cabreo, solo que la ira va en aumento a cada segundo hasta que acabo explotando.

—¿Qué es lo que vas a decirle?! ¿Vas a contarle que te besé, que lo disfrutaste?! O ¿lo que realmente vas a confesarle es que me quieres a mí y no a él?!

—¡Que te den por el culo! —escupe pasando a mi lado para marcharse.

Dejo que salga de la cocina y la sigo hasta el salón. A estas alturas mi cabreo ha llegado a tal extremo que me da igual despertar a todo el mundo y que nos escuchen.

—¡Eres una hipócrita de mierda! —grito.

Se gira de inmediato y clava sus ojos en los míos. Parece sorprendida y también cabreada. Bien, a ese juego sabemos jugar los dos.

—¿Perdona? ¿Qué coño has querido decir con eso?

—Lo que has escuchado. Me echas en cara que te dejé, cuando sabes perfectamente por qué lo hice. No fue un capricho ni un gesto egoísta, Maca. ¿Crees que quería hacerlo?! ¡Yo lo pasé tan mal como tú!

—Permíteme dudarlo. Te resultó muy fácil librarte de mí.

—¡Y a ti sustituirme por ese gilipollas! —bramo. Se me queda mirando fijamente. Me acerco intentando contener la rabia y me planto a su lado, a apenas unos centímetros de su cuerpo—. ¿Cuánto tardaste en liarte con él? En pocos meses te quedaste embarazada, ¿no? ¿Eso fue todo lo que sufriste? Yo pasé años sin poder tan siquiera mencionar tu nombre, pensando en ti cada jodido segundo del día.

—¡Si es así, ¿por qué no hiciste nada?! ¡Solo tenías que ir a buscarme, Julen!

—Por lo visto llegaría demasiado tarde. Tú ya estabas con él, ¿no? ¿Cuánto tardaste en tirártelo?

—¡Que te jodan! No tengo por qué aguantar esta mierda —sisea dándose la vuelta. Consigo retenerla sujetando su brazo y tiro de ella hacia mí. Rodeo su cintura con los brazos y la mantengo pegada a mi cuerpo a pesar de sus forcejeos—. ¿Tan poco importante fui para ti? —pregunto buscando su mirada—. Me olvidaste sin más. Yo no puedo. Lo intento y soy incapaz. —Noto que mis mejillas se humedecen y ella deja de luchar para liberarse de mi agarre. Cojo una de sus manos y la coloco en el centro de mi

pecho—. Dime cómo sacarte de aquí dentro. Te juro que lo haré si me enseñas cómo.

—Julen, por favor —murmura con los ojos bañados en lágrimas.

Yo ya he perdido la batalla contra el llanto y dejo que mis propias lágrimas caigan con libertad.

—No sé cómo dejar de quererte, y lo peor es que sé que tú sientes lo mismo. —Esta vez soy yo el que coloca una mano en su pecho. Sus ojos se cierran y contiene la respiración. Noto su latido acelerado bajo la palma de mi mano, y cualquier rastro de duda que me pudiese quedar es confirmado al darme cuenta de que sí, ella también me sigue amando—. No voy a dejar que vuelvas con él.

Sus ojos se abren de golpe y niega con la cabeza.

—Julen...

Antes de que pueda seguir hablando, pego mis labios a los suyos y la aprieto contra mí. Ella enseguida responde a mi beso de manera apasionada. Se cuelga de mi cuello y tira del pelo de mi nuca mientras nuestras lenguas se enredan en un baile sensual y cálido que me pone a cien. Sujeto su trasero con ambas manos, y solo necesito ejercer una leve presión hacia arriba para que ella enrede las piernas alrededor de mi cadera.

Cruzo el salón con Maca en brazos y la dejo sobre el sofá sin separar nuestras bocas en ningún momento. Me acomodo entre sus piernas y me muevo de delante hacia atrás presionando mi erección contra su sexo. Ella gime en mi boca y eso me incita a seguir besándola aún con más ímpetu. Amaso sus pechos sobre la fina camiseta de tirantes y sus talones se clavan en mi culo, empujándome hacia delante en cada embestida.

Ambos jadeamos en busca de aire al unísono. Pego mi frente a la suya sin dejar de mover la cadera y la miro a los ojos.

—Él no volverá a tocarte —afirmo.

Tira de mi cuello hacia abajo y sus dientes se clavan en mi labio inferior. Gimo por el dolor mientras mi mano se cuelga entre nuestros cuerpos hasta llegar a su entrepierna, la introduzco bajo su ropa y encuentro una zona caliente y húmeda. Apenas puedo contener las ganas de estar en su interior. Me aparto unos centímetros, lo suficiente para bajar su pantalón corto junto a la ropa interior, desabrocho el botón superior de mis vaqueros y, tras liberar mi

erección, me hundo en ella con un certero embate. Ambos gemimos. Su mirada arde de deseo y no puedo evitar sonreír. Es maravilloso. Como volver a casa después de un largo tiempo en mitad del desierto sin agua ni comida. El placer más extremo y animal que jamás nadie nunca haya sentido.

—Julen —su gemido, sus manos recorriendo mi espalda bajo la camiseta, sus uñas clavándose en mi hombro. Lo siento todo y quiero más, muchísimo más.

—Vuelve a decirlo —ordeno clavándome una y otra vez en su interior, cada vez más fuerte y más rápido. Tiro de su escote hacia abajo y dejo sus pechos al descubierto. Enseguida hundo mi boca en uno de sus pezones y lo muerdo arrastrando los dientes—. ¡Dilo otra vez, Fea!

—Julen.

—Eso es —Alzo la cabeza y sujeto su cuello con mis manos mientras sigo moviéndome como un puto animal sobre ella—. Jamás saldrá de tu boca otro nombre que no sea el mío. ¡No va a tocarte, no va a hablarte, ni siquiera te mirará! —Sus dedos se clavan en mi trasero ayudándome a entrar cada vez más en su interior. Ambos gemimos y jadeamos. Noto cómo su interior se estrecha y la beso tragándome su grito cuando llega al orgasmo. Yo la sigo de inmediato, hundo los dedos en su cadera y todo mi cuerpo se tensa, liberándose al fin —. Eres mía —susurro sin aliento mirándola a los ojos—. Solo mía.

Lo lógico es darte un guantazo con toda la mano abierta

Maca

Escucho un grito seguido de una maldición. Abro los ojos de golpe y empujo a Julen, que acaba aterrizando con el trasero en el suelo. Me recoloco la ropa a toda prisa, aunque ya es tarde, ya lo saben. Mi padre es el primero en acercarse, con los ojos desorbitados y la mandíbula desencajada. No recuerdo haberme quedado dormida, pero lo hice, porque si no fuese así los habría escuchado bajar la escalera. Tras mi padre, veo a Amelia muy seria y con gesto preocupado, Saray llora desconsolada negando con la cabeza y después está él, Bruno. Me mira con tanto dolor en sus ojos que me resulta insoportable aguantarle la mirada.

—Otra vez no —murmura papá llevándose las manos a la cabeza.

—¡Mateo, llévate a Ale a la habitación! —ordena Amelia.

Este resopla antes de arrastrar a mi pequeño lejos del caos que está a punto de formarse.

—En lo mejor me echan. Vamos, enano.

¿Qué he hecho? ¿Por qué lo he hecho? Conozco la respuesta a esa pregunta, sin embargo, eso no cambia nada. Sigo siendo una persona horrible por hacerle esto a Bruno.

—Saray, escucha... —Julen se levanta de un salto y tras recolocar su propia ropa intenta acercarse a su prometida, solo que esta le grita que se aparte—. Lo siento mucho.

Resoplo y me siento en el borde del sofá sujetando mi frente con las manos. No sé qué hacer ni qué decir. La hemos cagado, pero bien.

—¿Lo sientes?! ¡Te has follado a tu hermana!

—No es mi hermana.

—No soy su hermana —contestamos al unísono.

—Lo siento mucho, Saray. Yo no quería... Puedo explicarlo.

—No creo que haya demasiado que explicar —dice Bruno. Me atrevo a alzar la mirada y compruebo que sigue mirándome sin siquiera pestañear—. Es él, ¿verdad? —pregunta sin alterarse.

Me quedo callada sin saber qué contestar. Odio hacerle daño de esta forma.

Saray sale corriendo de casa y, tras soltar una maldición, Julen sale tras ella. Mi padre empieza a maldecir a gritos y Amelia intenta tranquilizarlo mientras Bruno y yo nos miramos a los ojos.

—¡Se ha ido! —exclama Julen entrando en casa de nuevo—. ¡Joder, no he podido detenerla!

—¡Ve tras ella! —le ordena mi padre.

Julen me mira a mí y después a Bruno. Niega con la cabeza y se cruza de brazos.

—Yo no voy a ningún lado. Fea, ¿estás bien?

—¡Ni siquiera te dirijas a ella! —exclama mi padre—. ¿Cómo te atreves a hacernos esto otra vez? ¿Qué es lo que quieres, acabar con esta familia?

—Marcos, ya vale —le dice Amelia.

—¡¿No ves lo que está pasando?! ¡La historia se repite! ¿Recuerdas todo lo que sufrimos por el capricho de estos críos?

—Ahora ya no son críos —replica ella.

—¡Macarena sigue siendo mi hija!

—¡Y renuncié a ella una vez porque tú me lo pediste! —exclama Julen atrayendo la atención de todos—. Me hiciste creer que si no la dejaba tu matrimonio con mi madre se acabaría. Eso fue un golpe bajo, Marcos. —Se acerca a mi padre con la barbilla en alto y la espalda tensa—. Era un crío de veinte años, inmaduro, lleno de culpas y remordimientos, y tú usaste eso para manipularme.

—Yo solo te dije lo que iba a suceder si no detenías esa locura.

—Claro, dejas a mi hija o esta familia se va a la mierda, porque tú no podías ser más flexible, ¿verdad? Fui yo el que tuvo que sacrificarse, el que tuvo que romperle el corazón a Maca. Nos sacrificamos ambos para que vosotros fuerais felices. Muy bien, yo cumplí, ahora te toca a ti. Si de verdad quieres a tu hija, aceptarás

que ame a quien ella le dé la gana, y si no, esta familia se irá a la mierda.

—¡Eres un...!

—¡Papá, cállate de una puta vez! —grito levantándome como un resorte.

Todos se me quedan mirando sorprendidos, en especial mi padre.

—Justo ahora estaba a punto de decir eso —murmura Amelia.

—Hija...

—¡No! ¡Ya basta! No soy una niña pequeña. Yo decido a quién querer, con quién vivir y por supuesto con quién acostarme. Si no te gusta es tu problema, pero en mi vida no te vuelves a meter, ¿entendido?

—Pero...

—¡Que te calles de una vez, Marcos! —ordena Amelia. Él la mira con ganas de estrangularla y tras resoplar se gira y empieza a moverse de un lado a otro del salón.

Respiro hondo y dirijo mi mirada a Bruno, que no ha vuelto a decir ni una palabra.

—Tenemos que hablar —susurro.

Niega con la cabeza y una sonrisa triste se dibuja en sus labios.

—No hay nada que decir. Temí que este día llegara. —Inspira hondo y se frota el rostro con las manos—. Siempre supe que te compartía con otro, que cada vez que me mirabas no era a mí a quien veías, y lo acepté. Como nunca hablaste de él, imaginé que tal vez solo se trató de una aventura pasajera, una relación fugaz que te dejó marcada, tal vez un compañero de clase en la universidad con el que habías tenido una relación y decidió largarse al saber que estabas embarazada.

—¿Qué? —inquiére Julen.

Cierro los ojos con fuerza y contengo la respiración mientras Bruno sigue hablando.

—Jamás podría haber imaginado que ese tipo que seguías amando, el padre de tu hijo, es en realidad tu hermanastro.

—¡¿Cómo?! —Decido ignorar la exclamación de Julen y sigo centrada en Bruno.

—Lo siento mucho —susurro.

—Lo sé. No te culpo. Sé que lo intentaste, pero uno no elige de quién se enamora. Lo que duele más es darme cuenta de que en realidad nunca fuiste mía, yo solo ocupaba un lugar vacío hasta que su verdadero dueño viniese a reclamarlo.

—Bruno, no es así. Yo te quiero muchísimo.

—Lo sé, de verdad. No me arrepiento del tiempo que pasé a tu lado, y te juro que deseo con todas mis fuerzas que seas muy feliz.

—Suspira de nuevo y se encoge de hombros—. Iré a recoger mis cosas.

—Bruno, yo...

—No digas nada más. Todo está bien. Ahora mismo no puedo ni quiero escuchar tus razones. Volveremos a hablar cuando todo se calme y yo no tenga unas ganas terribles de partirle la cara a ese mamón. —Ambos miramos hacia Julen que, sentado sobre el reposabrazos del sofá, mira hacia un punto fijo de la pared, como en estado de shock.

Bruno se gira y asciende las escaleras hasta perderse en el piso superior. Yo bufo de nuevo y me peino hacia atrás con los dedos. Esto ha sido... Joder, qué mierda.

—¿Es mi hijo? —Miro a Julen, que parece haber salido de ese estado catatónico en el que se encontraba, y vuelvo a resoplar—. ¡Contesta, joder! ¿Lo es? —Asiento—. Mierda —susurra. Se lleva las manos a la cabeza y da varias vueltas sobre sí mismo. Se detiene de golpe y frunce el ceño mirando a mi padre y a Amelia—. ¿Vosotros lo sabíais?

—No —contesta papá.

—No mientas —dice Amelia lanzándole una mirada poco amistosa.

—Solo eran sospechas. No sabíamos nada seguro. Macarena nunca quiso decirnos quién era el padre de Alejandro, y respetamos su decisión.

—Muy conveniente —murmura Julen—. Solo aceptas las decisiones de tu hija que te interesan y convienen.

—Lo sabíamos —asegura Amelia—. Las fechas coincidían y... Vamos, ese niño es igualito a ti. Solo un tonto no se daría cuenta.

Los miro sorprendida. Siempre sospeché que lo sabían, sin embargo, no quise sacar el tema. Cuando retomé el contacto con

Amelia y papá, Ale ya tenía más de un año y me negué a hablar sobre su padre. Era mejor así. Evité discusiones y problemas.

—¿Cómo pudiste callarte algo así, mamá? —le pregunta Julen con lágrimas en los ojos—. Entiendo las razones de Maca, pero tú... —Mueve la cabeza de un lado a otro en un gesto de incredulidad—. ¿No creíste que tenía derecho a saberlo?

—Hijo, estabas en la escuela militar. Al fin habías sentado cabeza y... Tuve miedo. Fui cobarde, y callé para evitar más conflictos.

—¡Fuiste egoísta! —grita perdiendo los nervios—. Preferiste callar para poder seguir viviendo en tu mundo perfecto, con tu marido perfecto y tu casa perfecta. ¡Yo me sacrificué por ti! ¡Dejé al amor de mi vida para que fueras feliz!

—Lo siento mucho, cariño —solloza Amelia.

Decido dejar atrás los dramas familiares y subir a hablar con Bruno antes de que se marche. No puedo dejar que se vaya así, sin pedirle perdón al menos.

—¡¿Dónde crees que vas?! —Julen tira de mi brazo con fuerza y me giro de golpe dándole un empujón.

—¡Suéltame, coño!

—¿Dónde vas?

—A hablar con Bruno e intentar arreglar toda esta mierda. Tú deberías hacer lo mismo. Busca a tu prometida y lárgate.

—¡¿Qué?! ¿Crees que voy a irme sin más? ¡Tenemos un hijo, joder!

—Ya, soy consciente de ello. Ahora, si me disculpas —Hago un nuevo intento de subir las escaleras, pero él me detiene, otra vez.

—Tú y yo tenemos que hablar. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Lo preguntas en serio? —Me cruzo de brazos y pongo los ojos en blanco—. Me dejaste tirada, te largaste y no supe nada más de ti. ¿No te parecen razones suficientes?

—Yo no... Debiste decírmelo —murmura llevándose las manos a la cabeza—. Dios, ¿cuándo pasó esto? Tú y yo siempre nos cuidamos.

Resoplo alzando la barbilla.

—«Tranquila, yo controlo» —digo poniendo voz grave—. ¿Te suena de algo?

—Mierda —musita—. Yo controlé.

—Pues ya ves que el control no es lo tuyo.

—Fue solo una vez.

—Suficiente.

—Menuda puntería tengo —murmura—. Joder, pero ¿qué edad tiene ese crío? Parece pequeño. —Le lanzo una mirada asesina y él alza las manos a modo de disculpa—. No estoy dudando, Fea. Es solo... No termino de asimilar que tenga un hijo.

—Tiene treinta años, no te jode... Nueve, Julen. Y si parece pequeño es porque salió así. Yo también soy pequeña. ¿Alguna pregunta más o puedo irme ya?

—¡Joder, no vas a irte! Tú y yo tenemos que hablar de esto.

—Ya estamos hablando, y en realidad no dices nada. ¿Qué quieres de mí? Estoy intentando arreglar la mierda que acabamos de crear. Hemos hecho daño a gente importante para nosotros. ¿Qué pasa con Saray? Vas a casarte con ella, ¿no deberías estar buscándola?

—No voy a casarme ni de puta coña. Ya lo había decidido antes de que tú y yo... Bueno, antes de lo del sofá. Saray es genial y la aprecio mucho, pero no puedo casarme con ella. Te quiero a ti, y mira... ¿Sabes qué? Cásate conmigo —Abro los ojos como platos y niego con la cabeza.

—Tío, tú te diste un golpe en la cabeza de niño, ¿verdad? Estás como una puta regadera.

—¡¿Por qué?! Nos queremos y tenemos... —Gesticula con las manos sin parar y respira agitado—. Joder, tenemos un hijo. Es lo lógico.

—Lo lógico es darte un guantazo con toda la mano abierta, pero créeme, me estoy aguantando las ganas —farfallo.

Ambos nos miramos frunciendo el ceño hasta que, tras chasquear la lengua, decido subir las escaleras de una maldita vez.

No soy capaz de detener a Bruno. Se marcha sin siquiera escucharme, aunque promete llamarme cuando esté más tranquilo. Tras quedarme sola en la habitación, decido recoger mis cosas e irme también. Ya no hago nada aquí. Estoy terminando de cerrar la maleta cuando veo una sombra a la altura de la puerta. Resoplo pensando que puede ser Julen y ni siquiera le dirijo una mirada.

—Lárgate, Julen. No estoy con paciencia para tus tonterías.

—Yo tampoco lo estaría —dice mi padre sorprendiéndome.

Lo miro y alzo una ceja en su dirección.

—Sinceramente, papá, tampoco estoy con paciencia para tus reproches. Si quieres decir algo, hazlo de una vez y si no, déjame en paz. Y antes de que me sueltes eso de que es tu casa y son tus reglas, te aviso de que me marcho en cuanto acabe de recoger mis cosas.

—Macarena, espera. —Camina hacia mí y coloca su mano sobre la maleta impidiendo que la levante—. No quiero perderte otra vez.

—Fuiste tú quien me alejó hace diez años. Si no quieres que vuelva a pasar, solo deja de cometer los mismos errores una y otra vez.

—¿En serio vas a darme lecciones sobre tropezar dos veces en la misma piedra? —pregunta sonriendo de manera fugaz.

Inspiro hondo y niego con la cabeza.

—Yo soy imbécil. Eso es algo que ya no tiene remedio.

—La última vez que te fuiste de casa no volví a verte en dos años, me perdí el nacimiento de mi nieto y no estuve a tu lado cuando más me necesitaste. No quiero que eso vuelva a suceder.

—Entonces no intentes decidir por mí, papá, aunque en esta ocasión sea distinto. Tranquilo, no pensaba largarme definitivamente. Nunca le haría eso a Alejandro. Él os adora y jamás lo apartaría de vosotros.

—¿Distinto? Si te descuidas, ese inconsciente te ha vuelto a dejar preñada. Con él nunca se sabe.

Golpeo su brazo en broma y mi padre ríe.

—No te metas, papá. Las decisiones que yo tome, solo me incumben a mí.

Asiente cerrando los ojos.

—Está bien. Respetaré tu decisión sea cual sea. Aunque, si me permites opinar...

—No te lo permito —lo corto. Asiente de nuevo y me acerco para darle un beso en la mejilla. Levanto la maleta y la dejo en el suelo a mis pies.

—Maca, nunca te he dicho esto, pero siento mucho lo que pasó. Te juro que nunca fue mi intención hacerte daño, y todo lo que hice

fue pensando que era lo mejor para ti.

—¿Cambiarías algo si pudieses volver atrás? —pregunto estrechando la mirada.

Mi padre parece pensarlo un segundo y asiente.

—A pesar de mis reticencias, soy consciente de todo el daño que os causé a ti y al mamón ese. Mi nieto ha tenido que crecer sin su padre y voy a tener que cargar con esa culpa el resto de mis días. Sí, lo cambiaría todo.

Sonrío y asiento aguantando las ganas de llorar.

—Gracias, papá. Necesitaba escuchar eso.

—Ya, bueno... —Se rasca la nuca y encoge los hombros—. No soy tan buena persona como creía, ni mucho menos buen padre. Fui egoísta al poner sobre los hombros de un chaval un peso demasiado grande. Le responsabilicé a él, cuando la culpa, en realidad, siempre fue mía.

—Nadie es perfecto —susurro.

—Eso salta a la vista. ¿No podías enamorarte de un chico normal? Al menos uno con el que no compartieras lazos familiares. Lo de ser un desquiciado y un capullo de manual ya se lo paso por alto.

Río y sacudo la cabeza de un lado a otro dándole por imposible.

—Voy a buscar a Ale y nos volvemos a Granada.

—¿Por qué no os quedáis hasta mañana como tenías planeado?

—Porque quiero alejarme cuanto antes del desquiciado. Lo último que me apetece es que vuelva a pedirme matrimonio.

—Lo dicho, es imbécil —murmura tras chasquear la lengua.

No me encuentro con Julen al salir de casa. Amelia me informa de que ha salido a buscar a Saray, así que decido irme sin más. Supongo que ahora todo ha cambiado. Ya no tengo a Bruno a mi lado, aunque en realidad siempre supe que tarde o temprano esto pasaría. No puedes engañarte a ti misma por siempre, y lo cierto es que yo jamás amé a Bruno. ¿Le quiero? Sí, mucho, y estoy agradecida por haber podido contar con él en mis peores días, pero una relación no se sostiene a base de cariño y gratitud.

Te arreo con la sartén de la tortilla

Julen

Respiro hondo antes de golpear la puerta con los nudillos. Decir que estoy nervioso sería un eufemismo. Hace más de dos meses que no veo a Maca, desde el día en que se marchó a escondidas de Mojácar sin despedirse. Desde entonces han pasado muchas cosas. Ese mismo día discutí con mi madre e hicimos las paces un par de horas después. También me peleé con Marcos, aunque acabó sorprendiéndome al darme una especie de permiso para estar con su hija, y lo mejor de todo... me pidió perdón por lo que sucedió hace diez años. Lo sé, yo tampoco podía creerlo, pero pasó, y eso me trajo aquí, a este momento. No quise venir antes a verla ya que tenía temas pendientes que resolver, sin embargo, ahora estoy decidido a no irme de esta casa hasta que aclaremos nuestros problemas.

La puerta se abre y no puedo evitar sonreír al ver sus pintas. Lleva puesto un pantalón de algodón gris descolorido, la camiseta es ancha con unas letras estampadas en la zona del pecho que apenas son legibles por lo gastadas que están y está descalza. Esto demuestra mi teoría de que una mujer guapa no necesita ropa elegante y tres kilos de maquillaje para lucirse. Maca es así, natural y espontánea, y a mí me parece la mujer más preciosa que he visto en mi vida. Incluso con el ceño fruncido y mirándome con cara de perra rabiosa como lo hace en este preciso instante.

—¿Qué coño haces aquí?

—Hola, Fea —saludo sonriendo de medio lado—. ¿Me invitas a entrar?

—Ni de puta coña. ¿Qué quieres, Julen? —Se cruza de brazos y clavo la mirada en la parte superior de sus pechos, que quedan al

descubierto por encima del escote.

—¿Eso es una invitación? —bromeo señalándolos con el dedo.
Bufa y alza una ceja en mi dirección.

—Estás a punto de comerte una puerta de madera maciza, así que dime de una puta vez qué quieres.

—Quiero que me dejes pasar y así hablamos más tranquilos. Tus vecinos no tienen por qué enterarse de nuestras cosas.

—Nosotros no tenemos cosas. Habla desde ahí.

—¿Tienes miedo de no poder controlarte si entro en tu casa? Prometo portarme bien, aunque si te me echas encima, tampoco me voy a quejar.

—De lo que tengo miedo es de arrancarte las pelotas con la cuchara de la de sopa, Mamarracho.

—Joder, menudo humor te gastas. Vamos, déjame pasar.

Resopla de nuevo, y tras varios segundos en los que llego a pensar que tal vez cumpla su promesa de darme a comer madera maciza, abre la puerta hasta atrás y se mete en el piso sin decir ni una palabra.

Sonrío y la sigo al interior. Tras cerrar la puerta, echo un vistazo alrededor. La entrada es un salón mediano con un par de sofás y una tele bastante grande, a la derecha, en la misma estancia, está la cocina, grande, espaciosa y con una isla central rodeada por cuatro taburetes. En uno de ellos está sentando Alejandro, mi hijo. Joder, aún me sigue costando creer que yo sea padre.

—Hola, Julen —saluda sin dejar de comer de su plato.

—Hola, chaval —contesto alzando mi mano—. Siento interrumpir la cena.

—Pues no haber venido —replica Maca.

Decido ignorar su comentario y me acerco al crío con cautela. Este me mira y sonrío de medio lado dejando un hoyuelo a la vista en su barbilla. Mierda, mi madre tiene razón. Rubio, ojos azules, el hoyuelo... Este niño es igualito a mí. ¿Cómo no pude verlo antes? Estiro la mano y acaricio su pelo con suavidad.

—¿Para qué has venido? —pregunta mirándome extrañado.

—Para dar por saco —farfulla Maca atacando su plato con voracidad.

El crío hace una mueca con los labios.

—Acabas de llegar y ya la has cabreado. Ahora el que pagará su enfado seré yo.

—Ale, deja de decir tonterías y termina de cenar.

—¿Ves? Ya ha empezado.

Sonríó de oreja a oreja.

—¿Has terminado? —El crío asiente—. Pues vete un rato a tu habitación.

—¿Por qué? —inquire.

—Porque soy tu madre y tengo derecho a decirte lo que debes o no hacer. Tira a tu habitación, ya.

El chaval bufa en alto y se baja del taburete. Tras despedirse de mí con un gesto de su mano, se va hacia el interior del piso arrastrando los pies.

—¿No crees que has sido un poco dura con el crío? No ha hecho nada malo.

—Julen, ¿has venido a mi casa a decirme cómo tengo que educar a mi hijo?

—Bueno, también es mi hijo, ¿no?

—Cuidado, Mamarracho, ese sendero es peligroso —me advierte.

—Oye, no he venido a discutir —aclaro alzando ambas manos en son de paz—. Solo quiero que hablemos.

—Julen, nosotros no hablamos, discutimos.

—Y follamos, eso se nos da mejor que discutir —señalo sin dejar de sonreír. Al ver su cara seria, decido volver a disculparme con un gesto de mi mano—. Vale, ya lo dejo.

—¿Vas a decirme ya qué quieres?

—Esto —contesto señalando frente a mí.

Maca sujeta su plato con ambas manos y frunce el ceño.

—¿Mi comida? ¡No! Qué mala costumbre tenéis todos de intentar robarme la comida, coño.

—No hablo de la comida, joder, te estoy hablando de todo esto.

—Estiro el brazo abarcando todo lo que hay a mi alrededor, y ella me mira confundida.

—Vale, has venido a mi casa a llevarte mis muebles. Sí, muy normal todo.

—Fea, lo que quiero es a ti y al crío. Quiero que vivamos juntos los tres, que formemos una familia.

Alza una ceja en mi dirección y vuelve a cruzarse de brazos.

—Como saques un anillo del bolsillo o algo parecido, te juro que te arreo con la sartén de la tortilla.

—No voy a hacerlo. —Respiro hondo y hundo los dedos en mi pelo—. Ya sé que con eso de pedirte que te casaras conmigo así, a la desesperada, no estuve muy fino.

—Di mejor que estuviste muy grueso.

—Pues eso, pero el concepto es lo que importa. Quiero estar contigo, Fea, y con nuestro hijo también. Ya me he perdido casi diez años de su vida, y no puedo ni quiero perder ni un puto minuto más.

—Julen, tú mismo me dijiste no hace mucho que no querías ser padre, que eso no es para ti. ¿Qué ha cambiado?

—Pues... Que es nuestro hijo. Dije que no quería tener un hijo cuando pensaba casarme con Saray. Ni siquiera me lo planteaba en realidad, pero contigo es distinto. —Doy un paso en su dirección y ella se levanta para dejar su plato junto al fregadero, a continuación, regresa y se coloca a un par de pasos más alejada de mí de lo que estaba antes—. Quiero vivir a tu lado todas las experiencias. Nos queremos. Hemos pasado diez años alejados, y ahora que por fin no hay ningún impedimento para que volvamos a estar juntos, ¿por qué seguimos separados?

—Porque tú eres un capullo y un mamarracho sin ningún tipo de sensibilidad, básicamente —contesta.

Doy un paso en su dirección y ella retrocede.

—Dame otra razón. Esa no me sirve.

Otro paso adelante y ella hacia atrás.

—No tengo que darte explicaciones. Acepta un no por respuesta y listo. Además, ¿qué pasa con Saray?

Sigo avanzando y ella retrocediendo. Mantiene siempre la isla entre nosotros como si intentara protegerse. Es gracioso, cualquiera que nos vea pensaría que estamos jugando al gato y al ratón alrededor de la isla.

—Saray y yo lo aclaramos todo hace un par de meses. Le pedí perdón, ella me arreó un bofetón y quedamos en paz o algo así. ¿El tuyo?

—¿Qué mío? —inquire.

—Pues el tal Bruno ese. ¿Has vuelto a verlo?

—Claro, lo tengo en la cama esperándome, no te jode.

—Más te vale que no sea así —siseo frunciendo el ceño.

Seguimos dando vueltas alrededor de la isla como dos imbéciles.

—Julen, me pilló después de echar un polvo con mi hermanastro. Con suerte no me echará un mal de ojo o algo.

—Bien, entonces estás sola —afirmo.

—Mejor sola que mal acompañada, ¿no crees?

—Menos mal que yo soy buena compañía. Ahora deja de escapar de una vez. Vas a terminar mareándome.

Se para de golpe y extiende su mano entre nosotros para detener mi avance.

—¿Qué quieres de mí, Julen? —pregunta mirándome a los ojos.

—Ya te lo he dicho. Quiero luchar por lo nuestro.

—Has tenido diez años para luchar. ¿Por qué ahora?

—Porque soy imbécil. Aunque eso tú ya lo sabías. Solo espero que sigas teniendo la misma capacidad para perdonar que tenías hace diez años.

—No te creas. Ahora llevo mucho peor las mamarrachadas — replica.

Sonrío y avanzo un paso más. Al ver que no me detiene, me atrevo a dar otro y después otro hasta que llego a su lado. Alzo mis manos y sujeto sus mejillas con suavidad.

—Hola, Fea —susurro contra sus labios.

—Julen, esto va a salir muy mal.

—¿Y si no sale mal? —Pego mi frente a la suya y suspiro—. Dame otra oportunidad, por favor. Te prometo que no te fallaré.

—No creo que sea buena idea. —Intenta apartarme, pero yo no me muevo ni un centímetro—. Julen, tú tienes tu vida en Madrid y yo aquí en Granada.

—Ya no. Por eso he esperado dos meses antes de venir a verte. He pedido el traslado a Granada.

—¿Por qué? —pregunta sorprendida.

—Porque no quiero estar lejos de vosotros ni un solo día más. También he vendido mi piso, así que espero que tengas una cama libre para un sintecho como yo.

—No, tengo las camas justas —contesta.

—No pasa nada, me conformo con que me dejes la mitad de la tuya —susurro, deslizando mi nariz por su cuello.

Noto cómo su piel se eriza bajo mi tacto y un pequeño gemido sale de sus labios.

—Mi cama es pequeña —replica.

—Ya hemos dormido juntos en una cama pequeña y nos apañamos. Es más, te regalaré una enorme si quieres. —Clavo los dientes en su cuello y ella vuelve a gemir.

—Julen, esto es una muy mala idea.

Alzo la cabeza y me centro en sus labios, están húmedos y rojizos, listos para ser devorados.

—Las malas ideas son lo mío, Fea —murmuro antes de atacar su boca. Nos besamos con hambre, mordiéndonos los labios y entrelazando nuestras lenguas. Cuando nos quedamos sin aire, nuestros ojos se encuentran y sonrío viendo que sus mejillas están teñidas de un color rojo carmesí—. Te quiero tanto que no me lo creo. Puedes resistirte todo lo que quieras. Sabes que va a pasar. Puede que no sea hoy ni mañana, tal vez tampoco pasado, pero acabarás aceptando, y entonces te arrepentirás de haber perdido un tiempo precioso por culpa de tu cabezonería.

Coloca una mano sobre mi boca acallándome.

—Mamarracho, hablas demasiado. —Respira hondo y aparta la mano justo antes de volver a mirarme a los ojos—. Tienes una puta oportunidad, como la cagues, te juro que...

—Compro —susurro antes de atacar su boca de nuevo.

FIN

Epílogo

Julen

—¿En serio tenías que describir cómo te desfloré en el asiento trasero de mi coche? —inquiero tras resoplar. Maca se encoge de hombros y sigue sacando la ropa de la maleta como si nada—. Mi madre está leyendo el libro. Todo el mundo se va a enterar.

—Julen, deja ya el drama. Ni que tuviésemos que escondernos. Escribí nuestra historia, y ese fue uno de los acontecimientos más importantes. No podía saltármelo.

—Marcos me va a cortar las pelotas —murmuro sentándome en el borde de la cama. Llevo las manos a mi rostro y suelto un quejido.

—No exageres.

Alzo la mirada.

—Si me mata, la culpa no te dejará dormir el resto de tu vida.

Suelta una carcajada, y el simple hecho de verla reír consigue liberar parte de la tensión que se acumula en mis hombros. Se acerca, y tras sentarse a horcajadas sobre mi regazo, rodea mi cuello con sus brazos y besa la punta de mi nariz.

—Mamarracho, aquí la única que puede cortarte las pelotas soy yo. Deja de preocuparte por eso y cámbiate de una vez. Nos están esperando.

Coloco mis manos en su trasero y la atraigo hacia mí hundiendo mis dientes en su cuello.

—Podríamos quedarnos aquí, solos, en la cama... Esa sí sería una gran forma de celebrar tu cumpleaños —susurro.

Su trasero se mueve sobre mi incipiente erección y tengo que tragarme un gemido. ¡Dios, cómo me pone esta chica!

—¡Hey! —Maca salta hacia atrás al escuchar la voz de su padre y yo me cubro la entrepierna con lo primero que encuentro sobre la

cama, que resulta ser un peluche de mi hija—. ¡Mierda! Si vais a... No hagáis eso con la puerta abierta —farfulla Marcos tapándose los ojos con la mano.

—Papá, no estábamos haciendo nada —aclara Maca. Me mira de reojo y veo que se le escapa una sonrisa—. Puedes mirar, estamos vestidos.

Marcos aparta la mano y bufa con fuerza.

—En serio, tengo que dejar de pillaros así. Se está convirtiendo en una costumbre —murmura. Me mira con atención y vuelve a fruncir el ceño—. ¿Se puede saber qué haces con el peluche de la niña?

Bajo la mirada hacia mi mano, que sigue cubriendo mi entrepierna con el peluche, y sonrío de manera forzada.

—Nada. Yo solo... estoy... ¡Marcos, deja de hacer preguntas estúpidas!

—Vale, ni siquiera quiero saberlo. Nos vamos adelantando. ¿Vosotros tardáis? —Maca niega con la cabeza—. Pues nos vemos allí.

—¿Os lleváis a Lidia? —le pregunta.

—Sí, solo estaremos un rato en las hogueras y después regresaremos a casa. No os preocupéis por los niños, Amelia y yo nos hacemos cargo de ellos.

—¿Seguro? —insiste su hija—. Si os dan guerra, me llamas y volvemos enseguida.

—Todo está controlado, hija. Divertíos. —Me mira a mí de nuevo y chasquea la lengua—. Y, por Dios, usad la cabeza. A este paso me daréis un nieto por año.

—¡Ni de puta coña! —exclamo.

Ambos me miran y Maca sonrío negando con la cabeza. Tras despedirse con la mano, mi padrastro y suegro se marcha dejándonos solos de nuevo.

Me encanta venir a Mojácar, y San Juan es una fecha que nunca nos perdemos, aunque la verdad es que echo de menos la intimidad cada vez que estamos en esta casa.

Está claro que las cosas han cambiado desde el día en que fui a Granada en busca de Maca. Conseguí que volviera conmigo después de diez años separados, sin embargo, no fue tan fácil

convencerla para que nos casáramos. Ayudó el hecho de haberla dejado preñada otra vez. Sí, el polvo de reencuentro en el sofá de hace cuatro años trajo como consecuencia una preciosa niña a la que adoro con todo mi ser, la llamamos Adriana, y bueno... hace poco más de tres años hubo otro desliz. Seis meses después nació Lidia, la pequeña de la casa. Así que mi reacción a las palabras de Marcos no es para nada desmedida. En el plazo de cuatro años, he pasado de ser un hombre soltero a estar casado y tener tres hijos. A veces es agotador, pero no lo cambiaría por nada en el mundo.

—Muy fino tú con el peluche —se burla Maca en cuanto nos quedamos a solas.

—¿Qué querías que hiciera? Fue lo primero que pillé. Y gracias por tu ayuda, por cierto. Me has dejado solo dándole explicaciones al ogro.

—Pues no se las des. Yo hace tiempo que dejé de preocuparme por lo que piensa mi padre. Además, ya sabes que lo hace para molestarte.

Resoplo y me dejo caer de espaldas en la cama. Aparto el peluche al notar que ya no lo necesito y observo a Maca mientras se cepilla el pelo frente al espejo.

—Fea, lo que dijo antes tu padre... —Me rasco la nuca sin dejar de mirarla—. No habrá sido una especie de indirecta, ¿no?

—¿A qué te refieres? —pregunta girándose para mirarme a la cara.

Señalo su vientre y ella abre mucho los ojos.

—¡No! ¡Rotundamente no! Antes de dejar que me preñes otra vez, te hago yo misma una vasectomía con un cortaúñas.

Me llevo ambas manos a la entrepierna y hago una mueca de dolor.

—Oye, no es culpa mía que tenga tanta puntería. Además, te recuerdo que la última vez fuiste tú quien olvidó tomar la píldora.

—No lo olvidé. La vomité porque me encontraba mal, y te lo dije, pero claro... tú controlas, ¿verdad? No sé cómo pude creerme eso después de dos controles fallidos.

—Tampoco te quejes tanto. —Me levanto de la cama y me acerco a ella, la abrazo por la cintura y deposito un beso en sus labios. ¡Me encanta besarla! Joder, han pasado casi quince años

desde la primera vez y no me canso de hacerlo—. ¿Qué sería de nosotros sin nuestros tres angelitos?

—¿Angelitos? —Suelta una carcajada echando la cabeza hacia atrás—. Veamos, el mayor va camino de ser un futuro delincuente juvenil. No digo que haya salido a ti, pero para qué negarlo, lo ha hecho. Adri solo tiene tres años y ya me han llamado tres veces de la guardería porque dice más tacos que un camionero y se pasa el día peleándose con sus compañeros, y Lidia... esa es una manipuladora nata. Nos maneja a su antojo. ¿Dónde ves tú los angelitos? Son demonios, Julen, salidos de las entrañas del infierno.

—Salieron de las tuyas —bromeo poniendo mi mano plana sobre su abdomen. Su mano se desliza entre nuestros cuerpos hasta llegar a mi entrepierna, abarca mis testículos con su mano y les da un leve apretón. Hago una mueca de dolor y alzo ambas manos en son de paz—. Vale, lo he pillado, antes salieron de ahí. Mis genes son los defectuosos y no los tuyos

Afloja el agarre sobre mis chicos y desliza su mano de manera ascendente acariciando mi miembro con suavidad.

—Así me gusta, que aprendas a comportarte —susurra dándome un beso. Se aparta de mí y sacude su ropa con las manos antes de mirarme de nuevo—. ¿Aún sigues así? Vamos a llegar tarde.

Sonrío de medio lado y me encojo de hombros.

—Es que me has puesto cachondo, Fea.

Rueda los ojos y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Como si eso fuera difícil. Date prisa, yo te espero abajo.

Sale de la habitación meneando la cadera como solo ella sabe hacerlo y yo me quedo mirándola con cara de tonto, y salido, eso también. Pero, ¿quién puede culparme por ello? Mi mujer está buena que te cagas.

Maca

Cuando llegamos a la playa, ya todas las hogueras están encendidas. Saludo a mis amigos y aguanto un par de quejas de mi

hija mediana antes de que vuelva a pasar de mí para irse a jugar con su primo, el hijo de Clara y César. Alrededor del fuego todos charlamos alegremente. Mi padre, Amelia y Elena se han unido a nosotros este año para ver los fuegos artificiales.

Alejandro se mantiene a una distancia prudencial con sus amigos y su tío Mateo. Está en esa edad en la que no quiere saber nada de nosotros a no ser que sea para pedirnos algo. Yo no lo llevo demasiado bien. Es mi niño y me da pena que se esté haciendo mayor tan rápido. Por suerte, Julen lo mantiene a raya. Tienen una relación muy especial. Supongo que, al no haber pasado a su lado los primeros años de vida, Julen intenta estar presente y apoyarlo todo lo que puede. Es un buen padre, el mejor. Jamás imaginé que el chico rebelde e irresponsable que vino a vivir con nosotros cuando yo tenía diecisiete años, acabaría convirtiéndose en el hombre que es hoy.

Amelia juega con la pequeña mientras reímos a carcajadas por las tonterías de Aitor. Sentado a mi lado, Julen rodea mis hombros con su brazo y me atrae hacia su cuerpo. Entonces sale el tema recurrente de los últimos días, mi libro. Sí, escribí mi historia y la de Julen en forma de novela romántica. No sé exactamente qué me llevó a pensar que era una buena idea. Supongo que solo quería mostrarle al mundo que los amores imposibles no existen. Por mucho que te lo prohíban, y aunque intentes resistirte, si tu corazón elige, no hay nada que puedas hacer para remediarlo.

—Oye, esa escena en el hotel en Almería es espectacular — comenta Elena sonrojándose.

Julen hunde la cara en mi cuello.

—Te voy a matar, Fea —susurra para que solo yo pueda escucharlo.

—Preciosa, cuando quieras te llevo yo a Almería —le dice Aitor, con su habitual pose de ligón de playa, ganándose un manotazo por parte de César.

—¡Tío, estás hablando con mi madre! —exclama.

—¿Y qué?! Tú te tiras a mi hermana y yo no te digo nada — replica Aitor.

—Yo estoy casado con tu hermana.

—Vale, pues me caso con tu madre —sentencia.

—Ni en tus jodidos sueños —susurra Elena haciéndonos reír.

Aitor se acerca a César y, tras rodearlo por los hombros, empieza a sonreír de manera pilla.

—Canijo, creo que ha llegado la hora de que empieces a llamarme papá.

Al ver la cara de espanto de César, todos empezamos a reír a carcajadas justo cuando los primeros fuegos artificiales iluminan el cielo. Aplaudimos y miramos hacia arriba absortos en tanta belleza. Julen se coloca a mi espalda y me abraza apoyando su barbilla en mi hombro.

—Feliz cumpleaños, Fea —susurra en mi oído.

Sonrío desviando la mirada hacia su mano y veo que me tiende un llavero de macramé en forma de pez. Cada año me regala uno. Es una tontería, lo sé, pero prefiero esto a mil regalos tremendamente costosos.

Giro la cabeza hacia atrás y lo beso.

—Gracias por seguir luchando, Mamarracho —susurro contra sus labios.

—Por ti, siempre, Fea —contesta—. Te quiero con locura, ¿lo sabes?

Asiento y respondo a su sonrisa con otra.

—¿Te estás poniendo tierno otra vez, Julen?

—¡Ni de puta coña!

Agradecimientos

Volvemos a llegar al final de otra historia. Ya van quince, aunque parece que fue ayer que escribí la primera. Durante todo este tiempo, he usado este espacio para agradecer sinceramente a todas esas personas que invierten su tiempo en leer mis libros, y, aun así, jamás será suficiente lo que pueda decir con palabras para expresar mi agradecimiento.

Mi vida ha cambiado mucho desde ese primer libro, ahora, gracias a todos vosotros, puedo dedicarme por entero a lo que realmente me apasiona. Habéis conseguido que pueda convertir mi Hobby en mi forma de vida y eso es... Una de las mejores cosas que me ha pasado en la vida.

Podría mencionar a muchas personas en estas pocas líneas, tal y como lo hago siempre; familia, amigos, compañeras de letras, blogueras... pero al final, siempre acabo repitiendo los mismos nombres. Todas esas personas saben perfectamente que las quiero y que me siento tremendamente afortunada por poder contar con ellas en mi vida. De modo, que he decidido que, en esta ocasión, solo voy a dirigirme a ti. Sí, tú que estás leyendo esto, da igual si te has leído todos mis libros o solo este, quiero que sepas que, gracias a ti, yo puedo seguir haciendo lo que me gusta cada día. Gracias a ti, soy un poco más feliz que hace unos años. Trabajo de lo que me encanta y eso es algo que no se paga ni con todo el dinero del mundo.

Un millón de gracias.

[1] 3,4-metilendioxi-metanfetamina. Droga comúnmente conocida como éxtasis.

[2] Nombres de los protagonistas de la serie de novelas Crepúsculo, escrita por la autora Stephenie Meyer.

[3] Se denomina macramé a la técnica de crear tejidos usando nudos decorativos.

[4] Actor que interpreta a Jacob Black en la serie de películas Crepúsculo, basada en los libros de la autora Stephenie Meyer.